

MEMORIAS Y CUENTOS DEL MONCAYO • relatos cortos • Grisel

MEMORIAS Y CUENTOS DEL MONCAYO

r e l a t o s c o r t o s

Grisel



MEMORIAS Y CUENTOS
DEL MONCAYO

r e l a t o s c o r t o s

G R I S E L



La Asociación cultural “La Diezma”
agradece la colaboración a todas aquellas personas
que han hecho posible la realización del concurso y
la edición de este libro, especialmente a todos los
autores de los relatos.

©Asociación Cultural La Diezma

Edita: Asociación Cultural La Diezma

Plaza de Don Nicolás Ledesma García, s/n. 50.513 Grisel (Zaragoza)

Colabora: Diputación Provincial de Zaragoza, Comarca de Tarazona y el
Moncayo, Ayuntamiento de Grisel y Centro de Estudios Turiasonenses.

Imprime: Gráficas Salduba. Alcalde Fatás, 9. Cuarte de Huerva. Zaragoza.

Depósito legal: Z- 2258/2004

Portada: Fotografía “Nieblas al amanecer” (Tomada desde La Diezma)
Autor: Ramiro Rubén Tarazona Sicilia

Paisaje humano con Grisel al fondo

Siempre es una buena noticia la edición de un libro. Y en este caso más, ya que gracias a Grisel y su iniciativa se pudo mantener viva una idea que surgió en Litago. La Asociación Cultural la Diezma, con el apoyo del Ayuntamiento de Grisel y del Centro de Estudios Turiasoneses, han sabido dar vida a multitud de relatos que diversos autores han escrito estos últimos años. Este volumen es la mejor expresión de ellos. Magia, duendes, espíritus, brujas toman vida en las páginas que siguen y que harán volar la imaginación del lector por las faldas del Moncayo. Desde el CET no podemos más que apoyar y animar a seguir con esta idea que sigue viva en Grisel. Enhorabuena a todos.

Javier Bona

Presidente del Centro de Estudios Turiasoneses

INTRODUCCION

La Asociación Cultural La Diezma de Grisel asumió en el año 2001, la realización y organización de la tercera edición del Concurso de Relato Corto “Memorias y Cuentos del Moncayo”, tras la disolución de la Asociación Cultural Litago “Puerta del Moncayo” organizadora de las dos primeras ediciones, al entender que era una actividad cultural importante no sólo para la localidad de Grisel, sino también para la Comarca de Tarazona y el Moncayo en su conjunto.

Iniciamos su organización con mucha ilusión y ninguna experiencia, pero poco a poco el certamen se ha ido consolidado hasta el extremo de que se ha convertido en la estrella de nuestras actividades culturales, hemos recibido relatos no solo de la comarca o de nuestra provincia, sino del resto de España, e incluso Latinoamérica. En la difusión de las bases del concurso ha jugado un papel fundamental nuestra pagina web www.grisel.info. Desde un principio se marcó como objetivo principal de esta actividad, la publicación de los trabajos ganadores ya que ello serviría para estimular la participación de más personas. Como sea que los relatos ganadores de las dos primeras ediciones ya fueron publicados, quedaban por publicar los de las tres ultimas ediciones III, IV y V, para ello hemos realizado un esfuerzo importante, pues la edición de un libro representa para una Asociación como la nuestra un laborioso trabajo organizativo y otro no menos primordial como es el de su financiación.

Es por tanto para la A.C. La Diezma una satisfacción y un orgullo dar a luz a nuestro segundo libro, y hoy por fin nos complace poder presentar esta obra que cierra un primer ciclo del Concurso de Relato Corto “Memorias y Cuentos del Moncayo”. Esperando sea de vuestro agrado y que disfrutéis con su lectura, a la vez que sirva asimismo para difundir el pueblo de Grisel y la Comarca de Tarazona y el Moncayo, sus pueblos, sus costumbres y su cultura. Pero es precisamente en este momento en el que no podemos olvidarnos de todos aquellos que han hecho posible llevar a feliz término esta publicación: los autores de las obras, los miembros del jurado, los colaboradores, las instituciones –entre las que deseamos destacar al Centro de Estudios Turiasonenses y al Ayuntamiento de Grisel-, las Juntas Directivas de la Asociación que nos han precedido –por su trabajo y constancia ya que sin ellos no hubiera sido posible llevar adelante el concurso durante estos años-, y al pueblo de Grisel destinatario último de nuestro esfuerzo.

Asociación Cultural “La Diezma”

**Jurados de las ediciones III, IV, V
del concurso relato corto:**

“Memorias y cuentos del Moncayo”

Javier Bona López

María Luisa Gómez y Gascón

Miguel Mena

María Cruz Ramírez Martínez

José Antonio Román Ledo

Trinidad Ruiz Marcellán

Maite Solana

José Francisco Vidal Lancis

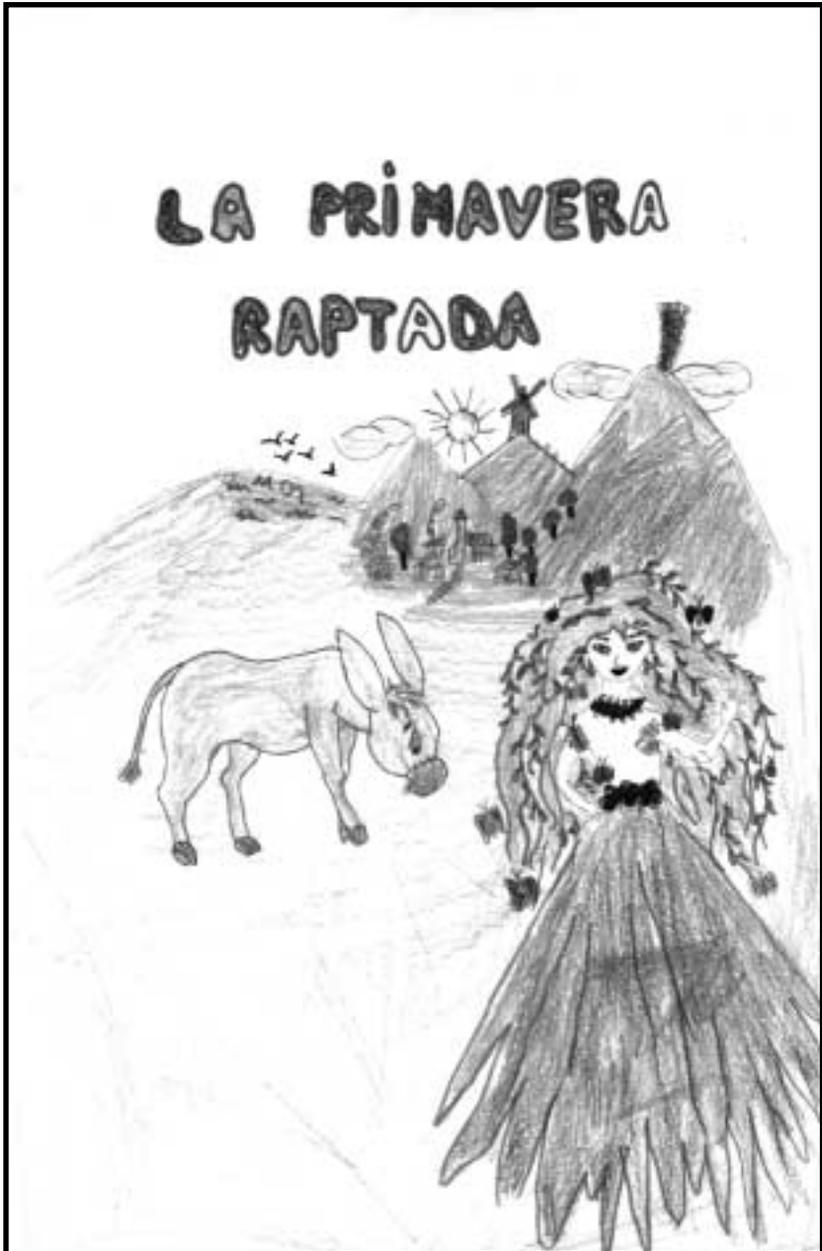
Corrección y revisión del texto

Luisa María Espino Gil

III Concurso de relato corto:

“MEMORIAS Y CUENTOS
DEL MONCAYO”

LA PRIMAVERA RAPTADA



LA PRIMAVERA RAPTADA

Elisa Sanz Monclús

(Categoría infantil. Primer Premio)

Había una vez un pueblo llamado Grisel, situado cerca, muy cerca del Moncayo, al que hacía años que no visitaba la Primavera.

Un día, los animales de las granjas decidieron reunirse en el establo más viejo del lugar para elegir quién sería el encargado de ir en busca de la Primavera. Todos votaron a Yoringal, un joven burrito de color blanco y muy valiente. Este al enterarse dijo:

-Partiré mañana mismo.

Al día siguiente, se fue temprano, atravesó un bosque y se encontró a un pájaro enfermo.

-¿Qué te pasa? -le dijo.

- Tengo el ala rota.

Yoringal se encontró una tablita pequeña y un trozo de tela, se lo ató y le dijo:

- Quédate quieto y no te dolerá.

Pasó un rato y cruzó un río, había en sus orillas un pobre pez que se estaba muriendo y le preguntó:

- ¿Qué haces fuera del agua?.

- Unos caballos estaban chapoteando en el agua y me sacaron de ella -le contestó medio ahogado.

Yoringal lo metió de nuevo en el río.

- Gracias y que tengas un buen viaje -dijo el pececillo.

Al cabo de un rato pasó por un campo y se encontró a una margarita, ésta le dijo:

- ¿A dónde vas?.

- Al Moncayo en busca de la Primavera.

- ¿Puedes ayudarme primero?

- Sí, con mucho gusto – contestó Yoringal.

- Aquí no me da el sol, ¿Puedes desplantarme y llevarme al otro lado?.

- Sí puedo -Yoringal muy cuidadosamente la llevó al solano.

Preguntó entonces a la margarita.

- ¿Puedes decirme por dónde se va al Moncayo?.

- Continúa todo recto y encontrarás un cartel. Sigue la dirección que te indica. Después encontrarás un almendro muerto y a los tres o cuatro kilómetros hallarás un molino. Ya no sé más.

Se despidieron, encontró el cartel y lo siguió, ¡El almendro estaba florecido!, le preguntó:

- ¿Has visto a la primavera?.

- Sí, se la ha llevado el mago Alcazán, a su guarida para quitarle sus poderes.

Yoringal empezó a correr. Vió el molino y esperó a que se hiciera de noche. Cuando estaba dormido el mago, entró sin hacer ruido, desató a Primavera y escaparon.

Pero se enteró el mago y los persiguió con un tornado de hielo. Primavera echó un hechizo y el mago quedó atrapado entre rejas de hiedra muy fuerte y le despistaron.

Corrieron muy rápido y por el camino se encontraron con el almendro y el cartel. De pronto, a la vuelta del camino se les apareció el malvado mago Alcázán que se había transformado en un dragón horrible y les impedía el paso.

No sabían qué hacer, pero en ese instante apareció el pájaro con todos sus compañeros y empezaron a picotear al dragón. La margarita con millones de flores le tapaba los ojos y el pez le echaba agua para apagar el fuego de sus fauces.

Con la ayuda de sus amigos pudieron huir del mago y, corriendo como el viento, llegaron a Grisel.

Fueron a la granja más vieja, allí estaban todos los animales del pueblo. Primavera se asustó, pero Yoringal le explicó que no tenía que tener miedo, pues eran todos sus amigos.

Estos le dijeron que tenían un gran problema: no había comida, las semillas se congelaban, porque la Primavera no llegaba y estaban siempre en invierno.

Ella les dijo que no tenían de qué preocuparse y que se fueran a dormir tranquilos, que lo arreglaría todo.

Al día siguiente, cuando se levantaron, vieron que todos los árboles y campos habían florecido. Se alegraron mucho, y le hicieron una fiesta a Yoringal, el burrito más valiente del pueblo.

A partir de entonces todos los años llegó puntualmente la Primavera.

Gracias abuelo

Esther Lainez Cebrian

(Categoría infantil. Segundo Premio)

Carlitos subió la calle entre sollozos y dando patadas a las piedrecicas que encontraba a su paso hasta cobijarse junto a su abuelo que, sentado en el cantón de su puerta, con su gayata apoyada en la pierna, la boina calada hasta los ojos y sus manos temblorosas intentaba liarse un cigarro -que maldita falta le hacía-.

Con una simple mirada, y gracias a la experiencia que la vida le había dado, comprendió perfectamente qué es lo que atormentaba a su nieto y no quiso ni si quiera preguntar qué le pasaba. Así es como Mariano decidió relatar a su nieto esta historia.

“Mira Carlitos, ‘teje, teje’, te voy a contar una historia que ocurrió en este pueblo y mi abuelo me contó cuando yo tenía tu edad. Comprenderás por tanto que hace muchísimos años”.

“Vivía aquí un rapaz pequeño, aunque también delgado y enclenque que

era la burla permanente del resto de los muchachos del pueblo. Rufino, que es como se llamaba este rapaz, no tenía fuerza para hacer todas las barbaridades que hacían el resto de los chicos. Éstas eran cosas como subir hasta la punta de los chopos más altos, pelearse tirándose por los suelos hasta que se hacían alguna cuquera, cargarse a hombros o arrastrar las piedras más pesadas que eran capaces. Todas estas cosas y algunas más eran las que daban los distintos niveles de mando en el grupo”.

“Como Rufino no era tonto, -la verdad es que era el más listo de todos- sabía que con sus músculos nunca podría hacerse respetar por el resto de los muchachos. Sin embargo, muy lejos de acobardarse y sentirse humillado por los demás, comenzó a maquinarse un plan con el que todos se quedarían impresionados para siempre”.

“Por su pequeña cabeza comenzaron a pasar un montón de ideas, que examinaba a toda velocidad para terminar diciendo: ‘buaaa’ es poca cosa para que no pueda ser superada por ninguno de estos brutos. La verdad es que tenía una que nunca podría ser superada por nadie, aunque el problema era ser muy arriesgada y peligrosa”.

“En este nuestro precioso y ahora también tranquilo Moncayo”, continuó el abuelo Mariano, -tan entusiasmado estaba contando la historia, que se quemó los labios con la colilla de su cigarro” vivían dos hombres que aunque no siendo malos malos, por su inmensa fuerza, falta de inteligencia y ganas de ser el uno más fuerte y bruto que el otro, tenían aterrorizadas a las humildes gentes de los pueblos de alrededor.

Carlitos, que ya se había olvidado de todos sus problemas y estaba entusiasmado con la historia, apremió a su abuelo -que se paraba y tosía mucho- para que le terminara de contar las cosas que esta pareja de gigantes hombres harían.

El abuelo siguió explicando a su nieto que lo normal para esta pareja de bestias con mucha fuerza, aunque sin conocimiento, eran las peleas entre ellos en las que llegaban a arrancar hasta cien pinos o más para pegarse con ellos y romperlos como si se tratase de simples cañas. También podían

apostar a comerse ocho o diez ovejas de los pastores que vivían por allí, o cargarse a hombros los burros u otros animales que los labradores utilizaban para arar sus tierras, terminando lanzándolos por los aires lo más lejos posible.

“Sí, sí Carlitos”, afirmó el abuelo, “todas estas cosas y muchas más que tardaría todo el día en contarte con las que hacían para divertirse esta pareja. Así comprenderás mi querido nieto que la gente de todos estos pueblos viviera aterrorizada y que los chicos tuviesen prohibido ir solos por el camino de Moncayo”.

“Aunque conocedor del peligro y la prohibición de lo que estaba haciendo, Rufino se escapó un par de días para acercarse, a escondidas hasta poder ver con sus propios ojos todas estas barbaridades que ya te he contado anteriormente.

Tras un par de noches sin poder dormir, ya tenía casi descartada la idea, tras llegar siempre a la misma conclusión: ‘No tenía ninguna posibilidad de éxito’. Su idea cambió radicalmente el día en el que Isidro, que era el más chulo de la cuadrilla, le retó a una pelea. Rufino renunció a pelearse y así la popularidad de Isidro fue aumentando a medida que la de Rufino disminuía, llegando incluso a ser despreciado por el resto de los chicos.

“Rufino pensó: ‘Prefiero que me aplasten esos gigantes a vivir siempre humillado’. Esa misma tarde en el juego pelota Rufino dijo delante de todos: ‘yo acabaré con esa pareja de brutos que tienen acobardados a toda la gente de este lugar.’”

“Como puedes comprender, mi querido Carlitos, todos se rieron de él y le dejaron de lado. Movido más por la desesperación y su ansia de hacerse famoso, que por la cabeza se dirigió sin tregua por carre Moncayo y se adentró en el monte hasta encontrar a esta pareja de fuertes pero tontos gigantes, que no se dieron cuenta de la presencia del chico”.

“Los gigantes se encontraban plácidamente durmiendo la siesta, y sus ronquidos parecían una tormenta. Rufino se subió a una antigua haya con

un talego de piedras y un cuerno de buey que le haría de altavoz. Comenzó a tirarles piedras a ambos y así cada uno pensó que se las tiraba el otro y al momento estaban enzarzados en una gran pelea. Fue tan brutal la pelea que arrancaron todos los árboles de alrededor, obligando a Rufino a tirarse del árbol rápidamente y escapar entre la gran polvareda que se había organizado”.

“Como estaban tan enfurecidos, no se daban cuenta de cómo Rufino, haciendo distintas voces, les conducía en su afán de perseguirse hasta el Pozo de los Aines, donde inevitablemente cayó el primero y ya nunca más pudo salir”.

“El que quedó -que posiblemente era el más tonto- cayó en la trampa de Rufino quien, con voces falsas, le hizo creer que su compañero corría más que él, cosa que éste no podía admitir. Su ficticio compañero y competidor no era otro que la propia silueta que hacía su sombra al tener el sol a su espalda. Corrió y corrió tanto que, cuando el sol se puso por lo alto del Moncayo, ya nunca supo volver”.

“La gesta de este muchacho -que fue observada por la gente del lugar gracias al inmenso ruido que se organizó- sirvió para que todos volvieran a vivir tranquilos y Rufino fuera aclamado por los mayores y respetado por los chicos”.

Así, el abuelo Mariano consiguió levantar el ánimo a su querido nieto Carlitos, quién aprendió a aceptarse y como nunca más volvió a preocuparse por su físico.

La marca del cantero
Alberto Alcaine Vijuesca (Grisel)
(Categoría juvenil. Primer Premio)

A todos los que dejaron Grisel en agosto de 1610.
“Los moriscos de los lugares de Grisel y Samangos salieron de España por mandado del rey don Phelippe terçero de Castilla y segundo de Aragón en compañía de los moriscos de Santa Cruz y Cunchillos, a siez y seys días del mes de agosto, de lunes día de San Roque, año de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo mil seyscientos y diez, siendo obispo de Taraçona el muy religioso y sierbo de Dios don fray Diego de Yepes, y vicario de los dichos lugares de Grisel y Samangos por los señores del cabildo de la ciudad de Taracona como señores de dichos lugares mossen Julio Baztan y Varrenche. Poblóse el lugar de Grisel después de la expulsión de dichos moriscos el mesmo año. Sea todo a honra y alabanca de Nuestro Señor Jesucristo y la Virgen María, por siempre jamas. Amen.
Archivo Diocesano de Tarazona. Fondo de la Parroquia de Grisel.
Quinqué libris, vol. II (1606-1657)

Los rayos del Sol atacaban sin piedad el asfalto de la carretera. La vieja Mercedes-Benz blanca terminaba ya su fatigoso ascenso al Puerto de Lanzas Agudas a la par que comenzaba su descenso por las serpenteantes curvas del mismo.

Aun con el fresco aire del Moncayo entrando por las ventanillas abiertas, el calor se colaba dentro de la furgoneta y acentuaba el olor a cuero. Amed y Jasuf, viejos amigos desde su infancia en Argelia, se dedicaban a la venta ambulante y acudían a Tarazona aconsejados por unos amigos con los que habían trabajado cuatro días atrás en las Cinco Villas.

El devastador paisaje seco hizo pensar a Jasuf por un momento que se encontraba en Argelia, pero no tardó mucho en percatarse de que no era así. Infinidad de aerogeneradores le recordaron que estaba en España y que todavía quedaba bastante para reunir el dinero suficiente y así mantener a su familia.

No quedaba mucho para llegar a Tarazona. Una última recta se abrió ante sus ojos cuando pudo divisar la ciudad. Y ahí estaba, majestuosa, la torre de la Magdalena, como si el tiempo no hubiera transcurrido a su alrededor.

Volvió a dirigir su mirada hacia la carretera, esta vez pisando decididamente el acelerador, cuando un gran cartel indicativo apareció, casi sin percatarse, delante de sus narices: "Grisel". Paró enseguida en una Estación de Servicio.

- Lleno, por favor - dijo Jasuf.
- El caso es que ese nombre me resulta familiar -se dirigió ahora a Amed-, Grisel, Grisel, Grisel,... No sé, me suena. Vamos un momento.
- ¿Para qué? - respondió Amed.
- No lo sé. Creo qué... No sé. Hay algo dentro de mí que me dice que tenemos que ir. Vamos.

Jasuf arrancó la furgoneta y acto seguido abandonó la Estación de Servicio para recorrer los escasos metros que la separan de la carretera que conduce a Grisel. Entre campos de olivos, trigo y algún que otro viñedo,

Jasuf continuaba pensando por qué le era familiar ese nombre y no perdía la vista de aquellos inmensos molinos que se alzaban ante sus ojos.

- Son inmensos, impresionantes; ¿no? - Comentó Jasuf a Amed.
- Son perfectos. Míralos. No me imagino cómo es posible que el hombre haga esas maravillas.

Tras una última curva a la izquierda, Jasuf y Amed entraron en el pueblo y llegaron a una gran explanada llena de coches, donde tuvieron suerte y encontraron un lugar para aparcar. Inmediatamente bajaron de la furgoneta y encontraron, enfrente suyo, el viejo castillo medieval de Grisel. Jasuf fue el primer interesado en llegar hasta él. Algo en su interior le decía que allí había una parte de él.

Subiendo una pequeña cuesta llegaron a la puerta del castillo y comprobaron que la puerta estaba cerrada. Jasuf llamó a la puerta, buscando que alguien le respondiera, pero el castillo estaba completamente vacío. No había nadie en su interior.

Jasuf, sintiendo que todo su presagio se venía abajo, se sentó en una de las piedras que había junto a la entrada del castillo. Pensó que la visita había sido en vano, pero todavía creía que en aquel lugar pasaba algo extraño. Perdió su mirada entre las almenas del castillo, reconstruidas con cemento, mientras intentaba recordar por qué le era familiar el nombre de Grisel. No tardó mucho en acordarse. Allá arriba, junto a la única almena que todavía había resistido el paso de los siglos, un difuso símbolo, casi irreconocible, hizo que se sobresaltara.

- ¡¡Un momento!! ¡¡Conozco ese símbolo!! - exclamó Jasuf.
- ¿Qué pasa? -preguntó Amed.
- Es ese símbolo. ¿Lo ves?
- ¿Cuál?
- El de allá arriba. - dijo señalándolo - ¿Lo ves ahora? Es el símbolo de mi abuelo. Mi abuelo era cantero y todavía marcaba sus trabajos. Cada

cantero tenía un símbolo. Él fue uno de los últimos del pueblo, allá en Argelia. Cuando era pequeño me contaba historias sobre nuestra familia. Historias que habían pasado de padres a hijos, de generación en generación, hasta el final; hasta mí. Por eso me es familiar el nombre de Grisel. Recuerdo perfectamente aquel relato de mi abuelo...

Grisel era un pueblo agrícola en el que casi todos sus habitantes eran musulmanes. Las modestas casas eran todas de adobe y tapial, con pequeños patios para entrar y las habitaciones estaban todas situadas alrededor del mismo. Las huertas, cercanas al pueblo, estaban regadas por la acequia de Irosche, gran obra de ingeniería para los tiempos que corrían. Daban todo tipo de verduras y hortalizas, y los campos de cereal ofrecían abundantes cosechas año tras año.

El castillo, construido tres siglos atrás, presidía majestuoso el pueblo. Una pequeña mezquita situada a orillas del río servía como centro de reunión y en ella se practicaron los ritos musulmanes durante siglos.

Varios rebaños de cabras y ovejas pastaban en el monte de la Ciesma, poblado de abundantes robles y coscojas, dando jugosa carne y cremosa leche con la que se hacían sabrosos quesos. Un lugar paradisíaco e idílico.

- Pero ahora de aquello no queda nada - afirmó Amed.

- Es cierto. De la mezquita queda poco, el castillo está irreconocible, las almenas se han caído, las casas son más bien modernas. Mira allá - dijo señalando el Monte de la Ciesma - ya no hay ni coscojos ni robles, sólo molinos. Ahora calla, déjame seguir...

Una vez, los habitantes de Samangos, un pueblo cercano a Grisel, decidieron emigrar hacia este lugar porque el futuro económico en Samangos era escaso. Los habitantes de Grisel les recibieron como hermanos con las manos abiertas y permitieron que se quedaran entre ellos. Después, el Cabildo de Tarazona, dueño de ambos lugares, les obligó a regresar a Samangos, y los griseleros despidieron con todos los honores a los de Samangos ofreciéndoles pan y vino para el camino.

- ¿Y qué pasó? Sigue, sigue.

El Islam fue prohibido en España. Los musulmanes que vivían en Griseí no comprendían cómo era posible que no les permitieran practicar su culto, ni expresar su fe. Cuando ellos llegaron a Hispania con el fin de propagar sus creencias permitieron en todo momento a los cristianos practicar sus costumbres y su fe, les trajeron todo tipo de adelantos científicos y una sofisticada idea hidráulica. Nunca habían discriminado a un cristiano por su fe y siempre habían permitido y respetado todo tipo de manifestaciones religiosas. Eran muy tolerantes.

No pasarían muchos años del siglo XVII cuando Felipe III, uno de los últimos Austrias españoles, ordenó la expulsión de los musulmanes de todos los Reinos que estaban bajo su corona, en la que se incluía Aragón, y por lo tanto, el lugar de Grisel.

¿Y qué hicieron? - preguntó interesado Amed.

Resignados, tuvieron que abandonar el pueblo. El 16 de agosto de 1610, junto con los musulmanes de Samangos, Santa Cruz y Cunchillos, los de Grisel dejaron el lugar. Antes de abandonar los de Grisel su pueblo, cuando todavía podían divisarlo, en lo alto de una colina, se detuvieron y, mirando hacia La Meca, oraron a Alá que algún día pudieran volver a su pueblo; pudieran volver a disfrutar de ese paisaje, de esas casas; que pudieran volver a celebrar la acogida de los de Samangos, que pudieran volver a respirar el aire puro del Moncayo.

- ¿Y tuvieron que dejar su tierra y marchar? - preguntó de nuevo Amed.

- Sí. Los musulmanes de toda esta zona emigraron hacia Argelia. En aquella colina juraron todos, uno tras otro, que hablarían a todos sus hijos y nietos sobre Grisel y sobre la comunidad musulmana que aquí hubo para que alguna vez la sangre de los que tuvieron que marchar volviera a estar presente en este lugar.

- Y así ha sido.

Pasó el tiempo y Jasuf, que había quedado maravillado al conocer Grisel, quiso llevar a cabo aquella promesa que hizo un ancestro suyo. Cuando

llegó a Argelia, un año después de conocer Grisel, propuso a su familia marchar a España para vivir en el pueblo.

Éstos aceptaron gustosamente, pero cuál fue la sorpresa de Jasuf al descubrir que, aún habiendo encontrado un puesto de trabajo fijo, no podía cumplir su sueño; no podía llevar a cabo la promesa que él mismo hizo al escuchar en boca de su abuelo aquellas palabras.

Una Ley española no le permitió llevar a su familia hasta Grisel. Jasuf sintió en ese momento lo mismo que sus tatarabuelos. A ellos les arrancaron de su tierra, a él no le dejaban vivir en la que ya sentía como su tierra.

Las hojas del calendario lunar pasaron incesantes. Era una fría noche de invierno y el nieto de Jasuf cumplía al día siguiente los diez años. Jasuf se acercó a él y, con la esperanza de que algún día su nieto conociera Grisel y viviera en el pueblo, le contó la historia que su abuelo le había contado a él el día en el que cumplió los diez años.

“Y Dios me hizo mujer...”
Leyendas de Mujeres Moncaícas
María Luisa Gomez y Gascón
(Categoría adulto. Primer Premio)

*En verdad, en verdad te cuento, Moncayo:
No hay nada más poderoso en el mundo
que una mujer.*

*A todas las moncaícas,
las del pasado, las del presente
Y las de un mañana de esperanza*

Centinela del aire

*Con el pasado a mis pies,
león manso y domesticado.
Con el futuro abierto,
al otro lado,
desafío vientos y tempestades.
Soy magnífica,
altar de aire, de fuego,
mujer de agua y de tierra.
(Gioconda Belli)*

Él me decía siempre: algún día te llevaré a que conozcas el mar. Entonces yo era muy joven, apenas quince años sobreviviendo entre bosques y barrancos, y, mientras escuchaba sus promesas, miraba las huellas que sus manos, dibujadas de colinas sin volumen con el hollín del carbón, dejaban en mi piel y creía a prueba de fuego que aquellos dedos grababan en mi vientre la rosa negra de su veraz compromiso.

Y, al llegar el otoño, mi vida se limitaba a aguardar, impaciente, que la noche cubriera de discrección y silencio hoyas y barrancos. Y cuando apenas se divisaban las formas de las piedras y las sendas parecían perderse en la negrura de los bosques, yo me arropaba con la manta de mi abuela Amadora, la americana, y tomaba el angosto camino que surcaba la orilla del barranco de Morca hasta llegar a su cabaña. Corría ágil, saltando entre bardas y piedras y troncos carcomidos, hasta que el aroma de la carbonera me llenaba la piel de deseos y sentía el olor acre del salitre y del carbón como una llamada urgente al amor sin término, a la piel alerta, buscando al hombre que, quizás, aguardaba el sonido de mis pasos de ardilla sobre la hojarasca. Y, tal vez, fumaba un pitillo al tiempo que vigilaba el humo de la carbonera, mientras su corazón, quizás, sólo quizás, atendiera ardiente a la mujer que aparecía cada noche.

Yo llegaba sudorosa a pesar del frío o de las nieves tempranas que en alguna ocasión cubrieron la senda. Atravesaba el bardizo que protegía la carbonera y asomaba mi rostro de niña por la puerta de la cabaña. Él estaba con el torso desnudo, frente al fuego y el reflejo de las llamas en su piel le daba a su cuerpo un aspecto sobrenatural. Entonces, Damián arrojaba el pucho del cigarro en la hoguera y venía hacia mí. Me recostaba sobre las pieles de oveja y, con destreza montaraz, me sacaba las faldas, las enaguas y las medias hasta dejarme desnuda frente al fuego. Y yo sentía que el mundo se acabaría en el próximo instante y me aferraba ansiosa a su torso divino y salvador. A fuerza de caricias, mi piel quedaba surcada de tiznes de carbón y de saliva, hasta que una semilla húmeda y brillante me recorría las piernas y dejaba en mis muslos la estela de un caracol gigante. Luego, entregados a una duermevela de animal en celo, contemplábamos las llamas desnudos y saciados, mientras el salitre de la carbonera susurraba un cántico de amor antiguo.

Eran tiempos de otoño bien entrado, cuando las hojas de los robles se vuelven ocres y esperan, prendidas en las ramas, un viento que las lleve hacia el fondo del barranco, cuando el lobo baja a las tierras del valle, y los tejones se acurrucan en sus guaridas a esperar la primavera. Entonces, los carboneros suben a las laderas de Morca y de Lobera para comenzar la tarea de cortar la madera, limpiar las plazas donde asentarán las carboneras, y adecentar las cabañas desde las que los carboneros vigilarán la olla día y noche, hasta que el carbón esté cargado sobre los mulos para llevarlo a vender. Y, con el otoño, aparecía Damián. Llegaba con su macho hasta el lugar más recóndito, donde el bosque está poblado por los robles más grandes y frondosos del Moncayo. El camino pasaba muy cerca de nuestra casa, y yo, mientras descascarillaba judías secas, le veía llegar por detrás de los fresnos, astral y alforjas al hombro, caminando delante de su abrió. Damián hacía un alto frente a la puerta de mi casa, encendía un cigarro y me miraba de reojo. Y yo recibía el mensaje de la brasa ardiendo entre sus labios.

A Damián le amé toda la vida y le creí durante cinco inviernos. Que me llevaría lejos del Moncayo, muy lejos, a las tierras de la costa, donde se podía ver el sol caer como una bola de fuego sobre la línea del mar. Y tierra y cielo se confunden y no hay nada en los ojos que te impida ver dónde acaba el mundo, chavala, me decía, mientras miraba el humo de la carbonera como si sintiera las brumas del mar. Yo me zambullía en el fondo de sus ojos azules, y la carbonera se reflejaba en ellos como un volcán surgiendo de las aguas del mar. Pero, entonces, le creía con la fe ciega de la pasión y no comprendí el presagio que sus ojos me anunciaban.

Cumplí los veinte años entre los brazos de Damián, una madrugada furtiva de diciembre. Aquella noche, sus ojos expresaban algo que yo aún no conocía: la tristeza. Cuando el alba comenzó a abrir la negrura de la noche de invierno, sentí que aquella sería la última vez. Su mirada andaba distraída, sobre cualquier rincón de la cabaña antes que posarse en mis ojos.

- ¿Te vas, Damián?

Aquello no sonó a pregunta. Algo en la garganta me impidió entonar la voz con soltura.

- ¿Qué dices, mujer?

- ...Tu piel está fría y no miente...Y yo... es como si me fuera a caer en una poza muy negra cuando cierro los ojos.

Él no me contestó.

La carbonera estaba apagada, llevaba dos días de refresco y al día siguiente comenzaría la saca del carbón. Y Damián bajaría a la aldea y no volvería al monte hasta la próxima temporada.

Me vestí despacio y me envolví en la manta, dispuesta a marcharme.

- Prométeme que me llevarás a ver el mar.

Le acaricié la mejilla.

- Por favor...

Pero Damián me apartó la mano.

- Anda, chavala, mueve ya, que la Amadora se habrá despertado y no te encontrará en la cama.

No pude ver las rosas de hielo que el rocío de la madrugada había dejado sobre las piedras del camino porque iba llorando. Al llegar a casa, me acosté en el jergón. Hacía frío y yo llevaba el corazón helado. A través de los cristales ahumados de su ventana, la abuela me vio llegar envuelta en la manta, pero nunca me dijo nada.

Vivíamos lejos de Almanzora del Moncayo, una aldea perdida por estos montes indómitos, de la que sólo quedan unas pocas piedras en pie. Ahora, ni los pastores más viejos podrían retomar la cegada senda que condujo en otros tiempos hacia el poblado. Mi padre era carbonero, y, como todos ellos, desde niño se había acostumbrado a permanecer solo en la montaña durante largas temporadas. Al morir mi madre, nos llevó a mi abuela y a mí a vivir a la Hoya de Los Cerezos, un barranco escondido cerca de las carboneras. Allí, reparó una cabaña con piedras y vigas de rebollo, construyó un buen hogar para no pasar frío y vivimos durante mucho tiempo.

Aquella primavera bajamos a la aldea para las fiestas del Corpus. La abuela me había cosido un vestido de lino blanco, me había peinado con una trenza y entre los mechones había insertado jazmines blancos y una azucena. En el baile de la tarde vimos a Damián con una mujer del brazo. Era muy morena, y llevaba un mantón de flores rojas recogido con un prendedor por delante del pecho. Mi padre, sin saber nada del asunto, le saludó con buen talante.

- Cómo va esa vida, Damián.

El se puso muy serio y levantó el pecho orgulloso.

- No nos vamos a quejar. Esta es mi mujer. Román. Carmen, se llama.

Las banderitas que adornaban el cielo de la plaza empezaron a darme vueltas, como palomas vertiginosas de audaces colores. La abuela me apretó el brazo.

-Muy linda muchacha -dijo la abuela-. Parece usted forastera.

La mujer se desabrochó el mantón y, al separar los brazos, vi que los frunces de su vestido mal disimulaban un vientre abultado.

- Es de Cartagena -afirmó Damián.

- De puerto de mar...Mira qué cosas -dijo la abuela mirándome.

- Ya me había contado que andabas por los astilleros de la Costa, cortando madera -dijo mi padre.

Yo no abrí la boca. A Dios gracias, marcharon enseguida hacia el quiosco de los músicos para tomar un refresco. Y a pesar de que yo no le quité la vista ni un instante, Damián no me dirigió la mirada ni aun de lejos. Yo no me moví del brazo de la abuela durante el resto de la tarde. Padre me miraba extrañado. Me trajo una zarzaparrilla fresca, pero en el primer sorbo algo se me revolvió por dentro y no pude tragarla.

- Nos volvemos a casa. Román. La chica lleva el cuerpo raro esta tarde. Quédate tú otro rato y no te apures en regresar.

Padre asintió con la cabeza y yo bajé los ojos.

- Pocos colores tienes nunca. Pero hoy estás como la hierba de agosto - replicó mi padre.

Cuando volvimos estaba ya anocheciendo y la abuela Amadora se detuvo a recoger rosas silvestres por el camino.

- Esta chiquita se quedó con ganas de ver el mar. Pero no te apures. Ese sólo tiene de hombre lo que le cuelga entre las piernas.

Yo no alenté palabra. Luego, me echó los pétalos de las rosas por el cabello.

Cuando llegamos al río, me dijo que me descalzara y me mojara los pies y las manos en el agua y recitó alguna letanía en su lengua materna. Tomó mis sandalias en la mano y llegué a casa con los pies descalzos. Nos sentamos en el banquero de casa. La noche tibia y el olor de las flores del saúco y de las madre selvas llenaban el aire de pensamientos dulces y serenos. Por el hueco de las hojas del saúco se podían ver los luceros del cielo.

- ¿De cuántas faltas estás. Clara?

- De tres -le dije.

La abuela Amadora sabía más de lo que yo me imaginaba. Y gracias a Dios estaba de mi lado.

- ¡Ay Virgencita, qué trazas tienen las mujeres de esta casa! Tu padre ha de saberlo...Yo se lo diré en su momento.

Yo me quedé mirando hacia la oscuridad de la floresta. Las lágrimas rebeldes me caían como rocío a destiempo.

- Clara, lo que me apena es que no podré ayudarte en el parto. Llevo una temporada que me dan unos vahídos extraños. Quizás para entonces...

- ¡Abuela!

- Es mejor afrontar las cosas en su momento, mi'jita. Pero ya verás como tu hija saldrá como una trucha. No te apures y confía en esta vieja.

A mi abuela, le decían “la americana”, como al abuelo. Él nació en Almanzora del Huecha y de joven se embarcó para las Américas. Años después volvió a su aldea con Amadora del Carmen y con un niño que parecía recién salido de los cafetales. El niño llevaba su mismo nombre. Román Poncebo, mi padre. Madre e hijo tenían la piel oscura y recia y ella, a sus ochenta años, aún conservaba el cabello como escoria mojada.

Mi abuela Amadora del Carmen fue siempre mujer sobria, de pocas palabras y de gestos firmes. Jamás parecía dudar de lo que hacía. Lavaba la ropa con energía y paciencia y cuando tocaba el agua que bajaba de los ventisqueros parecía que se templaba al contacto de sus manos siempre calientes. Yo, desde que era niña, la ayudaba a enjabonar las sábanas con jabón de sebo y cenizas. Solíamos lavar sobre unas grandes piedras lisas en la orilla del río que discurría por el solitario barranco donde vivíamos. Un día le dije que me contara cosas de su tierra. Mi abuela siguió lavando como si nada hubiera escuchado. Yo insistí y le pregunté entonces cómo había conocido al abuelo. Ella dejó de lavar, me miró con unos ojos como pozas sin fondo y me contestó:

- Yo no tengo pasado. Lo arrojé al fondo del mar y llegué aquí livianita. Clara. Desde entonces, todas las noches cuando me acostaba en el jergón de paja a dormir, cerraba los ojos y me imaginaba cómo sería aquel mar lleno de recuerdos azules y de historias misteriosas fondeando a la deriva. Y soñaba con sirenas que leían en libros de piedra, llenos de algas, la vida de mi abuela.

Amadora sabía leer y escribir con soltura de maestra de escuela y tenía un armario lleno de libros escritos en una lengua antigua e indescifrable que nunca permitió hojear a nadie. Una vez consiguió que el viento fagüeño, capaz de arrancar los robles más lozanos de cuajo, dejara de soplar y que mi padre pudiera salvar la carbonera que el viento le había desenterrado, con gran riesgo de que todo el rebollar se prendiera y de que él hubiera muerto abrasado por las llamas enfurecidas. Yo lo vi con mis propios ojos, y nunca lo olvidé.

Pero los presagios de la abuela Amadora se cumplieron. Las fiebres le hicieron perder poco a poco la cordura y en sus últimos tiempos se adentraba en los bosques, gritando en su lengua materna. Quién sabe qué cosas diría. Mi padre salía en su busca y a veces tenía que traerla atada de pies y manos a lomos de la muía, pues no había forma de hacerla entrar en razón. Yo le cocía infusiones de amapola y beleño para calmarla, pero llegó un momento en que nada aliviaba sus tormentos y una madrugada desapareció para siempre. Padre y yo, que ya estaba cumplida de siete meses, la buscamos durante siete días y siete noches por La Silleta del Rey, por Los Pozos de Borja, los Prados de Santa Lucía, el Horcajo, pero nunca dimos con sus huesos.

Y tal vez fue el ajetreo de la infructuosa búsqueda, o quizás la tristeza de haber perdido a la abuela, o la añoranza que Damián dejó en mi pecho, - seguramente la mezcla de todo ello- pero ocurrió que el parto se me adelantó más de la cuenta. Días después de la desaparición de la abuela Amadora, bajé al barranco a lavar las mudas de mi pequeña para tenerlas limpias a la hora del alumbramiento. El agua del río, en su desliz, me hacía recordar las canciones de la abuela, su sonrisa siempre dispuesta en aquella

boca ancha, sus manos fuertes restregando contra las piedras las sábanas de cáñamo.

Al acabar de aclarar las ombligueras y los baberos, me alcé para tenderlos al sol sobre un espino y algo se me rompió en las entrañas. Una bocanada de agua tibia me corrió muslos abajo, como tiempo atrás lo hizo la semilla de Damián entre mis piernas. A la sombra de un fresno, me coloqué en cuclillas para mirar qué era aquéllo. Me relampagueó el vientre y me agarré fuerte a una rama del árbol. Eran dolores cíclicos, una vez, dos, tres. Entonces, en cuclillas, al cuarto dolor, el más insoportable, empujé hacia la tierra con todas mis fuerzas, empujé de nuevo y coloqué mis manos debajo del vientre porque algo se escurrió veloz...como una trucha de La Huecha. Era una niña. La tomé entre mis brazos y me la acerqué al calor de mi pecho.

- Marina. Así te has de llamar -dije.

Luego, me tumbé en la hierba a la sombra del fresno y me quedé dormida. Padre me despertó y nos llevó a la niña y a mí a casa envueltas en su manta.

Damián no se volvió a parar frente a la puerta de casa a encender su cigarro, ni tan siquiera para conocer a Marina de lejos. Ahora pasaba de noche, furtivamente, a toda prisa y con la cabeza gacha.

La abuela Amadora siempre decía “a todo puerquito le llega su San Martín”. Fue cuestión de dejar pasar el tiempo. Cinco años había cumplido Marina: el quinto invierno desde que Damián pasara de largo por la puerta de mi casa. Fue un invierno como nunca se conoció otro. Los vientos parecían haberse convocado todos en La Hoya de los Cerezos. Los hombres no se atrevían a comenzar ese año las carboneras, la leña llevaba cortada más de tres meses, aguardando a que los vendavales se apaciguaran. Seca de más por el relente árido, todos auguraban un año desastroso.

Pero Damián se arriesgó. Fue el único que se presentó en el barranco, astral y robadillo al hombro, y se adentró en el fondo del bosque. Preparó

la plaza de la carbonera cerca de un abrigo entre las piedras que se conocía como La Peña Encantada. Levantó un muro de protección de la altura de un hombre alrededor de la carbonera, esrramulló los troncos, cortó los tarugos y comenzó a preparar la olla.

Una noche, el viento soplaba de todas direcciones: del norte, cierzo frío del Pirineo; del sur, revocado de La Peñas de Herrera; del este; del oeste, agredeño. Parecía la maldición de un dios enfurecido... Temí por él y salí de casa. Tuve miedo durante el camino porque a cada paso que daba, el vendaval me hacía retroceder de nuevo y tenía que agarrarme a los salientes de las piedras para que no me arrastrara. Cerca ya de La Peña Encantada, empecé a sentir el olor acre de la carbonera. Al corazón me vinieron recuerdos de su pecho de Vulcano; a los dedos, el tacto de su piel húmeda y ardiente. Y de nuevo, me vi corriendo como una ardilla, porque quizás, aún quizás, él me aguardaría a pesar del tiempo pasado... Y ese mar soñado estaría también esperando que aquel dios tiznado de carbón, cumpliera una promesa tardía y llevara hasta sus orillas a una mujer nacida al pie del Moncayo.

Llegué al abrigo de las piedras y encontré sus enseres: el morral, las alforjas, las pieles de oveja. Por el olor que el viento me traía me orienté hasta llegar a la carbonera. Alrededor de ella, el humo negro lleno de carbonilla y cenizas me impedía ver con claridad en qué estado se encontraba la carbonera. Por todos lados, inesperadas, saltaban las chispas del carbón que el viento había destapado. Damián, poseído, se hallaba en el centro del bardizo. Corría de un lado para otro con el robadillo y la azada en la mano echando tierra sobre los huecos de la carbonera abierta, tierra que el viento se llevaba con la facilidad de una pluma hacia el oeste... hacia el barranco frondoso de Los Cerezos. Le grité y se giró hacia mí. El viento cambió de rumbo y el humo asfixiante se vino hacia los dos. No pude ver nada más. Oí un alarido y supe que Damián había sido alcanzado por las ascuas que rodaban y saltaban enloquecidas. Era como estar en el corazón de un pequeño volcán.

Recordé a la abuela la noche del incendio, cuando a padre le reventó la carbonera siendo yo aún una niña, y poco a poco me vinieron a la memoria todos sus gestos, todas sus palabras. Entonces subí a la piedra más alta, solté la manta que me cubría y elevé los brazos.

*“Vientos del Moncayo, yo os invoco.
En otros mundos los huracanes, los tomados.
Y vosotros, a su lado, sois brisa de montaña.
Vientos del mundo.
Soy la centinela del aire. Soy la espada.
Parad aquí, en las palmas de mis manos.
Volveos brisa, noche serena, agua, vida.
Y el hombre que habéis tomado en vuestras fauces
retorne a la vida”.*

Levanté mis ojos hacia el cielo y sentí una fuerza inmensa en las palmas de mis manos. Las nubes se convocaron encima del Moncayo. Sonó un trueno y comenzó a llover torrencialmente. Pararon los vientos. Un rayo cayó a mi lado y la piedra donde me mantenía rodó hacia el barranco. Perdí el conocimiento durante la caída y cuando abrí los ojos, me hallé junto a la carbonera. De ella sólo quedaban cenizas y tierra amontonadas. Ni un trozo de carbón.

Damián estaba en el suelo, sin sentido. Tenía todo el cabello chamuscado, la cara desfigurada por las quemaduras y una gran brecha en un costado sobre la que se había coagulado la sangre. Le arrastré hasta el río y le enjuagué las heridas de la cara. Luego, le arranqué las costras de sangre del costado y le lavé todo el pecho. Al contacto del agua fría, abrió los ojos pero no dijo nada. Mastiqué un poco de vulneraria, que mezclé con líquenes y arcilla y le tapé con el emplasto la herida. Luego, fui a por la manta y el abrió. Le envolví en ella y ordené a la mula que se agachara para que Damián subiera a la grupa conmigo. Una vez en el camino, miré hacia las peñas y me pareció ver la sombra de la abuela sobre ellas. La noche había quedado serena, como el fondo de una vasija de aceite de oliva.

- Algún día has de llevarme a orillas del mar ¿recuerdas?

El Lenguaje de las llamas

Tus dos pechos son muy pequeños para resumir una historia.

*Encántame, cuéntame el relato de este lunar sin paisaje
y las rosas serán tan grandes que ahogarán todos los ruidos.*

(V. Aleixandre)

- Que no, amante, que no. Que hay cosas que no se pueden entender. Por más que las pienso y dendaleo con ellas en la cabeza, no da una con el misterio...

Desde una ventana del torreón del castillo, que hace ya muchos años dejó de servir de atalaya defensiva para convertirse en casas de vecinos, Jesusa Lahuerta observa las grandes calvas que las talas de los pinares iban dejando en “El Frasnal”. Casi como por encanto -o por maldición si se piensa dos veces- de la noche a la mañana habían desaparecido gran parte de los pinos que llevaban plantados más de sesenta años en El Collado de Bellido. Jesusa vuelve la atención a las pequeñas agujas con las que teje unas medias de lana, que tal vez ya nadie usará, sin una mueca en su cara enjuta pero con un dolor hondo, como si también a ella algo le estuviera talando los bronquios. Erlinda, su nieta, le saca la piel a una mengrana en silencio y en sus ojos redondos y tristes parecen chispear los granos rojos que saltan sobre el plato. Su abuela, preocupada, la mira de reojo: la chica no hace ningún gesto, como si estuviera muy lejos de la mengrana y no le llegaran al oído las palabras de la anciana. Siempre tan callada, tan pálida, tan extraña que se hubiera dicho que no era de este mundo.

- Y pensar en lo que penamos en el pueblo, cuando les dio por plantar pinos en todos los pastos, para que ahora, que ya está una acostumbrada a verlos desde la ventana tan crecidos y todo tan verde, vayan y los tiren a mata rasa ¿Hay persona que entienda ésto? Si tu abuelo viviera...

Las agujas repican como pequeñas castañuelas en el eco de la sobremesa y parecen seguir el tono de voz de la anciana. La niña Erlinda termina de comerse el último trozo de mengrana, se levanta de la mesa y sacude las pieles del plato en el cubo de la basura. Una cuadrilla de gatos saltan de debajo de las sillas y corren hacia el cubo para aprovechar los desperdicios. La chica saca de la nevera un rastro de sardinas en una lata, abre la puerta de la cocina y los gatos salen en estampida hacia las escaleras. Erlinda cierra la puerta deprisa. Luego, enciende la televisión en blanco y negro y se escucha el serial de las cuatro.

- Si tu abuelo viviera para contarlo... Los guardas le mandaron quince pesetas de multa por entrar con las cabras al Frasnal con los pinos recién plantados. Decían que si habían tronchado las plantas de no sé cuánto terreno y sólo fueron tres o cuatro pinicos del refe los que escacharon. Pero vaya usted a discutir con los que mandan... El caso es que como no teníamos las perras para saldar la multa -de dónde, si nos daba lo justo para comer- lo metieron quince días en la cárcel de Tarazona. A peseta por día. Estaban al acecho como lobos para freímos a multas a todos los del pueblo. Tú no sabes qué vida era aquélla, amante.

Jesusa habla mientras mira hacia el Moncayo con lágrimas de equilibrista en los ojos, lágrimas que asoman a la luz y que el tiempo le había enseñado a retener sobre los párpados sin derramarse rostro abajo. La niña Erlinda mira a su abuela rabiosa, sube el volumen de la televisión y vuelve a tumbarse en el sofá que comparte con la perra Loba.

- Después de pagar su pena, a tu abuelo le dio la manía de marcharse del pueblo, como a todos los demás. Se juntaban en la cantina y, palmero va palmero viene, rondaban el discurso en hacer mala sangre contra el pueblo y en planear el marchar a Alemania, porque decían que había fábricas donde se ganaban dineros a manta, los infelices de ellos. A ver, qué iban a hacer aquí, si las cabras no acababan de sacar el morro del redil y ya tenías a los guardas encima, con el dandal de que había que cuidar los pinares, que eran el futuro de Moncayo.

Erlinda, entre el discurso eterno de Jesusa y el serial de Doña Bella, se ha quedado dormida. Tiene abrazada a la perra y su cabello se confunde con el pelo de la vieja Loba. El mismo tono rubio de miel de romero, igual que su padre. La chica se remueve desde el sueño y allí, en el laberinto de ese mundo escurridizo por el que Erlinda se mece, vislumbra una estación de trenes. En el andén, está su madre con una niña de teta acostada en un carrito y cubierta con una manta. Un hombre se acerca a la mujer y la besa. La niña tiene miedo del hombre que se lleva a su madre detrás de un vagón de equipajes, porque intuye que le quiere hacer daño o llevársela lejos... La nena se queda sola en el andén y llora asustada. Erlinda gime desde su sueño, se revuelve y se agarra a la perra Loba.

En la vigilia, Jesusa Lahuerta continúa haciendo media y escucha los quejidos de su nieta. Vuelve los ojos hacia ella y se levanta despacio. Los huesos no le dan ya para moverse con ademanes de felina. Ahora lleva las piernas como un tambor de vejiga de oveja, y al andar emite un silbido como el viento cuando pasa entre las hojas de los pinos. Jesusa toma una manta medio raída de encima de una mecedora de mimbre, la sacude con fuerza y las pelusas de gato invaden el aire de la cocina. Luego, extiende la manta sobre su nieta, apaga el serial y echa un palo de carrasca al fuego. Después, pone un jarro de agua a hervir y esparce una mezcla de hierbas sobre el agua.

- Quizás hubiera sido mejor que me hubiera marchado con él al quinto carajo, cuando me avisó de que tenía todo listo para que me fuera con la cría pequeña ¡Ay Dios mío! que así no hubiera pegado mi chica con semejante desalmado.

Jesusa cierra la ventana que da al Moncayo. La tarde pardea y el viento llega hasta el torreón a ráfagas heladas, mitad ventisca, mitad aire agredeno. Los gatos arañan la puerta y la anciana les abre para que se acurruquen en el hogar. Luego, recoge la cestilla donde guarda las lanas y las agujas y se sienta al abrigo de la carrasca rusinge sobre una silla baja.

Erlinda sigue dormida, respira con fuerza, tan lejos del tiempo de la cocina y del discurso de su abuela, allá en un mundo de hombres que corren por las callejas de una extraña ciudad. Ella está escondida en un zaguán por el que se asoma con cautela. Desde allí, los ve pasar hacia el final del callejón: calles angostas con esquinas peligrosas donde los revólveres se descargan sin dedos que accionen los gatillos, disparos ciertos que esperan al hombre que besó a su madre, a ese hombre sin rostro que vendrá una noche u otra, un sueño u otro, para morir en una esquina como un perro cualquiera...

El agua hirviendo hace saltar la tapadera del puchero. Jesusa se levanta y la aparta del fuego. Pasa las hierbas por un colador de alambre y deja un cuenco de líquido ambarino encima de la mesa.

- Al menos, con la cola de caballo y la salvia me desemboto la tripa. Quién te ha visto y quién te ve, Bartolomé. Con lo fina que yo era, con el pelo lleno de ondas negras y unos ojos tremendos que me azuleaban en la cara como el aciano en los trigales. Pero me he desfigurado el cuerpo a puro de trabajar a todo como un hombre: a las tierras a sembrar patatas y judías, a fiemar los campos cargando banastos y banastos con los abríos; a matarme la espalda tejiendo abrigos para las tropas de Alemania a duro la pieza pesada...Que con treinta y cinco años viuda y tres bocas para callar las hambres, no he tenido poco que penar, no, bien lo sabe la Virgen del Rosario. Que cada una ha llevado su cruz, pero no sé cuál sería peor: si la suya o la mía. Y que Dios me perdone por blasfemar.

Erlinda se remueve entre sueños al ver la sangre que se agolpa en charcos oscuros entre los adoquines del suelo, sangre de hombre impetuoso herido de muerte; sangre de virgen niña, de rosa roja traicionada, que desciende por las piernas recias del hombre malo, que baja por las piernas blancas de la niña y corre por el zaguán y pasa deprisa, habilidosa entre los pies de Erlinda, sin rozar sus botas. Y la chica se queda inmóvil y jadea asustada pero no se atreve a gritar, porque no hay nadie que la oiga. Sólo su abuela la siente desde este lado, en la vigilia de la cocina, pero no sabe qué anda soñando esta chica, tan preocupada me tiene, que parece que ni siente ni padece, y lo que llevará por dentro dios mío, que no le asoma ni una miaja de alegría por salir, por ver mundo, como cuando yo estaba en la flor de la vida.

La perra Loba mira a Erlinda con los ojos muy abiertos, como si entendiera sus sueños. Levanta la cabeza y se acopla al lado de la joven casi sin moverla y apoya su hocico entre las patas delanteras.

- Mira la Loba, que parece entender más que muchas personas. Pero lo que más siento yo de todo es que esta chica no haya tenido unos padres que cuiden de ella, igual que le pasó a mi madre Erlinda, que las dos nacieron sin decir un mal ¡ay!, y las dos se criaron sin calor de padre alguno que las mantuviera. ¡Válgame Dios, que parece como si en esta familia no sólo se heredase la mudez sino también las desgracias!

Jesusa echa un tarugo a la lumbre y aviva el fuego. Las llamas relucen anaranjadas y despiden sombras embrujadas que se deslenguan y parecen comunicar un mensaje de otros tiempos. Erlinda sigue dormida y en sus sueños la sangre no para de extenderse, y dobla las esquinas de las calles tortuosas y recorre una estación de ferrocarril; sube las escaleras del tren y el tren se marcha desbordado de sangre, y sigue su curso entre railes, kilómetros de vías, hasta llegar a los pies de la madre, tan cerca de la niña de teta, y allí se detiene y se empoza en un charco que salpica de rojo sus zapatos blancos...

Erlinda se despierta temblorosa y mira en silencio las lenguas de fuego que abrasan la carrasca. Jesusa no advierte que la niña está despierta y continúa su plática.

- Que sólo me queda en el mundo esta perra y mi nietica. A ver, cómo me voy yo a la Residencia, como me dice Don Luciano cada vez que voy a misa, y dejo yo a mi nieta sola. Bastante ha pasado ya la criatura con esos padres. Y mira que se lo advertí veces a mi hija: que no vayas con ese alcalero, amante, que tiene unos prontos mucho raros. Pero ella se enamoró de ese quincallero de navaja al cinto y a Tenerife se fueron los dos amontonados, sin pasar ni por la iglesia, pero con una cara de felicidad que daba gloria verlos en la ventanilla del correo.

Erlinda escucha vigilante el discurso de la abuela. Los reflejos del fuego ondean en su cabello, recorren su melena y desaparecen, como espectros de

tiempos pasados. Cuando Jesusa cambia de agujas en la calceta, mira a la nieta de soslayo, pero ésta cierra los ojos como si durmiese.. quiere saberlo todo, oculta por la penumbra de la cocina.

- Mi chica me escribía postales de playas con palmeras y hoteles tremendísimos con piscinas llenas de gentes en bañador. Y me contaba que trabajaba de cocinera en un restorán italiano y que aviaba unos fideos largos que les dicen espaguetis y unas tortas de pan chaticas con tomate y queso. Luego parió a los chicos mayores, Juan y Perico, y, pasados ya los cinco años desde que se marcharon, vinieron con los crios para quedarse conmigo hasta el final del verano. Pero el verano pasó y pasó el invierno y aún no se habían marchado. No les iría tan bien, digo yo. El caso es que se acomodaron aquí y otra vez la casa llena de crios, válgame Dios.

Erlinda abrió los ojos y su abuela captó el relumbre de las brasas en su mirada de adolescente.

- ¿Ya estás despierta, hija? Anda, voy a calentarte un vaso de leche, a ver si te espabilas, y algún día suelta la lengua el ratón.

Erlinda mira a su abuela con el ceño fruncido. La anciana se levanta del hogar y pone un jarro de leche al fuego. Erlinda se abraza a la perra y cierra los ojos, pero la sangre la persigue en la oscuridad de la vigilia y vuelve a abrirlos para escapar del recuerdo de la pesadilla. Jesusa vierte la leche caliente en un tazón, le añade un poco de cacao, saca unas galletas de una caja de latón y le acerca la merienda a su nieta.

- Ya habrás estado escuchándome decir tonterías toda la tarde...

Jesusa coge su cuenco de hierbas, bebe un sorbo largo y posa su mirada en el líquido... Algún día la chica habrá de saber la verdad y mejor que sea de boca de su abuela. Que la gente es mala y están por fastidiar, aunque sea a una cría inocente como ésta.... Luego, recoge unas acelgas de una cesta. Abre el cajón de la mesa y saca dos cuchillos para quitar las hebras de la verdura. Erlinda se sienta a sus pies en un cojín. En el fondo de sus ojos

yacen reflejos de llamas que tiemblan y parecen preguntarle a la abuela. La anciana azuca las brasas hacia el interior del hogar y respira hondo.

- Ya tienes quince años, amante. Eres una mujercica y seré yo quien te lo cuente antes que nadie. Pero antes, es menester que comprendas que en esta vida todos tenemos razones para hacer lo que hacemos. Y, a veces, el destino de cada cual es un misterio.

La anciana se acomoda en la silla y mira de frente a Erlinda. Ésta mantiene sus ojos interrogantes sobre la mirada de su abuela. Las llamas del hogar están ahora pacientes y serenas, como si esperasen a escuchar las palabras de Jesusa.

- Cuando volvieron de las Islas, tus padres se quedaron a vivir en esta casa. En el piso de abajo, se apañaron una cama y un armario y tu padre apartó un rinconcico de la alcoba con un tabique fino para que durmieran los crios. Yo no tenía más para ofrecerles: entonces aún no tenía las cuatro perras que me dan, porque tu abuelo murió joven y no pagó lo bastante de la cartilla para que me quedara una pensioncica decente. Tu padre se marchaba a la aceituna, a la uva, a la manzana; saltaba de casa para buscarse un pedazo de pan donde hiciera falta, eso sí. Pero, de lo que ganaba, se gastaba todo y aún hacía corto. A tu madre no le daba un real, hija mía. Y la chica se dejaba la vida fregando suelos para los ricos del pueblo, trabajando por los bares, por aquí y por allí y aún le daba a su marido alguna perra. Estaba cada día más estropeada, no paraba de fumar, bebía cerveza a 'cualquiera' hora y tenía a los crios cada vez más abandonados.

Erlinda deja el cuchillo de limpiar las acelgas sobre la mesa, está absorta, embebida en la historia que su abuela le cuenta. Jesusa se levanta y pone una olla con agua sobre el trébede para que se caliente.

- Esta noche vamos a preparar la verdura como antaño, Erlinda. Que la historia es larga y tenemos tiempo de cocer las acelgas al fuego. Doraremos unos ajos en aceite con unos taquicos de tocino y una pizca de guindilla y verás qué cosa más buena...Tetica de monja.

La perra Loba se sienta al lado de Erlinda y mete el hocico entre sus rodillas. Jesusa termina de echar la verdura en el agua hirviendo, prepara los ajos y corta una tira de panceta de la despensa para trozearla en pedazos pequeños... Y esta nieta mía, con lo aguda que es aunque no suelte prenda, yo sé bien lo que lleva por dentro. Es igual que mi madre de talentosa y discreta, a ella le ha salido, a ella.

- Un día llegó la Guardia en busca de tu madre, amante. Era verano y el aire de las fiestas de los pueblos se respiraba en las noches bullagueras. Por entonces ya no tocaba la charanga ni salían los jóvenes al baile de la plaza, con sus camisas blancas, sus fajas prietas y el pelo reluciente de brillantina. Fue el primer año que empezaron a traer esos conjuntos de moda que tocan en la plaza rancheras y músicas modernas hasta ser de día. El caso es que eran las fiestas de un pueblo cercano y tu padre se fue con otros de parranda, pero todos volvieron menos él. Le dieron una paliza de muerte y cuando los guardias lo encontraron, apenas si le quedaba aliento. Lo llevaron a vida o muerte al hospital de Torrero.

Erlinda mira con ojos de asombro a su abuela y golpea dos veces en la mesa con el mango del cuchillo para que prosiga.

- ¡Ay, hija mía! Si hubiera robado, si hubiera muerto a otro en pelea como un hombre, si hubiera...qué sé yo, cualquier cosa menos lo que cuentan... Y todo el pueblo se le echó encima cuando encontraron a la niña corriéndole la sangre por abajo, con doce añicos la criatura...

Jesusa aguanta apenas las lágrimas que al fin le caen por los surcos de su cara. La niña Erlinda tiembla y se arrima a las piernas de su abuela buscando cobijo. En sus ojos brilla el metal del cuchillo. Luego, le tira a su abuela de las sayas con fuerza.

- ¿Aún quieres saber más, Erlinda? Pues en el juicio se probó que la sangre de la niña era la misma que la que encontraron a tu padre desperdigada por la pernera. Y salió culpable. Diez años le pusieron de condena. Pero tu madre nunca lo creyó, para ella fue siempre inocente.

La niña señala a su abuela y aprieta los labios. Jesusa comprende que la niña quiere saber qué piensa ella.

- Yo, amante, creo que la Justicia obró bien por esta vez. Que tu padre perdía la cabeza cuando empinaba el codo y era capaz de todo. Tu madre se dio mala vida desde entonces. Decían que si andaba por ahí con unos y con otros, deshaciendo familias... Yo la recogía cada vez que venía a casa, ¿qué había de hacer si era mi hija? Luego, con el tiempo, tu padre consiguió algún día de permiso y ella se bajaba a Zaragoza para encontrarse con él. Entonces vino preñada otra vez y ya sabrás quién nació.

Erlinda mira hacia el fuego y se señala con el dedo en el pecho.

- Sí, hija mía. Así naciste tú. Con tu padre preso y tu madre sabe Dios en qué condiciones porque ni un médico la vio en todo el tiempo... Pero cuando barruntó que le faltaba poco para cumplir se quedó en esta casa, y aquí te parió. Fuiste la niña más hermosa que haya venido de madre alguna. Yo misma elegí tu nombre. Erlinda, como mi madre, porque eres igual que ella: mudica y con el mismo aire de no ser de este mundo...

Jesusa suspira y vuelve los ojos a su nieta. Erlinda, fascinada, mira el fuego del hogar.

- Alcánzame una sartén. Ahora, hay que freír los ajos y el tocínico. La chica se levanta y le alcanza la sartén por el mango. Luego, saca el puchero de acelgas cocidas, escurre el agua en el fregadero y se sienta de nuevo en el cojín, al lado de su abuela.

- Cuando naciste, tu madre cambió. No tenía ojos más que para sus tres chicos. Pero aún no tenías tú el añoico, cuando recibió una carta. Alguien la escribió por tu padre, y en ella le avisaba de que la esperaba tal día como hoy en la estación de Delicias. Ella acudió al encuentro y algo se traerían a vueltas porque aquel mismo día tu madre volvió a subir al pueblo y se os llevó a todos a Zaragoza.

Jesusa echa los ajos en la sartén y vuelve a posarla sobre el trébede.

- Anda, hija, echa las acelgas en la sartén, que yo estoy falsa para esfuerzos. Y me traes una guindilla de la despensa.

Erlinda se levanta de nuevo y mientras vierte las verduras en la sartén con una rasera, recuerda, muy lejano, el sonido de los trenes, el olor metálico del gasóleo y el tacto de una piel que le raspaba las mejillas, pero en el laberinto de su memoria no puede encontrar el rostro de su padre.

- Sería la primera y última vez que le vieras, amante, porque le habían dado un permiso de tres días y le entró la mala tentación de escapar. Para mí, que tu madre no huyó con él por no dejaros a vosotros. Lo más seguro es que os llevara a Zaragoza porque barruntaba que nunca más volveríais a veros todos juntos.

Jesusa tapa la sartén con una corbetera de porcelana y aparta el trébede hacia el orillo del hogar. El fuego se aviva y las llamas crecen y disminuyen con rapidez, como la lengua de un dragón legendario.

- Él huyó al extranjero, y parece ser que llegó a Italia. Ya iba bien encaminado antes de salir de la cárcel, ya. Alguna vez aún nos llegó alguna postal escrita con nombre falso y a tu madre se le caían los lagrimones a puñados cuando leía las cuatro letras que mandaba tu padre. A ver esa guindilla, que se nos pasa el guiso, Erlinda ¿Qué estás dendaleando? Mira qué pálida te has puesto...

Erlinda lleva la guindilla muy prieta entre los dedos y sigue mirando las llamas. En ellas, se dibujan sus recuerdos y se van desvelando esos sueños que tanto la agitan: el llanto de una niña en brazos de su madre, junto a ellas un hombre que en el último segundo toma a la niña, unos ojos redondos y tristes como los suyos, el cabello color de la miel del romero, los labios gruesos, la piel tan pálida. Su padre, quizás su padre. Y un tren que llega, que llega desde tan lejos, y el hombre devuelve la niña a los brazos de la madre y sube al tren y su figura se desdibuja entre vapores y lágrimas...

-... a nombre de tu madre, comunicando la muerte de su marido, entró ya muerto al hospital, con...

-...un disparo de revólver que le hizo desangrarse antes de que nadie le ayudara. En la esquina de un callejón sucio y oscuro, como un perro cualquiera...como un perro cualquiera -acaba Erlinda.

- ¡Válgame Dios, hija mía!

Jesusa se asusta al escuchar por primera vez la voz de su nieta. La niña Erlinda tiene los ojos muy abiertos y sigue frente al hogar descifrando las llamas que se deslenguan, que le ofrecen un mensaje que no es de este mundo y que sólo es para ella. Su abuela recobra el aliento...Igual que mi madre Erlinda, la adivinadora, que predecía los sucesos antes de que hubieran ocurrido y, como también nació muda, los escribía con un tizón en el suelo cuando le venía la gracia. La misma mirada de hielo, el mismo aire extraño la rodea. Es como si la vida diera vueltas alrededor de este Moncayo una vez y otra, y otra...

Erlinda mira a su abuela y vuelve a posar sus ojos sobre las llamas.

- Ellas me lo contaron muchas veces, abuela, las llamas. Es como si yo hubiera vivido antes de tiempo. Y después me hubiera dormido y hasta ahora no hubiera despertado. Por eso tenía esos sueños... Y ese nudo en la garganta que no me dejaba hablar.

- Media vida daría porque hubieses conocido a mi madre, amante. Qué bien hubieras pegado con ella.

Jesusa mira a su nieta con ternura. Luego, aparta las acelgas del fuego.

- Anda, vamos a cenar, que ya son horas. Ya te dije yo que la noche se presentaba larga. Menos mal que estas acelguicas nos van a dejar como nuevas.

Erlinda saca dos platos de porcelana de la alacena y sonríe a su abuela.

La poesía no sirve para nada

Sergio Navarro Villar

(Categoría adulto. Segundo Premio)

Cada día que pasa hay gente más rara por el mundo. Lo hablábamos la noche del lunes con Tomás, el recepcionista de la hospedería de Veruela, mientras veíamos la última edición del Telediario en su compañía. Salía en la pantalla gente zumbada. Gente que mata a otra gente, así, por las buenas. Sin motivo. Gente como aquella de la que hablábamos el otro día en el periódico, porque Peña, el jefe de cierre, se empeñó en dedicarles la contraportada. Joder. Todos desnudos y correteando por Central Park, hala, a las seis de la mañana, contentos, felices, orgullosos. El fotógrafo que organiza y se atribuye estas performances habla ese inglés norteamericano que a veces se escapa en las teleseries mal dobladas. Ese inglés que se pronuncia con un trozo de pizza en la boca. Ha ocupado minutos en los telediarios y en los programas de cultureta alternativa. Como digo, también Peña arrastrará su parte de culpa. Es un nuevo Dios, una nueva religión, que profesan por igual en Nueva York que en Londres. Promete atacar Madrid. Volvemos a los orígenes. Desnudos. Risueños. Felices. Sensaciones

hace tiempo desterradas de nuestra memoria colectiva.

Tomás dice del fotógrafo que es un gordo marrano. Lo dice provocando, claro. Para que le regalemos al oído alguna otra historieta de periodistas curtidos por el oficio. Para que nos saquemos esta noche de la chistera alguna anécdota de presidentes o ministrillos, inventada, fingida, vivida o escuchada. Qué más da. El caso es matar el silencio que atenaza los sillares de este monasterio. Pero Marcos y yo no estamos muy por la labor de ejercer de humoristas esta noche porque hemos venido obligados a cubrir el Seminario de Poesía últimísima Española, como si a alguien en estos tiempos le interesara la poesía. Yo me encargo de las fotos, Marcos del texto. “Marcos, que nos la están jugando. Que en local se cuece algo gordo. Que el cabrón de Marquina quería campo libre para trabajarse a la becaria, te lo digo yo. Que ya sabes de qué pie cojea”：“ Y qué”, me decía él de camino a Veruela”. Visitamos el monasterio, nos leemos el dossier, cenamos y al día siguiente de vuelta. En local nunca pasa nada En local, créeme, nunca pasará nada”. Y así ha sido, nos hemos dedicado a ver pasar la tarde por entre los claustros, gótico y renacentista, de este monasterio. Este Marcos también tenía en tiempos algo de renacentista: ahora es simplemente un tío práctico, que se adapta a las circunstancias.

Me he tomado mi tiempo para fotografiar, usando distintos filtros, con distintos objetivos, esta naturaleza muerta que son los monasterios. La torre del Homenaje, la casa de los jesuitas, la iglesia, el palacio de los abades, los jardines románticos... Hasta la sala de los difuntos, del siglo XIV, donde preparaban los cadáveres. La señorita casi se sentía culpable de algo de lo que ni ella ni yo éramos responsables, el repentino mareo de Marcos. “La tensión, no te preocupes, la tensión”. Y despacito, como los monjes de antaño, lo he llevado hasta la hospedería. Parece que el bourbon es un buen tónico.

Hemos encontrado compañía en los brazos de un Jack Daniels, o dos, o qué sé yo, que al menos a mí me han hecho rejuvenecer unos cuantos años. Es que ya llevo casado demasiado tiempo. Esa puede ser una buena pista. Nos ha invitado Tomás. Quizá mi cara denota que no quiero acostarme

temprano. No hoy. Marcos sigue absorto en sí mismo, acariciando el vaso. Como si le hablara bajito. Pero le habla sin mover los labios. Está muy callado, Marcos. Un poco raro. Antes de marcharse como corresponsal por ahí, era un tipo que hablaba por los codos, siempre sonriente, al que no había manera de acostar. Que amanecía en los bares, vamos. Y hoy ni siquiera se ha animado a cenar en Vera, en uno de sus dos restaurantes. “Vamos, Marcos, que está aquí al lado”. “Que he dicho que no voy. Que me quedo aquí. Para qué nos vamos a ir”. Así que hemos cenado pero que muy bien, con unos vinos de la tierra, crianza del noventaytantos, muy pero que muy ricos. Y aunque los años y las resacas aconsejan no mezclar, le hemos dado al bourbon. Estamos a la distancia ideal de casa: ni lejos ni necesariamente en Zaragoza.

A escasos cien kilómetros, los justos para que dejemos la rutina un rato. El pobre Tomás debe de pensar que somos una pareja un poco rara. Ingeniero. Pensará que la poesía no sirve para nada. Que los periodistas somos otra raza en peligro de extinción. Igual pretende ahogarnos con la almohada, si nos dormimos. Primero nos emborracha y luego nos asesina, dejando pocas huellas. Intuyo poca gente en el entierro de Marcos. Que yo sepa no tiene familia. Tampoco es que hablemos mucho desde su vuelta. Bueno, tenía una chica, un algo. Se la dejó por Virginia, o por Dakota Norte, en otro de sus viajes. Me da la sensación de que está pasando una mala racha. Claro, de héroe de guerra a reportero plumilla son demasiados peldaños en poco tiempo. Se rumorea que fue él quien pidió el retorno. De entrevistar a Solana a charlar con poetillas a los pies del Moncayo. Gentucilla de esa que combina serventesios y octavillas como quienes ponen cruces a la primitiva.

Después de la cena nos hemos topado en el hall con una pareja de poetas, o algo así. Cuando menos, estaban presentes en el seminario, puede que incluso aparezcan en las fotografías. Aterrador. Rostros iguales, seguro que la madre de un poeta, su hijo, que todavía duermen juntos. Por alguna extraña razón, la gente hace cosas muy raras y luego sufre mucho. Ya me entienden. Luego les da por entonar a Béquer. Marcos ni siquiera se ha

percatado. Este muchacho está perdiendo olfato. Ya ni siquiera se inmuta cuando se topa con un titular. Se lo he comentado a Tomás. No parece darle mayor importancia. Este chico ha debido de ver parejas muy raras alojarse tras estos muros.

- “También los poetas van hablando solos por aquí, no crean”- aclara Tomás.- “Si tuviera que soportarlos un día más me volvería loco, lo juro. No paran. Sufren una tremenda obsesión por alzar su voz, por diferenciarse de los otros, por dejarse notar. Nunca había visto llevarse tan mal a un grupo tan reducido. Muy individualistas, los poetas. Gracias a Dios que el seminario acaba mañana. Ya casi es domingo, aleluya. Me ha dicho Marta, la de la limpieza, que lo dejan todo perdido. Si hubieran ocupado habitaciones dobles, tal vez les hubiera vencido el pudor y hubieran cuidado de no mearse fuera. Pero qué va. Lo ponen todo perdido. Y eso que no todos duermen aquí. Algunos se han alojado en Tarazona. Me lo decía Marta, que no sabemos qué hacer con el equipaje de uno que vino el primer día y ya no ha vuelto. Ni siquiera ha asistido a las mesas redondas. Missing. Se ve que ha encontrado otra cama. Un picaflor. Ni siquiera será poetilla”.

Cada día me gusta más el Jack Daniels, o es que llevaba tanto tiempo bajo la llave de mi mujer que había olvidado en la penumbra de la memoria su maravilloso efecto terapéutico. Me permite abstraerme, asentir a mi interlocutor y pensar a la vez en mis asuntos. De vez en cuando, para que no se note, le hago alguna pregunta. Además, Marcos no colabora, sigue pensando en algo que germinó a kilómetros de distancia, algo que le preocupa, que lo convierte en un autista, pero no sé qué es. “¿A qué te dedicas, Tomás?” “Estudio Ingeniería. En Zaragoza. Este trabajo sólo es temporal. Lo hago en verano, para pagarme los gastos de todo el año. Vienen pocos ingleses, en verano. Tantos años en el Colegio Británico, para qué. Les tira más la arena. Ni siquiera sabrán que aquí vinieron muchos en el siglo pasado, atraídos por aquellos viajes literarios y turísticos en boga. Esto era entonces una hospedería económica. La de vueltas que da la vida. Aquí conocí a mi novia. También de Zaragoza. Y nos cruzamos aquí, ya ven.

“Entonces me acuerdo de mi mujer, a la que también conocí hace demasiado tiempo, y me parece que hasta el Jack Daniels me va a sentar mal esta noche. Le cuento que estuve en un congreso que tuvo lugar hace por lo menos ocho o nueve años, cuando mi hija todavía era una niña y no la copia descarada de su madre en que se ha convertido. Sobre Valeriano Bécquer y su hermano. Todavía andarán por la biblioteca unas láminas que editaron con los dibujos de Valeriano. También vine con Marcos, que entonces no hablaba solo con los vasos y no le daba pereza nada. Así que nos despedimos hasta mañana, cerrando los bares, como en aquellos tiempos.

Luego le pregunté si le pasaba algo. Era ya de madrugada, una de esas que no huelen a nada. Eran todavía las dos de la mañana, de modo que le propuse bajar andando, o en coche, hasta Vera para tomar un brandy, un café, un algo, para celebrar su vuelta. Dando un paseo. Dijo que sí.

- Es algo que echaba de menos, en Sierra Leona. Los bares. Los periodistas guiris nos miraban extasiados, a los españoles. No entendían cómo podían mantenerse tres o cuatro bares en cada manzana. De qué vivían. Cómo podían mantenerse. Por qué siempre parecían abiertos. Igual los dueños no tenían ganas de volver a casa por alguna razón de peso. Hay gente que sufre mucho y se refugia donde puede, o desaparece para siempre y de nada sirven las fotos en los periódicos. O aparecen muertos en una cuneta. Los hay que se montan un bar para no volver pronto a casa. Los guiris ya te digo, nos miraban alucinados.

Luego me pidió un cigarro. De modo que fumaba. Le dije que lo cogiera. Lo encendió. Soltó el humo, como si fuera a decir algo importante.

- Y el jamón. En Bosnia era distinto. Los soldados españoles recibían siempre jamón. Y turrón en Navidad, tabaco. Esas cosas. Allí aprendí a fumar, con más de treinta años. Para matar el tiempo.

No le pregunté si él recibía paquetes con jamón y turrón y botes de tortilla de patata instantánea. Supuse que no, aunque vete tú a saber. Marcos fumaba a grandes caladas. El humo de un cigarro podía taparnos

Vera de los ojos. Antes de adentrarnos en las calles sin cielo, dudé una vez más en volver a Veruela, coger el coche y llevármelo a una casa de citas. Este chico parece que lo necesitaba. Conocía alguna en Tarazona que abría las veinticuatro horas, sin interrupción. Pero Marcos rechazó la oferta.

- No me gustaban las mujeres, en Sierra Leona. Quiero decir que no me gustaban las mujeres de Sierra Leona. Te sonríen, tú les sonríes, pero seguro que ellas no entienden lo mismo que tú. Son culturas muy distintas. Y te da igual hablar en inglés. No entienden. Y no me atraen las negras. No me preguntes por qué, imagino que a ellas les pasaría lo mismo conmigo. En Bosnia fue otra cosa. Eran guapas, muy guapas. Por lo que he visto desde que volví, aquí sólo hay rusas. O bielorrusas o de por allí. Pero en Bosnia no me enamoré de ninguna. Para qué. Las invitas a una copa en un hotel de periodistas y se dedican a mirar las etiquetas de las botellas. Te da lo mismo hablar inglés y que te entiendan. Para qué. Acabé acostándome con una. Sólo con una. Por roce. Por aburrimiento. Rocío. Andaluza, creo. Tenía algo. Normal. Todo el día con una persona. Al final acabas encontrándole algo. Maquillando en tu mente todos sus defectos. Era una buena chica. Decía que lo mío no era alopecia. Luego se marchó. La ficharon en *El País*, creo. Después vino lo de Sierra Leona.

Marcos era uno de esos pocos calvos a los que les quedaba bien la calva. Quiero decir que cuando uno tiene treinta años y se viste con chalecos del "Coronel Tapiocca", y se compra botitas de aventurero imbatible y tal, si se pone gafitas de montura redonda y se rapa la cabeza, todo ello le confiere un aspecto de periodista interesante para quienes admiran ese mundo pero no lo sufren.

En fin. Con el equipo fotográfico ya en la bolsa, con Vera y Veruela ya a salvo en el coche, entramos a un bar que aún quedaba abierto a esas horas, con un camarero avejentado antes de tiempo por el olor del café. La terraza ya estaba recogida dentro del local. Podía ser Vera o cualquier otro rincón de nuestra geografía. Sólo lo delataban las fotos del Moncayo

dispersas por las paredes. Aventureros sonrientes y al fondo la colina. Domingueros y excursionistas. Se ve que las fotos sólo tenían valor sentimental, que se las habían enviado al dueño desde Madrid o Sevilla o cualquier otra ciudad. Pedí un carajillo y él otra cosa. De esas que se toman mis hijas para merendar, con sabor a naranja, hechas de no sé qué y sin burbujas. Pensé que era una broma. Marcos bebía siempre alcohol”. ¿Después del bourbon?” “Sí.”

Cuando volví del servicio -he visitado todos los servicios de los bares de España, créanme- y de pensar en mujeres rusas un rato, Marcos ya se había acomodado en una mesa, junto a la tragaperras ya apagada. Bebía a sorbitos su trinaranjus.

- Yo maté a un hombre. En Sierra Leona. No se me va de la cabeza.

Claro, así, de pronto, lo único que hice fue darle vueltas al carajillo hasta marearlo. Nadie se había confesado así conmigo una noche de sábado. Menos, alguien al que he conocido por obligación, en el trabajo. Pocos te confiesan que se han cargado a un tipo una madrugada de sábado.

Cogió otro cigarrillo de ni paquete. En las fotos, los excursionistas seguían sonriendo, en blanco y negro, en color. El camarero limpiaba la barra, sin prestarnos atención. Mejor. Supondría que veníamos de Veruela. Una postura inteligente la de este señor. Es mejor mantener a los poetas alejados, no cruzar palabra alguna con ellos, no vayan a involucrarte en un poema. De pronto, dejó de apetecerme el carajillo. Marcos dio otro sorbo al Trinaranjus.

- Siempre piensas que esas cosas nunca te sucederán a tí. Era un tipo alto, quizá todavía hubiera crecido un poco más. Conmigo venía un cámara hindú que trabajaba para una agencia británica. En Sierra Leona salíamos a buscar las noticias en parejas, por si acaso. De uno se pueden olvidar. Si son dos los desaparecidos, alguien preguntará y se desmadejará el ovillo. Y ahora no me olvido de la cara del negro.

Nos acercamos a una cabaña, parecía una escuela, con el jeep. Es que llevábamos un jeep por el que nos movíamos de la capital a las aldeas cercanas. No hay nada asfaltado, macho. Nada. Puta tierra. Caminos. Joder, cuánto polvo. Llevábamos el jeep lleno de pegatinas de press por todas partes. El caso es que en la fachada de la escuela todavía se adivinaban huellas de proyectiles.

Ni libros, ni nada. Ni un cristal. Sillas volcadas y una pizarra verdosa. Pegatinas de una oenegé. El hindú encendió la cámara y grabó desde una ventana. El hindú grababa todo. Se creía que en todos los sitios había depósitos de cadáveres, o de armas. Era su primer viaje, claro. Su primera incursión periodística. Ponía una cara. Esa cara. Ya sabes. La que poníamos nosotros en las prácticas de la facultad.

El caso es que de pronto apareció un negro. Enorme. Inmenso. Antes de que pudiéramos reaccionar yo tenía su cuchillo dibujándose el cuello. Imagínate. Sólo se oía el runrún de la cámara. Hacía señas. Y el hindú creyó adivinarle y dejó la cámara en el suelo. Cuidadosamente, como si acunara a su hijo. Con un cuchillo en mi cuello y aún dudó, el hijoputa. Me soltó y la cogió. Por suerte no vio el jeep. O a lo mejor no sabía conducir. Pero me hubiera pedido las llaves. O hubiera rajado las ruedas. Echó a correr por el único camino de tierra que partía de la escuela, en dirección inversa a la que nos había conducido hasta allí. De modo que pasé de la cara de acojone del hindú, puse la llave de contacto y no tardé ni un minuto en divisarlo. Parecía un anuncio. Una película. Joder. Y cuánto polvo. De pronto tiró la cámara a un recodo de la pista, tres o cuatro metros antes de que yo le atrepellara con el jeep. Por detrás venía el hindú, corriendo. No hacía nada. Sólo cogió la cámara y me miró. Nadie parecía esperar al negro. Ni un compinche. Ya no se oía el motor del jeep, sólo el puto runrún de la cámara. El negro decía cosas ininteligibles. Y fue entonces cuando saqué la pistola. Apuntándole en la sien. El negro lloraba y la cámara seguía haciendo ruido. No tenía más de dieciséis o diecisiete años, un bigote de persona mayor. Sudaba mucho. El hindú seguía acariciando su cámara, sin decir nada, sin moverse. El negro parecía estar cada vez más aterrorizado. Juro que se cagó

en los pantalones. Lloraba y olía mal. Y entonces le disparé. Un solo tiro. Tembló unos segundos. Luego nada. Seguía oliendo mal. Limpié la pistola con un pañuelo y lo arrojé a un lado del camino. Le pedí la cinta al hindú y me la guardé en el bolsillo del chaleco.

Yo no decía nada. Qué voy a decir.

- No conviene acostumbrarse. Se prueba. Sucede. Y ya está. No conviene repetirlo. Aunque sigas metiéndote en líos. Supongo que todo aquello, tanto muerto, tanta mierda, tanta tierra, te acaba afectando. Cambia la concepción de las cosas. Qué cojones me importa a mí hoy un congreso de poetas. Le registré los bolsillo pero no encontré nada de valor. Treinta dólares que dilapidé en una timba con unos colegas holandeses de un diaio de Ámsterdam. Volví al hotel con el arma aún caliente, con el hindú asustado y con el jeep y la cámara impolutos. El hindú no decía nada. El olor a sangre no me abandonará nunca, me parece.

Intenté yo y luego volvimos a Veruela, despacito, a pequeños pasos. Aquella carretera, solitaria de luna, me hacía sentirme expectante. Ya me entienden. Creo que al día siguiente se inventó la crónica de los poetas. No lo recuerdo bien. No tiene importancia. Hay gente que se esconde una pistola en el chaleco mientras beben naranjada. Los hay que hablan de poesía y memeces al abrigo del Moncayo. Los que no se acuestan con mujeres rusas suelen vestirse con los chalecos de bolsillos. A veces hay que viajar miles de kilómetros para conocer y amar un rato a una persona a la que has tenido cerca. No es tan malo llevar a tus hijos al parque, o prepararle el desayuno a tu mujer alguna vez. Hay rostros con los que sueñas y miradas que no puedes olvidar. Noches que no huelen a nada y gente que puede dormir con las manos apestadas. Quedan poetas que todavía duermen con su mamá. pero nadie se fija. Siempre hay guerras que fotografiar. Es bonito Veruela, por las noches. Está bien esto de los bares de madrugada.

CUATRO ENCINAS

Alfredo Sánchez Navarro

(Categoría adulto. Tercer Premio)

Los hechos que voy a intentar narrar sucedieron hace ya bastantes años. Por entonces yo era un adolescente de otra provincia que -por los azares de la vida- pasaba unos pocos días cada verano en el Campamento de la Dehesa del Moncayo.

Durante aquellas estancias y en los ratos que quedaban libres de actividades propias del Campamento, gustaba alejarme del pinar, adentrarme por parajes entonces desconocidos para tantos y seguir por senderos hasta que dejaba tras de mí los pinos, las carrascas y rebollos y aparecía con toda su luminosidad el Somontano.

En una de estas salidas, por una senda hoy camino que lleva desde el monte de la Cruz en San Martín hasta Lituénigo y Litago; tras una empinada cuesta y después de un recodo, descubrí en un claro un árbol solitario. Era un ejemplar hermoso, de tronco recto, enhiesto, bien formado, sin nudos, de ramas grandes, largas y tan abiertas que parecían intentar abrazar el horizonte.

Me aparté del camino y me acerqué. No, no era una simple carrasca, era una encina, una encina de verdad. Intenté abarcarla con mis brazos abiertos y no conseguí llegar ni a la mitad. Junto a su tronco y apoyada en él, estaban los restos de lo que en su día debió de ser una silla a la que sólo le quedaba parte de su estructura de metal oxidado y la madera de fórmica sobre la que sentarse. Me senté sobre la tabla y miré hacia arriba. La encina era grande, muy grande, y su copa era redondeada, amplia y densa. La mirada se perdía en su interior y apenas se vislumbraba el cielo por entre sus hojas. Apoyé la cabeza en su tronco y quedé pensativo...Me pregunté cuál sería el motivo para que tan hermoso ejemplar siguiese allí, rodeado de barbecho y sotobosque, como un anacronismo, como la reliquia de un pasado en el que robles, hayas y encinas como aquella debieron poblar todo el Somontano.

No sé cuanto tiempo permanecí sumido en estos pensamientos, pero de repente una ligera brisa empezó a mover las hojas y al hacerlas chocar unas contra otras se produjo un murmullo. Me pareció escuchar como una voz grave, entrecortada, que parecía un susurro pero al prestar más atención empecé a oír sonidos, sonidos que semejaban palabras.

Me separé de la encina y miré a mí alrededor buscando el origen de aquellos sonidos. Estaba solo. Al alejarme, las hojas dejaron de moverse y se hizo de nuevo el silencio. Esboqué una sonrisa y volví a sentarme junto al tronco. De nuevo la brisa, de nuevo el susurro. Contuve la respiración, me tragué la angustia y seguí escuchando...

No había duda. Eran palabras y las palabras procedían del árbol.

Mi corazón empezó a palpitar con más fuerza, al principio fui incapaz de entender nada. Solamente captaba voces sueltas que como quejumbrosos lamentos, dentro de mi interior, sonaban a: "tino, go, bon, bre, frío"... Intenté concentrarme, la brisa se hizo menos intensa, más pausada y las sílabas empezaron a convertirse en palabras y las palabras en frases. Era como si alguien estuviera pensando en voz alta. Cerré los ojos y en ese mismo momento, como si mi mente hubiese cambiado de dimensión, empecé a comprender...

UNA

Era una historia. La Encina me estaba contando su historia...

Hace tanto tiempo que no estoy seguro de poder narrar con exactitud todo lo que escuché, pero recuerdo que me dijo que era una superviviente, que hacía más de doscientos años cuando ella nació todo el terreno que alcanzaba la vista era un inmenso bosque de encinas y hayas; que poco a poco y desde la atalaya de su copa fue viendo como año tras año, las rozas, la quema y el pastoreo hicieron que una inmensa ola de color grisáceo -mezclado con marrones y ocre- se acercara hasta ella convirtiendo en solana lo que antes era un mar de sombras. Que de aquellos tiempos sólo quedaban cuatro como ella y que cada una guardaba su propia leyenda. Que ella era la más joven y que la más vieja recordaba historias del Císter, y de cuando estas tierras eran del Abad de Veruela.

Me explicó que en aquellos tiempos, los hombres vivían del bosque, que con su madera construían las casas, puentes y herramientas, que con su leña cocían el pan y se calentaban y que con sus frutos daba de comer a enormes rebaños de cabras y ovejas. Que el bosque era rico en fauna, que en su interior vivían jabalíes y corzos y que allí se escondían malvices, perdices, conejos y hasta codornices a las que los hombres cazaban con artes y engaños que ellos fabricaban.

Me contó que cada año, cuando llegaban los primeros fríos y la cumbre del monte grande se cubría de blanco, desde la solana, llegaban cuadrillas de hombres que acompañados de mulos y provistos de hachas y sierras empezaban a cortar árboles. Que separaban los troncos de mayor tamaño y que con el resto de leña formaban unas pilas que cubrían de tierra y a las que después prendían con fuego para hacerlas carbón, carbón vegetal que después vendían.

Me dijo que había escuchado como esos hombres se quejaban del frío, del cierzo, que tenían hambre y que más de uno maldecía su suerte.

Y me contó que ella debía su vida a un niño.

Estaba ensimismado y no me atreví a abrir los ojos por temor a que las palabras dejaran de sonar en el interior de mi cerebro. Estaba convencido de que lo que me estaba pasando no podía ser real pero no quería que terminase. Y seguí escuchando...

Y la Encina continuó. Me contó que hace muchos años, cuando su tronco todavía era grisáceo y todavía no había en él heridas del tiempo, sirvió de sombra para el hijo de uno de los carboneros. Que el leñador, cuando llegaba la sestra, llevaba siempre al pequeño con él porque, según decía, no tenía con quien dejarlo. Que era un hombre alto, fuerte y de pocas palabras. Que tenía fama de buen trabajador y que los demás admiraban como manejaba una gran astral. Que aquel hombre fue quien le hizo las primeras podas y que gracias a él su tronco era largo y recto.

Que invierno tras invierno, el hombre acudía puntualmente a la entresaca y siempre dejaba a su hijo cobijado bajo sus ramas y que a ella, año tras año con mimo y con mucho cuidado como si no quisiera hacerle daño le cortaba los renuevos.

Que niño y árbol fueron creciendo. Que el niño, ya joven, ayudaba a su padre en la tala de árboles y en el carboneo. Que más que padre e hijo parecían hermanos. Que se retaban a ver quién era más rápido en cortar un árbol. Que estaban muy unidos y que se querían con toda su alma.

Y siguió hablando la encina, y me dijo que hubo una época, que duró tres años en la que los hombres no vinieron al bosque porque según decían, había una guerra, una guerra estúpida como todas las guerras. Que durante este tiempo, a veces, aparecían hombres de uniforme que iban armados y que daban batidas, recorriendo el bosque buscando enemigos.

Que cuando los hombres de la solana volvieron al bosque, el joven no iba con ellos y que un día, -cuando ya le tocaba la tala y los árboles cercanos sucumbieron al hacha-, dos leñadores clavaron la sierra en su tronco y que entonces el carbonero les echó el alto e impidió que siguiesen. Que los hombres protestaron pero que él les dijo que no podían cortarme y les ofreció sus troncos a cambio. Y que ese día, al finalizar la jornada, el carbonero se quedó solo, se sentó al pie de su tronco y entre sollozos le dijo que a su hijo lo había matado una bomba; que él no quería que fuese

soldado pero que el joven le habló de justicia, de un mañana nuevo, de un mundo mejor y que se marchó... que no sabía donde estaban sus restos. El buen hombre le dijo que desde aquel momento se encontraba muy solo, y que cada vez que intentaba pensar en su hijo, su imagen siempre aparecía mezclada con la mía, primero de niño, dormido a mi pie, después recordaba como cada año marcaba en el tronco con una navaja hasta donde alcanzaba y que pocos años antes de marcharse a la guerra, grabó en su madera unas iniciales de las que nunca le dijo su significado. Que su figura siempre la veía unida a la mía y que esa era la causa por la que no permitía que nadie me cortase para convertirme en carbón o en leña.

Y la Encina siguió diciéndome que el padre cumplió su promesa, y que cada vez que alguien intentaba cortarla, allí estaba el buen hombre, poniéndose delante, desafiando a quien fuera y afirmando que antes de cortarla perdería su alma o tendrían que matarle.

Que entre el resto de leñadores corrió la voz de que estaba loco, pero que, a partir de entonces, nadie osó cortarla, que los leñadores y los carboneros, pasaron de largo y se quedó sola.

Que transcurrieron los años y el padre del niño siguió acudiendo cada vez que comenzaba la tala. Que, más tarde, dejaron de venir los carboneros porque ya no era negocio el carbón, pero que el buen hombre continuó con su cita. Al principio se sentaba en el suelo apoyando la espalda en el tronco y más tarde se trajo la silla. Le costaba levantarse y pensó que sentado le sería más fácil. Transcurridos los años, su andar se hizo más penoso, se balanceaba, arrastraba los pies. Cada vez caminaba con pasos más lentos. Llegaba fatigado, se sentaba en la silla y unas veces, le contaba sus penas de cómo fue perdiendo anhelos y sueños; de cómo el destino había sido cruel con él; de cómo su esperanza murió el mismo día que aquella guerra acabó con su hijo y que otras, las más de las veces, quedaba callado y, de cuando en cuando, lanzaba un suspiro, sacaba su pañuelo de cuadros azules y grises y con disimulo limpiaba sus ojos de lágrimas tan secas que ni fuerza tenían para superar las arrugas de su rostro de anciano.

Que desde hacía un tiempo el carbonero ya no venía. Y que ella estaba triste porque se había acostumbrado a escuchar sus tristezas y a su compañía. Que tenía miedo a que sin su ayuda nadie la defendiera, vinieran a cortarla

y la convirtiesen en leña, aunque a menudo, en su melancolía, piensa que tal vez su destino debió de ser la pira, convertirse en carbón y evitar así ser testigo de tanto dolor.

La brisa cesó de repente, como había empezado.

Me desperté sobresaltado. El sol apenas si sobresalía ya por encima del monte, la luz del atardecer languidecía por entre la copa de la Encina, anunciando la penumbra de la noche. ¿Qué me había pasado?. ¿Me había dormido?. Me levanté y me alejé mirando la majestuosidad del gran árbol. Me quedé con la duda de si la encina había hablado o todo era un sueño.

Volví a la senda y al llegar a lo más alto de la colina, extendí la mirada hacia el horizonte. Desde donde estaba se divisaba, iluminado por la amarillenta luz del atardecer, un hermoso paisaje. Abajo en el valle, rodeado de verde, un pequeño conjunto de casas se arremolinaban junto a la torre de una Iglesia. Al fondo y como dibujada en el cielo, aparecía la silueta de un castillo con sus torres mochas y sus murallas mordidas. A la izquierda la Diezma y a la derecha, la sierra, primero, las Peñas de Herrera y a continuación, la inmensa mole del padre Moncayo.

Recorrí con la mirada todo el paisaje y de pronto mis ojos tropezaron con otra encina casi tan grande como la que me había contado su historia y más a la izquierda, como a cien metros, otra y otra a la derecha. Eran cuatro y la distancia entre ellas era casi idéntica, como si alguien de otro tiempo lo hubiese hecho con toda la intención. Las uní con una línea imaginaria y su resultado fue un cuadrado perfecto. Mi imaginación comenzó a galopar y asaltaron mi mente memorias de brujas, de antiguos aquelarres y símbolos astrales de ocultos significados y fue entonces cuando recordé lo que me había dicho la encina: “Quedamos cuatro y cada una tiene su leyenda.”

Se había hecho tarde y yo tenía que volver. Me hubiera gustado quedarme y sentarme bajo cada una de las tres nuevas encinas y escuchar las antiguas leyendas de cada una de ellas. No tenía tiempo. Aún así, me entretuve por si alguna me hablaba, pero la calma era absoluta y el silencio total. De pronto me entró miedo...

Empezaba a anochecer y la Dehesa quedaba lejos. Alargué el paso y sin mirar hacia atrás me dirigí al Campamento.

DOS

Aquella noche no pude dormir. Recordaba, una y otra vez, las palabras de la encina: “Somos cuatro y cada una tiene su leyenda”.

Esperé con impaciencia el amanecer y con las primeras luces emprendí el camino hacia el lugar donde la tarde anterior descubrí las encinas. Estaba nervioso y corría mas que caminaba. Estaba ansioso por llegar a la solana.

A pesar de lo fresco de la mañana, empecé a sudar. Me detuve un instante, recuperé el resuello y seguí mi marcha con paso más lento y tranquilo.

Después de una hora de caminar, llegué hasta donde estaba la encina más grande. Era un ejemplar más hermoso, si cabe, que el que descubrí el primer día. Su tronco pasaba de los cuatro metros de circunferencia. Su porte era extraordinario, su copa se extendía hacia el infinito. Después de un rato de contemplarla me senté a su pie y me puse a esperar. Al poco me encontré ridículo y sin saber qué hacer. Agudizaba el oído por ver si escuchaba algo pero... ¿Qué iba a escuchar?. Me llamé estúpido. Llegué a la conclusión de que la historia del día anterior no era más que el fruto de una siesta de verano. Empecé a arrepentirme de mi escapada del Campamento y a valorar sus consecuencias. Confiaba en que mis compañeros disimularían mi ausencia pero si los curas se enteraban se me iba a caer el pelo.

De pronto comenzó la brisa, el susurro de hojas, el murmullo... Me puse nervioso, temblaba. Por un momento pensé en largarme de allí pero sólo fue un instante porque de repente comenzó a sonar como un coro de voces que cantaban algo. Me puse a escuchar... No entendía nada. Intenté poner más atención pero.. De pronto me di cuenta y lo vi claro... Era latín. Sonaba a cánticos de iglesia. Al poco cesaron los coros y una voz grave empezó a hablarme:

“No te asustes, joven, quieres conocer mi historia y te la voy a contar”, me dijo. Y yo balbuceando le dije que no, que no estaba asustado y que a eso había venido, a escuchar su historia.”

“Has oído a los monjes de Veruela cantando en gregoriano la misa de Réquiem”.

“Han muerto muchos hombres defendiendo a D. Juan y todo el Somontano los llora sin consuelo”, prosiguió la encina”.

“¿Quién es Don Juan?, pregunté ya más tranquilo”.

Y contestó la encina: “Don Juan II de Aragón, hijo de D. Fernando, el de Trastámara, hermano del rey D. Alfonso V, a quien hace poco ha sucedido, enamorado de estas tierras y fiel devoto de Santa María de Veruela. Los catalanes no quieren a D. Juan y quieren separarse de la Corona, ofreciendo el trono a D. Enrique IV, rey de Castilla. Ayer 23 de Abril, día de San Jorge, del año del Señor de 1.463, cuatrocientos valientes, hijos de estas tierras y leales subditos de su majestad cayeron en la conquista de Alcalá frente a tropas castellanas. Mira a tu alrededor y verás como los caminos, senderos y valles están llenos de gente que se dirige a Veruela, como van en silencio y transidos de pena. Van en grupos y no se mezclan. D. Juan López de Gurrea, señor de Borja y gobernador general de Aragón, marcha al frente sobre su caballo, le sigue D. Martín de Torrellas y Gurrea, señor de Tarazona, a continuación van los López de Gurrea, señores de Trasmoz y Ainzón, tras ellos los López de la Puente con gente de San Martín y Lituénigo, de la que es su señor, y cierran la marcha los señores de Agón, Bureta, Santa Cruz y los Fayos. A lo lejos, una nube de polvo: es Don Fernando, el hijo del rey, que viene desde Zaragoza a rendir tributo y asistir a las honras fúnebres que su padre ha ordenado. En el Monasterio, Don Lope de Añón espera a los que vienen los organiza porque al ser tantos no caben dentro. En el interior Don Alonso, que ayer fue nombrado nuevo Abad de Veruela, tiene preparados sitiales y asientos para los más principales. En la iglesia, en la nave central ya está colocado el fúnebre catafalco. A la derecha del altar se situará Don Fernando. A la izquierda y un poco más bajo Don Ferrer de Lanuza, Justicia de Aragón. Los Arzobispos del reino celebrarán la misa de Réquiem”.

Mientras la encina me hablaba, con los ojos cerrados, veía lo que me contaba y hasta mis oídos llegaban los quejumbrosos sonidos de bronce, lentos y espaciados, de las campanas del Monasterio que tocaban a muerto.

Y la encina, sin interrupción, seguía desgranando su historia.

Y yo los veía, los veía a todos como si fuera uno más de los que acudían al entierro. Los veía y escuchaba atento.

La encina siguió: “La batalla ha sido encarnizada y cruel. Los aragoneses al mando de Don Martín de Torrellas y de Don Juan López de Gurrea se han batido bien. En pocos días Añón, Veruela, Vera, Lituénigo, Litago, Trasmoz y San Martín, que habían caído en poder de un ejército de castellanos procedentes de Ágreda, han vuelto a ser de Aragón, pero Alcalá ha sido imposible de conquistar. Está bien defendida, Don Martín atacó desde Añón y Don Juan desde Vera pero los castellanos apoyados por los moriscos se han hecho fuertes tras las murallas. Ha sido una lucha desigual. D. Juan con sus gentes ha intentado alcanzar la cima de la colina, las saetas llovían desde lo alto y los arcabuces disparaban lanzando una nube de piedras. Primero, los ballesteros, protegidos por el corte del cauce de la Huecha, han disparado sus flechas, intentando alcanzar las murallas. Después, los de a caballo se han lanzando hacia arriba, pero los animales tropezaban, resbalaban y caían monte abajo arrastrando con ellos a sus jinetes. La pendiente es grande, Alcalá está muy bien situada. Por último, los peones han intentado subir pero ha sido imposible. Al no prosperar el ataque por detrás de D. Martín, los castellanos de Alcalá han podido dedicar todos sus efectivos a defender la muralla. Los aragoneses han caído como moscas y al final del día quedan en el suelo más hombres que en pie”.

“Cuatrocientos muertos, cuatrocientos aragoneses han regado con su sangre estas tierras que ves. Mis raíces se han alimentado de ella. Junto a mí han curado a sus heridos. Ha sido triste, muy triste. Los lamentos sonaban en todo el Somontano. La noche ha sido larga. Aún se huele a pólvora”. Siguió la encina.

“Y bien, me atreví a decir, “¿qué relación tiene, lo que me cuentas, contigo?”.

Y la encina calló por un momento. Y al poco continuó: “Estás en tierra santa, los cuerpos de aquellos valientes están enterrados en este lugar. Al terminar la batalla Don Martín y Don Juan hicieron traer los cadáveres hasta esta colina y los fueron cubriendo de tierra y poniendo sobre ella unas cruces sin nombre. Junto a mi tronco, entonces muy joven, erigieron un altar y durante varios días clérigos, frailes y abades, obispos, arzobispos y hasta un cardenal, rezaron responsos por todos los muertos. Al tercer día, después de la batalla, el mismo D. Fernando estuvo arrodillado al pie del altar y, en nombre de su padre, el rey de Aragón, mandó a su escribano que hiciera constar que aquella tierra ya no tenía dueño, que pasaba a ser de Dios, que nadie se atreviera, bajo penas severas, a sembrar la tierra ni a leña cortar. Mandó al tesorero que de su pecunio repartiese a viudas y deudos trescientos florines y que diera a los vivos, aparte de su paga, exención de por vida de alcabalas y tercias. Y él mismo prometió, palabra de rey, que por su valentía, a los de Lituénigo había de pagar, cada año de los de venir, tantos cahíces de trigo como el peso fuera de todos los niños que, durante el año, nacido hubieran en aquel lugar”.

De nuevo la encina se quedó callada. Parecía como si se arrepintiera de hablar. En cada uno de estos silencios, yo notaba como si me observase, como si dudase al hacerme partícipe de su secreto. O tal vez los recuerdos se resistían y tuviera que pararse a pensar.

Y continuó: “Ya nadie se acuerda de aquellos hechos pero a ellos les debo seguir viva. Primero, el recuerdo de viudas y deudos que venían a mi pie, a llorar y rezar y después el altar del que todavía puedes ver las piedras en mi rededor. Duró muchos años, hasta que los tiempos hicieron olvidar y el cierzo y el hielo hicieron el resto rompiendo la argamasa que unía las piedras. Los hombres que hoy habitan el Somontano han olvidado su historia. Si quisiera podría decirte, uno a

uno, los nombres de aquellos valientes. De la mayoría, todavía hoy en día, existen descendientes que siguen viviendo en los mismos lugares que aquellos nacieron, otros fueron expulsados, años más tarde, a tierra de moros porque no eran cristianos. Pero esa es otra historia de la que también fui testigo pero que no viene al caso”.

Caía la tarde. Mi estómago empezó a quejarse. No me había dado cuenta del tiempo transcurrido y no había comido. A lo lejos oí que gritaban mi nombre. No, no era la encina, eran mis amigos que venían a buscarme. Me levanté y me fui a su encuentro. Mi escapada no había sido advertida pero teníamos que volver rápido. No les conté nada. Les dije que me había despistado en el monte y que tardé en encontrar el camino.

En los días que siguieron, la visita a las encinas se convirtió para mí en una rutina, en una obsesión. Era como si una extraña fuerza, mágica y sobrenatural me empujara hacia ellas. Aprovechaba todos los momentos posibles para despistarme y con la complicidad de mis amigos Javier de Agón y Serafín de Remolinos me saltaba todas las actividades oficiales del Campamento. Ellos estaban mosqueados pero, como buenos amigos, respetaban mi silencio.

TRES

Tras la experiencia con las dos encinas anteriores, llegué a la conclusión de que las otras dos también me hablarían y con este convencimiento repetía mis visitas. Por fin, uno de los días, estando bajo la que de las cuatro está más próxima al monte, volvió a ocurrir... Se levantó la brisa. Me puse muy contento: la encina iba a hablarme... De repente, la brisa se convirtió en viento y el viento en un huracán. Se oscureció el cielo. Empezó a relampaguear, los truenos retumbaban por todo el valle y su sonido bronco y grave era repetido una y otra vez por los ecos del monte. No caía ni una gota de agua. El viento se hizo cada vez más intenso, ululaba entre las ramas, parecía que de un momento a otro la encina iba a ser arrancada de sus raíces. Me entró miedo, pánico diría. No sabía qué hacer. Intentaba que el viento no me arrastrase y me refugiaba tras el tronco pero recordaba las recomendaciones del cursillo de supervivencia, "En caso de tormenta debe evitarse el guarecerse bajo los árboles". Estaba muy asustado y me puse muy nervioso. Empecé a maldecir. Me arrepentía de mi escapada.

De pronto sonó una carcajada: "JA,... JA,... JA,..." Noté una sensación extraña, mi estómago se encogió, me costaba respirar, como si la sangre se hubiese helado en mis venas.

Poco a poco fue cesando el viento, las nubes grises y negras corrían por el cielo a toda velocidad. Se hizo la calma y de la misma forma que ocurrió en las otras ocasiones la encina empezó a hablarme.

Recuerdo que su voz era distinta a las anteriores, esta vez era una voz de mujer. Era una voz menos grave, las anteriores movían a un sentimiento sereno y apacible, sin embargo ésta era, no sé cómo explicarme, alegre, vivaz, menos transcendente..."Mira, me dijo, observa mi tronco". Y yo lo miré pero no veía nada. Insistió la encina. "¿Pero no ves nada?" Y yo movía la cabeza de un lado a otro, buscando no se qué con mis ojos.

"Eres un estúpido, gritó. ¿No ves mi cuerpo?. Y entonces empecé a distinguir formas femeninas en el tronco del árbol. Me pareció ver un

cuerpo sin cabeza, un cuello largo, unas curvas suaves que podían ser senos y un poco más abajo el tronco se estrechaba formando la cintura. Sí, lo veía. La encina tenía cuerpo de mujer.”

“Abrázame,” me ordenó. Y yo, pobre de mí, abracé el tronco. Inmediatamente noté como si estuviese abrazando un cuerpo desnudo, noté su calor, su tersura, su suave tacto... Las rodillas empezaron a temblarme y volvió a sonar la carcajada: “JA,...JA,...JA,...”

Me separé asustado.

“No tengas miedo, muchacho, has escuchado las historias de mis hermanas y son historias tristes, la que voy a contarte no habla de muerte sino de vida. Verás”, me dijo:

“Hubo un tiempo en que en el Somontano, en los valles del Queiles y del Huecha, las brujas reinaban y nada sucedía sin permiso de ellas. Eran buenos tiempos. Te habrán contado que las brujas no eran buenas pero todo es mentira. Los hombres de entonces vivían felices. Las brujas conocían las hierbas del monte y sus propiedades, con ellas preparaban ungüentos, pomadas y mezclas que curaban los males del cuerpo que a los hombres afligían. La tierra les daba lo justo para alimentarse y el amor y el sexo no estaban prohibidos. Cada uno creía en lo que quería, había judíos, moros y cristianos. No había señores, ni frailes ni abades. La tierra era de todos y nadie la poseía. El monte les proveía de sustento, les daba calor y hacía más fácil su vida. Pero llegó un día en que del llano vinieron hombres de otras tierras, dijeron que el monte, la tierra y todo lo que vivía a ellos les pertenecía. Inventaron la historia y contaban que Dios les había hecho dueños de haciendas y vidas. Se hicieron los amos de cuerpos y almas. Construyeron castillos y en ellos habitaban los que armas tenían. Fundaron monasterios y los que en su interior vivían, asustaban a los hombres con fuegos eternos. Ya nada fue igual. Los hombres fueron siervos y vasallos de señores y abades”.

En ese momento se interrumpió la narración y cuando yo iba a hablar y preguntar a qué venía todo aquello que me estaba contando, empezó la lluvia. El agua caía mansamente y como si un inmenso paraguas me cubriese yo no me mojaba.

Una vez más sonó la risa. Pero esta vez fue menos estridente, más calmada. Y continuó:

“Los hombres que hasta entonces habían sido iguales, empezaron a distinguirse entre buenos y malos. Eran buenos los que obedecían las órdenes que dictaban señores y abades y los que no lo hacían sufrían las penas que estaban escritas en leyes y fueros. Los siervos debían pagar diezmos y primicias al abad de Veruela y alcabalas y tercias al señor del lugar. La vida no era ya fácil. Cuando la cosecha era grande, con tantas partes, quedaba mermada y si era corta, para todos no había suficiente y el hambre aparecía matando a los pobres que nada poseían. Las doncellas en su noche de bodas tenían, por derecho feudal, que yacer con el amo en primer lugar. Ya no había risas, todo era oscuro y siniestro y de cuando en cuando la Peste venía y llenaba de muerte todo este lugar.”

Me estaba cansando e hice un gesto como de apartarme. Creo que la encima se dio cuenta y a partir de aquel instante, su voz se hizo menos monótona, más personal y siguió:

“Me llamo Raquel, y soy el resultado de un embrujo por no haber permitido que el señor feudal gozara de mi cuerpo en mi noche nupcial. Mi madre fue una bruja que curaba a los hombres de penas y males. La gente la quería y la respetaba porque había aprendido a ganar amigos, haciéndoles el bien. Ayudaba a los niños a que bien nacieran. Hacía que los pechos secos produjeran leche para que las mujeres pudieran amamantar. Curaba los males del cuerpo y hasta los del alma. Decía que el monte, el Sol, la Luna y la Tierra eran nuestros dioses y a ellos la vida había que agradecer. Yo era su única hija, nadie supo nunca quién fue mi padre. Pero llegó un día en que el señor de estas tierras, al verme, quiso poseerme y mandó recado para que al castillo sin excusa fuese y con él yaciese. Mi madre le dijo que su hija era libre de dormir con quien quisiese y que ella haría que mi voluntad ningún nacido había de forzar. El señor feudal, mandó a sus soldados y sin escuchar hizo que a su presencia me hicieran llevar. Baños

y perfumes me hicieron tomar y cuando el momento de yacer llegó, y el hombre ansioso en pos de mi cuerpo desnudo se abalanzó, entre la seda y el lino, en vez de calor, sólo encontró el tronco de una carrasca que, en su desatino, casi le quebró. El señor airado a mi madre mató sin darle tiempo a quitar el conjuro que para proteger mi honra sobre mí levantó. Los siervos se enteraron y a partir de entonces, corrieron la voz, para que las doncellas llevaran al señor carrascas y encinas en vez de candor. El señor ya no pudo ejercer su fuero y dejó a las jóvenes que libres se entregaran a quien en justicia les apeteciera. Alguna doncella recogió la encina con la que el señor yació y plantó un renuevo que, pasado el tiempo, se convirtió en la encina que hoy te habló. Aún hoy hay jóvenes que conocen el secreto y que en la noche de Pascua y en la de San Juan, con sus enamorados, vienen hasta aquí, y junto a mi tronco, entre susurros y risas, se solazan, entregan y gozan. Yo, mientras disfrutaban, para mis adentros, me río y lamento la pérdida del placer que por culpa de un mal hombre yo nunca tuve y jamás tendré.”

El agua había dejado de caer. Un día más el tiempo había pasado rápido, tan rápido que si no me apresuraba llegaría al campamento al toque de oración y no estaría a la hora de pasar lista.

En los pocos días que quedaban para el final del campamento mis escapadas al lugar en el que estaban las encinas se convirtieron en algo necesario. Aprovechaba todos los momentos que podía para escaparme de las actividades normales y dirigirme a la solana. Empecé a llamar a los árboles por su nombre, de acuerdo a la historia que me habían contado y así una era la de Juan II, otra era la de la silla. Y la tercera era Raquel. Me paseaba entre ellas y siempre dejaba a la cuarta como si no existiese. Con la que más me entretenía era con Raquel. Me gustaba acariciarla por si volvía a sentir la emoción de la primera vez, pero... nada... El tacto de su tronco era áspero, rasposo y a base de pasar las manos acababa con ellas tiznadas de oscuro.

Por fin llegaron los últimos días de acampada y antes de marcharme a mi tierra fui a despedirme de mis amigas, así las llamaba. Me acerqué a la primera y le dije adiós, después a la de Juan II y recé por los muertos. Más tarde me acerqué a Raquel y suavemente, sin apenas tocarla, deposité un beso en su tronco. Cumplido mi rito empecé a alejarme y entonces, volvió a suceder.

Y CUATRO

Me llamaban. Sonaba mi nombre. Esta vez ya no miré quien me llamaba. Estaba seguro de que era la encina. La voz fue clara desde el principio. Me llamaba por mi nombre. Con paso decidido, desanduve el camino y me dirigí directamente hasta la encina. Después de todo, me había acostumbrado a las historias y ya nada podía asombrarme. Así pues, con toda naturalidad le pregunté qué quería contarme. Y el árbol me respondió.

“Zagal, yo no voy a contarte una historia pero para que no olvides las que has escuchado, voy a hacerte un regalo.”

“¿Un regalo?”. Pregunté.

“Sí. Sí. Un regalo que no olvidarás. Mira la proyección de mi sombra en la tierra. Camina sobre ella y cuando hayas dado tres pasos, ni largos ni cortos, detente y cava”. Me dijo.

Como es natural, no tenía con qué cavar. Empecé a hacerlo con un palo pero apenas si conseguía arañar la tierra. Miré hacia la encina y le dije que no podía.

“Coge una piedra, haz una señal y vuelve mañana”. Me respondió.

Y así lo hice. Llevaba mucha prisa porque era el último día del Campamento y al atardecer, vendrían los autocares para llevamos a Zaragoza y desde allí a nuestras casas.

La azada que había conseguido era muy pequeña, el terreno estaba duro. Insistí. De pronto le di un golpe, lo ví. Era una pequeña talla de bronce. Era un Cristo al que le faltaba la cruz de madera. Mediría, aproximadamente, ocho centímetros. De estilo gótico y bella factura. Lo limpié, apretándolo entre los dedos, y empezó a brillar. Seguí buscando entre la tierra extraída y ante mis ojos empezaron a

aparecer nuevos objetos, un dado de hueso, una taba con restos de pintura roja y una pieza de bronce, con forma de rombo, que por detrás tenía una anilla. Empecé a limpiarla y vi que era un sello de lacre. En el centro había una imagen, como de un fraile, en actitud orante, y en todo el contorno aparecían escritas unas letras. No fui capaz de leerlas. Guardé todas las cosas en el bolsillo, disimulé el hoyo devolviendo la tierra que había quitado y, casi corriendo, me aparté del lugar. Aquel fue mi último campamento en la Dehesa del Moncayo. Era el verano de 1.960. Yo todavía no había cumplido los 15 años.

* * *

Han pasado muchos años de aquello. Nunca, hasta ahora, había contado mi secreto. Todavía tengo dudas de si todo fue un sueño y por eso, cada verano, cuando llegan mis vacaciones, ahora que el destino me ha traído de nuevo a estas tierras, no puedo resistir la tentación y lo primero que hago es dirigir mis pasos hacia el lugar donde están las Encinas. El camino es más ancho, está arreglado, los árboles que lo bordean están cuidados. Es como si los hombres de hoy quisieran pagar el pan y el calor que un día tuvieron sus abuelos gracias a la madera que otros árboles como estos les proporcionaron.

La primera Encina sigue allí, rodeada de aplastadas latas de refresco, bolsas de plástico. Su tronco está arrugado, resquebrajado en placas pardo-negruczas, curtido diría, pero sigue en pie, viva, orgullosa... y, como si de un guardián se tratara, parece proteger el nuevo bosque que a su lado está creciendo.

Los restos de la silla todavía permanecen, sólo son cuatro hierros y ya no sé apoyan en el tronco.

Cuando llego, me alejo unos metros para poder contemplarla y me quedo mirándola y a veces me sorprendo hablando con ella. Repito las últimas palabras que oí en otro tiempo: "...testigo de tanto dolor"... Me pongo a escuchar... Pero no, nadie contesta, todo es silencio.

Después subo a la colina y aparece ante mí la solana con toda su luz, con toda su gama de colores, de verdes, de grises, de marrones y ocres. Con la mirada busco a las demás. Allí siguen. Respiro tranquilo. Desde aquel día respeto más a la naturaleza y me duele que un árbol se muera.

Me acerco hasta ellas y cada vez descubro nuevas maravillas. Me admiran las formas de sus copas, el grosor de sus ramas, la anchura de sus troncos. Me impresionan, sobre todo, las raíces de una de ellas, la más grande, la que me contó la historia del rey de Aragón. Está vieja, la pobre. Ha perdido parte de su ramaje y las señales del tiempo en forma de agujeros oscuros se ven por todo su tronco. Se agarra a la tierra con tanta fuerza que incluso hay piedras que han pasado a formar parte de ella. A su lado hay amontonadas unas piedras... ¿Serán los restos del altar?

Más tarde me acerco hasta la encantada, disimuladamente la toco, la acaricio, la abrazo, pero no siento nada. Por último voy hasta la que me hizo el regalo, en mi bolsillo aprieto el Cristo que encontré, le he puesto una cruz de madera de boj. En cuanto al sello, su conservación es perfecta. En su impronta he podido leer: "RAIMUNDI DBALAGARIO". Debíó pertenecer a un señor feudal o a un abad medieval. Lo guardo entre mis cosas más apreciadas. Del dado y la taba de hueso no recuerdo qué fue de ellos.

Muchas veces me pregunto si mi sueño fue real o por el contrario se debió a la imaginación desbordante de un adolescente. No estoy muy seguro. Si las encinas me hablaron, estoy seguro que otras habrán hecho lo mismo con otros, o tal vez, estén esperando a que un joven o un viejo con alma de joven, se acerque hasta ellas, se siente a su pie, y se detenga a escuchar la brisa y el viento. Seguro que son historias antiguas, que hablarán de ricos y pobres, de nobles y plebeyos, de monjes y legos, de hombres y mujeres, de amores y odios, de mentiras y guerras, de sestras y entresacas, de sudor y trabajo, de envidias, de

celos... historias, en definitiva, como las de ahora.

Temo que llegue algún día en el que al contarlas, falte alguna, no me consta que nadie las proteja. No sé si están sanas o si nuevas enfermedades las acechan y ocurrirá como pasó con los olmos. Son reliquias de un pasado que debemos conservar y cuidar. Son mudos testigos de nuestra historia. ¿He dicho mudos?. No. Tal vez no.

San Martín, verano de 1.999.

* * *

Viernes 12 de enero de 2001

Heraldo de Aragón, pág. 11. "El fuerte viento arrancó la carrasca"

Acabo de leer la noticia y hoy va a ser un día muy triste para mí. Estoy deseando que llegue el domingo para ir a visitar mis encinas. Me temo que la encina de la foto que acompaña la noticia es una de las mías.

IV Concurso de relato corto:

“MEMORIAS Y CUENTOS
DEL MONCAYO”

VERANO EN GRISEL

María Marco Mayayo (Grisel)

(Primer Premio. Categoría Infantil)

Aquel verano parecía que iba a ser igual que los anteriores en Grisel: bicicletas, carreras por la calle, acostarnos más tarde, jugar a los mismos juegos que los años anteriores y el mismo calor sofocante, pero nada interesante...

A aquellas horas de la tarde, estábamos resguardados del calor bajo la sombra de la muralla del castillo, en una especie de cuevas o bodegas de tierra, Sandra, Juan Carlos, Alfredo y yo.

No hacíamos otra cosa que preguntarnos lo que podíamos hacer pero, a las cuatro de la tarde, con todo el pueblo durmiendo la siesta, no había nada más que hacer que quedarte quieto en alguna sombra y no moverte para sentir lo menos posible el inaguantable calor que se cernía sobre nuestro pueblo.

Estuvimos hablando de lo aburrido que era el pueblo a esas horas y de cómo cada vez acudía menos gente a Grisel. Después abordamos temas

como el Mundial de Fútbol, las notas finales...

A eso de las seis, el sol había bajado un poco. Fuimos a nuestras casas a coger la merienda para subir a comernos el bocadillo a una de las casillas de piedra que hay en el monte, cercano al pueblo, conocido con el nombre de la Diezma. Nuestro paseo no fue excesivamente largo, ya que no subimos por la carretera sino campo a través.

Estábamos a unos cincuenta metros de la casilla más cercana, cuando oímos un ruido, que nos pareció como si se moviera de lugar una piedra y vimos salir a un hombre apresuradamente de la casilla a la cual nos dirigíamos.

Esto era algo totalmente fuera de lo que normalmente ocurría en nuestro tranquilo pueblo. Nos quedamos a merendar allí, no sin cierto temor, y no hicimos más que pensar en qué podía haber sido aquello.

Nosotros queríamos averiguar qué había sido eso y si ese ruido estaba relacionado con alguna otra cosa. Acordamos que no diríamos nada a nuestros padres por si nos prohibían volver, por pensar que era peligroso, y descubrir que era eso...

Quedamos, mientras volvíamos al pueblo, en la plaza de la iglesia a las diez de la mañana del día siguiente.

Cuando llegamos a la casilla todavía no teníamos decidido lo primero que íbamos a hacer. Convinimos que presionaríamos piedra por piedra para ver si se movía alguna y nos explicaba los ruidos que oímos.

Pasaron más de dos horas y como todavía no habíamos conseguido nada nos sentamos a descansar un rato.

Al sentarse Sandra, le dio sin querer a una pequeña piedra que se nos había pasado por alto y sonó aquel extraño ruido que oímos el día anterior.

Una cavidad, lo suficientemente grande para pasar por ella una persona, se abrió en una de las paredes de la casilla. Estaba oscuro, pensamos que lo mejor sería volver después de comer trayendo cada uno una linterna.

A las tres estábamos subiendo campo a través con un calor inaguantable pero animándonos pensando en la aventura que estábamos empezando a correr.

A mitad del camino la madre de Juan Carlos, que llegó con el coche, lo llamó. Juan Carlos entró en el coche y estuvieron hablando diez minutos largos. Al volver donde estábamos nosotros, antes de que dijera nada supimos que estaba desilusionado por la cara que ponía, nos dijo que sus padres tenían que volver a Zaragoza durante una semana para resolver unos asuntos de negocios muy importantes y él tenía que volver con ellos porque no le dejaban quedarse a dormir en casa de ninguno de nosotros.

Cuando su madre se fue, no sin cierta sorpresa por vernos con las linternas, bajamos a ayudarle a hacer la maleta, le prometimos que no nos meteríamos por la cavidad hasta que volviera y nos despedimos de él.

Juan Carlos se marchó. Y nosotros volvimos a pasar las mañanas en los parques y las tardes a la sombra del castillo durante una semana.

Todavía faltaban cuatro días para que volviera Juan Carlos y lo empezábamos a echar de menos, y sobre todo Sandra, que, aunque no lo pareciera; todavía hoy, le gusta Juan Carlos y, puesta a decirlo, a mí me gusta Alfredo.

El miércoles se cumplía una semana desde que Juan Carlos se había ido. A las diez de la mañana habíamos quedado en la plaza de la iglesia. A las diez y diez, estábamos los tres allí. Sonó el móvil de Sandra. Era Juan Carlos que la llamaba para felicitarla. Era su cumpleaños y Alfredo y yo no nos habíamos acordado de felicitarla, y para decirnos que se quedaría otra semana más.

Nos desesperamos, otra semana si hacer nada. Por la tarde, fuimos otra vez al castillo. De repente, oímos la voz de un hombre que decía: "salir ahora mismo de mi propiedad". Nos llevamos un susto enorme, pero la rematadera fue que vimos salir de detrás de una de las esquinas del castillo a Juan Carlos, partiéndose de risa por la cara que teníamos Sandra, Alfredo y yo.

Lo primero que hizo fue tirarle de las orejas a Sandra y darle un beso. Sandra se puso roja como un tomate. Nos dijo que nos había llamado para que no pensáramos que iba a venir hoy. Es un bromista.

Después, corrimos a nuestras casas para coger las linternas. Subimos casi corriendo a la casilla, presionamos la piedra que abría la cavidad y entramos a gatas. Primero Juan Carlos; luego, Sandra; después, yo y por último Alfredo.

Se podía andar de pie, pero no era muy ancha, aunque lo bastante para ir de dos en dos. Hacía un poco de frío y Sandra y yo nos cogimos a Juan Carlos y Alfredo, respectivamente, para no sentir tanto el frío.

De repente Juan Carlos y Sandra, que iban delante, se pararon. Delante había una pared; el pasadizo se terminaba. Menos mal porque llevábamos una hora a oscuras y nos empezábamos a cansar. Nos sentamos y Alfredo, que se sentó en la pared donde se acababa el pasadizo, sin saber cómo, hizo que se abriera un hueco. Pasamos a través de él y nos encontramos en una habitación. Al asomarnos por una de las ventanas, nos dimos cuenta de que era una de las habitaciones del castillo donde no se puede subir. Volvimos a cerrar el hueco con una palanca que estaba escondida y bajamos casi corriendo pero sin hacer ruido. Menos mal que estaba la puerta abierta que si no...

Durante varios días nos estuvimos preguntando qué podría estar haciendo aquel hombre que salió corriendo de la casilla. A la semana siguiente, nos enteramos de que en aquella habitación se encontró dinero falsificado y de que el hombre que vimos, que se alojaba en la Casa Rural, era uno de los falsificadores más buscados en Europa. Lo detuvieron y el pueblo se llenó de periodistas y se convirtió en el más popular de la zona en aquel verano.



El oso perdido

Elisa Sanz Monclús (Zaragoza)

(Segundo Premio. Categoría Infantil)

Había una vez en una montaña llamada Moncayo, un oso que se perdió en sus laderas. Ese oso era muy despistado y se había equivocado de dirección. El oso se llamaba Tico.

Tico no estaba solo porque con él había una ardilla muy amiga suya. Comían juntos, dormían, jugaban juntos, en fin, eran inseparables pero Tico estaba triste porque sus padres estarían preocupados por él y no sabía cómo encontrarlos.

Un día, un cazador pasó cerca de la cueva donde dormían los dos amigos, y al ver al oso quiso cazarlo con su escopeta. Pero Tico que tenía el oído muy fino, se dio cuenta y se escapó con su amiga ardilla.

Después de mucho correr se escondieron en un corral y como estaban agotados se quedaron dormidos.

El corral donde descansaban los dos amigos tenía una casa en la cual vivían Víctor y su hermana Clara, que pasaban las vacaciones en el pueblo de Grisiel con sus padres.

A la mañana siguiente los dos hermanos salieron al corral, y cuál sería su sorpresa al encontrarse allí a oso y ardilla que estaban dormidos. Se acercaron y un poco asustados los despertaron. Entonces enseguida se hicieron amigos.

-Me llamo Victor y mi hermana Clara – dijo el chico – vosotros ¿quiénes sois?

-Yo soy Tico y ella es Ardilla – respondió el oso.

-Vaya, pareces triste – dijo Clara.

-Es que nos persigue un cazador y tenemos miedo. Además quiero volver con mi familia – contestó Tico.

-Nosotros te ayudaremos – respondieron a la vez los dos hermanos.

-De acuerdo – dijo Tico con una pequeña sonrisa.

Entre los cuatro prepararon un plan para capturar al cazador. A los pocos minutos, Tico y Ardilla salieron en busca del cazador para que les persiguiera. Mientras tanto los dos hermanos se fueron a buscar un saco a la bodega.

Habían quedado en la ermita de Samangos, cerca del pueblo. Víctor y Clara llegaron antes. Cuando vieron que sus amigos se acercaban perseguidos por el cazador, se subieron a un árbol cercano y prepararon el saco. Unos minutos después, Tico y Ardilla se colocaron debajo del árbol y cuando llegó el cazador, le echaron el saco encima y entre los cuatro lo ataron bien. Volvieron corriendo al pueblo y contaron al alcalde lo sucedido para que encerrara al cazador.

Los niños a continuación fueron en busca de sus padres para contarles lo ocurrido y pedirles ayuda para su nuevo amigo. Ellos estaban dispuestos a ayudarles, pero Tico no sabía como explicarles el camino. Entonces, por la calle que va a la plaza de Grisiel oyen a un hombre que decía que había visto a unos cuantos kilómetros, cerca del Moncayo, una manada de osos.

¡Osos en la montaña! – pensaron los niños entusiasmados.

Le pidieron al hombre que les indicara el camino. Éste, amablemente se lo explicó y todos se metieron en el coche para ir hacia allí.

Llegaron a la montaña y, empezaron a buscar durante horas y horas. Cuando ya casi se daban por vencidos, vieron aparecer a lo lejos unas figuras grandes y de color oscuro. Tico se dio una alegría tremenda:

-¡Son mis padres!- exclamó.

Todos estaban emocionados por lo que veían sus ojos.

Tico, después de abrazar feliz a sus padres, les preguntó si podía quedarse Ardilla con ellos, porque estaba sola y no tenía familia. Ellos le respondieron que sí.

Los cuatro amigos se despertaron un poco tristes porque sabían que iba a ser difícil que se volvieran a encontrar. De todas formas Víctor y Clara estaban muy contentos ya que Tico era feliz con sus padres y ellos habían tenido unas vacaciones que no olvidarían nunca.

El leñador soñador
Esther Lainez Cebrián (Litago)
(Tercer Premio. Categoría Infantil)

El día amaneció como cualquier otro en la cabaña de José el leñador. Marisa, su esposa, se apresuró a encender el fuego para que sus hijos, que eran cinco, pudieran desayunar la poca leche de sus dos cabras que José habría de ordeñar compartiendo con los cabritillos que, como todavía no sabían comer, tenían que mamar para sobrevivir.

Cuando todos estuvieron sentados en la mesa, el padre viendo que el invierno se presentaba duro y difícil comentó a sus hijos que si alguno quería probar fortuna fuera de su casa, que estaba decidido a dejarle marchar.

Pese a que todos ellos eran muy fuertes y no estaban excesivamente contentos en casa, no se atrevía a emprender esta nueva aventura. Sólo Carlos, el más joven de todos, quería intentarlo.

Todos se rieron a carcajadas por semejante ocurrencia menos su madre, que había observado mucho a su hijo cuando el padre de ella, Federico, le contaba muchas historias que entusiasaban al chico y despertaban su curiosidad.

Así le decía Marisa a su padre: “no llenes la cabeza del chico de pajaricos, que con esa imaginación que tiene, cualquier día se nos va, y la vida fuera no es como la pintas”.

En verdad que su salida de casa no fue todo lo buena que cabía esperar ya que antes de llegar a Tarazona el chico fue asaltado por unos bandidos y despojado de su moneda y la hogaza de pan que su madre le había dado.

En esta situación tan desesperada estaba el chico, cuando fue encontrado por el guardián del Conde de Grisel. Fue llevado con ellos y puesto a trabajar para ganarse el sustento.

Así iba transcurriendo el tiempo y a la vez que se hacía más adulto se iba enamorando de la hija del Conde. Amor que era correspondido a escondidas por la chica.

Cuando esta relación fue descubierta, los padres de Aurora se enfadaron mucho y expulsaron al chico de la Corte.

Dijo el Conde mientras lo mandaba expulsar: “Es tan difícil que te cases con mi hija como que alguien pueda acabar con el ogro que vive en el pozo de las Aines que tiene aterrorizada a toda la comarca.”

El ogro se llamaba Asustatodo y vivía solo acompañado por el temible dragón 9 Cabezas. El dragón era de unos 40 metros de altura y como su nombre indicaba con 9 cabezas. Tenía tres ojos en cada cabeza, 200 dientes afiladísimos también en cada boca y unos oídos fenomenales, ya que al estar de guardián al mínimo ruido que escuchase atacaba ferozmente.

Después de hablar con sus padres, Aurora, fue a buscar a Carlos y hablando tranquilamente se lo contó. Carlos le dijo que a ese ogro ya lo conocía porque había luchado antes con él, le dijo que era muy difícil poder con él, que aquella vez, anterior no pudo con él pero que esta vez siendo porque lo tenía que hacer, lo conseguiría.

A la mañana siguiente se fue al pozo de las Aines a por el ogro. Cuando llegó divisó que seguía igual de difícil para entrar que la anterior ocasión. Descendió por las rocas y por las piedras que eran muy inciertas. Por fin llegó al lugar donde vivía el ogro. Estaba todo oscuro por lo que tropezaba constantemente.

Al tropezar, el dragón 9 cabeza se percató de que alguien había entrado en la cueva. Se levantó y empezó a buscar.

Carlos se escondió en un rincón asustado y el dragón no se dio cuenta. Pasó lo mismo otra vez. Carlos tropezó y se escondió nuevamente. Esta vez el dragón sí que se dio cuenta puesto que estaba más atento. Descubrió al pobre Carlos en otro rincón. En esos momentos, Carlos se acordó de sus padres y sus hermanos. Y pensó que quizás era demasiado joven para haberse ido de casa. También pensó en Aurora y eso le dio fuerzas para enfrentarse contra el dragón. Luchó con todas sus fuerzas pero sin rencor, puesto que no le había hecho nada.

En el suelo se encontró una llave y de casualidad se dio cuenta de que era de las mazmorras. Como pudo, llevó al dragón a las mazmorras y lo encerró en ellas.

Después fue a por Asustado el ogro y al ver que había podido con su mascota 9 Cabezas se dio fuerzas para empezar otra batalla. Como por fuerza la batalla iba desproporcionada, Carlos utilizó su inteligencia. Preparó muchas antorchas en la mazmorra de al lado del dragón, las unió por una mecha y buscó al ogro para provocarlo.

El ogro que en la oscuridad se movía como pez en el agua, quiso acabar de una vez con el joven y lo persiguió para darle caza. En su huida, Carlos condujo al ogro hasta el interior de la mazmorra y cuando ya iba a ser atrapado por el ogro, encendió la mecha y la mazmorra se iluminó con una luz que dejó inmóvil y desorientado al malvado ogro. Ese momento Carlos, lo aprovechó para salir y cerrar las rejas de la segunda mazmorra.

Así fue como entre la suerte y la inteligencia consiguió vencer no sólo al ogro sino también al dragón. Y estos quedaron para siempre encerrados para ser contemplados y dejar de ser temidos por la gente del lugar. El Conde, como era un hombre de palabra, tuvo que conceder la mano de su preciosa hija, la cual fue la más dichosa no por la hazaña sino por poder casarse con el hombre que había conquistado su corazón.

LEYENDAS

Laura Lozano Destre (Grisel)

(Categoría Juvenil. Primer Premio)

Sentí el aroma a hierba fresca elevándose hacia el cielo de nuevo. Me incorporé tratando de encontrar de dónde emanaba ese olor, dejándome llevar por mi intuición igual que solía hacer en mi trabajo cotidiano como detective. Saqué los pies de la traviesa corriente de agua y me detuve apoyada en un gran tronco tumbado observando una apetecible pradera que se encontraba a unos pocos metros del lugar. Recogí mis botas y el cuaderno naturalista y me dirigí descalza hacia allí.

Estos días de descanso en un pequeño pueblo, alejado del bullicio de la ciudad nos iban a ayudar, a mi compañero Ángel y a mí, a pensar un poco en nuestro futuro. ¡Pobrecillo! En plena primavera se le ocurre traerme a un pueblecito, al campo, a la montaña... sin tener en cuenta su dichosa alergia al polen... Inmersa en todo esto no fui casi consciente de que ante mí aparecía un pantano precioso en el que el reflejo de la luz solar creaba elaboradas puntillas de espuma en los movimientos de vaivén del agua. Sentada, rodeada de pequeñas margaritas, empecé a buscar en el cuaderno de

naturaleza de mi abuelo, una especie de flor que nunca antes había visto, y que, aislada, permanecía en el centro del prado...

No la encontré; sin duda alguna la botánica había sido mi pasión frustrada. Más extraño era aún que mi propio abuelo, mi “yayo” Pedro, no la tuviese clasificada. Había sido toda su vida un importantísimo biólogo e investigador histórico además de aficionado al cuidado de palomas mensajeras, y, aunque le viese poco durante mi infancia, -porque él vivía en Trasmoz y yo en Zaragoza- cuando iba a visitarle no dudaba en salir al campo conmigo e ir mostrándome todas las maravillas del Moncayo; fue él quien me inculcó esta pasión por la naturaleza. Ahora, Pedro sigue viviendo allí, muy cerca del castillo, en su casa de siempre, en su finca de siempre “Flor de amor”. Él, camino de un siglo y sin poder moverse, contiene unas ganas inmensas de vivir, de ser feliz; lo mismo que su mujer, mi abuela.

Indiferente e ilusionada fui consciente de que había permanecido media hora tumbada en el suelo húmedo, admirando y dibujando en el cuaderno esa delicada flor, exótica quizá, de color púrpura y beige, que desprendía aroma a jazmín. Cogí mis bártulos y un poco desconcertada por lo pasado volví por el camino de venida entre juncos y zarzamoras bordeando la acequia, crucé el puente y continué siempre recto. Dejé atrás algunas casas aisladas después de pasar por el pilar dedicado a un santo y entré en el pueblo. “Calle San Antón”, comprendí entonces lo anterior.

El risueño núcleo parecía despertar de la siesta. Sentía cómo las fachadas de las casas, silenciosas hasta entonces, se enorgullecían al ser iluminadas por ardientes rayos de sol que caían con fuerza. El reloj del ayuntamiento tocó. Las cinco de la tarde.

Mientras intentaba abrir la puerta de forja de la casa rural en la que me hospedaba, respiré una vez más ese aire que me reconfortaba por dentro, y saludé a una simpática mujer mayor que llevaba con mucha gracia, un cojín con bolillos y el comienzo de una nueva labor casi oculta por pequeños alfileres.

Nadie, ni yo misma podría haber imaginado, después de esta cariñosa imagen, lo que se avecinaba.

Entré en el recibidor. Noté cómo el olor cambiaba por momentos. Fuera, olía a tierra mojada, pues la mañana de aquel día primaveral había despertado lluviosa; allí las débiles ramitas de lavanda que descansaban sobre la mesa, invitaban a entrar en esa acogedora casa. Yo, adoro los aromas. Me encanta respirar hondo y analizar el aire. Subí rápidamente las escaleras y atravesé estrepitosamente la puerta de la cocina, impaciente por contarle a Ángel lo ocurrido. Me detuve de golpe intentando adaptar mis pupilas para ver quién había detrás de esa asquerosa cortina de humo que, sin duda alguna, pertenecía a un puro de los gordos.

Era Ángel, pero el habano pertenecía a otro hombre. Un hombre que inspiraba poca confianza. Tenía el rostro huesudo y aceitunado. El cabello despeinado, moreno y de cierta longitud tapaba rebelde sus ojos, y sólo los dejó a la luz cuando él se lo apartó. Eran negros, de un negro azabache profundo, y me observaban desafiantes dentro de sus cuencas hundidas. En la barbilla, prominente, se había dejado perilla. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando con voz áspera y desgana dijo:

- Hola Eva, Ángel me ha hablado muy bien de ti. Tienes razón – comentó sonriéndole, mostrándole sus dientes idénticos todos ellos como perlas excepto el colmillo, de oro -. Es preciosa.
- Lo es. Ven cariño, mira, él es Senén; otro turista como nosotros. Está en esta misma planta - Ángel hizo las presentaciones aunque, al parecer, ese tal Senén debía de saber hasta mi DNI.
- Encantada – No supe qué hacer. Me acerqué para estrecharle la mano. Alzó él la suya, si esa zarpa pudiera llamarse mano, y, al estirar el brazo hacia mí, la manga de su camiseta negra, que seguramente era dos tallas más de la que usaba, dejó ver un enorme tatuaje oscuro que representaba un águila de gran envergadura y que llevaba entre sus garras un sable. Me estremecí, y se me notó, pues comenzó a reír mientras me escachaba la mano entre sus dedos.
- Para mí representa la libertad, no te asustes – pudo añadir entre carcajadas. Ese tipo, más que investigador como dijo ser, parecía Rambo.

Me hacía sentir incómoda. Siguiéndole un poco la corriente dije:

- De acuerdo. Ángel, ven conmigo, tengo que enseñarte mis dibujos.

Mi compañero asintió. Abandonamos la estancia dejando a Senén fumando. En un último vistazo, de reojo, le vi sonreírme sin separar los labios, arqueando la ceja derecha y acariciándose con la mano izquierda la parte del brazo en la que, tatuado, se encontraba el sable.

* * *

- Pero ¿qué mosca te ha picado? – me dijo Ángel casi chillando cuando ya estábamos en la habitación -. ¿No crees que debes conocer a la gente antes de juzgarla? Eva, le has mirado como si te fuera a comer...

- Lo siento. Ese tipo no me inspira ninguna confianza, además, tenías que haber visto el macabro gesto que me hizo cuando nos marchamos...

- ¡Tonterías! – interrumpió él -. ¡Paranoias tuyas! Dime, dónde están los dibujos que me tenías que enseñar ¿o también es mentira?

- Pues no – contesté yo con cierta sorna -. Los hice mientras el señorito estaba durmiendo, porque, sabiendo que eres alérgico, es muy buena idea venir a un pueblo en plena naturaleza, sí, muy buena.

- Fue idea de tu “yayo”. Me dijo que en este pueblo logró encandilar a la que ahora es su esposa, tu abuela, y de esa forma vivir felices el resto de sus años. Comentó que había una leyenda secreta que sólo él conocía y que, esperaba, tú, con tus dotes detectivescas, lograras alcanzar sola.

Al decir esto mi novio, me senté sobre la cama por si algo aún más ridículo pudiese añadir luego. “Anda mi madre, pensé”. Esa es una de las frases que me alivian en momentos de “asimilación”, en los que nada es como parece.

- Vaya – dije-. Será mejor que le llame, para que me lo deje más claro, o me voy a volver loca.

- Tendrás que ir a la cabina del pueblo, mi móvil no tiene batería, se lo

dejé a Senén para que hiciese una llamada.

No respondí. Salí de la habitación y bajé las escaleras. Me asomé a la cocina cuando llegué al primer piso, pero el individuo del puro ya no estaba.

* * *

Menos mal que las intenciones de mi abuelo eran buenas, porque las cosas no podían ir peor, o, al menos, eso pensaba. Tomé mi camino hacia la izquierda.

El reloj volvió a dar las horas... las seis. Se levantó un poco de aire que agitó unas cuantas hojas secas del suelo, arremolinándolas en una alcantarilla. Veía al maravilloso sol enfrente mío, cercano a la iglesia, y el cielo, azul, despejado. Seguí recto, con paso lento admirando mi alrededor tan ensimismada, que una tropa de niños con bicicletas me hicieron despertar justo a tiempo para apartarme del medio de la "calzada" sin sufrir percance alguno.

Había algo mágico en el ambiente. Me asomé por una calle a mi izquierda. La primera casa comunicaba las dos aceras formando una especie de arco, que parecía dar la bienvenida. Allí debajo, a la sombra, un grupo de adolescentes sentados en el cemento irregular jugaban con la baraja. Les pregunté por el teléfono público, y me indicaron.

Continué por esa calle estrecha y familiar, cuyo final parecía terminar en un muro de hiedras. Los balcones, con persianas de madera verdes tenían abiertos sus portones y las cortinas de tela a rayas verticales de las entradas, que pretendían impedir el paso a moscas y mosquitos, ondeaban suavemente.

Enseguida vi la cabina en la fachada de la casa consistorial. La placeta estaba desierta y las viviendas cerradas a cal y canto. Tan solo se encontraban ligeramente abiertos los ventanucos de los bajos del ayuntamiento. Llamé a Pedro.

- Hola abuelo - saludé bajito.

- ¡Hola Eva, cielo! ¿Cómo os va? ¿A qué es un pueblo precioso, mágico...?

- dijo al otro lado con entusiasmo y voz mecánica.
- Sí - no estaba yo para cumplidos -. Dime, qué te llevas entre manos.
- ¡Sssssschhhh! - ahora me mandaba callar. Comencé a pensar que todo esto era una broma.
- ¿Qué pasa? - pregunté mientras miraba con detenimiento los rincones de la cabina buscando la cámara secreta.
- El teléfono puede estar pinchado. Por la mañana tendrás un mensaje, déjate guiar por tu instinto. Ándate con ojo, cuida con las rapaces. Ciao cariño.

Colgó. Escueto y concreto. Justo en ese instante y debido a mi afán por buscar la cámara, encontré un cable negro escondido detrás del teléfono. Lo seguí con la mirada. Entraba por uno de los ventanucos al ayuntamiento. Había visto ese objeto mil veces en mi trabajo, y sabía que no estaba sola, alguien quería fastidiarme, y en ese momento, sólo nos separaba una pared.

* * *

No era broma. Impasible, avancé por donde había venido, pero me detuve al girar la calle, cuando ya no podía verme quien fuese, y me escondí detrás de una de esas cortinas antimosquitos. De puntillas, para que no se me viesen los pies, esperé a que pasase. Después de un rato, aspiré un desagradable olor a tabaco. Me asomé. Vi a Senén de espaldas, andando con paso ligero y un cable negro en la mano.

¡Qué demonios querría ese tipo! Le di tiempo para que llegase a la casa rural y después fui yo. Hablé con Ángel. Le comenté que podíamos ir a cenar al aire libre para ver anochecer. Quedó conforme. Preparé unos bocadillos y nos largamos de allí lo antes posible.

Decidimos pasear en silencio por el pueblo. Estuvimos sentados en un banco de la plaza un poco.

- La Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción es del siglo XIV, de estilo gótico-mudéjar, está construida en ladrillo... con entrada por arco de

medio punto... con torre cuadrada... – iba explicando mi novio mientras la grababa con la cámara digital. Su pasión, la historia del arte, la llevaba en las venas.

- Relájate – le dije.

Marchamos a través de un pequeño callejón que había junto al lateral de la Iglesia. Encontramos un pequeño terreno con una especie de pinos alrededor. Detrás, estaba el castillo. Subimos una pequeña cuesta que se abría camino entre la muralla y la fortificación. Ángel comenzaba a alucinar. Se quedó observando la puerta apuntada y la buharda sobre ésta. Miré hacia abajo para examinar el suelo y entre las hierbas, vi de nuevo esa extraña flor. Al apoyarme en la puerta, porque empecé a sentir la misma tranquilidad que horas antes en el prado, se abrió. Me asusté. Apareció el dueño del edificio y nos invitó a pasar. Dentro de la fría estancia todo parecía irreal.

Después de que el propietario nos lo enseñase, dejó que cenásemos arriba, en el adarve defensivo de forma que Ángel no iba a tener problemas con el polen. Mientras desenvolvía los bocadillos de chorizo creí que era el momento idóneo para hablar muy seriamente del tal Senén.

- He hablado con mi abuelo – empecé.

- Y ¿qué te ha dicho? – se interesó Ángel.

- Nada. Senén pinchó el teléfono y me pregunto por qué. Él fue quien “acabó” con la batería del móvil para espiar mi conversación con Pedro.

- Ya estamos otra vez... – se quejó.

- Pedro me ha dicho que tenía un mensaje para mí, pero que no me lo podía decir por si el teléfono estaba pinchado, y yo, por si no te acuerdas soy detective, así que efectivamente encontré el cable y esperé a que saliese el individuo...¡era Senén! – grité en la cara de mi novio.

- Y... ¿qué quiere? Cuando te fuiste hablé con él un rato. Me comentó que tu cara le era familiar que creía conocer a tu abuelo, preguntó tus

apellidos, y luego se marchó al bar según dijo.

Arranqué con fuerza un mordisco de mi bocadillo con la esperanza de poder deshacer el nudo formado en mi garganta. Después de explicarle que me tenía que dejar llevar por mi intuición para acceder al mensaje secreto de mi yayo, nos concentramos en la puesta del sol.

El crepúsculo teñía el horizonte de un carmesí aterciopelado, convertido en naranja allá donde el astro se dormía. Un sabor insípido nos envolvía y nos hacía cómplices de la noche. Apoyé mi cabeza sobre el hombro de mi novio y cerré los ojos sintiendo como su brazo me rodeaba la cintura.

* * *

Pasé la noche inquieta, sin poder dormir, sin parar de cambiar de posición, sin dejar de mirar los maderos del techo. La cama era confortable y la luz de la luna entraba por el ventanuco de aquel granero transformado en una bonita alcoba. Pensaba en todo lo ocurrido hasta entonces. En un solo día me había introducido de lleno en una historia de película, que no tenía ni pies ni cabeza. Vino a mi mente el tatuaje de Senén... “cuida con las rapaces”... me costó tiempo llegar a esta conclusión. Era evidente que ambos se conocían y que no se caían bien. Decidí quedarme quieta, mirando al exterior a través del cristal de la ventana. En silencio, escuché a los grillos.

* * *

En cuanto vi cómo el sol se desperezaba, me vestí y salí de la casa. La mañana comenzaba y las primeras notas de jazmín llegaron a mí. Dejándome llevar, esta vez emprendí marcha hacia la izquierda, puesto que algo me atraía hacia allí, y no hacia el pantano como el día anterior. Pasé por la plaza de la iglesia y continué bajando una cuesta que según me comentó un vecino, se llamaba “Portilla”. Fui alejándome del pueblo, y llegué a un pabellón de deportes nuevo. Paré sonriendo mientras miraba el escudo de la villa. Resultaba gracioso ver ese emblema, de un pueblo tan pequeño, pintado tan grande en la pared del frontón. Vi un parquecito con bancos elevado detrás del polideportivo. Me senté en uno de ellos. Esa

sensación de tranquilidad y evasión regresó. Por unos momentos me quedé observando La Diezma y los buitres que planeaban sobre la zona.

De repente una paloma blanca que, hacía un tiempo merodeaba cerca de la fuente, bajó en picado hacia mí. Estaba yo ya preparada para echar a correr cuando deceleró y se posó en el banco suavemente. Entonces vi que en su garra llevaba un rollito de papel. El mensaje de Pedro. Realmente mi abuelo era eficaz amaestrando a sus palomas. Lo cogí con cuidado y volví a la casa rural.

* * *

Ángel me esperaba impaciente en el recibidor. Juntos subimos a nuestra habitación, desenrollamos la carta y leí en voz alta:

Queridos Eva y Ángel:

Lamento tener que contároslo de esta forma pero no me queda más remedio. Todo empezó cuando yo era joven; tendría unos veintiséis años (como vosotros), y trabajaba en unas excavaciones, iniciadas por mi cuenta, aquí, cerca de “Flor de amor”, en los pies del castillo. Ya sabéis que soy investigador histórico. Buscaba unos documentos de la época romántica, una leyenda. Mi abuelo, momentos antes de morir, me habló de ellos. Al parecer, indicaban que, muy cerca de allí, existía algo con lo que poder ser feliz toda la vida, aunque, por otra parte, podría ser manipulado con el fin de jugar con los sentimientos de las personas. Los encontré, y con ayuda de tu abuela seguí la ruta que en el ponía. Fuimos a parar al lugar en el que tú estás ahora. No te puedo desvelar más, sólo decirte que nuestra familia siempre ha seguido esta tradición, y espero que así se siga haciendo. Te adjunto una copia del mapa. Quema esta carta en cuanto la hayas leído, puede caer en malas manos, y es que, lo que te tenía que decir, es que un compañero mío me robó los documentos hace mucho tiempo, pero no pudo acceder a su deseo porque no encontró el mapa y no poseía suficiente astucia. Ahora ha enviado a su nieto Senén, al que creo ya conocéis, para arrebataroslo. Sólo advertiros de que es un tipo muy peligroso y que conoce bastante bien los alrededores. Lo identificaréis por un águila tatuada en su

brazo derecho. Él quiere conseguir su objetivo, para poder dominar la felicidad del mundo. Como suponéis, no tenéis que permitirlo. Dejo todo en vuestras manos, confío en vosotros. Encontraréis un consejo de alguien conocido por todos.

SUERTE

Dicho y hecho. Quemamos la carta en un recipiente de cristal y los dos nos sentamos a examinar el mapa con detalle. En el punto en el cual , creíamos, se alcanzaba el objetivo se llamaba “Pozo de Los Aines” y ponía con letras casi imposibles de leer “guárdense pocos en buenas manos”. El fino papel de pergamino se desintegraba prácticamente entre los dedos. Yo aún me preguntaba como podía haber llegado, en su estado de deterioro, hasta mí a través de una paloma sin romperse. Decidimos esperar a la noche para emprender nuestra investigación y, así, evitar sospechas. Comentamos todo esto sin tener en cuenta que detrás de la puerta Senén nos escuchaba.

* * *

Cuando el sol todavía no se había ocultado, Ángel y yo abandonamos la casa preparados para la aventura. Dotados de brújula, pastillas para la alergia, bebida, pala, cuerda y como no, del mapa, partimos hacia las afueras, recorriendo el camino que llevaba hacia la acequia donde, un día atrás (y parecía un siglo) había metido mis pies a remojo.

Al llegar vi desde allí la flor solitaria del prado. Localizamos el lugar en el mapa. Según ponía, en ese punto debíamos tomar un camino tras cruzar la acequia, pero no sabíamos ni por donde empezar. Un campesino que había al otro lado nos indicó por donde cruzar. Se acercó a nosotros. Tenía la cara morena, los ojos hundidos de un negro profundo y el pelo, del mismo color, corto. Llevaba una gorra, una camisa a cuadros de manga larga, pantalones azules y alpargatas de cáñamo.

- ¡Muy buenas tardes amigos! – saludó con entusiasmo y voz fingida -
¿Andan buscando el pozo?

- Sí, ¿cómo lo ha adivinado? – pregunté con sensación incómoda.
- La mayoría de turistas que vienen por aquí quieren verlo. Verán, tengo un huerto de cardos por aquí cerca y voy a regarlos ahora que empieza a atardecer. Vengan conmigo, mi parcela está próxima al pozo. ¡Síguenme!

Callados obedecimos. El hombre nos señaló, después de un camino algo dificultoso, un campo de olivos, en el que se encontraba la sima. Se quedó maniobrando en un terreno lleno de hierbas malas, intentando cambiar de posición la tajadera de la acequia para inundar su cultivo.

Nos acercamos al pozo. El rumor del agua casi no se apreciaba y numerosas especies de helechos y plantas se dejaban mecer colgadas de las paredes. Ángel hizo que bajase de las nubes recordándome que teníamos una tarea pendiente. El campesino nos observaba de soslayo. Estaba segura de que no era quien decía ser, puesto que era imposible regar en primavera unos cardos que se habían recogido en invierno, y de eso sabía yo mucho, porque Pedro sembraba toda clase de hortalizas en su finca.

Desplegamos el mapa en el suelo arcilloso. Un dibujito que simbolizaba una llave parecía indicar que ese era el primer elemento a encontrar. Era imposible. No podíamos cavar y cavar en busca de una llave, ¡nos íbamos a volver locos! Rendida y desilusionada apoyé mi mano en un olivo para que él sostuviese el peso de mi cuerpo, que podía derrumbarse en cualquier momento. Entonces el árbol se movió, y yo caí desplomada a la tierra al mismo tiempo que una llavecita de plata. Ángel sonrió y me dijo:

- Preciosa, contigo no hay quien pueda.

Y es que, a modo de torno, como en los monasterios de clausura, había una concavidad dentro del árbol que permitía hacer girar una plataforma alrededor de un eje. Allí quedaba todavía una nota que decía “entre dos vidas, se encuentra la felicidad”. Supuse que nuestra meta se ocultaba entre el pozo y el árbol, puesto que ambos eran fuente de vida así que comenzamos a cavar. No fallé.

Vi algo púrpura brillar bajo mis pies. Despejé la tierra de alrededor y con claridad distinguí el dibujo de la exótica flor. Se trataba de una cajita de bronce del tamaño de una lata de sardinas. En ese momento se acercó el entrometido campesino e imponiendo sus zarpas sobre la caja, quiso extraerla.

- ¿Tienen algún problema? Deje que le ayude... – me propuso sonriendo.

- ¡No! – grité cuando vi el resplandor de un diente de oro, le agarré fuerte de la camisa y le desgarré una manga dejando al descubierto su tatuaje - ¡Mentiroso! -. Podría haberle soltado algo más fuerte pero mi cerebro reaccionaba a la velocidad del caracol. Ese tipo se había afeitado, cortado el pelo, y encima, vestido con trajes de jornalero. Ése, era Senén.

Entonces se abalanzó sobre mí con un cuchillo del tamaño de un sable dejándome sin escapatoria. Sentí el acero frío sobre mi cuello y el aliento abrasador de aquel que iba a ser mi asesino. De pronto, su arma calló sobre mi pecho sin fuerza alguna, al mismo tiempo que recobraba mi respiración cuando vi que Senén estaba inconsciente, en la tierra, con una fuerte contusión en la cabeza, ocasionada por mi novio, que hacía gala de una pala resistente a todo tipo de superficies. Lo atamos de pies y manos.

Un poco más tranquilos, abrimos la pequeña cajita. Nos invadió un intenso aroma a jazmín. Dentro, envuelto en un paño de terciopelo carmesí había un frasquito con pétalos púrpuras y beige, pétalos de la flor que me había mirado cómplice en el prado y en la entrada del castillo. En el tarrito de vidrio encontramos una nota firmada por Gustavo Adolfo Bécquer que decía:

*“Instantes de felicidad compartida,
traen consigo aroma, sentido, frescor...
Millares de crepúsculos vivirán aquellos
que de momentos como éste, recuerdos
guárdense pocos en buenas manos”.*

Cogimos cuatro pétalos, dos mi novio, dos yo. Noté un fuerte dolor en el tobillo. Me giré. Senén estaba mordiéndome sin piedad como una víbora. Ángel le pegó una patada tan potente que el individuo cayó estrepitosamente por las escaleras de piedra del pozo. Tan bien sujeta me tenía que incluso le acompañé en su descenso un buen trozo. Pero me detuve, sin soltar los pétalos y los sentí arder en mi mano, mientras Ángel me abrazaba.

* * *

Ahora, cincuenta y dos años más tarde, todavía recuerdo aquel momento. Después enterramos la cajita con los pétalos restantes cerca del lugar, y trazamos un nuevo mapa, que pronto entregaré a mis nietos. Mi abuelo falleció. Se refería a Bécquer cuando dijo que el consejo nos lo daría alguien conocido, al fin y al cabo él vivía al lado del castillo en el que tantas leyendas se esconden.

Ángel está conmigo. Hemos sido felices toda la vida, aún mantenemos la alegría de compartir. Cuando volví a ese pequeño pueblo ya no encontré ni en el prado, ni en el castillo, aquella flor que me hacía sentir bien. Pero guardo los cuatro pétalos secos, en una cajita de cristal que todavía conservan ese olor a jazmín que me recuerda los días pasados en esa familiar villa... me evoca bonitos instantes vividos allí... no olvido el frescor de Grisel.

Las ninfas del pozo

Cristina Allaine Vijuesca (Grisel)

(Categoría juvenil. Segundo Premio)

Por una esquina de La Diezma el sol comenzaba a deslumbrar entre nubes de algodón llenando la luz de todo el valle. En Grisel sería otro caluroso día de agosto. Ana se despertó inquieta. Este año pasaba las vacaciones en casa de sus abuelos y no dormía muy tranquila, pues noche tras noche tenía unos sueños y cuando despertaba de ellos no conseguía acordarse.

Tras asearse en el antiguo cuarto de baño bajó a desayunar. La abuela Juana le había preparado como todos los días su desayuno favorito, leche con cola-caó y un buen trozo de aquellas tortas con mucho azúcar que subía el panadero de Tarazona. Después de desayunar, le preguntó a su abuela:

- ¿Dónde se ha ido a pasear hoy el abuelo Marcelino?
- Creo que por los alrededores del Pozo de los Aines – contestó la abuela Juana.

- Pues voy a ver si lo encuentro.

- Ten mucho cuidado – le dijo su abuela – No te acerques mucho al pozo que es muy peligroso.

Aunque Ana ya tenía trece años, su abuela le seguía considerando una niña pequeña. Salió de su casa. Un ligero airecillo hacía que la mañana no resultara muy calurosa y Ana, cruzando la Plaza de la Iglesia, se fue por la calle San Antón camino del Pozo de los Aines.

Al llegar a la altura de las Casas Nuevas varias voces conocidas atrajeron su atención. Eran sus amigas Lydia e Isabel, que habían madrugado tanto como ella y ya se encontraban en la calle escuchando con sus discman los últimos éxitos del verano.

- Hola – les dijo Ana - ¿queréis venir conmigo hasta el pozo?

Sus amigas, por supuesto, ni se enteraron de lo que les decía. Tras quitarles los auriculares de la oreja, Ana les repitió la pregunta:

- ¡Que si queréis venir al pozo!

Pensándolo un poco, ambas respondieron casi a la vez que no, que no tenían ganas de andar.

- ¡Seréis vagas! – les replicó Ana – Bueno, luego nos vemos. Yo me voy.

Y Ana continuó el camino hacia el Pozo. Ella se había dejado el discman en casa, ya que cuando iba a andar por el campo le gustaba disfrutar del sonido de los pájaros. Al llegar a la altura del pilón de San Antón se cruzó con el Tío Fermín, abuelo de su amiga Isabel, que ya volvía de la huerta cargado con verduras y frutas que había recogido.

- ¡Hola Anita! – los abuelos siempre la llamaban Anita, lo que le fastidiaba un montón - ¿A dónde vas? – le preguntó.

- Al pozo a ver si encuentro a mi abuelo Marcelino, que se ha ido a pasear.

- Pues yo no lo he visto y vengo de por ahí – le contestó el tío Fermín – Ve con cuidado y no te acerques mucho, ya que es muy peligroso – terminó.

- Voy a ver, gracias – le contestó Ana pensando lo pesados que eran los abuelos. ¡Como si ella no supiera tener cuidado!

Continuó su camino y al pasar cerca de las bodegas que estaban junto al Molino sintió un poco de miedo y aceleró el paso. Las puertas abiertas y abandonadas le parecían las bocas de gigantes que iban a comérsela. Pensó que eran cosas de crías pequeñas pero, aun así, no paró hasta que llegó al cruce de la acequia y descansó un poco a la sombra de los viejos chopos que allí se encuentran y donde algunas tardes iba con sus amigas a merendar, disfrutando de la vista del Monte de la Diezma, o Ciesma -como decía su abuelo Marcelino- aunque todavía no se había recuperado de la quema que había sufrido la pasada Navidad.

Ya se encontraba a mitad del camino cruzando por el borde del cauce de la acequia, que aquel día bajaba llena, subió por la pequeña cuesta que hay antes de llegar al camino pedregoso que lleva al campo de olivos en cuyo centro se encuentra el pozo.

Al llegar cerca de los olivos, Ana llamó a voces a su abuelo Marcelino para ver si la oía, aunque lo dudaba, porque últimamente estaba algo sordo.

Bordeando el campo, buscó la senda que llevaba al centro, hecha por las muchas personas que hasta allí se acercaban. Una vez localizada, se asomó cuidadosamente al borde del pozo, desde donde bajó por las escaleras de piedra, que habían hecho años atrás, a su rincón favorito: el mirador, desde donde se veía el fondo lleno de plantas verdes y otras que colgaban desde lo alto.

Se sentó en una piedra que allí había, oyendo el murmullo del agua y el piar de los pájaros, que se refugiaban en el pozo buscando alimentos y frescor. Una sensación de sueño la invadió. Le pareció que se dormía y entonces sucedió otra vez el sueño: unas pequeñas ninfas que habitaban en el fondo del pozo, que estaba lleno de agua transparente, subían hasta donde ella estaba y no sabía con que intenciones. Pero no sintió ningún miedo, porque sus caras eran alegres y juguetonas. Con gestos le decían que fuera con ellas hasta el agua, pero no sabía nadar y no podía decirselo.

Las ninfas subieron hasta la verja del mirador y la arrastraron hacia el agua, hundiéndole en ella. El pánico se apoderó de Ana y al principio pensó que se ahogaría sin remedio, pero una de las ninfas le ofreció una larga caña de juncos por la que respiró, llegando así hasta el fondo del pozo.

Un maravilloso mundo submarino se ofreció ante sus ojos. Pequeñas cavernas servían de casa a las ninfas, que disfrutaban de abundante comida y de pasadizos que comunicaban con otros pozos y ríos subterráneos. La llevaron delante de la reina de las ninfas que, como símbolo de amistad le, regaló una pequeña piedra de un raro brillo que le colgó al cuello de una cadena hecha de hierbas.

Todo le parecía un sueño y el sueño se acabó bruscamente. Algo la movía y le chillaba al oído.

- ¡Anita, Anita!

Abrió los ojos y delante de ella se encontraba su abuelo Marcelino, diciéndole que si no se estaba dando cuenta de que se encontraba toda mojada, ya que la acequia se había desbordado y el agua se estaba escurriendo hasta el pozo, justo encima del mirador donde Ana se encontraba. Salió de nuevo a la superficie acompañada de su abuelo y se puso al sol, que ya se encontraba en lo alto, para secarse.

- ¿No te dabas cuenta de que te mojabas? – le dijo su abuelo, echándole la bronca. – Ya verás como se enfada la abuela cuando te vea así. Venga, vamos para el pueblo a cambiarte.

Cuando Ana llegó a casa de sus abuelos, la abuela no estaba pues había marchado a buscar el pan. Ana, subió rápidamente a cambiarse de ropa, intentando así que su abuela Juana no le castigara por ir mojada. Se preparó ropa seca y cuando se quitó la camiseta, todavía húmeda, algo brilló en su cuello: una pequeña piedra plateada colgada de una cadena de hierbas.

A su mente vino rápidamente el sueño de las ninfas, ¿sueño o realidad? Nunca lo sabría. Al día siguiente volvió de nuevo al pozo a merendar, pero

esta vez acompañada de sus amigas Lydia e Isabel. Al bajar por las escaleras todo estaba igual que siempre. Las plantas verdes del fondo, el rumor del agua, el piar de los pájaros, pero de ninfas, nada de nada.

Por supuesto no contó nada de ello a sus amigas y del misterioso colgante dijo que lo había comprado en el mercadillo de Tarazona, aunque debió ser un modelo único, pues sus amigas -que se empeñaron en comprarse otro-, no lo encontraron.

Un alto en mi vida.

Rebeca Lavena de la Asunción

(Categoría juvenil. Tercer Premio)

La verdad es que a mí nunca me había llamado la atención el hecho de vivir en un pueblo. No porque la idea me disgustara, sino por las pocas facilidades de las que disponía, tiendas, servicios médicos, servicios públicos...

Mi marido, Carlos, en cambio, tenía sangre de este pueblo y no sé cómo ni en qué momento me convenció para venirme a vivir aquí, a Grisel.

Este pueblo, tenía su encanto, su tranquilidad. Todo el mundo te conocía, te ayudaba y además me permitía estar en continuo contacto con el campo que era mi trabajo y mi ocio.

También tenía cosas extrañas que siempre, incluso antes de venirme aquí, a Grisel, me habían llamado la atención, como el pozo de los Aines, del cual siempre me había preguntado cómo en una tierra tan árida se había podido asentar un pozo como ese, con plantas típicas de las zonas más húmedas y

tropicales. Había escuchado diferentes leyendas a su alrededor, relacionadas un poco con todo este misterio, de este pueblo y de la gente que vivía en él.

La historia que les voy a relatar a continuación, se podría describir como una mezcla de angustia, soledad, y fantasía que pude vivir aquí, hace ya algún tiempo, debida -creo yo- a toda esa tranquilidad y la curiosidad que yo sostenía por todas aquellas melodías con las que me deleitaba este paraje y a los interrogantes que puede despertar en una persona todo aquello que no se entiende.

Muchos de vosotros no la comprenderéis, pero sucedió así o, por lo menos, así la recuerdo: como una leyenda de amor, mezclada con el poder del alma humana y los secretos que ésta tiene aún para nosotros. Pues bien, ésta es mi historia.

Aquella noche, era más calurosa que las demás, y decidí salirme afuera, al porche, a tomar el fresco. Como habréis podido comprobar, lo mejor de un día caluroso son los atardeceres, con su tenue luz calentando nuestras caras, ya cansadas después de un largo día de trabajo.

Estaba sola en casa y tan solo las pequeñas alimañas de aquel monte cercano, que parecía haberse levantado a los pies del pueblo -como vigilante inerte de sus gentes- me hacían compañía, pero yo esperaba que Carlos subiera al pueblo pronto.

Los pájaros de la noche sobrevolaban mi cabeza y mareaban mi mirada continua, con sus revoloteos y sus volteretas.

Me levanté sobresaltada. Carlos estaba ya conmigo, “has tenido una mala pesadilla cariño”, me dijo con su ronca voz susurrándome al oído.

Yo no recordaba haber soñado nada malo, pero la verdad es que no había parte de mi cuerpo que no temblara, que no se estremeciera. Tenía el camión empapado de sudor: Reconozco que me asusté, pero no lo di mayor importancia.

Cuando me tranquilicé, me acosté y me volví a dormir agarrada a él. Quería sentir su calor, pues yo tenía frío. Quería notar el suave aliento de su voz golpeándome en la cara.

A la noche siguiente me volví a quedar sola. Carlos había tenido que ir a hacer unos recados a Tarazona.

No sé si era que extrañaba la soledad de mi cama o el increíble silencio que había en la casa, con ese horrible calor, . . . no me pude dormir en mucho tiempo así que decidí salirme fuera. Es más entretenido esperar a alguien cuando observas la oscuridad de la noche y los secretos que puede esconder.

Corría un vientecillo que me resultaba bastante aliviador. Todo volvía a estar calmado. La noche se volvió negra totalmente, ni siquiera brillaba la luna. Sólo en la entrada distinguía un árbol, que me miraba como si quisiera contarme algo.

Noté unas manos que me azotaban en la espalda, . . . era Carlos. Yo estaba de nuevo en la cama. Le miré. Al principio, él no dijo nada.

-“¿Tienes frío?, ¡Estás helada!

No contesté, la verdad estaba bastante perdida. Tenía calor y lo único que recordaba eran atardeceres y largas noches en el porche de mi casa esperándolo.

Cada vez me costaba más volver a la realidad o a la mentira de aquella casa, no podía saber dónde se encontraba realmente mi alma.

Había perdido peso y mi cara se encontraba pálida pero yo no recuerdo haberme encontrado mal. Todo lo contrario, estaba más fuerte que nunca y sentía más cerca esas cosas en las que nunca me había fijado y que estaban todos los días junto a mí: la naturaleza, los animales y esa comunicación que tenemos con ellos y que muchos hemos olvidado.

Aquella noche, Carlos no había ido a trabajar. Recuerdo que estuvo toda la noche cogiéndome de la mano.

Volví a salir fuera, esa vez la noche era más oscura aún que las otras y ni siquiera las alimañas ni los pájaros habían salido a recibirme. Ni se oían ni se veían.

Entonces tuve frío, me quedé helada. Amaneció. Esa noche no fue Carlos quien me levantó. Yo sola me desperté, no había nadie en la casa o, por lo menos, eso parecía. No sé cuanto tiempo había pasado fuera. La casa estaba diferente, todo me parecía extraño-

Entonces, le vi, lloraba.

Me miré a mí misma, empapada de sudor. Me acerqué a él, ni me miraba. Miré por la ventana, vi un árbol. Ese árbol que se veía en medio de la oscuridad, ahora se veía también desde mi ventana. Tenía un nombre tallado, ¡era el mío! Aquél árbol que tenía mi nombre tallado en su madera, crecía fuerte a la entrada. Entonces, descubrí que hacía tiempo que yo no estaba, no podía comprender nada de lo que me rodeaba. Todo había sido tan rápido, no recordaba nada de lo que había sido mi vida en las últimas semanas.

Yo allí, ya no hacía nada. Estaba sola, alma desamparada. Fui a coger mis cosas, pero ¿para qué?. No necesitaba nada. Me quería perder, olvidarme de mi vida, de Carlos, de mi amor que aún me esperaba.

En un momento de histeria, abandoné la casa, mi pasado, mi vida. Me retiré de esa especie de lucha que había vivido, atravesé mi casa parando a ver algunos rincones en los que antes quizá ni me hubiera fijado. No sabía qué pensar, qué me podía haber pasado.

Apenas haber cruzado el umbral de la puerta, el árbol se marchitó. No quise mirara atrás. Iba descalza pero las piedras del sendero no me hacían daño y mis piernas no se cansaban.

No sé cuanto tiempo estuve corriendo, hasta el embalse, por los pequeños huertos que había en sus faldas y a su merced; por entre los pedregosos campos de olivos con ese color verdoso y ese rústico tronco que tienen y que les caracteriza de viejos y sabios; por las acequias, atravesando caminos y campos de cebada -entonces amarillentos- en los que los granos parecían

querer pegarse los unos con los otros para poder besarme los pies.

Entonces, llegué al centro de la nada. Me encontré allí, en el Pozo. Grandes paredes escarpadas me rodeaban y lloraban gotas de humedad sobre mi cuerpo. Era la cárcel más hermosa que jamás había visto. Se podría afirmar que era como una pequeña parte del paraíso. No había nada seco. Todo era verde, el verde brotaba de aquellas plantas con todo su esplendor y en todas sus tonalidades: verde claro, oscuro, esmeralda, verde oliva..., Estaba todo empapado de agua pero a través de toda esa hermosura, aquel lugar era tenebroso, helado.

Quise tocar todas las plantas, sentir su vida, su respiración. Quería que me transmitieran algo pero no me pude mover. Estaba paralizada.

Mis piernas parecían las raíces de aquel bosquecillo tropical encarcelado, no se movían,

Quise salir de aquel paraíso del demonio, volver a casa. Quería sentir el calor de la sangre por mis venas, caer y hacerme daño. El tiempo pasaba por mi estancia, cual pájaro volando te adelanta.

Estaba sola, quería volver a casa y llorar con Carlos, pedirle que me amara, que me amara siempre, que me abrazara. Pude entonces empezar a andar hacia la nada, fui dejando atrás aquel alto en el camino que había hecho en ese precioso pozo, y que por lo que sea me había regalado algo más de vida, poco a poco aceleré el paso, en poco tiempo estaba allí en mi casa. Carlos ya no lloraba, no hacía nada, miraba el árbol maldito de delante de su casa...

¡Había que talarlo!

Yo no podía, pues era un ser inerte, que no valía nada. Le susurraba a Carlos que lo talara. Carlos no hacía caso, el árbol lo atrapaba...quería a ese árbol.

El tiempo pasaba aún más rápido, notaba que mi alma se apagaba. Entonces le hablé y le dije, con las pocas fuerzas que me quedaban, "te quiero". Se levantó, me miró, no vio nada y se fue.

Yo entré derrotada en la casa, me metí en mi cama, y creo que si los muertos duermen, yo me dormí.

Cuando me levanté, estaba relajada, miré al otro lado de la cama. Era Carlos dormía y me abrazaba. Salí, era de día, la luz del sol calentó mi sangre, y allí a la entrada un hacha, llena de sangre, la sangre de aquel árbol, que me tenía atrapada, Carlos lo había talado y liberado mi alma.

No tardé mucho tiempo en recuperarme. Había comprendido muchas cosas y aprendido otras tantas. Me sentía mucho más cerca de mi tierra y de lo que me rodeaba. Al fin y al cabo, había encontrado mi alma.

Ahora casi todas las semanas visito el pozo de los Aines. Le cuento mis cosas a la tierra, me relajo y sigo preguntándome, para mis adentros, cuál será la historia de esas plantas, lo que habrán vivido. Paso horas muertas apoyada en un olivo, observando ,cada día más extrañada, las inmensas trepadoras que surgen desde el fondo del pozo, y que miran atentas lo que les rodea...He podido comprobar que por mucho que vivamos o que creamos saber, siempre habrá un misterio, la naturaleza.

Cuando se vive en grandes ciudades, en grandes metrópolis, no tienes mucho tiempo para poder llegar a conocer tu alma, o incluso algunos no sabrán ni si la tienen.

A mí, mi corazón, o la soledad de estas tierras, me ha jugado una mala pasada, mezclada con la fiebre que tenía y por la que estuve inconsciente mucho tiempo. Algunos verán en esto último la parte real de esta historia. Pues bien, a mí me parece la más ficticia.

Sé que para muchos esta historia resulta difícil de creer, porque algunos igual no habéis mirado aún en vuestro interior, y observado por unos instantes la complejidad del ser humano. Yo, personalmente, ahora aprecio más la luna, el sol, la lluvia o la nieve. Me gusta sentir el frío y sudar ante la inclemencia del calor.

Cada noche, aunque ya ha pasado mucho tiempo, me siento en el balcón

de mi casa, que está plantado cara la Diezma, ladera abajo, aquí en el pueblo y la observo, observo todas sus ondulaciones, sus melodías nocturnas e incluso puedo, si me concentro mucho, oír la voz del monte que me habla y me aconseja.

Pienso, simplemente, que soy más sensible que otros y puedo percatarme de mucho más de lo que tengo delante de mis narices con la magia de la imaginación y creedme, a partir de entonces, aunque no estuviera Carlos conmigo, nunca me he sentido sola.

Dorotea

Milagros Morales García (Tarazona)

(Categoría adultos. Primer Premio)

*Historias que quedan en leyenda.
Historias que pasan al olvido.
Historias que forman el recuerdo...
"Todas están hechas de lo mismo".
En todas hay cimas y simas.
Encuentros y malos entendidos.
En todas amor y desamor.
Cara y cruz.
Misterio y luz.
Risa y dolor.*

Dorotea. (La verdadera historia de la bruja de Trasmoz).**1 Leyenda.**

¿Por qué todos los fenómenos inexplicables suelen estar rodeados de un halo misterioso casi siempre fatídico?

Un día mis hijos vinieron del colegio con una difícil tarea para ellos. Tenían que escribir una leyenda sobre Tarazona o sus alrededores. Inmediatamente, recordé la que yo había escuchado de boca de mi padre. " La leyenda del pozo de la Áines". Hay muchas versiones, pero yo elegí la que sabía desde pequeña para contársela.

“En Grisel, un pueblecito muy pintoresco al abrigo de la Diezma, a tres kilómetros de Tarazona, vivía un señor muy rico que tenía una gran hacienda y un criado que le hacía las tareas del campo. El señor no era piadoso, a lo mejor de descendencia árabe, porque Grisel fue históricamente un poblado árabe, y el criado por el contrario era una persona muy devota y cristiana. Era la época de la trilla y el amo mandó al criado un domingo a trillar a la era. Al oír las campanas de la iglesia el criado dejó la yunta, el trillo y los aperos en la era y se fue a misa. El amo que había ido a la era a dar vuelta, a ver como iba la tarea, al ver que el criado había dejado todo abandonado y estaba en la iglesia comenzó a blasfemar y a articular toda clase de despropósitos. Tal era su ira, que dijo entre blasfemias:

-Ojalá se haga una sima en la Iglesia.

Dios le oyó, pero se hizo la sima bajo sus pies y se los tragó la tierra a él y a su yunta de mulas.

-Está la huella del baste- me decía mi padre-; alguna vez te llevaré a verlo.

En mi mente de niña guardaba esa historia, que yo consideraba cierta, porque entonces creía que Dios castigaba, y pasaron muchos años hasta que yo vi esa maravilla de la naturaleza que es el Pozo de los Áines.

Después de contarles a mis hijos la historia, sentí la necesidad de conocerlo. Ellos lo habían visto ya, porque acostumbraban a hacer excursiones en bicicleta. Cuando acabé mi relato, se apresuraron a escribir en su cuaderno la leyenda como yo les había contado.

2 La visita.

Lo que más me sorprendió, es ver en un terreno tan llano y aparentemente sin complicaciones, una sima tan original y sugerente. Realmente era un lugar lleno de intriga; pero no percibí ninguna sensación negativa, al contrario, me invitaba al silencio, a la meditación, a dejarme envolver por su entorno como sus paredes por la hiedra. Desde sus adentros sonaba la vida como una canción misteriosa de anfibios, insectos y agua gota a gota. Y recordé, no sé por qué, aquellos versos de Machado que dice: "Golpe a golpe, verso a verso". ¿Será en realidad la entrada del infierno?

Estaba inmersa en su contemplación cuando percibí una presencia detrás de mí. Sentí cierto temor y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Tenía ganas de correr y alejarme, pero la gruta desde la que estaba contemplando el pozo era muy reducida y solamente tenía una salida. Pensé que a lo mejor se trataba de un curioso que como yo se había acercado al lugar, pero algo me decía que se trataba de una presencia diferente, sobrenatural; así que decidí, puesto que no tenía otra alternativa, volverme y conocer al ser que me acompañaba.

3 Una hermosa mujer.

Su aspecto era extrañamente hermoso. Su cabello azulado caía desordenadamente sobre sus hombros desnudos. Su tez era pálida y sus ojos grises expresaban melancolía y soledad. Parecía una mujer joven, de cuerpo esbelto envuelto en una túnica de color lila; sin embargo, su mirada mostraba el peso de años y años vividos, o no vividos. Su rostro estaba desprovisto de las arrugas que te marca la risa y sus ojeras eran como dos sombras, como dos simas. La contemplé y procuré guardar la máxima distancia que podía en aquel reducido espacio. Ella percibió mi temor e intentó tranquilizarme. Me dijo:

-No temas. No quiero asustarte.

-¿Quién eres?. -Le dije presa todavía de la impresión.

-Soy un espíritu que habita en este pozo.

-¿Espíritu?. Yo no creo en esas historias. Lo siento, te has equivocado de persona. Alguien debe estar gastándome una broma que, por cierto, no tiene gracia.

-No soy una broma. Soy un alma errante, y no me he equivocado. Necesitaba un ser como tú. Un alma y un espíritu sensible en extremo que me diera algo de luz, que me escuchara. Por favor, no te cierres al misterio y ¡ayúdame!.

Mientras me hablaba había algo en su voz que me atraía, me tranquilizaba y tocaba las fibras más sensibles de mi corazón. Su última palabra "Ayúdame" la pronunció entre sollozos dejando escapar de sus bellos y extraños ojos unas lágrimas. Por eso no me fui. Por primera vez en mi vida pasé por alto mis prejuicios, mis creencias y dije casi sin darme cuenta:

-¿Qué quieres que haga?.

4 Dorotea.

Ella comenzó a hablarme suavemente:

Quiero que escuches mi historia. Hace mucho tiempo que no hablo con nadie, siglos y siglos de silencio. Mi eternidad no es como el canto de un ruiseñor que te envuelve en su sosiego, en su deleite, haciendo que un siglo parezca un instante. Ese privilegio es para las almas que han hallado la paz. Mi eternidad es una losa que me pesa enormemente. Como una noria que da vueltas y vueltas sin descanso sobre lo mismo. Nadie me escuchó nunca. Todos inventaron historias sobre mí. La realidad fue bastante diferente de cómo la contaron, de cómo la publicaron.

Mi nombre es Dorotea. Soy la sobrina del cura de Trasmoz. D. Gil, "el limosnero", hombre bueno y caritativo como el que más. Dicen que fui la primera bruja del pueblo, pero mi único delito fue: "que yo era la más hermosa de todas las muchachas del lugar."

Mi tío no tenía nada suyo. Vivía prácticamente en la miseria porque repartía cuanto tenía a los pobres. Ya anciano, puesto que mi tía que le cuidaba murió, pidió a mi madre su otra hermana, apoyo y cuidado en su vejez. Mi familia vivía en un pueblo al otro lado del Moncayo que se llama Purujosa. Mi padre era pastor y tenía cinco hijas hembras y dos varones. Nunca nos faltó de nada. En toda la zona de Castilla y de Aragón era conocida y famosa la carne de cordero que mi padre criaba y adquirida por los nobles y señores. Además mi madre era diestra en el oficio de tejer la lana y nuestro telar confeccionaba unas telas preciosas y ricas, de pura lana, que teñía con hierbas y flores del monte; dignas de las grandes señoras. Mi gusto por la estética y la belleza lo heredé de ella. Por eso dicen que yo era presumida, que me encantaban los trapos. Pero sigamos con la historia.

Yo era la mayor de mis hermanas y mi madre preocupada por el sustento y cuidado de una familia numerosa vio la ocasión propicia para aliviar dos cargas; la suya y la de mi tío. Así que me envió a mí a Trasmoz, no sin antes prepararme un nutrido ajuar digno de una dama, con unos tejidos admirables jamás vistos en el lugar.

5 Trasmoz.

Llegué a Trasmoz después de un largo y ajetreado viaje en burro por una ruta preciosa pero angosta y escabrosa entre montañas y precipicios. Por una senda que como enorme serpiente, se retorció y se ensanchaba, para volver a retorcerse más. Comenzaba la primavera y la tierra rojiza de la montaña, contrastaba con la roca desnuda. La vegetación formaba una hermosa sinfonía de tonos diferentes: el verde oscuro de los pinares, el color rosa de los almendros, el verde suave de los primeros brotes de las viñas y el blanco de las cumbres todavía nevadas. Tenía dieciocho años y

toda la belleza de las florecillas que cada mañana nacen a la vida en el Moncayo. Mi rostro era fresco, terso, aterciopelado. Era increíble mi belleza, por eso sentí enseguida el recelo y el rechazo de las mozas del pueblo que vieron en mí una rival segura; ya que como ellas yo estaba en edad casadera.

Por fin llegué a la casa de mi tío. Estaba pegada a la Iglesia. Era una casona de paredes gruesas que suavizaban el frío del invierno y el calor del verano. La entrada conducía a un patio amplio con dos puertas; una daba al corral y otra a las caballerizas. Las escaleras de mosaico de colores con motivos geométricos y atouques de madera conducían a una cocina grande provista de un hogar con chimenea y los poyos de madera a cada lado. También había una holgada despensa. En la planta de arriba estaban las alcobas y en la buhardilla el granero y el palomar. Una casa en apariencia rica, de las mejores del pueblo, a no ser porque olía a vacía. Todas las estancias que he nombrado estaban desiertas. No había palomas, ni grano, ni gallinas...Solamente unas patatas, unas cebollas, algo de harina en la despensa, y un borrico viejo que mi tío utilizaba para ir a Tarazona a visitar al Obispo, cuando era requerido por él.

Fue para mí un cambio impresionante. Yo estaba acostumbrada a una casa con mucho trasiego y abundancia y aunque mi tío me recibió con los brazos abiertos, me sentía fuera de lugar y desconcertada. El debió adivinarlo porque con cariño me dijo una frase, que era su favorita porque muchas veces después le oíría:

- "Hija mía, Dios proveerá. El no abandona nunca a los suyos". Y en efecto nunca nos faltó el sustento; porque mi tío conocedor de las hierbas medicinales del somontano, compaginaba sus oficios religiosos con el arte de preparar pócimas, emplastos y tisanas que eran requeridas para toda clase de remedios. Convertido así en el sanador espiritual y corporal del pueblo. A cambio no nos faltaban nunca las mejores frutas, hortalizas y demás viandas.

6 Mis vecinas.

Enfrente de nuestra casa estaba la casa del alcalde. Éste tenía dos hijas de edad más o menos parecida a la mía. Antonia y Teresa, así se llamaban.

Ellas son las principales culpables de mi desgracia, de porqué yo llevo siglos y siglos en este pozo. Realmente eran poco agraciadas, más bien regordetas y de mejillas rojas. Enseguida sentí en ellas cierta rivalidad y mala intención. Yo era una muchacha humilde, algo tímida, como típica sobrina de cura, y me limitaba a las tareas de la casa, amasaba el pan...Como provenía de una familia numerosa, era bastante juiciosa a la hora de administrar, de modo que aún nos sobraba para caridades y limosnas. Ellas por el contrario, eran amigas de chismes y habladurías. Les encantaba hacer ostentación de todo lo que tenían. Su conversación favorita era ponernos los dientes largos a las demás muchachas. Hablaban de las telas que se compraban en Tarazona, de su buena dote, de que eran las más pretendidas por los mozos del pueblo. Y como cualquier muchacha en mi lugar, esta situación hizo que en mi mente buena, que hasta entonces sólo pensaba en oraciones y plegarias, nacieran sentimientos de rabia y amor propio. Mi tío me decía:

- "Hija mía, Dios no se fija en las apariencias externas sino en el corazón".

"Los bienes de esta tierra no sirven para alcanzar la riqueza futura."

Pero en mí iban creciendo, esos sentimientos, como malas hierbas.

Llegaba la fiesta del pueblo. La fiesta del patrono. Por la noche se encendía una hoguera en la plaza y los mozos y mozas bailaban al resplandor de las llamas. Era una ocasión para conocerse, para comenzar los primeros escarceos amorosos que tendrían como fin nuevos noviazgos. Entre las mozas del pueblo había cierto trajín y nerviosismo. Todas marchaban a Tarazona a comprar tejidos y adornos para la ocasión. También mis vecinas, y una tarde tras otra hasta el día de la fiesta, se sentaban en la puerta de su casa entregadas a la labor de confeccionar sus galas; mientras me llamaban entre burlas y risas. Como yo pasaba del asunto, comenzaron entre ellas un diálogo mal intencionado:

- ¡Dorotea!. ¿No vas a ir al baile?
- ¿Cómo va a ir?. La pobre no tiene ni para un vestido nuevo.
- Es una pena...Su tío todo lo da en limosnas.
- ¡Que desventaja es ser la sobrina del cura!
- Todas se quedan solteras, por algo será.

Y así, a cuál más ofensiva, iban siguiendo con su letanía de maldades; todo fruto de la envidia y del complejo de inferioridad que tenían. Yo las oía y a punto estuve de echarles un balde de agua fría. Pero me contuve. Guardé silencio mordiéndome la lengua y mientras en secreto ideé mi venganza. Subí a mi alcoba y saqué de mi baúl una pieza de tela pura de lana que mi madre había puesto en mi ajuar. Era de color rojo intenso.

-Seguro que mi vestido va a ser el mejor. Dije sonriendo. Mientras delante del espejo me envolví con la tela y comprobé el contraste que hacía con mis ojos, entonces negros y expresivos.

7 La fiesta.

Llegó el día tan esperado. Después de la misa del cura, mi tío, repartió entre los pobres los panes que yo había estado amasando toda la noche. Después, las muchachas bailaron en la era a los sonos de la gaita y el tamboril y yo intenté pasar el día desapercibida y sola en mi casa. Al fin llegó la noche y cuando mi tío se metió en la cama al toque de oraciones, como acostumbraba, me coloqué apresuradamente mi vestido que había confeccionado a escondidas. Me dejé el pelo extendido, coloqué sobre él una corona de flores silvestres y cuando estuvo la hoguera encendida y comenzó el baile me dirigí a la plaza donde los mozos y las mozas estaban.

Mi presencia causó un fuerte impacto. Mi vestido con la luz del fuego brillaba con fuerza como si de rico raso se tratara. Y mi pelo negro con el resplandor de la luna, adquiría tonalidades azules deslumbrantes. Toda la noche estuve bailando sin parar para el celo de muchas y placer de otros. Me sentía colmada, feliz. Al final yo había ganado. Mis vecinas

abandonaron el baile temprano presas de rabia al no poder competir conmigo. Y yo giraba y giraba, alrededor del fuego, al ritmo de las llamas. Así hasta que se hizo de día-

-¡Vaya, vaya, D. Gill!. Su sobrina estaba anoche hecha una rosa. Le decían los feligreses a mi tío.

Pero él, tan bueno, pensaba que se trataba de una broma y lo único que querían era reprenderle por no haberme permitido asistir al baile:

-Otro año será, otro año será. Todavía es muy joven.- Les decía mi tío;- con un tono distendido sin sospechar nada.

Pero mi dicha duró poco. A partir de aquel día, no faltaron enramadas en mis ventanas. Los mozos entonces rondaban a las mozas adornando sus ventanas con ramas de guindos y cerezos. Tampoco pretendientes. Entre ellos Apolonio, el mozo más apuesto y hacendado del lugar, que dejó de cortejar a una de mis vecinas por mi causa.

Por eso digo, que mi dicha tuvo la misma duración que el canto de un gallo. Pronto comenzaron a verse escobas con la palma hacia arriba en todas las puertas del pueblo, signo indiscutible de prevención de brujas y malos espíritus. A correr rumores de que yo era bruja. Según todos mi transformación el día de la hoguera era digna del propio Lucifer. ¿Cómo si no había conseguido mi vestido?. Mi tío lo daba todo en limosnas...Solo por mis poderes había conseguido hechizar a Apolonio que desde entonces no dormía. Yo con mis malas artes traía la deshonra a la casa del alcalde. Ya no se casaba Antonia con Apolonio. La había dejado en vísperas de la boda.

Estas y otras calumnias circulaban por mi entorno y fueron engordando y engordando; porque comenzaron a ocurrir acontecimientos desafortunados: "Varias mujeres murieron de parto aquel año. Algunas yuntas enfermaron. Una pedregada desoló los campos. Comenzaron a aparecer lobos por la comarca que mataban las ovejas..."

Fueron un cúmulo de casualidades que las hijas del alcalde aprovecharon para atraer hacia mi persona todo el odio. Pero sólo eran calumnias de

mujeres celosas y despechadas. ¡Lo juro!. Aunque nadie lo entendió. Es más fácil atribuir al mal a algo o alguien, que dejarlo desatado a merced de la incógnita y la ignorancia. Así que comencé a escuchar cosas como éstas:

- "¡Dorotea es una bruja!".

- "¡Dorotea nos ha traído la desgracia!".

- "¡Hay que acabar con ella!".

- "¡Hay que echarla del pueblo!".

- "¡Mejor aún, la tiraremos desde el castillo, la despeñaremos!"...

Yo estaba asustada, lo confieso. Pero es en estas situaciones cuando el valor se convierte en el disfraz del miedo. Por eso, con altanería abría mis ventanas, y clavaba mi mirada penetrante en todo aquel que osaba a mirarme. Entonces descubrí que yo tenía cierto poder para enfrentarme a esta situación. Era capaz de intimidar, de asustar. Esa era mi arma contra todos. La que yo debía utilizar.

8 El desenlace.

Pero también este arma me falló y me dejó sin fuerzas y sola ante mi cruel destino. Era Viernes Santo. Y en memoria de que Nuestro Señor Jesucristo murió ese día, las brujas y los malos espíritus, pierden su poder y no pueden hacer nada. Por eso aprovecharon ese día mis enemigos porque me perdieron el miedo.

Era el momento en que el sol comenzaba a esconderse detrás del Moncayo llenando de sombras la aldea. Yo acababa de servirle la cena a mi tío, cuando oímos un tumulto de voces y de gritos. Gente golpeaba la puerta de la casa con palos y hachas. Mi tío asustado, con un candil, bajó a abrir la puerta, ajeno a todo, creyendo que algo terrible pasaba y necesitaban de él. Pero sin ningún respeto hacia su persona lo empujaron, e invadiendo la entrada comenzaron a gritar.

- "¿Dónde está esa maldita bruja?!

- "Queremos que una vez por todas pague sus culpas!".

- "¡Maldita, adoradora del diablo!".

- "Mala mujer, debes morir!".

Y llegando hasta mí me agarraron por los pelos y me tiraron rodando por las escaleras hasta la entrada. Mi tío, fuera de sí, suplicaba y pedía que en nombre de Dios me dejaran, se trataba sin duda de un mal entendido. Pero aquella situación se iba convirtiendo en un mal sin retorno, en algo irreversible.

- ¡Si no es en nombre de Dios, que sea en el mío que tanto alivio os he proporcionado!.- Gritó mi tío sacando fuerzas de flaqueza.

Sus palabras hicieron efecto y se produjo un profundo silencio, de esos que congelan el alma. Y siguió hablándoles:

- Si es bruja como decís, yo le haré exorcismo. Os prometo que no os va a producir ningún daño. Pero no la toquéis.

La gente se fue retirando en silencio, las palabras de mi tío habían llegado a sus conciencias. Todos le debían algo, por eso respetaron su decisión.

Mi tío me besó en la frente y curó mis heridas. Seguidamente en silencio me llevó a la Iglesia. Los dos estábamos tristes, nos teníamos un profundo cariño, pero mi tío era un hombre de palabra y debía hacer lo que había prometido. Aunque pareciese un gesto de desconfianza hacia mí, él pensó que era la manera de salvarme la vida. Me tumbé en el suelo delante del altar y él utilizando una rama de tomillo, me roció con agua bendita. Después cogiendo un gran misal que guardaba en el armario de la sacristía, comenzó con una letanía de invocaciones y ruegos. Entonces una ráfaga de viento fuerte abrió de golpe los ventanales de la Iglesia. Relámpagos y truenos retumbaron en el pueblo como si se tratara de un doloroso clamor. Mi tío seguía rezando y su voz en el eco de la Iglesia semejaba una legión de ángeles. Después quedé dormida en una paz profunda.

Cuando me desperté mi tío no estaba. Me apresuré a salir de la Iglesia y a volver a casa; pero en la puerta protegido por la oscuridad inmensa de

una noche sin luna me esperaba el alcalde, acompañado por el alguacil.

-¿Qué queréis de mí?. Les dije asustada adivinando que la pesadilla en que me hallaba inmersa no había terminado.

Ellos no me contestaron y bruscamente me sujetaron los brazos, me amordazaron y me ataron. Después me taparon con una manta y en una galera me condujeron hasta aquí, hasta este pozo.

-Este es tu sitio. "El Purgatorio de las brujas". Aquí purgarás tus pecados y no podrás hacernos más daño. Y diciendo esto me tiraron dentro.

Al día siguiente, al clarear el día, el pueblo se despertó con una incógnita: ¿Qué había pasado con Dorotea?. Pero enseguida encontraron respuesta de boca del alcalde, una respuesta muy convincente para la mentalidad de entonces:

-El mismísimo Satanás en persona ha llegado con su ejército de diablos y de brujas en mitad del exorcismo y se la ha llevado entera al infierno. -
Les dijo;- y callaron los comentarios, unos por temor, otros por pena.

Pasaron unos meses: Antonia se casó con Apolonio. Mi tío murió de impotencia y dolor. Y yo pasé a ser leyenda.

Mi espíritu ha quedado aquí enredado entre las zarzas de este pozo; no porque tenga nada que purgar. Está prisionero de la angustia que produce una injusticia tan atroz.

"Realmente es una historia muy triste y desgraciada. Una historia que se viene repitiendo, porque aunque los siglos sean otros, los sentimientos suelen ser en los humanos los mismos. Los celos, la envidia, las supersticiones ¡cuánto daño pueden llegar a producir!. Hasta este momento no le había interrumpido, sentía en ella cierto afán, cierta prisa por contar su historia".

Le dije:

-Lo siento. Siento tu desgracia. ¿Qué deseas ahora? ¿Qué te haría feliz?

-Quiero que me ayudes a salir de aquí. No es justo pasar una eternidad

en tinieblas. Quiero sentirme libre. ¡Volar!. Volar entre amaneceres y atardeceres. Y saborear el sol, la brisa, la luz, el monte...No quiero nada más. Ni siquiera venganza. Solamente paz.

-El día de Viernes Santo ve a la iglesia de Trasmoz y coge agua bendita. Después échala en este pozo haciendo la señal de la cruz tres veces.

Yo misma me pregunto: ¿por qué?. Y no se contestarme. Yo creí a Dorotea. Es más, su recuerdo se convirtió en mí en una obsesión. Le di muchas vueltas a lo sucedido. Tuve mil dudas porque pensé que todo había sido un sueño. Me sentía ridícula por creer en historias de espíritus y de brujas; pero el día de Viernes Santo fui a la Iglesia de Trasmoz, cogí el agua bendita, y la eché en "El pozo de los Aines". Tal y como Dorotea me lo había encargado. Entonces, coincidencia para los escépticos y prodigio para los que no lo son; una paloma blanca surgió del interior del pozo y se apoyó en mi mano. Después de mirarme fijamente se alejó volando hacia el Moncayo.

"Me hace feliz pensar en primavera cuando veo volar a los pájaros, que espíritus libres habitan en ellos. Y pienso en Dorotea disfrutando de la luz, y de la brisa"...

La duda

Tomás Bernal Benito (Zaragoza)

(Categoría adulto. Segundo Premio)

*Bendito sea el nombre del Señor,
que conforta a los que creen en él
y destruye a las gentes inicuas.*

(crónicas de Alfonso III. Rotense, p. 206.)

Francia, 14 de septiembre de 1213.

El húmedo y palpitante hocico del conejo saludó al frío atardecer. Escondido tras los juncos del riachuelo, con las orejas tiesas y sus redondos ojos negros atisbando en un punto lejano del horizonte, su figura más semejaba la imagen de un depredador que la de una débil presa. De repente, algo distrajo su atención, y su menudo cuerpo desapareció en un santiamén entre la espesura de la vegetación.

Don Rodrigo Ximenez de Grisel, situado en la orilla de enfrente e hipnotizado por la blanca figura, al sentir los gruñidos de su estómago vacío suspiró añorando la pérdida de su ballesta.

-Sí, ya lo sé, hubiese sido un buen festín - murmuró -. ¡Qué se le va a hacer!.

Rodrigo se encontraba magullado y hambriento. Le dolían todas las articulaciones de su cuerpo. Y en especial las manos. Las encallecidas manos. Tenía los dedos llenos de rozaduras y pequeños cortes por el continuo uso del guantelete metálico.

En cuchillas se las quedó mirando.

Lentamente las introdujo dentro del agua. La sensación fue pareja de dolor y placer al mismo tiempo. Las movió dibujando una serie de círculos y, retirándose la larga cabellera por encima de la capa, procedió a lavarse la cara. El frescor le hizo sentirse mejor y le ayudó a despejarse. Luego se dejó caer pausadamente hacia atrás y se quedó sentado en el suelo, con las piernas encogidas, permitiendo que la suave brisa le secase su curtido rostro. A continuación tomó el odre que llevaba colgando de su hombro, se incorporó ligeramente, lo llenó, y directamente se lo llevó a los labios. Tras enjuagarse la boca, escupió su contenido. El siguiente sorbo se lo bebió, paladeándolo con un cierto deleite.

Volvió a mirarse las manos.

Todo estaba en calma.

La misma y espantosa calma que precede a la tormenta de la batalla. La misma que precedió a la del día anterior. La misma que había precedido a casi nueve meses de incesantes luchas.

Los prolegómenos, a la espera de recibir la orden de ataque, eran todos similares: sentidos en alerta, músculos en tensión, respiración agitada, latidos acelerados...de repente, cuando aquella se producía, gritos ensordecedores de guerra surgían al unísono de las reseca gargantas, soltando la adrenalina acumulada y tratando de conseguir el efecto

psicológico de amedrentar al adversario.

Y a continuación, el horror en todas sus formas indescriptibles: entrechocar de espadas contra escudos, mandobles descargados a diestro y siniestro, sangre que fluye de miembros cercenados acompañada de lamentos y gemidos de espanto, cascos que rebotan en el suelo sin cabeza, cabezas que ruedan sin cascos, lanzas y estandartes tronchados, caballos despanzurrados...

Y aquella sensación de ahogo dentro del yelmo. El vaho que se forma en su interior. El sudor que resbala por la frente y se deposita en cejas y pestañas, ofuscando, la ya en sí limitada visión, a través de la estrecha ranura. Los movimientos en más de una ocasión instintivos, de pura supervivencia, necesarios para manejar la espada y sostener el pesado escudo, ataviados con la incómoda protección que supone la cota y las calzas de mallas y la gorguera para el cuello.

El mínimo descuido puede suponer la pérdida de la vida.

-¡Rodrigo! ¡Rodrigo!

-Sí, ya voy.

La quebrada voz, proveniente del interior del bosque, le devolvió a la realidad. Rodrigo se levantó resoplando y cojeando, pues debido a la posición estática que había mantenido durante los últimos minutos, le hormigueaba una pierna.

-¡Ya voy, viejo Oso! – gritó cuando se encaminaba hacia el lugar de donde había partido la llamada.

El de Grisel se introdujo en la arboleda situada a escasos metros del río y en dos zancadas se situó delante de su gran amigo Sancho, el cual se encontraba recostado sobre la hierba, cubierto con su piel de oso, junto a los rescoldos de una semi-extinguida hoguera. Rodrigo se arrodilló a su lado y a la par que le alzaba la cabeza, le acercó el pellejo para que bebiera.

-Bebe un poco viejo amigo. Te sentará bien.

Sancho – de complejión corpulenta, pelo grasiento, con el rostro

ceniciento y los ojos apagados y hundidos, gruesa nariz y barba enmarañada-, al intentar tragar le sobrevino un acceso de tos. Su gesto, debido al esfuerzo realizado, quedó reflejado en una mueca de agudo dolor. La frente la tenía empapada por la fiebre. El cabello adherido a ella.

-Tranquilo, bebe despacio – le recomendó.

-¿Más despacio todavía? – soltó ofuscado – Si no he bebido nada.

-Este es el Oso que yo echaba en falta. ¿Qué tal te encuentras?

La respuesta de Sancho, al tomar conciencia del lugar, fue la de contestar con otra pregunta.

-¿Dónde nos encontramos?

-De regreso...

-¿De regreso? – ni le dejó terminar la frase -. No entiendo

-¿Qué no entiendes?

-¿Y la batalla?

Sancho intentó incorporarse, pero la tirantez de la herida se lo impidió. La blasfemia fue acompañada con una doble interjección de dolor.

-Espera, deja que te ayude.

Rodrigo lo sujetó por debajo de las axilas y con sumo cuidado lo sentó con la espalda apoyada en un grueso tronco. Sonó en el bosque una nueva maldición que la hizo extensiva el eco. Varias aves salieron asustadas, volando del interior hacia las copas más altas.

-¿Qué hacemos aquí, muchacho?.

-Descansar. Por mal que te pese, descansar. Estás herido.

-Estoy herido yo, pero tú no. ¿Cómo has permitido dejar solo a nuestro rey?

-Tranquilo cascarrabias. No te alteres, que no te va nada de bien.

-¿Cómo lo has permitido, muchacho? – Volvió a insistir.

El silencio de Rodrigo aumentó la confusión del viejo Oso.

-Muchacho, háblame y dime que no ha pasado lo que creo que ha pasado. ¿Y dónde está Guillén?

-Guillén...ya no está.

-¿Como que ya no está? ¿Qué quieres decir con que ya no está? ¿Acaso le ha sucedido algo? ¿Y el flaco? ¿Dónde está el flaco? ¡Domingo!

El de Grisel le retiró la mirada y se tomó su tiempo antes de contestar:

-No los llames, porque no van a aparecer. Lo siento, pero no está ninguno. Ni guillen, ni Domingo, ni siquiera Esteban con su sempiterna sonrisa. Esteba, el de los "dientes blancos". ¿Recuerdas que siempre nos decía que estaba libre de las flechas de sus adversarios, que un halo divino le protegía? Pues bien, murió saeteado. Ayer su halo divino debía de encontrarse de viaje. Todos están muertos, y bien muertos. Sepultados bajo tierra enemiga donde tú ya sabes, en la explanada situada frente a las murallas inexpugnables de Muret.

La perplejidad se adueñó del semblante cadavérico de Sancho.

-¿Todos?

-Sí, todos, al igual que Pedro el Católico.

-¿También el monarca? ¡Virgen de la Peña Negra! Pero...¿por qué?

Y su alarido desgarrador, con las venas de su enrojecido cuello a punto de estallarle y los puños fuertemente apretados, fue la premonición de la pérdida de conocimiento. Rodrigo volvió a depositarlo sobre el suelo y al hacerlo cayó la piel que lo cubría dejando al aire el costurón del costado. La sangre fresca hizo su aparición a través del encostrado vendaje, empañándolo.

-Que mala pinta tiene esto, Dios mío – susurró.

Con sumo cuidado procedió a quitárselo. Luego limpió la herida lo mejor que pudo con agua y un paño y le colocó un emplaste hecho con grasa de

cerdo y harina.

-Descansa, amigo mío - le dijo en voz baja mientras lo volvía a tapar.

Rodrigo se sentó a su lado y echó más leña a la fogata, reavivándola. El crepitar de las llamas y sus extraños dibujos perdiéndose en el aire, enseguida se aposentaron sobre sus somnolientos ojos. Le pesaban tremendamente los párpados, así que se quitó la capa, se acomodó en el suelo y se arrebujó en ella. Sus relajados músculos se rindieron ante tan agradable sensación y no tardó en hacer acto de presencia el balsámico sueño. Y soñó con Talesa. Con su amada Talesa. Cuando ambos, tumbados sobre la recién segada mies, a orillas del cristalino Queiles y al abrigo del majestuoso Monte Cayo, compartían toda clase de caricias y susurros bajo el cielo azul de su nostálgico Grisel.

Cuando abrió los ojos, la aurora se desperezaba en el horizonte dejando entrever a través de los árboles su resplandor ambarino. Rodrigo se quedó mirando a Sancho, que también se encontraba despierto.

-Muchacho... - le dijo éste con su cascada voz.

-Sí.

-Voy a morirme, ¿verdad?

-¡Sancho! No pudo un oso contigo y te vas a dejar vencer ahora por un simple pinchazo. No amigo, no te vas a morir. Te lo prohíbo. Ni se te ocurra pensarlo.

-Ahora es diferente.

-¿Por qué es diferente?

-Siento que la vida se me escapa, ¿sabes? He visto un túnel.

-¿Y...?

-Era largo y frío. Al principio estrecho, luego, conforme avanzaba, se iba ensanchando. El túnel estaba iluminado por carbones encendidos y antorchas, y había gente a ambos lados...como difuminada, sin rostro. Al

final del mismo, en el centro de una gran nube rodeada de resplandores, vi la figura de cuatro seres que parecían hombres, pero que, extrañamente, tenían cuatro caras y cuatro alas cada uno de ellos. Sus piernas eran rectas y las plantas de sus pies, semejantes a las de un buey, brillaban como bronce bruñido...

Un nuevo a taque de tos cortó el visionario relato de Sancho.

-¿Algo más? – le apremió Rodrigo.

-Sí, tiraban de un carro. Era un carro muy extraño, pues las circunferencias de sus ruedas estaban llenas de ojos que me miraban. De repente...

-De repente, ¿qué?

-De repente abrieron sus alas haciendo un gran ruido. Era un ruido... como el que hacen las tormentas de verano. Como el de un gran ejército. Luego, sin más, desaparecieron. Desaparecieron tragados por la oscuridad. Creo...creo que me estaban esperando.

-Pues si que te ha dado tiempo de ver cosas.

-Muchacho, no te burles de mí.

-No es mi intención, viejo. Cuando nos encontremos junto a los nuestros delante de un buen guiso, se te curarán todos los males. Ya lo verás. Hablando de guisos, ¿tienes hambre?

-Un poco.

-Pues menos mal que es un poco, estamos en las últimas – le dijo al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia la alforja que colgaba de la silla de montar de su fiel Garañón -. No nos queda más que media hogaza de pan. Antes he visto un conejo, ¿sabes? Y casi se me saltan las lágrimas.

Sancho se echó a reír, frunciendo el entrecejo.

-Con lo que hemos cazado y ahora resulta que no puedes ni con un pobre conejo.

-Así es, amigo mío, espera, deja que te incorpore.

Rodrigo repitió la operación anterior. Con sumo cuidado le ayudó a sentarse, apoyando su maltrecho cuerpo en el cercano árbol. Luego partió el pan en dos y le acercó uno de los pedazos. Sancho empezó a masticar muy despacio. Ambos comieron en silencio.

Cuando aquél terminó, le preguntó:

-Muchacho, ¿qué pasó con Miguel de Luesia, el que llevaba el estandarte real?

-Cayó de un golpe de maza.

-¡Retorcido tajo! ¡Cómo me pude despistar! ¿Qué fue lo que me perdí?

-Pues una celada que el arrogante monarca no supo ver. Al poco de que te hirieran, alguien hizo correr la voz por el campo de batalla de que el rey había muerto. Entonces el Católico, cegado por la ira blandió la espada por encima de su cabeza gritando que aquello era una burda patraña, que él se encontraba allí, vivo y coleando. Y eso era precisamente lo que querían las huestes de Simón, detectar su presencia. De modo que, una vez localizado, se abalanzaron sobre su persona, rodeándolo sin respetar en ningún momento las leyes de la caballería, pues fue atacado por todos los flancos a la vez. El rey se defendió valientemente. En ningún momento volvió la cara y, como muy bien nos había comentado la noche anterior, prefirió morir luchando con honor antes que vivir con deshonor.

-Maldito sea el de Montfort y toda su gente! – exclamó Sancho.

-A pesar de su bravura al final mordió el polvo, al igual que Aznar Pardo, Gómez de Luna... Es curioso...

-¿El qué?

-Que un hombre que sobrevivió a una lanzada en la batalla de las Navas de Tolosa, luchando contra los sarracenos, haya caído defendiendo a sus súbditos peleando contra cristianos.

-Este Inocencio, bien que nos ha hecho polvo a todos con la dichosa cruzada. Ahora, que lo más gordo para mí, es lo de la excomuni3n. Virgen mía, qué tremenda injusticia. Excomulgado por acudir en ayuda de los nuestros. Jamás en la vida, y tú lo sabes bien, me ha importado enfrentarme a la muerte, pero en estas condiciones...No...

-No entiendes porqué ha tenido que morir tanta gente buena y cristiana, ¿verdad? - le interrumpió.

Sancho guardó silencio y con un palo dibujó una equis en la tierra.

-No sabes hasta qué punto esta situación ha enflaquecido mi ánimo - prosiguió Rodrigo con gesto abatido - . Desde el mismo día de la batalla me asalta una duda, una terrible duda que cuestiona los cimientos de mi fe.

-No, Rodrigo, no digas ni pienses eso - le apuntó con el palo - . La fe...

-La fe, ¿qué? - volvió a interrumpirle - ¿Recuerdas lo que nos contó el de Bèziers, cuando los cat3licos arrasaron su ciudad?

-Dijo muchas cosas.

-¿Las palabras que oyó pronunciar el abad Arnoldo cuando sus soldados le preguntaron de qué forma podían distinguir a los cat3licos de los discolos cátaros?

-Matadlos, matadlos a todos, que luego Dios ya los separará en el cielo - respondió abrumado.

Rodrigo meneó la cabeza de izquierda a derecha antes de proseguir:

-¿Ese es un Dios misericordioso? Bernard era un buen tipo. Vio como quemaban su casa. Presenció el asesinato de su esposa. Y aún así continuó luchando. Yo lo vi caer en la batalla. No se merecía ese final. ¿Ese es un Dios misericordioso? - volvió a repetir.

-También...los ap3stoles murieron por la fe.

- No me hables más de la fe, que por su culpa nos vemos así. Mírate, estás en las últimas... perdona – rectificó de inmediato-, no quería decir eso. Partimos de Grisela un total de doce personas. Regresamos dos. ¿Qué les vas a decir a sus viudas cuando las veas, amigo Sancho? ¿Que tengan fe?

- Si bona suscepimus de manu Dei, ¿mala quare nos suscipiamus? – murmuró en voz baja.

- ¿Qué has dicho?

- Si de su mano recibimos los bienes, ¿por qué no recibimos los males?

- Palabras, palabras, palabras...

- No lo sé, Rodrigo – continuó cabizbajo-, no lo sé. Yo sólo soy un patán luchador, que te sigue ciegamente a todas partes. Eso es lo que soy. Un patán que necesita creer porque se está muriendo. No obstante, pienso...

- ¿Qué piensas?

- Pienso que nuestra situación es privilegiada.

- ¿Privilegiada? ¿Acaso estás hablando de buena suerte?

- Pues sí. Estamos vivos, ¿no? Al menos lo podemos contar.

Rodrigo no quiso ni por un momento replantearse el razonamiento de Sancho, así que giró su mano derecha en el aire y se limitó a cambiar de conversación.

- ¿Te encuentras con fuerzas para ponernos en marcha? – le propuso.

- Todo lo bien que se puede encontrar un moribundo. Estoy temblando.

- Pues yo he visto vivos con peores caras. – le dijo poniéndole una mano sobre la frente -. La fiebre te ha bajado.

- ¿Peores que ésta? Imposible que haya tan feos.

Rodrigo sonrió por primera vez en mucho tiempo, mientras se dirigía hacia los caballos.

- Eso también es verdad.

El de Grisel tomó las riendas del penco de su amigo y lo puso a su lado. Luego le retiró la piel, lo tomó por los brazos colocándose a su espalda, y realizando un extraordinario esfuerzo lo levantó a pulso colocándolo sobre la silla de montar. Después recogió la piel del suelo y se la echó por encima.

Lentamente se pusieron en marcha. Garañón marcaba el camino a seguir, mientras que el caballo de su amigo le seguía dócilmente. Éste cabalgaba recostado, sujetándose a la crin de su fornido cuello.

Cuando llevaban avanzado un buen trecho, Sancho le llamó con voz apagada.

- Muchacho.

- Dime viejo oso.

- No creo que lo consiga,

- ¿El que?

- ¿Qué va a ser? Sobrevivir

- ¿Por qué?

- Me falta aire al respirar. Noto que estoy sudando y sin embargo tengo escalofríos. Y me sigue preocupando mucho lo de la excomunión, ¿sabes? No hago más que darle vueltas a la cabeza. Mira que si el carro que me estaba esperando era el del cornudo demonio.

- Oso, no te voy a dejar morir, ¿entiendes? ¿con quien voy a salir a cazar? Han sido muchas las juergas que nos hemos corrido juntos y muchas las que nos faltan todavía por correr. ¿Te acuerdas del día del jabalí en el Monte Cayo?

- Cómo se me va a olvidar. Estabas graciosísimo subido en la rama del

árbol.

-Por tu culpa. Haberlo matado a la primera. Pues eso hay que volver a repetirlo. ¿y de la gran roca situada a la subida del santuario de la virgen? ¿no me digas que te quieres morir sin ver un nuevo amanecer tumbado encima de ella?

-Mi virgen, mi roca... no sé si me estás convenciendo, muchacho.

-No pretendo convencerte. Como Señor que soy tuyo, es una orden. ¡No se te ocurra morirte, aguanta!

-Si es así. Intentaré obedecer, Señor.

Y el mutismo se volvió a apoderar del camino, que por culpa del repetitivo paisaje, se hizo sumamente monótono. Cada paso que daba Garañón, acompañado por el rítmico cimbreo de su cuerpo y el deslumbrante fulgor que emitían sobre el horizonte los rayos solares provenientes del Este, iba sumiendo a Rodrigo en una perezosa soñolencia que acabó transportándolo a una especie de estado de total ingravidez.

Y en su éxtasis aparecía Talesa, sonriéndole, vestida de blanco, sobre un fondo negro con destellos de color. Tan bella como la plata. Luego desaparecía y se veía a él, en su infancia, saludando con la mano a su padre desde las almenas del castillo cuando regresaba victorioso, montado a caballo y envuelto en su resplandeciente armadura, de las campañas llevadas a cabo en Valderrobres, Orta y Uldecona, a las órdenes de su majestad Alfonso II. Y a su madre, con su larga melena negra, llamándolo una y otra vez cuando correteaba por el prado tras su fiel perrillo de lana rizada: “¡Rodrigo, Rodrigo, Rodrigo!”

-Madre, ya voy...

El trote del caballo de sancho, adelantándolo, le retornó a su condición de mortal. Inmediatamente se giró y lo vio yacer en el suelo, como a unos veinte metros de distancia. Rodrigo descabalgó y echó a correr a su encuentro.

-¡Sancho! ¡Sancho, dime algo! – le dijo arrodillándose a su lado.

Pero el viejo oso no le contestó. Ni siquiera le miró. Su mirada era vidriosa y un hilillo de sangre zigzagueaba desde la comisura de sus labios, buscando refugio entre su enredada barba. Su patética figura había cruzado el umbral del túnel que separa los muertos de los vivos. Sancho se había montado en el carro del más allá.

Rodrigo le golpeó en el pecho con ambos puños.

-¡Sancho, háblame! ¡Respira, hombre, respira! Y lo de la cacería, ¿qué? Maldito seas viejo. No has luchado lo suficiente. Te has dejado vencer.

Y Rodrigo se derrumbó sobre su cadáver, sintiendo que algo en su interior se resquebrajaba en mil pedazos.

Intentó gritar, pero no pudo.

Y aquel valle del Languedoc, al igual que su alma, quedó sumido en ruinas y desolación, atrapado entre la amargura de la duda y la tristeza.

Grisel.

Varias semanas después.

El inhóspito otoño había comenzado con su ingrata tarea de descarnar los campos. Los campesinos de Borja, Maleján, Bulbunte... que se afanaban febrilmente en preparar las tierras para la próxima cosecha antes de que cayesen las primeras nieves, suspendían momentáneamente sus labores agrícolas, tomándose un breve respiro, para poder contemplar curiosos a su paso por el camino, el regreso abatido y solitario del Señor de Grisel. Rodrigo, cuando observó a los lejos la cumbre nevada del Monte Cayo, oculta parcialmente por una densa capa de nubes grisáceas, se sintió en casa. La visión del lomo ondulado del majestuoso monte elevó su decaído ánimo. Sin embargo, cuando reparó en la espesa e inquietante humareda que emergía del horizonte, negros crespones de muerte inundaron de nuevo su atormentado cerebro. Aquel humo no presagiaba nada bueno.

Su rostro se transformó al asir fuertemente las riendas de Garañón. Con

la mirada rabiosa y las mandíbulas prietas, le clavó brutalmente las espuelas fustigándolo. El alazán relinchó de dolor lanzando espumarajos por la boca y respondió a la orden de su amo, partiendo a galope tendido.

Y de nuevo volvió a brillar su loriga con el reflejo del sol. Y de nuevo sintió cómo el cierzo del noroeste azotaba sus mejillas, cómo su largo cabello se agitaba al compás de su capa y como los cascos de su fiel montura hollaban la virginidad de la madre tierra, levantando guijarros y polvo a su paso.

Y de nuevo se ensamblaron jinete y caballo en una única figura, en un cántico a la libertad, en un homenaje a la más ancestral de las danzas.

El penco de Sancho no pudo aguantar el ritmo impuesto por Garañón y trastabilló cayendo al suelo, quebrándose una pata.

Es su caída arrolló a ambos.

Garañón se levantó rápidamente, resoplando sudoroso. El de Grisel dio dos vueltas de campana sobre sí mismo y se quedó sentado sobre sus propios talones. Rodrigo sintió fatiga al respirar. Le hacía daño hasta la pituitaria por la secreción del polvo del camino y tenía seca la garganta. Pesadamente se irguió y a trompicones recorrió los escasos metros que le quedaban para acceder al portón del castillo.

“¡Es el Señor! ¡El Señor ha regresado!”, exclamó alguien.

Pero Rodrigo no le escuchó, ni siquiera le vio. Rodrigo no tenía ojos ni sentidos más que para el torreón donde esperaba encontrar a su joven y bella esposa. Y nada más cruzar el patio de armas entre gemidos de derrotados soldados y maltrecho siervos, se le revolvió el estómago cuando contempló los tiznados muros y los maderos todavía chispeantes de la que otro tiempo sería su feliz morada.

-¡Talesa! – gritó en la entrada del arrasado umbral.

-No la busquéis ahí Señor. En mala hora...

Rodrigo se giró entonces al reconocer la voz del herrero.

-¡Pedro! ¡Dónde diablos está mi mujer! – le demandó con voz ansiosa

zarandeándolo por los hombros.

-En la capilla... Señor.

-¿En la capilla? ¿Y que hace en la capilla?

-Señor, no vayáis, está enterrada – le aclaró el herrero al tiempo que le retiraba la mirada y agachaba la cabeza, visiblemente afectado por ser el causante de la transmisión de tan espantosa noticia.

-¡Nooooo!

Y Rodrigo se plegó sintiendo un gran frío interior. Y aquel cuerpo de pura roca para sus enemigos, se estremeció porque contra aquello no podía luchar. Contra aquel enemigo invisible no podía desenvainar su templado acero y hundirlo desnudo en su cuerpo para sacarlo a continuación teñido de rojo. Y en las pupilas de aquellos ojos de mirada fría y distante se cristalizaron las lágrimas de la impotencia, de la rabia y del dolor.

Y su lamento entrecortado invocando el nombre de Talsa, lo extendió el eco por todos los rincones del valle, llegando a Lituénigo, a Trasmoz, a Vera, a El Buste, a Cunchillos, a Santa Cruz....

De repente, y tras unos expectantes minutos que a todos los presentes se antojaron interminables, se incorporó y como si nada hubiera ocurrido se encaró con el herrero.

-¿Quiénes han sido, Pedro? – le preguntó colocándose bien la capa.

-Castellanos, Señor, han sido Castellanos.

-¿Castellanos? – repitió extrañado - ¿Acaso ha mediado provocación?

-Ninguna, Señor.

-Entonces, ¿con qué derecho han roto la sentencia arbitral firmada por el fallecido monarca y Don Alfonso? ¿Cómo se han atrevido a cruzar la línea divisoria del Monte?

-No lo sabemos, Señor. Pero andaban como muy alterados.

- ¿Cuántos eran?
- Aproximadamente, una veintena. Quizás alguno más.
- ¿Una veintena? ¿Cómo pudo una veintena tomar la fortaleza?
- Amparándose en el nombre de Dios, solicitaron asilo para pernoctar, y la Señora se lo concedió. Luego...nos sorprendieron.
- ¿Sabéis a dónde se dirigen ahora?
- Oí decir que iban a San Martín y luego al Santuario, por lo visto pretenden llevarse la reliquia de la Virgen.

Rodrigo no quiso saber más. A un corto silbido suyo apareció Garañón y de un vigoroso salto, sin necesidad de usar los estribos, se montó en la silla. A continuación tiró de las riendas. El animal se apoyó sobre sus cuartos traseros y salió rápidamente en persecución de los causantes del recién estrenado estado civil de su amo.

“¿Adónde vais, Señor? Os necesitamos aquí”, gritó alguien.

Pero Rodrigo no hizo ningún caso y continuó su camino. El de Grisel tenía que resolver, de una vez por todas, la gran duda que le corroía.

Rodrigo cabalgó sin tregua ni descanso. Cuando detectó a la partida castellana, la adelantó internándose por el viejo camino que llevaba directamente a las inmediaciones del Monte Cayo. Como en sus inicios era escasa la pendiente que éste ofrecía, subió a lomos de su caballo por la serpenteante senda que conducía al macizo sobre el cual se asentaba, al abrigo del Cucharón, el Santuario de Nuestra Señora de la Peña Negra. Cuando el tupido conglomerado de árboles fue tan espeso que la hizo prácticamente infranqueable, descabalgó y tomando a Garañón por las bridas prosiguió a pie la penosa ascensión. Ambos resoplaban y jadeaban a cada nuevo paso que daban, pues conforme más ascendían, mayor y más dificultosa era la inclinación que presentaba la ladera. Al final, a través de la densa vegetación, distinguió la enorme mole rocosa que desafiante, apuntaba al vacío. Cuando la alcanzó se sentó sobre ella a descansar y

enseguida, a su mente, le vino el recuerdo imborrable de su desaparecido amigo. La de veces que ambos, desde allí, habían contemplado la gran alfombra verde que se extendía a lo largo y ancho de la mirada, salpicada por los pequeños arrabales que se amparaban al abrigo de los muros de sus fortalezas.

-¡Don Rodrigo! Ya estáis de vuelta.

La voz de fray Miguel, saliendo a su encuentro del Santuario, le hizo girarse apoyando el brazo derecho sobre su flexionada rodilla.

-Sí, pater, en mala hora, pero ya estoy de vuelta.

-¿Cómo ha ido la campaña? – le preguntó el fraile sin llegar a comprender el significado de sus palabras.

-La campaña...la campaña la ganaron los vuestros, pater.

-¿Los míos? No entiendo.

Rodrigo se incorporó, desviando su espada y colocó su afilada hoja sobre el cuello del asustado sacerdote, que se quedó petrificado.

-No hay nada que entender, pater. Ahora, por favor, dejadme solo, tengo trabajo que hacer.

Fray Miguel se dio media vuelta en silencio y con paso ligero enfiló por donde había venido. El de Grisel dejó la espada sobre el suelo y volvió a sentarse de nuevo. Las imágenes de los últimos diez meses, no tardaron en agolparse sobre su mente. Jamás se había encontrado tan solo. Y no lograba comprender la razón. “Qué había hecho de malo, se preguntaba una y otra vez”. Los causantes de la muerte de sus amigos y vasallos habían sido cristianos, de su misma raza, cuando se suponía que luchaban bajo la misma bandera del cielo. Si hubiesen sido sarracenos, lo entendería, pero a manos de soldados de Dios...La cruzada “antialbigense” lanzada por el Papa Inocencio III y comandada por el capitán de los ejércitos cristianos –nombrado por común consentimiento de los legados apostólicos y de los barones y caballeros alemanes, franceses, ingleses e italianos - , Simón,

conde de Monfort, le había puesto en la tesitura de ser excomulgado, simplemente por acudir, junto a su rey, en ayuda de sus vasallos. Un Rey, Pedro II, que por otra parte, había sido coronado solemnemente por el mismo Papa en la inmortal ciudad de Roma. Aquella era una situación de locos, que escapaba de toda lógica, y que cuestionaba las bases de su fe haciéndole dudar de la existencia de un Único ser, justo y divino. Luego estaba lo de Talesa, a manos de castellanos. Le remordía la sola idea de pensar que si él se hubiese encontrado a su lado quizás ahora su adorada esposa siguiera con vida.

¡En qué mundo le había tocado vivir!

Entonces los escuchó. Escuchó sus ruidos. Sonidos de pezuñas y jadeos de gargantas reseca y voces crispadas que provenían de la escarpada pendiente. Rodrigo se puso en pie, esperándoles. Cuando los primeros guerreros se ofrecieron ante su vista, el de Grisel alzó con sus dos manos la pesada espada por encima de su cabeza y se quedó mirando al cielo invocando el nombre de Dios.

-A Tí me encomiendo. Si verdaderamente estás ahí, si es verdad que existes, demuéstremelo. Ofréceme una señal y yo bendeciré tu Nombre. Guía el brazo ejecutor de mi venganza y resuelve, de una vez por todas, mi duda. Ayúdame a demoler esta piedra para que queden sepultadas bajo ella la iniquidad de estas gentes, causantes de mi mayor infortunio. ¡Por la Virgen de la Peña Negra! ¡Por Talesa! ¡Por la fe!

Y Rodrigo descargó su acero sobre la gran mole, que se abrió igual que la manteca ante el cuchillo. La roca, desgajada de la montaña, inició su descenso mortal arrastrando a su paso todo lo que se le ponía por delante: piedras, animales, árboles, y por supuesto, los soldados de Castilla que, incrédulos y sorprendidos, cuando alzaron las miradas centésimas de segundos antes de que el desprendimiento se les viniera encima, pudieron contemplar la figura del guerrero envuelto en ceniciento alquicel. Era una especie de espectro fantástico cuya silueta se disolvía envuelta en polvo, allá en la región de las nubes.

Don Rodrigo Ximénez de Grisel, acababa de recuperar la fe perdida.

El espíritu de Talesa, podría vagar en paz por los valles del monte Cayo.

Y así fue cómo, el hijo del gran Ximén de Grisel, entró a formar parte de la leyenda. Rodrigo montó en su fiel Garañón y desapareció de aquellas tierras que le habían visto nacer y crecer. Hay quien dice que partió a Tierra Santa, embarcándose en la quita cruzada. Así lo atestiguan al menos aquellos que aseguran haberlo visto luchando junto al Rey de Jerusalén, Juan de Brienne. Otros, sin embargo, juran y perjuran que era el taciturno abad que un frío día de invierno, les dio cobijo en el monasterio de San Juan de la Peña.

Sea como fuere los derroteros que llevó Don Rodrigo, lo que sí es cierto, es que el impetuoso alud donde quedó aplastada y sepultada la soldadesca castellana, produjo una nueva colina frente a las murallas de Grisel, que fray Miguel se encargó rápidamente de bautizar con el nombre de la “Diezma”, porque, según él, “un hombre sólo con la única ayuda de su espada, diezmó a un grandioso ejército”.

Las Lágrimas del Moncayo

Javier Lerín de Pablo (Borja)

(Categoría adulto. Tercer Premio)

Son las siete y cuarto. Yo no sé qué manía ésta la mía de levantarme tan temprano, pues no he de hacer otra cosa en todo el día que no sea disfrutar del paso perezoso de las horas a que me ha sometido esta enfermedad.

Afortunadamente es primavera. El invierno fue especialmente duro para mí. Y, supongo, que aunque posiblemente en menor medida, también lo fue para el resto de los vecinos. Desde esta ventana, ojo espiritual de mis padeceres, veo que el Moncayo todavía guarda algo de nieve que ya muy pronto se convertirá en frescos torrentes que cruzarán inevitablemente la maleza en busca del llano.

El sol parece haberse despertado con ganas de vivir. ¡Qué envidia!. Recuerdo haber escuchado, medio dormido, los primeros cantos de los monjes que, casi despertando al alba, han salido de sus celdas camino de la iglesia. Y el murmullo lejano de sus oraciones, casi susurradas, intentando reconciliarnos con Dios a quienes día a día nos alejamos de su paso.

Muy pronto se abrirá paso en el silencio el repicar bronceo de las campanas de la iglesia de Litago llamando a los fieles a misa primera. Y acudirán, como todos los días, las viejas y los ociosos pues ya andarán camino del Moncayo los pastores guiando sus rebaños de ovejas por las barranqueras y caminos.

Mientras, decenas de azadas se hundirán una y otra vez en las huertas, más estos días que me han dicho en Vera que hay buen tempero. ¡Cuánto se reía de mí fray Alberto la otra tarde comentando mi ignorancia, casi vergonzante, de las labores del campo! ¡Qué voy a saber yo lo que es sarmentar, Dios mío!.

Poco a poco, he de reconocerlo, y gracias a mis escapadas a la cantina de Vera voy conociendo algo más de la difícil vida cotidiana de los vecinos de estos pueblos. Así, entre vaso y vaso de un vino que, en honor a la verdad, es de lo mejor que he probado en mi vida, me van contando sus vidas con más penas que glorias, pero con una dimensión humana que sólo se puede encontrar en estos pueblos pequeños. Tertulias en torno a un vino. Tal vez algún día escriba un artículo para el diario de Sevilla sobre esto. Pero dudo que lleguen a comprenderlo. ¡Ah, el Moncayo! Cómo condiciona a las gentes que cobija... Se va a hacer tarde para el desayuno y voy a tener que escuchar -como tantas y tantas veces- la reprimenda de fray Andrés que se pone hecho una fiera cuando se le enfría la leche. “¿Para eso madrugo para ordeñar las vacas?” -me riñe- “¿para que usted llegue siempre tarde?” ¡... En fin!

Bajo volando. “¿Se ha caído de la cama?”, me dirá.

Una carreta, cruzando el umbral porticado, se ha detenido frente a la hospedería. Es el correo. Fray Anselmo conversa animoso con Juan, el de Borja, que como todos los lunes trae las cartas que al menos no te hacen sentirte tan solo entre estos muros. Y, parlanchín él, informa de cuanto acontece en la Comarca y el monje se lleva las manos a la cabeza y con un ¡Dios mío!, que leo en sus labios desde mi ventana reprueba los jocosos comentarios de los amoríos descarriados de alguna dama supuestamente

honestamente de un pueblo que ¡para qué voy a nombrar!. Juan ríe estrepitosamente y con un ¡venga padre, que esto es el mundo! sacude con fuerza las riendas del caballo y traqueteando marcha con su carreta hasta la próxima semana.

La actividad en el monasterio es ya avanzada. Allí, al fondo, fray Antonio saca agua del pozo para regar unas lechugas que tienen muy buena vista. Unos se ocupan de la tierra mientras otros limpian las caballerizas o barren afanosamente el patio de entrada al claustro. Desde la huerta fray Ángel me saluda con la mano y me sonríe. No le gusta –dice- verme triste. Se lo agradezco y le devuelvo el saludo.

Esta mañana no tengo ganas de escribir. Me falta la inspiración. Tal vez necesite un paseo por la arboleda o mejor perderme por alguno de los senderos que serpentean el Moncayo y sentarme junto a una fuente donde dejarme llevar por el susurro del agua al golpear incesantemente la piedra.

Por fin me he decidido. Aprovecharé la mañana para ir a Trasmoz y visitar al tío Juanín, que desde que lo conocí es una de las personas que más me ha impresionado por su sencillez y, sobre todo, por su bondad. Allí estará haciendo canastillas o cestas para llevar el rovellón –“rebollón” lo llaman aquí- y contándole a los chiquillos del pueblo unas y otras historias de brujas y aquelarres, o de cualquier otra de sus vivencias a lo largo de sus casi noventa y dos años.

Reconozco que alguna de mis historias ha venido inspirada por el tío Juanín.

Luego llegaré hasta Litago y comeré un sabroso ternasco en la fonda de Doña Mercedes que guisa como los ángeles (si estos guisaran, claro).

“¿Cómo está usted? ¿cuánto hace que no venía por aquí? ¿cómo se encuentra? ¿va a quedarse a comer?”...Casi no puedo ni contestarle a la primera de sus preguntas. “¡Esta mujer mía no para de charrar!” –media Eusebio, su marido- mientras se seca las manos en un delantal. ¿Qué milagro por aquí?...“Ya ve”, le respondo. “Vengo de Trasmoz y el camino

me ha abierto el apetito. ¿Tendremos ternasco, verdad?. Venga pues, unas costillas y un buen tinto”.

De las ocho mesas que ocupan el comedor, más limpio que espacioso, tan sólo tres y la mía tienen comensales. En la barra, media docena de hombres charlan animosamente y, de vez en cuando, piden a Eusebio que les sirva otro vaso.

El más viejo de ellos, Pedro, el de Grisel, -me dice Mercedes al oído que se llama-, parece que está contando al resto alguna historia por la cara de atención que ponen los demás. De repente, todos salvo Pedro guardan silencio y escuchan entre asombrados e incrédulos, pero sí curiosos. Sin casi darme cuenta yo mismo estoy prestando atención. Perdón por mi indiscreción, pero el tema me gusta. Está contándoles una leyenda del Moncayo.

“Cuentan” –está diciendo Pedro- “que hace muchos años un cazador venido de lejos salió muy de mañana de cacería junto con otros hombres y sus lacayos. El cazador alardeaba de ser el mejor de la provincia y juraba no haber salido un solo día de caza sin haber cobrado varias piezas mayores y menores. Apostó ,de hecho, una buena cantidad de dinero con sus acompañantes a que mataría más animales que el resto de sus compañeros. ‘¡Os vais a enterar!’ Les decía soltando una risa que multiplicaba el eco del Moncayo”.

“Varias horas llevaban caminando viendo a lo lejos las primeras casas de Alcalá pequeñas por la distancia y no habían tenido ocasión de realizar disparo alguno. Comenzaba el cazador a sentirse molesto y maldecía su suerte con blasfemias e improperios. Los otros cazadores, más resignados por su suerte, se miraban entre sí sin intercambiar palabra alguna. Llegando a un claro pararon a almorzar. Del zurrón sacaron una hogaza de pan y longaniza, y estrujaron de buena gana la bota de vino que uno de ellos había llevado colgada al hombro. Ni siquiera en tan suculenta circunstancia dejó el hombre de mostrar su ira. De vuelta al monte caminaban separados unos metros uno de otro cuando el más joven de los

cazadores disparó su escopeta contra un jabalí que abatió ayudado por los disparos de su compañero más próximo. ‘¡Aquí, aquí!’ Gritaban ambos y todos, salvo el protagonista de esta historia, corrieron hacia los afortunados cazadores para felicitarlos. Muy al contrario el malhumorado cazador continuó caminando como si nada hubiese sucedido”.

Llegado aquí, Pedro tomó un respiro para pedir otra ronda a Eusebio, que seguía con atención el relato, sirvió al momento. “¡Échate un vaso, Eusebio, que pago yo!”.

Yo seguía en mi mesa junto al ternasco que había dejado enfriar por poner más atención en la historia que escuchaba que en el plato.

“Poco más tarde” –prosiguió Pedro- “otro de los cazadores disparó sobre otra pieza, una enorme liebre que recibió en pleno salto un disparo mortal. Volvieron las felicitaciones y creció el mal genio del hombre. Aún no habían terminado las palmadas en la espalda cuando un ciervo saltó de un matorral en dirección opuesta a los cazadores y comenzó a alejarse. Justo llegó cerca del último cazador de la línea que no falló su disparo. El ciervo continuó unos metros corriendo y comenzó a tambalearse cayendo muerto junto a un arroyo. el trofeo había merecido la caminata. Hubo más piezas, más disparos y más alegría. En todos, excepto en el presumido cazador que no había realizado un solo disparo. Fue tal su enfado que sin despedirse de sus compañeros dió media vuelta y se dirigió a Alcalá, donde le esperaba un carruaje. Cuatro gritos despertaron al carretero que atizó con fuerza las riendas saliendo a toda velocidad por el empolvado camino. ¡Este monte del Diablo no se reirá más de mí! -repetía una y otra vez mientras golpeaba con fuerza la portezuela del carro”.

“¡Venga, ahora invita la casa!” hizo un receso Eusebio, y sirvió tinto para todos. Aproveché yo para beber del mío y volver a la conversación.

“Y a fe que lo hizo. El cazador volvió días más tarde y lo vieron merodear por el bosque del Moncayo. Marta, la hija menor de los panaderos de Añón, de siete años, se había alejado lo suficiente del pueblo como para llegar a perderse. Comenzó a caminar por un sendero alejándose ,entre sollozos,

más y más de su casa. Pronto cundió la alarma en su familia que se hizo extensible a todos los habitantes. Los más jóvenes se adelantaron a los viejos en salir a buscarla. ¡Marta! ¡Marta! Gritaban. Y se hizo la noche. La preocupación se reflejaba claramente en los rostros de los mayores y los jóvenes disimulaban su angustia dándose ánimos unos a otros. De repente el corazón de uno de los jóvenes se heló: ‘¡Fuego! ¡Hay fuego en el monte!’. Y Marta estaba allí, en algún lugar, perdida en el bosque del Moncayo.”

“Luego se supo” –explicó Pedro- “que aquel malvado cazador había provocado el incendio del monte para destruirlo y vengarse de su mala fortuna en la cacería.

(¡Mal nacido! –pensé, y seguí escuchando).

“Los de Añón cortaron ramas de los árboles con las que golpeaban sin descanso los matorrales que ardían extendiendo su fuego como una exhalación. ‘¡Se nos va de las manos, esto no hay quien lo pare!’ se lamentaba un anciano que, pese a su cojera, deambulaba de un lado para otro gritando el nombre de la pequeña”.

“Nadie dormía en el Somontano. Sólo los más pequeños parecían ajenos a lo sucedido y jugaban en los portales cerca, sí, de las abuelas que contemplaban el resplandor del fuego en la noche, masticando oraciones. Mientras, seguían llegando carros repletos de personas de todos los pueblos de la zona para unirse a la búsqueda de la pequeña.

La desesperación era absoluta”.

“De repente sucedió lo que nadie esperaba. Un ensordecedor trueno pareció surgir de las entrañas del Moncayo y comenzó a llover. ‘¡Llueve!’. Las llamas fueron apagándose. Parecía como si el monte no hubiese permitido lo que estaba sucediendo. Se había enfadado el Moncayo. El agua calaba hasta los huesos y los hombres se mostraron alborozados por la inesperada ayuda. Sólo una densa cortina de humo se elevaba ahora hacia el cielo. Pero Marta estaba allí, en algún lugar”.

“Ahora ya, sin el temor al fuego, la busca parecía más fácil. Sin embargo el monte es tan extenso... En el interior de todos y cada uno de los vecinos permanecía viva la esperanza. Marta era tan pequeña... ‘¿Habría podido refugiarse en algún lugar y evitar las llamas?’ Pero ‘¿dónde?. ¿Cómo iban a encontrarla en plena noche?’”

“Cuentan” -siguió Pedro que de repente fijó sus ojos en mí como intuyendo mi interés por el relato- “que el Moncayo, prendado de la inocencia de la criatura, quiso ayudarles”.

“Marta se había cobijado durante el incendio en una pequeña cueva, casi madriguera, y lloraba amargamente llamando con un hilillo de voz a sus padres. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas yendo a parar al suelo. ¿Cómo podía ayudarla el Monte?”

“Y el Moncayo lo hizo.

Las lágrimas de la niña caían sobre las piedras y se iban convirtiendo en pequeños trozos de metal brillante que rodaban ladera abajo. La luz de la luna los iluminaba en su camino pareciendo pequeñas estrellas que correteaban Entre la maleza. Los lugareños, ajenos a esta extraña circunstancia, seguían buscando”.

“Un pastor de Ambel que velaba sus ovejas en una paridera de Valjunquera se percató sorprendido de cómo llegaban desde el monte pequeños cuadritos de metal brillante que se iban depositando, uno tras otro, muy cerca de su rebaño que se mostraba nervioso e inquieto. Eran como lucecitas que adornaban el prado. Nunca había visto nada parecido. Dejó su cayado apostado en la pared del corral y salió corriendo hasta el pueblo llegado al cual comenzó a dar voces para alertar a sus vecinos. ‘¡Corred, venid! Hay algo en Valjunquera’. “¿Qué ocurre Manuel?, intentaban serenarle en vano’. ¿Son trocitos de metal brillante que van llegando del Moncayo!”.

“Todos se apresuraron para llegar hasta el prado donde el espectáculo era sobrecogedor. Comenzaron a subir ladera arriba por el monte, siguiendo el rastro de las piedrecillas de metal que bajaban sin dar crédito a cuanto

estaban viendo. Llegaron a encontrarse con quienes llevaban ya varias horas intentando localizar a la chiquilla y poco a poco se fue uniendo a ellos más gente que seguían el rastro del brillante acontecimiento”.

“¡Aquí, aquí! grito un joven. Aceleraron todos el paso y allí estaba la niña. Llorando. La besaron, la abrazaron, la lloraron. La alegría era patente. Y todos, dando gracias a Dios, regresaron a Añón, donde celebraron el feliz encuentro con pastas y moscatel”.

“Dicen” –pareció querer finalizar Pedro- “que las piritas de Valjunquera son las lágrimas de la niña que el Moncayo convirtió en esas formas brillantes para que siguiendo su rastro pudiesen encontrarla”.

Llegado al final, Pedro bebió de un trago su vaso de tinto. Los demás miraban de reojo el monte casi agradecidos por el final feliz de la leyenda. Yo seguía en mi mesa asombrado por la narración. Tengo que escribir esa leyenda me decía en mi interior.

Llamé a doña Mercedes para pagar la cuenta y salí de la fonda camino de Litago. Otro día volveré a Trasmoz a relatarle al tío Juanín cuanto he oído.

Ya cansado por el viaje divisé a lo lejos la tenue luz del candil de la puerta de entrada al monasterio. Estaba atardeciendo. Todo allí parecía haberse sumido en el silencio. Era hora de oración y recogimiento para los monjes. Franqueada la entrada me dirigí a mi celda casi sin darme cuenta de que había cruzado un breve saludo con fray Alberto.

¡Cuántas leyendas he oído en estos pueblos! Parece como si el Moncayo despertase la más profunda imaginación de la mente de las gentes de este lugar.

Tres golpes de un campanil indican la hora de acostarse. No tengo sueño y enciendo la gastada vela que hay sobre mi mesa de escritorio. Fluyen bulliciosas las ideas en mi cabeza que piden ser urgentemente escritas. Y lo hago.

Toda la noche anduve en sueños vagando por el Moncayo. Su atrayente encanto convertía en llevadera mi pesada enfermedad. Su brisa llenaba mis pulmones de un hálito de vida.

Hoy he despertado con el alba. Necesito sentir la vida diaria de estos pueblos. Necesito el abrazo de sus gentes.

Fray Andrés ha preparado el desayuno como todos los días. Casi se queda de piedra cuando me ha visto entrar en el comedor. “¿Qué hace usted tan temprano? ¿Le ocurre algo?”... “No, fray Andrés. Hace una mañana estupenda y hay que aprovecharla. Ya sabe usted, mejor que yo, que aquí en Veruela cualquier rayo de sol, por tímido que sea, se aprovecha. Los inviernos son duros pero la primavera tiene un colorido especial por estos lares”.

Los pueblos ya despiertan. Los abuelos se ajustan la boina y cargan sobre su castigada espalda la azada para comenzar la labor. Las mujeres barren las calles a la puerta de sus casas y los niños se apresuran para ir a las escuelas.

Es una mañana espléndida. Parece como si mi angustioso sentimiento hubiese quedado esta noche dormido para siempre.

Me asomo por la huerta donde fray Anselmo entrecava los ajos con tanto mimo que parece que estuviera acariciando la tierra. “¡Buenos días hermano!”.

“¡Y buenos que están!” me responde con esa sonrisa que nunca falta en su boca. Los álamos se mecen con la suave brisa de la mañana. Y ahí esta, al fondo, el Moncayo, con toda su majestuosidad.

Regreso a mi celda y abro este diario por su última página. Ayer –escribo– escuché una bonita leyenda de este lugar. Tal vez Pedro no sabe que su fabulado relato deja ver algo que me ha impresionado. La unión de los hombres y mujeres de estos pueblos. Cómo afrontan mano con mano los problemas y cómo, siempre, esta montaña los protege.

Algún día volveré a mi tierra, espero que curado, pero jamás –estoy seguro– podré olvidar estas gentes. Estos pueblos con sus calles, inmaculadamente cuidadas y floridas. Los arroyos con la frescura de un agua pura que nace en lo más profundo del monte, los páramos y valles, la belleza de los bosques mezclados los colores en las hojas, la armonía del entorno, la singularidad del paisaje. Escribiré estas historias que he oído contar, como ayer a Pedro y las lágrimas del Moncayo.

Entre la cruz y la espada
Javier Sánchez Pedrós (Tudela)
(Categoría adulto. Accésit)

El retiro de D. Alonso de Contreras en tierras del Moncayo.

El 6 de Enero de 1582, nació en Madrid, Alonso de Guillén ,un personaje que pasaría a la historia como Alonso de Contreras, gracias a la autobiografía que escribiría en 1630 en casa de otro ilustre aventurero, Lope de Vega que le dedica su comedia “El Rey sin Reino”, en alusión a una de las aventuras que tuvo con los moriscos. Sus incontables aventuras por tierra y por mar, su presencia en los campos de batalla de España y Portugal, de Flandes, Italia y Francia nos presentan al prototipo del aventurero español, un tipo con agallas, un guerrero duro, simpático y generoso, apuesto y arrogante, incluso místico, que penetra en la Aventura por el placer de la aventura en sí y al que le asedian menos remordimientos de conciencia por cometer un homicidio que por el pecado de quebrar el ayuno los Viernes. A la altura de sus movidos y peligrosos tiempos, y dominando sus medios, ofrece la imagen de un

caballero de fortuna que sabe desenvolverse por el mundo y que en todos sus salvajes actos no transgrede nunca, sin embargo, las leyes de la fidelidad, el honor y la camaradería.

Tras múltiples peripecias nos lo encontramos en el Moncayo. Las razones de su venida nunca han quedado claras. Para unos su espíritu inquieto ansía nuevas metas, siente la llamada de Dios, se compra un sayal, unos libros de penitencia y una calavera, para vivir luengos meses como penitente y ermitaño en las soledades del Moncayo.

Para otros, en sus andanzas con los moriscos, que todavía tenían algunos reductos en España, sin duda había coincidido con conocedores del Moncayo provenientes de morerías como las de Tarazona, Grisel, Santa Cruz, Trasmoz o Ambel, y venía huyendo, buscado como jefe de los moriscos extremeños.

En este relato se ha optado por la primera opción, y en él nos encontramos a un Alonso de Contreras que durante siete meses lleva una vida de sacrificios y oración. En el transcurso de los cuales pudo suceder lo que a continuación se relata. Quizá algunas pequeñas anécdotas despierten el apetito e inviten a leer su autobiografía.

.../...

Entre la cruz y la espada

Llegó el punto en que le había visto perderse. Sólo una pequeña trocha permitía abrirse camino entre la espesura de las ramas para descender al cauce del río. Siguió el estrecho camino intentando evitar que el ruido de sus pasos sobre la hojarasca seca o el crujir de alguna rama delatasen su presencia.

El muchacho había dejado atrás Añón, encrucijada de caminos en el pie de monte del Moncayo, para llegar hasta las fuentes en un recorrido que solía realizar cuando el trabajo en el campo y con los animales se lo permitía; cuando, esquivado el cabezo que llaman de la Mata, le había visto internarse entre el enmarañado bosque de carrascas. Aunque le había perdido de vista, todavía podía seguir el rastro de aquel ser misterioso, de aquel caballero que

vivía en el monte descansando de las rudas fatigas de los combates después de haber servido a su rey en la guerra contra los infieles.

Se había detenido en un claro del bosque por donde corría un riachuelo. Allí, con la mole majestuosa del Moncayo a su derecha y al arrullo del ruido manso y agradable del agua en su rápido discurrir, el hidalgo que tanta sangre había visto verter, aquel que en tantas aventuras se había hallado inmerso, el héroe vitoreado en cien encuentros, hacía penitencia.

Su espíritu inquieto ansiaba nuevas metas. Había sentido la llamada de Dios y, él, caballero montado en una simple mula, había marchado a las soledades del Moncayo sin otro equipaje que un hato donde llevaba sus cilicios, libros de penitencia, unas pobres semillas, una azada y una calavera. Había hecho confesión general en el convento de San Diego y vestía hábito franciscano, pero bajo ese hábito todavía podía adivinarse su arrogante figura, su joven cuerpo curtido en cien combates.

Fernando, que así se llamaba, el zagal, se había aproximado silenciosamente al caballero. Haría cosa de unas dos horas que le observaba en silencio pero al fin su curiosidad por conocer su extraordinaria historia le había animado a acercarse. Había escuchado tantas aventuras de aquel hombre, que apenas podía creer que fuera el mismo que ahora pasaba las cuentas del rosario en aquel delicioso lugar.

-¿Qué se te ofrece muchacho?

Una vez repuesto el zagal de la turbación que le había producido escuchar la potente voz del caballero cuando él todavía creía no haber delatado su presencia e intentaba armarse de valor para dirigirle la palabra, le preguntó:

-Señor, ¿es usted quien dicen que es?

-Eso dependerá de quien digan que soy. -respondió el caballero volviéndose por primera vez hacia donde estaba el muchacho.

-Alonso de Contreras. Aquél que capturó al corsario Caradali. -repuso el muchacho.

Alonso sonrió y miró de arriba abajo al zagal. Era un muchacho de unos catorce años, sin ser muy alto. Era recio y ancho de pecho. Sus cabellos, así como su incipiente barba eran de color castaño. Con una cara más bien ruda y curtida -a pesar de su corta edad- por el sol y el viento del Moncayo, y a pesar de que la fortuna le había dado la espalda demasiadas veces, sus ojos aún chispeaban cuando imaginaba las aventuras del hombre que estaba junto a él.

-Muchacho, tú que conoces el Moncayo, que has jugado mil veces en sus faldas, que has subido más de una vez a su cumbre, dime, ¿conoces un lugar mejor que éste para perderse, para alejarse de todo aquello que te persigue, para descansar y cambiar de vida?

-Yo no conozco otro lugar sino éste, aquí nací y de aquí quiero marchar para servir a mi rey. Por eso he venido siguiéndole, para que me enseñe...

-¿Enseñarte yo? Muchacho andas equivocado. Yo ya no soy Alonso de Contreras, fui Alonso de Guillén al nacer y ahora me conocen como Fray Alonso de la Madre de Dios. No tengo otra ropa que este hábito ni otra posesión que este rosario. Qué podría enseñarte de la guerra alguien que lo ha abandonado para llevar una vida de penitencia y servicio al Señor, para encontrar la plenitud en este paraíso.

Fernando miró al ermitaño y se preguntó como era posible que un hombre que había vivido en las ciudades más bulliciosas de España e Italia, que había recorrido el Mediterráneo, que había luchado contra los turcos... pudiera buscar algo en esa montaña que a él le agobiaba, en la que él se encontraba encerrado, de la que él quería huir.

No podía ser él, la gente debía haberse equivocado al identificar a aquel ermitaño, que vagaba por los bosques del Moncayo, con la única compañía de su rosario desde hacía más de dos meses, como al intrépido Alonso Contreras.

-¡Pero señor!, dicen que derrotó a un gigante turco y le arrebató cuatrocientos cequíes de oro. Que surcó el Mediterráneo derrotando a cuantos barcos

turcos se encontraba. Que participó en la toma de la Mahometa.

Mientras el zagal hablaba, Alonso absorto en sus pensamientos y con los ojos fijos en la cumbre del Moncayo, pasaba las cuentas de su rosario.

Tras un largo silencio el aventurero preguntó, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

- ¿Crearías que tendría tu edad cuando marché de Madrid? No recuerdo bien el año, sería 1597. Había vuelto de Ávila no hacía un mes cuando llegó el Cardenal Alberto y desde entonces...-Alonso se interrumpió y mirando de nuevo al joven cambió su discurso- Sí, es una cosa extraña lo que nos sucede, muy extraña. Cuando jóvenes cualquier horizonte nos parece demasiado cercano, no queremos sino salir de lo que nos rodea, solo nos mueve la pasión por la aventura. Y, de repente, vemos que hemos llegado muy lejos y que, sin embargo, no tenemos nada, aún cuando nademos en la abundancia. Nos falta algo.

Alonso soltó una sonora carcajada. Cogió a Fernando por el hombro y continuó:

- Te lo voy a contar, a mí me hubiera hecho bien que alguien hablara conmigo. Creo que ha llegado el momento de que Alonso de Contreras hable con Alonso de Guillén.

Fernando no se atrevió a decir nada, sería el pequeño Alonso de Guillén si con eso conseguía escuchar de boca del hidalgo español algunas de las aventuras que desde hacía días venían circulando de boca en boca por todos los rincones del solitario y hermoso paisaje que había elegido para vivir como penitente y ermitaño.

- Nunca sabes qué te puede deparar la vida. -prosiguió el monje- La mía comenzó a escribirse faltando a la escuela. Al día siguiente, uno de mis compañeros me acusó ante el maestro que me mandó desatacar y con un pergamino me dio hasta sacarme sangre. Al salir de la escuela decidí ajustar cuentas con el traidor y comencé a darle con un cuchillejo sin saber que le estaba matando. Como toda pena pasé un año de destierro

en Ávila tras dar muerte, con el cuchillo de las escribanías, al pobre muchacho. A mi regreso, mi madre intentó acomodarme con un platero a aprender oficio, pero éste no me quería por aprendiz sino como aguador por lo que dejé al platero no sin pena de mi madre. Así, entré en la compañía del Príncipe Cardenal tras el que salí con cuatro reales, una camisa nueva y unos zapatos de carnero que mi pobre madre me compró y que pronto perdería en el juego de la Quinola.

El aragonés se imaginaba a sí mismo dejando la soledad del Moncayo, abandonando para siempre el lugar que le había visto nacer. Su sueño era conocer otra cosa que su montaña, quería ver algo más que la agreste estampa de su pueblo y marchar a vivir mil aventuras.

El ermitaño continuó relatando su vida:

- Nos dirigimos a Barcelona disfrutando de las fiestas con las que nos recibían allá por donde pasáramos, Alcalá de Henares, Guadalajara, Zaragoza..., y durante el trayecto entré a servir con el maestre Jacques en la cocina. Pasamos algunos días en Barcelona, hasta que nos embarcamos en veintiséis galeras hacia Saona para, desde allí, marchar a Flandes y viendo por allí soldados tan jóvenes como yo, pedí licencia al Rey que me la dio con un decreto que decía: "Siéntese plaza no obstante que no tiene edad para servirla". Senté la plaza en la compañía del capitán Mejía hasta que una noche, mi cabo de escuadra me dijo que le acompañara por orden del capitán, mas cuando amaneció estábamos a cinco leguas del ejército camino a Nápoles, donde estuve con él algunos días, hasta que me escapé a Palermo. Así comencé a ser soldado.

El viento cesó, los pájaros callaron, ningún sonido se atrevió a interrumpir al soldado. Parecía que el padre Moncayo quería conocer la historia de ese hombre que vagaba por sus bosques. Él podía darle lo que buscaba, permitir que encontrara la paz recorriendo sus agrestes faldas, disfrutando de sus cristalinos manantiales, alimentándose de los frutos de sus plantas o podía permitir que alguno de los fantásticos seres que

poblaban sus entrañas le empujase de nuevo a la aventura, al castigo de recorrer una y mil veces los campos de batalla, de navegar sin rumbo, de huir de la ley. El moncayo, atento, escuchaba las palabras de ese hombre y, como juez supremo, decidía su suerte.

-Allí, entré por paje de rodela del capitán Felipe de Menargas, un catalán con el que embarqué en la escuadra de Sicilia. Con este capitán tomé parte en la toma de Petrache donde no pudimos tomar el castillo, aunque hubo mucho botín del que me tocó justa parte. Pronto dejé al buen capitán por el asunto de un vestido y viajé hasta Malta donde unos caballeros españoles me acomodaron con el recibidor del Gran Maestre. Estuve un año al servicio de este Gaspar de Monreal hasta que volví a Sicilia para sentar plaza de soldado en la compañía de mi anterior capitán y un año después, marché en una galeota que el virrey armó en corso ante la promesa de cuatro pagas adelantadas.

El muchacho se incorporó, sabía que Contreras relataría ahora la captura del corsario turco.

- Al mando del capitán Ruipérez de Mercado fuimos a Berbería, pero no fue hasta la vuelta cuando topamos con otra galeota, un poco más pequeña que la nuestra, en una isla llamada Lampadosa. Entramos en la cala y entablamos combate. Poco duró la pelea, rendimos la nave y capturamos en ella al corsario Caradali y a otros noventa turcos.

Alonso de Contreras miró al zagal adivinando su decepción. Sabía que el muchacho quería oír una historia épica llena de riesgo y heroísmo. Él también había oído las historias que desde su llegada se contaban en los pequeños pueblos de la falda del Moncayo pero aquellas historias tenían poco que ver con la realidad. La captura de Caradali sólo fue un pequeño combate contra un barco más pequeño que el que él tripulaba. Los españoles no se habían encomendado a la virgen santísima y ningún santo había intercedido por ellos en el campo de batalla, simplemente lucharon ordenadamente y ganaron la batalla.

- Era el mayor corsario de aquellos tiempos, -continuó el ermitaño- y el Virrey supo apreciar la captura y armó dos galeones grandes, el Galeón de Oro y el Galeón de Plata. Yo me embarqué en el de Oro con el que fuimos a Levante, donde contamos los encuentros por victorias. En el reparto del botín conseguí buena parte pero el juego volvió a darme la espalda y a los pocos días todo eso que había ganado estaba ya en otras manos.

El juego había sido siempre su perdición. Éste, como todos los botines que ganó a lo largo de su vida, lo había dilapidado en alegre compañía, pero siempre reservará una parte para obras pías, así, por ejemplo, algún tiempo después mandará construir una iglesia en su pequeña isla.

- Volvimos a zarpar en los dos galeones hacia Levante e hicimos increíbles robos por tierra y por mar. Saqueamos Alejandreta, recorrimos el mediterráneo y aprendí a cartear e incluso hice un derrotero de todo ese mar.

Parecía tan lejano todo eso. En su retiro en esta alejada montaña, donde rara vez llegaban las noticias de combates navales, Alonso había aprendido a no pensar en su vida pasada, pero la evocación del inmenso mar azul, de las horas de vigilia conversando con los pilotos, le había hecho sentir nostalgia de la vida aventurera, y ese era un sentimiento que no estaba dispuesto a tolerar. Ante el anhelo de las batallas y aventuras, Alonso de Contreras, o Fray Alonso de la Madre de Dios, había encogido su cuerpo y de sus labios, inaudibles, escapaban las oraciones mediante las que pretendía encontrar la ayuda y el consuelo que le permitieran enmendar su vida anterior.

El Moncayo protestó y, mientras Fernando no se atrevía a interrumpir la oración del ermitaño, el viento comenzó a soplar. Era un viento que anunciaba tormenta. Pronto la silueta majestuosa del Moncayo quedó oculta por negros nubarrones. Alonso continuaba rezando y el muchacho, tímidamente, intentó llamar su atención estirando levemente de su sayal.

- Señor, será mejor que nos resguardemos.

Alonso de Contreras dejó sus oraciones, miró al zagal, que ya se había levantado, y le siguió hasta el abrigo de una peña. Fuera el viento no remitía y una impresionante tromba de agua no tardó en caer sobre el apacible rincón del mundo que el caballero había elegido para retirarse a orar.

El muchacho abrió su zurrón y sacó medio pan blanco y un trozo de carne de jabalí que ofreció al ermitaño. Éste a su vez ofreció a Fernando un poco de vino denso y casi negro del odre que siempre le acompañaba bajo el sayal.

No hablaron mientras comían, hasta que con un poco de pan y jabalí y un valiente trago de vino en el estómago, el zagal preguntó:

- ¿Pensáis retiraros para siempre aquí? ¿no anheláis la inmensidad del mar, el fragor de la batalla? Debe ser emocionante servir al rey en el campo de batalla.
- ¿Qué sabes tu de batallas? Acaso has matado a alguien alguna vez, has visto como la vida de otro hombre se acaba en tus manos. Es aterrador y solo hay dos opciones para sobrevivir, acostumbrarte o huir.
- Yo nunca huiría. –protestó el muchacho- Todavía no he podido probar mis fuerzas en los combates, pero he combatido con las fieras de la montaña de día y de noche, y nunca he rehuido del peligro.

Mientras el joven hablaba Alonso, sonreía imperceptiblemente pero cuando hubo finalizado no pudo controlarse y prorrumpió en una carcajada estrepitosa.

- Aléjate de las mentes fantasiosas que hacen creer que la guerra es algo heroico no sea que haga el diablo que al fin pierdas el poco juicio que tienes. -el ermitaño miró al exterior y tras una breve pausa continuó hablando. -Sí, el mar en su inmensidad es lo único que añoro, pero también aquí todo es grande. La soledad vive en estos lugares y me llena de paz. En cada lugar de estos bosques, en las hojas de sus incontables árboles, en las grandes rocas y en las pequeñas piedras, en el monótono murmullo de los arroyos, parece que me habla Dios y que me reconoce como su humilde siervo.

La tormenta continuaba y Fernando ansiaba seguir escuchando las palabras de Alonso de Contreras.

- ¿Podéis continuar con vuestra historia? – pidió tímidamente.
- Puedo condenarme por esto, pues juré no volver a anhelar el fragor de la batalla y recordar todo lo vivido no me hace ningún bien. Pero que me crea Dios si digo que sólo lo hago para quitarte esas ideas de la cabeza y si no lo consigo, que el diablo me devuelva al infierno del combate.

El zagal sonrió.

- Ya te he contado la captura de Caradali que tanto te intrigaba. Te contaré ahora la lucha con ése al que tú llamas gigante turco.

Justo antes de comenzar nuevamente su narración la tormenta cesó, y el viento arrastró las nubes antes de callar también. El hombre y el muchacho salieron de su improvisado refugio y entre olores a tierra y hojas mojadas volvieron al lugar donde habían iniciado la conversación.

- Después de la segunda travesía con los dos galeones, volvimos a Palermo de donde tuve que huir con unos compañeros escondidos en una maluca llena de azúcar. También de Nápoles tuve que huir, en la cámara del bizcocho de un galeón, tras una reyerta junto a unos valencianos de los que no volví a saber jamás.

El ermitaño miró a un muchacho que no acababa de acertar a comprender que un hombre como él, al que admiraba, tuviera que huir constantemente de un lado para otro.

- En Malta volví a coincidir con el comendador Monreal y a los pocos días partí de nuevo para Levante. Llevábamos más de dos meses sin hacer presa cuando un día nos topamos con un buque turco de tres palos que ellos llaman Caramuzal y es muy parecido al galeón. Fuimos a por él y los turcos huyeron a tierra para conservar su libertad. El capitán nos ofreció diez escudos por cada esclavo y salté a tierra a perseguir a algunos. Me interné en un pinar grande donde me topé con uno de los turcos.

Alonso miró al mozalbete que esperaba expectante la descripción del gigante turco. Sin duda la dura vida en el monte había hecho un buen trabajo con el muchacho, sus extremidades podían compararse con los cuatro poderosos torreones que delimitaban la planta del castillo de su localidad natal.

- Tenía menos barba que tú y mis brazos apenas podían soportar el peso de una pica, por eso el turco me debió parecer tan grande como un filisteo. Pero yo, sin más le ordené arrojarse al suelo y rendirse. Todavía recuerdo su risa, allí con una pica en la mano y en ella enarbolada una bandera blanca y naranja frente a un muchacho todavía barbilampiño. Lo que me dijo no lo voy a repetir aquí aunque, a pesar de decirlo en su lengua, lo recuerdo perfectamente. Su risa crispó mis ánimos y, sin pensar en las consecuencias, me fui directo a él con tanta fortuna que le pude dar una estocada en el pecho tumbándolo cuan largo era.

El caballero sonreía pensando cómo Dios le había sido favorecido en tantas ocasiones. Por eso estaba allí, en ese remoto paraje, dándole gracias.

- El turco llevaba encima cuatrocientos cequíes de oro y a mí se me dieron cien ducados de joya por el prisionero y la bandera. En total me hice con más de mil quinientos ducados que perdí rápidamente. Tanto es el vicio del juego en el soldado.

- Y la bandera del turco, ¿la conserva? – preguntó el zagal.

- Me la concedieron y la entregué a una iglesia de Nuestra Señora de la Gracia.

Alonso miró al muchacho. Sin duda llegaría a ser valioso en una batalla o en una pelea de taberna, pero no quería ser él quien le empujara a esa vida de la que él había conseguido escapar.

- He conseguido ya quitarte esas locas ideas de la cabeza o tengo que explicarte también la toma de la Mahometa para que comprendas que por más que los trovadores cuenten fantásticas historias tampoco eso nada tuvo de asombroso, emocionante o heroico.

Fernando no osó llamar mentiroso a un hombre de hábito pero estaba absolutamente seguro de que Alonso de Contreras no le contaba la verdad acerca de todo lo que había vivido. Aún así quería oír de su boca la historia de la toma de Mahometa.

- Le ruego que también me relate esa aventura.
- Está bien, - asintió el ermitaño – fue en 1601. Me embarqué de nuevo a hacer otra empresa a Berbería. Una noche avistamos tierra y fuimos acercándonos poco a poco hasta que estuvimos lo bastante cerca como para ser divisados. En ese momento el general nos mandó poner turbantes en la cabeza y desarbolar los trinquetes. De esta guisa, más parecíamos galeotas de Morato Raez que cristianos por lo que pudimos llegar hasta casi tomar tierra. De esa manera, engañando a los confiados bagarinos, entramos trescientos hombres en la ciudad saqueándola y capturando a más de setecientas personas. Así tomamos la Mahometa y regresamos a Malta.

El aragonés se quedó de nuevo con las ganas de preguntarle más acerca de la acción, pero hacía tiempo que había comprendido que ese hombre no le daría ni un solo detalle acerca de sus aventuras

- ¿He satisfecho ya todas tus dudas? – preguntó Contreras tras un largo silencio.
- No, me queda la más importante. La que me ha traído hasta aquí tras andar buscándole por todos los rincones del Moncayo. ¿Qué le trajo aquí?
- No será mucho suponer que también has oído algo acerca de esto.
- Sí. -respondió el muchacho sin atreverse a decir nada más.
- No temas, ahora soy un siervo de Dios. Puedes decirme lo que has oído, y quizá te de una respuesta.

Fernando miró al hombre del sayal, al caballero que intentaba poner su alma en paz con Dios y le contó lo que se decía por aquellos lugares.

- Hay quien dice que escuchó la llamada de Dios y que guiado por Él llegó

hasta aquí para dedicar su vida a la oración,... -el muchacho dudó en relatar la segunda versión.

- ¿Y los otros? -le inquirió el ermitaño.

- Bueno, - antes de continuar Fernando volvió a mirar a Contreras - también dicen que anda por aquí huyendo de la justicia, y que baja a Castilla para cometer nuevas fechorías al amparo de su santa vida aquí en el Moncayo.

El ermitaño sonrió, y su sonrisa inquietó al aragonés aún más cuando el primero se levantó y cogió una recia vara.

- Esto y una pequeña azada son los únicos instrumentos que utilizo. Éste -dijo alzando el palo- para caminar, y la azada para conseguirme algo de alimento. Pero veo que tú dudas.

Fernando, instintivamente, había echado mano a una piedra y, a pesar de que había sido un gesto imperceptible incluso para él, Alonso lo había observado para sonrojo del zagal.

- Es que no logro entenderlo, - intentó excusarse el muchacho - un aventurero como usted retirado a este monte. ¿por qué?

Alonso de Contreras sonrió, y señalando con el palo a los cuatro puntos cardinales del Moncayo, le dijo:

- Todo esto, es lo que un hombre necesita. Comprendo que tú todavía no lo entiendas, pero sé que algún día te acordarás de este pobre hombre al que has querido admirar no por su santidad sino por la vida que intenta dejar atrás. En este monte que fue santificado por vuestros antepasados he encontrado todo lo que necesito. Pudo ser Dios quien me guiara hasta aquí, yo ya antes había observado su oscura silueta y me había preguntado qué se escondería en tan majestuosa mole. Muy lejos de aquí, había oído hablar de Tarazona, Grisel, de Trasmoz y Ambel, había escuchado leyendas de dragones y enanos, de caballeros enloquecidos por el amor de extrañas criaturas, y desde que llegué tuve la certeza de que sería aquí donde más cerca me hallaría de Dios y, a

pesar de que en ocasiones los bramidos de los ciervos espantados, el aullido de los lobos o el horroroso silbido de las culebras me hacen creer que el diablo merodea para desbaratar mi santa vida en mi ermita, sé que este es un lugar bendito que no niega el sustento a quien lo llega a conocer.

Fernando se atrevió a interrumpirle.

- Señor, mi familia es pobre y ha pasado hambre en este monte. De todos los pueblos de sus faldas han marchado jóvenes en busca de sustento a lo largo de generaciones. Usted no conoce el Moncayo, usted no sabe lo que es temer el ataque de los lobos cuando las nieves del Moncayo les obligan a bajar por sus faldas. Usted sólo pasa por aquí y disfruta de lo bueno, pero no todo son verdes praderas y limpios torrentes de agua. Hay gente que vive aquí y que tiene familia que mantener, y eso no es fácil. ¡No todos podemos alimentarnos de raíces y bayas!

El ermitaño, el hombre que vestía el hábito franciscano, miró al muchacho con simpatía. Quizá no pudiera explicarlo, pero él también sabía lo que era el hambre, comprendía mejor que nadie las miserias humanas, había visto campos desolados por las luchas entre personas que nunca habían pasado por allí. Pero también había conocido jóvenes que habían abandonado lugares donde el hambre hacía estragos para alistarse en el ejército y que habían tenido que regresar a ellos tullidos y con menos fortuna de la que tenían al salir.

- Comprendo lo que intentas decir. Pero mi sitio es éste. Es hora de dejarte -dijo el caballero, señalando con el palo, que le ayudaba a abrirse paso en los apretados carrascales, de la cumbre del Moncayo, destacándose oscuro y gigantesco sobre el cielo del crepúsculo.

- ¿Dónde podré encontrarle de nuevo? -preguntó el zagal.

- Sentado al borde de cualquier tumba escuchando la conversación de los muertos o sobre un puente, mirando correr sus limpias aguas por debajo de sus arcos, o acurrucado en cualquier lugar buscando entre las estrellas del cielo la luz que me guíe. En cualquier parte estaré, menos donde esté todo el mundo.

- Y mientras tanto de qué pensáis vivir?, yo conozco las guaridas y costumbres de todos los animales, podría cazar para usted. -dijo el joven intentando congraciarse con el ermitaño tras las que consideraba duras palabras que le había dirigido.

- Dios, que es justo y está allá arriba, proveerá de todo.

El joven que había escuchado con atención algunos retazos de su vida, miró a Alonso de Contreras con la convicción de que estaba irremediabilmente condenado a volver a su vida de aventurero, y le dijo mientras se alejaba por entre las breñas y los zarzales:

- Cuando volváis a vuestra vida, avisadme, iré con usted.

Alonso de Contreras volvió su cabeza y Fernando adivinó en el brillo de sus ojos que él compartía la misma convicción.

EL MORICO

Manuel Lozano Magallón (Grisel)

(Premio especial al mejor cuento o relato ambientado en el pueblo de Grisel)

Querido nieto:

Desde la distancia del espacio y de los años, pero no desde el olvido, me dirijo a tí para saber de tu acontecer e informarte de lo sucedido en tu larga ausencia.

Muchas son las lunas llenas que he velado desde tu marcha, pero no por ello he podido olvidarte. Quizás no quiero sentirme solo o me niego a avanzar en la vejez sin que tu presencia joven, me permita pensar que eres quien me absorbe la vida.

Ya van para veinticinco los años que me abandonaste y casi tantos que también se fue el Morico. Tras el último rayo de luz de tus ojos, llegaron años de infinita tristeza, de feroz soledad. Desde entonces nada ha sido igual. Contigo se fue mi futuro, con el Morico mi pasado. La soledad aviva los recuerdos hasta hacerlos reales, confundiendo la ficción y la realidad como se funden las brasas en el fuego. La vida sigue, los años pasan y tu ausencia la llena el silencio

Mientras el almendro florece, aquel que plantaste cuando tus manos apenas podían con la azada, espero la primavera por si llegas con la lluvia, con el sol, con el viento fresco y el olor a tomillo.

A veces subo a la cima de la Diezma desde donde te veo a lomos del Morico y donde el viento huele a tomillo y romero. En lo alto de la loma me encuentro más cerca de tí. Diviso la Cordelada por donde algún día vendrás a visitarme. Ese día cada vez más lejano y próximo.

Salgo a dar una vuelta. Los largos silencios que recorren las calles me hablan de tu paso por ellas. Tal era tu ímpetu, que ha quedado escrito en el suelo cada paso y en el viento cada voz. Al llegar al Pontarrón me dejo llevar por el Camino Tarazona a la Calzada. Bajo la noguera centenaria repleta de frutos aún verdes, me cobijo de los rayos del sol que taladran la tierra reseca en espera de las primeras lluvias de primavera que no llegan.

La sequía nos abrumba. Ayer salimos en procesión rogatoria. La peana de la Virgen de la Huerta, a hombros de los mozos, recorrió el camino de la Ermita y el Manzanar, acompañada de los cánticos y salves desgarradas de las mozas y el sonido grave de los hombres, en el ejercicio de un culto exorcista común pidiendo la presencia de la lluvia que salve las cosechas, sustento de todo el pueblo.

De regreso a casa por la Portilla, la imagen de los molinos me trae a la memoria la del viejo molino, ya en ruinas, de tiempo atrás. Mi mente comienza a deambular por polvorientos caminos, entre guijarros y matojos, recordando cómo caminaba con el macho en dirección al molino. El vaivén de las talegas de trigo sobre el lomo del Morico iba acompañado por el tronar de los cascos sobre las piedras y el duro camino. La vista en el infinito mientras el cierzo me golpea la cara, curtiéndola como el cuero y coloreándola como la aceituna. Tomás, el molinero, ataviado con la zamarra y sendos pañuelos, uno al cuello, otro anudado en la cabeza, me recibe bajo el alféizar de la puerta. Nos cruzamos miradas cristalinas y saludos toscos pero nobles. La mula impávida esperaba librarse de la carga, mientras Tomás mostraba con desazón los nervios que le atenazaban. Los civiles

podían llegar en cualquier momento requisando el grano y llevarnos al cuartelillo de Tarazona. No era día que estuviera permitido moler grano. Eran tiempos de racionamiento y estraperlo. Otros tiempos. Cuando vuelvo en sí observo que la Diezma ya no es lo que era, que los nuevos molinos no me traen ningún recuerdo, es más, amenazan con borrar de los que vivo. Ya no podremos cruzar el horizonte acompañados de la voz del viento. Ahora es el zumbido tecnológico el que altera la voz del silencio, convirtiendo a éste en un monótono sonido casi imperceptible los días en que descansa el cierzo y vivaz cuando se enfurece.

Cada día salgo menos, mis piernas flaquean, apenas me llevan al Trujal por si ese es el momento en que por fin te veo llegar antes de mi marcha para no volver. Mi vida semeja a los jardines vestidos de luz lechosa y colores blandos esperando la caída de la noche. La luz de mi vida se va desvaneciendo lentamente sin poder hacer nada. Son más de ochenta los años que llevo sobre mis espaldas y la cuesta de la vida cada día se empina más que el Camino Litago.

* * *

Querido abuelo:

He recibido tu atenta interesándote por mi acontecer. La recepción y lectura de tus cartas, alimenta mis recuerdos y aviva la ilusión cada día más cercana de compartir unos días contigo, removiendo mis entrañas como la criba el trigo. Las espero con cierta ansiedad, mezcla de sosiego y curiosidad, mientras repaso los años vividos en Grisel. Fueron tantas horas vividas juntos, tantos surcos, tantos caminos y mieses acarreadas. Los años que pasamos juntos han sido imborrables. Pocas cosas alcanzan el inmenso poder de hacerse inolvidables. Tú lo eres y tu recuerdo me ha perseguido cada día desde que te dejé.

La distancia y el tiempo no han turbado tu lucidez al relatarme con tanta clarividencia el acontecer diario de Grisel, tus inquietudes inalterables y deseos venideros.

He decidido girarte una visita. Quisiera volver a tu lado, al hortal, a la

Valluenga. Reanudar el camino. Ahora sólo seremos dos, el Morico ya no puede acompañarnos, aunque para tí y para mí siempre estará entre los dos.

Van para veinticinco los años en que abandoné Grisel, traicionando mis raíces, acomodándome en la gran ciudad. Veinticinco años de frenética actividad sin que el viento me traiga el olor a tomillo y romero, a albahaca. Mientras, tú, anclado en los ochenta, permaneces inalterable, viejo, lúcido, sencillo y noble. Tras tantos años, el paso será menos firme y lozano pero el sentimiento más entrañable. Iremos a la Fila Olivo, al hortal. Regaremos de la balsa y disfrutaremos del merecido descanso sentados en el poyo del brazal a la sombra del orillo, mientras vemos crecer los tomates ácidos, rojos, y los pimientos forman en perfectas filas y columnas, escoltando a los calabacines que se deslizan sobre los ríos de patatas verde intenso, ebrios de olor a albahaca.

Hoy me vino al pensamiento aquel maravilloso día en que tuve la suerte de poder acompañarte a la viña. Madrugamos. Debíamos cruzar el horizonte. El macho al que tú llamabas el Morico, ya estaba dispuesto cuando el recodo de las Casas Nuevas me descubrió tu presencia. El Morico ataviado con la albarda, de la que pendía la alforja, el juguillo y el resto de los aperos de labranza, me miró inquieto ante la presencia de un extraño. Porque para él, menos el abuelo, todos éramos extraños.

Aquella mañana, su negro pelaje brillaba espléndido. Había absorbido la fresca humedad matinal. Montados sobre su grupa, abandonamos el pueblo por las Casas Nuevas, bajo el repicar de los cascos, en dirección al Camino Litago, que de manera rabiosa se empina persistentemente hasta alcanzar la cima de la Diezma, para descender serpenteante, manso, hacia la Valluenga, hasta descansar sobre la Huecha. El silencio nos rodeaba, envolviendo el pueblo y marcando el sendero del accidentado y pedregoso camino.

Al pasar por la Plana, tu mirada se clava sobre el joven y verde trigo que sembraste en la grisácea tierra y crece entre las grietas sedientas. A nuestra espalda queda Grisel y más allá la vega, Tarazona y Navarra. La lenta ascensión y las pronunciadas curvas, nos permitían volver sobre nuestros

pasos divisando el castillo, la iglesia... el pueblo. Llegamos donde el horizonte duerme sobre la Diezma incorporándose para dejarnos pasar y ante nosotros se ofrece la impresionante mole del Moncayo, donde no existen las palabras y todo se reduce a espacio y tiempo.

Pasando la rasante, a nuestra espalda, cambiamos el decorado de la vega del pueblo por los resecos bancales de la loma, al mismo tiempo que se abre ante nosotros el valle sobre el que descansan las faldas del Moncayo.

La Valluenga, encrucijada de caminos, discurre sobre el cauce de la Huecha formando un mosaico multicolor combinando ocres, verdes pálidos e intensos marrones, beigs y cenizas según la estación del año. La vaguada está atravesada en paralelo por la cicatriz de la Huecha y la carretera comarcal que sirve a los pueblos vecinos, delimitando el término de Grisel. Durante el descenso se fueron agrandando las pequeñas manchas verdes que finalmente se transformaron en viñedos, trigos y cebadas. El Morico caminó con trote monótono en dirección a la Solana, sabedor del destino tantas veces realizado.

Ya en el tajo, el andar cansino, la zancada larga, deja marcada a lo largo del surco la huella de la abarca sobre la que descansan los peales polvorientos. El Morico resopla liberando por las profundas cavidades de su hocico una espuma blanca que la suave brisa disuelve sobre el viento como el vuelo de una cometa.

Yo caminaba junto al arado arriando a la mula, mirándote con el asombro de los ojos neófitos ante la perfección que da la experiencia. A veces quise labrar. Tú acompañabas mi mano con cariño y orgullo. Tu nieto estaba deseoso de aprender aquello que te enseñó tu padre y a éste el suyo. Gozabas contándome viejas anécdotas de la vida en el pueblo cuando bajo el cielo estrellado, no oculto por la escasa luz de los candiles, vibraban los fuelles. Me envidiabas por lo que podía llegar a vivir, mientras recordabas a tu padre al que te gustaría mostrarle el progreso, lo que tú habías podido ver.

La casilla vigilaba la viña mientras el obispo descansaba a la espera del medio día. Tú, abuelo, entre surco y surco, mirabas a la Peña Herrera a la

que llamabas el obispo, por semejar tal figura, con la mitra calada postrado en la cama y las manos sobre su pecho. El sol sobre ella anunciaba el medio día la hora de echar un bocado. Cuando el sol alcanzó al obispo (Peña Herrera) erguido sobre el arado, tensando los ramales del Morico para frenar su brío, deslizaste la mano bajo el sombrero y rascándote la cabeza en actitud pensante calculaste la hora. Medio día, la una. Es el momento del reconfortante descanso tras el rudo trabajo. Al amparo de la casilla saciamos el hambre dando cuenta del almuerzo y de la bota. Sólo Dios sabe cómo esperaba aquella bendita hora.

Tras la tarea de la tarde, abandonamos el paraje de vuelta al hogar. El Morico y el abuelo muestran su fortaleza inmutable ante el esfuerzo de un día pleno de labranza. Yo camino rendido sobre la grupa de la bestia, dejándome llevar acompasadamente por el andar del cuadrúpedo.

A la vuelta hablamos poco, parecía como si todo lo conociéramos el uno del otro. Existía un silencio entre los dos que no nos atrevíamos a romper, los gestos, las miradas, expresan lo que nuestra voz no puede articular. El anochecer nos sorprendió y cuando llegamos a Grisel ya era noche cerrada y la luna arrancaba reflejos blanquecinos de las fachadas de las casas. El aire era tibio. Nos envolvió la oscuridad y el silencio.

Te veo llorando el día que murió el Morico. Tantos años de vidas compartidas, tantas horas de soledad juntos. Era parte de tí. El Morico era celoso. No permitía que nadie se acercase a él, que le acariciara, que le cuidase. Tú eras su alma, su ser. Te adoraba mostrándote su respeto fiel. Todos los demás éramos extraños, enemigos. Cuando estaba en la calle nadie podía pasar por ella. Era el guardián perfecto. Debías bajar para que permitiese a los vecinos pasar frente a tu puerta. Todos sabían que del Morico, nadie, excepto tú, se podía fiar. Que me lo digan a mí que aún llevo y llevaré para siempre su firma en mi cara. Me dices que tuve la osadía de entrar en su cuadra y ponerme tras sus patas cuando tenía dieciocho meses. El Morico no se lo pensó, soltó el muelle tensor de los cuartos traseros que estampó sobre mi cara, dejándome sin sentido y a punto de perder la vida. No le guardo rencor.

Veo los surcos de tu rostro repletos de lágrimas que brotan a borbotones del manantial de tus ojos. Tu amigo y cómplice abandona la cuadra para siempre. A la salida te estregas los ojos con el dorso de la mano, luego con el moquero, sin que el acto reflejo consiga parar el torrente cristalino que desde lo más profundo de tu ser fluye al ver a tu Morico abandonar la cuadra para siempre. Ha sido tu compañero, tu cómplice, tus manos y tus pies durante treinta años. Con su marcha, se va una parte de tu ser, de tu vida, y la vida aparece mediocre y súbitamente fugaz.

La comitiva inicia la marcha fúnebre por el Juego Pelota en dirección al Barranco del Abejar donde la fosa espera al Morico y donde descansará para siempre llevándose consigo una parte de la vida de Grisel, de sus gentes, pero sobre todo, de tí y de mí. Abuelo. Los quince minutos de marcha duraron apenas un estremecimiento del que despertamos cuando ya aguardaba al Morico el universo de las luces. Pese a ello seguías repitiendo su nombre, sin darte cuenta de que él ya no estaba a tu lado.

Hoy, tras vivir desde la lejanía y el recuerdo de Grisel, he vuelto a mi pueblo. Los recuerdos se agolpan en mi mente con tanta rapidez que los unos se comen a los otros. Fluyen a borbotones con frenético ímpetu, como el agua salvaje del joven manantial. Necesito un tiempo de adaptación que me permita ordenarlos y sosegadamente disfrutar de lo vivido y de lo que me hubiera gustado vivir.

Al enfilarse la nacional 122 con destino a Grisel, imágenes toscas, curtidas y nobles se agolpan sobre el volante de mi coche. La vista puesta en aquel lejano punto donde el horizonte une a ambos lados de la carretera arrojando la raya divisoria del asfalto. Un hormigueo recorre mi cuerpo y los nervios resecan mi boca. Tras veinticinco años de ausencia me dirijo a Grisel. Mi pueblo. Ese lugar en el que vi la luz y en el que nacieron mis padres, los padres de mis padres y los padres de éstos hasta perderse las generaciones en la noche de los tiempos. Donde pasé los años de mi niñez, pubertad y juventud. En sus calles y con sus gentes aprendí a dar mis primeros pasos y desperté a la vida. Siento como si hubiera contraído una

deuda con mi pueblo, como si hoy necesitara de él para reencontrarme con mis propios recuerdos. Quiero recuperar el tiempo perdido, charrar con mi gente, respirar y oler su aire, llenarme con su imagen.

Te echo de menos, en la ciudad no se encuentra el silencio del viento. Necesito verte, que tus calles me envuelvan con su silencio, con la soledad. Que tus casas me cobijen con su sombra, que tu sol radiante me caliente la sangre, que tu viento me alimente. Que tu recuerdo llene mi vida, tu presente, mi futuro.

Estoy deseoso de llegar. El Alto Vera con sus zigzagueantes curvas se me hace interminable. Desciendo con precaución. Al desembocar en la Cordelada, entreveo entre los pliegues de las faldas de la Diezma, fugazmente, la ermita de Samangos, la torre de la Iglesia, el castillo, las primeras casas. Poco después, la serpenteante carretera local que conduce a Grisel me envuelve con su paisaje cerrándose sobre el coche, dando la sensación de que de un momento a otro no voy a poder continuar al unirse las dos cunetas bajo la sombra de los olivos que la escoltan alineados como soldados. Cada campo, cada árbol, cada mirada me aviva el recuerdo, la vendimia, la recogida de la oliva, la siembra, la cosecha. Desde el recodo de la curva de los olmos, diviso la segunda y fugaz panorámica de Grisel. El corazón golpea mi pecho. Los olivos no me dejan ver más allá de la cuneta, lo que incrementa mi ansiedad. Cuando, por fin, llego al Trujal mi mente bulle como el aceite hirviendo. Me dirijo a casa de mi abuelo que ha soportado la soledad de la casa heredada de sus padres. Al verme su mirada se electriza. Me recibe como al hijo pródigo y se lamenta de su soledad que únicamente puede vencer a través de sus cartas, de su ilusión y de los sueños que en ellas transcribe.

El paso del tiempo ha llenado su rostro de arrugas como surcos de arado, pero sus ojos oscuros, serenos, firmes, hermosos siguen luminosos como luna llena y lanzan destellos calurosos como el sol de medio día. La pana negra de su chaleco contrasta con la camisa antaño blanca, hoy blanco amarillo, descolorida por los continuos lavados. Su pelo blanco emerge con la fuerza del rastrojo. Facciones nobles, fuertes, rudas y dulces a un tiempo.

Manos grandes. Figura menuda. Encorvado por el peso de los años. Fibroso y ágil como la gacela. La cara curtida por el sol, regada por el sudor y marcada de los surcos de la vida me impresiona. Cuando lo abandoné era maduro, pero el tiempo no le había robado su juventud serena.

Salgo a la calle silenciosa y solitaria, a esa hora del día en la que el tiempo se agota, cuando los rayos del sol atraviesan las copas de los árboles para agredir a quienes cobijan. Me persiguen los pasos. Observo los molinos que emergen de lo alto de la Diezma. Me vienen a la mente las andanzas de Don Quijote de la Mancha y su fiel y noble escudero Don Sancho. Si Miguel de Cervantes hubiera podido contemplar este paisaje, entre anclado en el pasado y lanzado hacia el futuro no hubiera tenido duda alguna en enfrentar a Don Quijote con los molinos de Grisel. Don Sancho, campechano y simple pero realista, hubiera advertido a su Señor que los tales gigantes no eran otros que los molinos de Grisel y que éstos no eran su enemigo ni caballeros andantes, sino signos del progreso.

He compartido unos días con el abuelo paseando por las calles de Grisel entre recuerdos y la fascinación de su presencia. Tras visitarle, vuelvo a la rutina diaria de la gran ciudad. Ahora más sereno, más lleno. Grisel me ha hecho renacer y avivar todos mis recuerdos, ordenándolos y adaptándolos a la realidad, dolorosa y dulce, con ese sabor agridulce que da la propia vida. Cuando he llegado a la ciudad, tengo la certeza de haber vivido en unos minutos muchos años, de haber consumido buena parte de mis sueños, lo que me va a permitir sobrellevar la actividad diaria esperando con desazón la próxima visita.

V Concurso de relato corto:

“MEMORIAS Y CUENTOS
DEL MONCAYO”



FANTASIAS DE BRUJAS Y DUENDES

Elisa Sanz Monclús

(Categoría infantil. Primer Premio)

Había una vez en la cima del Moncayo una cabaña en la que vivía una bruja, pero no una bruja cualquiera, sino la más poderosa de todo Aragón, la bruja Toya que vivía en su casa con sus animales, búhos, murciélagos, gatos, etc. pero su preferido era Martín Rufo, un gato negro de ojos verdes que hablaba.

Toya era muy solitaria y casi nunca se comunicaba con sus vecinos, pero Martín Rufo, le decía:

- ¡Venga! Vámonos de vacaciones o podíamos ir abajo, al pueblo de Grisel.

Pero no la convencía. Hasta que un día, paseando con Martín Rufo vio a lo lejos un duende que era perseguido por hombres y mujeres del pueblo formando todos un gran alboroto. Reconoció al duende, era Timoteo y se acordó de que unos meses atrás le hizo bromas y muy pesadas. El duende

corriendo más que sus perseguidores escapó perdiéndose en el bosque.

Toya tuvo una idea. Se fue corriendo a Grisel para ver si una amiga suya le podía dar unos ojos de tritón y realizar una poción de sueño.

Martín Rufo le preguntaba:

- ¿Para qué quieres unos ojos de tritón y una poción de sueño?

- Es muy sencillo - le explicaba Toya más animada -se la daré al duende, así se dormirá y lo entregaré a los vecinos del pueblo.

Cuando consiguió el ingrediente que le faltaba para la pócima, la preparó con muchísimo cuidado y después de meterla en un tarro mezclada con caramelos de colores, se fueron al bosque donde recordaba que vivía el duende. Era muy espeso y difícil de ver, pero al final encontraron la casa. Llamaron a la puerta y el duende conocido por Timoteo estaba un poco asustado, pero les dejó entrar. Toya con su mejor sonrisa, le dio el tarro con los caramelos diciendo que era un regalo y Timoteo que era muy goloso, se los comió todos y se quedó dormido.

A continuación, lo metió en un saco y se fue a Grisel.

La gente del pueblo, al verlo así, se pusieron muy contentos y decidieron castigarlo tirándolo al pozo de las Aines, donde vivía un dragón muy viejo y de mal genio, que tenía fama de matar a todos los que cayeran en el pozo.

Toya al oír el castigo, se asombró y se arrepintió de haber intervenido en su captura, les dijo que no era para tanto, pero la gente no le hizo caso.

Asustada, se fue y buscó en los libros de Brujas a qué raza de duendes pertenecía Timoteo. Buscando y buscando encontró que era un duende saltarín de la raza de los Saltarines, que cuando saltaba temblaba el suelo, así asustaba a todos los aldeanos y le culpaban de todas sus desgracias.

Montó en su escoba para ir a ver a Timoteo, cuando llegó él estaba muy triste y le preguntó:

-Timoteo -¿Cuando saltas y haces travesuras, las haces queriendo o sin querer?.

El duende se quedó pensativo y contestó a punto de llorar:

- Sin querer, sin querer- la gente del pueblo me echa la culpa de todo lo que les pasa, pero yo no quiero hacerles daño. Soy muy pequeño y no puedo controlar mis poderes.

La bruja miraba al duende y no veía en él ningún ánimo de maldad. Era un duende travieso.

- Lo siento Timoteo, yo creía que lo hacías queriendo, en el pueblo también lo piensan así.

- Tranquila Toya - respondió el duende - ya estoy acostumbrado.

Los dos parecía que se conocieran y fuesen amigos de siempre. Se despidieron. La bruja quería hacer algo por el duende, era su amigo e injustamente al día siguiente los aldeanos iban a tirar a Timoteo al pozo.

Muy temprano por la mañana, la bruja apareció delante de todo el pueblo, en medio de una nube de humo (uno de sus hechizos preferidos) diciéndoles:

Pensad bien lo que hacéis, él no tiene la culpa pues todo lo hace sin querer.

- Que aprenda a controlarse - dijeron todos.

Los que tenían a Timoteo atado, sin pensarlo dos veces, lo empujaron al pozo y se fueron.

La bruja bajó al pozo con su escoba, volando lo mas rápido que podía para ayudar al duende y allí lo encontró en el fondo, tirado sobre el barro y el agua del pozo, que olía mal. Una humedad pestilente y un silencio de muerte envolvió a los dos amigos. Dos ojos como dos ascuas los contemplaban y saliendo de la oscuridad, el dragon de fuego se avalanzó sobre ellos.

Toya y Timoteo no sabían que hacer. Estaba cerrada la salida con una piedra enorme, el animal empezó a echar humo y fuego por sus fauces.

Entonces Toya, recordó un hechizo que había aprendido de pequeña y que

podía con los dragones, protegiendo a su amigo pronunció:

AGUA, FRIO, VIENTO

DE MIS MANOS HIELO

SE METE EN TU CUERPO

Y DESTRUYA TU ALIENTO.



Las palabras mágicas no hacían efecto. El dragón era demasiado poderoso, la bruja retomó el hechizo:

Y QUE EL FRÍO HIELO DE TU ALIENTO

ALCANCE A TU CORAZON.

El dragón fulminado cayó al suelo y por arte de magia, que así era, explotó en cientos de cristales que como estrellas se fueron al cielo, juntandose con otras que allí esperaban.

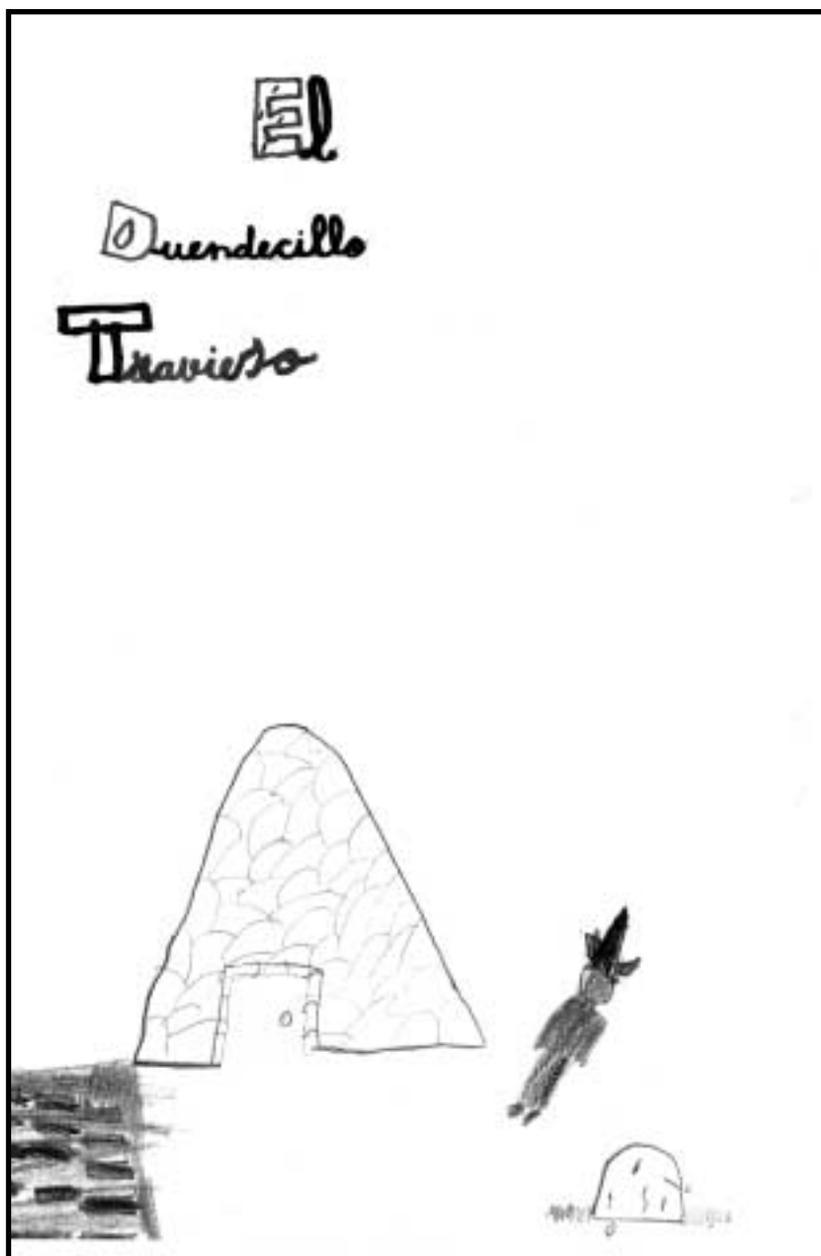
Los amigos comprendieron que el dragón quería irse con su familia, pues llevaba muchos años solo en aquel pozo.

Timoteo le dijo a Toya:

- Gracias, sin tí ahora mismo estaría en el estómago del dragón.

Con el ruido, la gente del pueblo había vuelto al pozo. Abrieron la pesada piedra y dejaron salir a los amigos. Se dieron cuenta de su error y estaban montando una fiesta para agradecerles. Timoteo aseguró que controlaría sus poderes tal y como le aconsejaban sus padres.

Toya ya no sería una bruja solitaria como decía Martín Rufo. Amigos, dragón, pueblo, quedaban atrás cuando montada en su escoba, la bruja, contenta, tomó el camino a su cabaña en la cima del Moncayo.



EL DUENDECILLO TRAVIESO

Marta Marco Mayayo (Grisel)

(Categoría infantil. Segundo Premio)

Hace muchos, muchos años, en un pueblo llamado Grisel, hubo unos pequeños duendecillos que empezaron a construir unas pequeñas casitas a las que llamaron casillas.

Como trabajaban por la noche, por la mañana los habitantes del pueblo veían unos montoncitos de piedras en el monte de la Diezma que crecían y crecían hasta convertirse en una especie de casa acabada en punta.

La gente empezó a tener miedo porque pensaba que las brujas de Trasmoz estaban haciendo de las suyas. Durante mucho tiempo, las casillas fueron aumentando por el monte y el misterio también aumentaba.

Y así pasaban los días y nadie se atrevía a ir. Por la noche tampoco, porque daba más miedo.

Y así fueron pasando los días y llegó el verano y con él los talleres. Entonces les tocó ir de excursión por la Diezma a los niños del pueblo. Un

niño vio a un duendecillo de esos que hablaban tanto y se lo dijo a su monitora, pero le dijo que era una imaginación.

El duendecillo estaba jugando al escondite y cada vez que el niño señalaba al duendecillo, éste desaparecía. Aunque al principio le hacían caso, pronto se cansaron y pensaron que les estaba gastando una broma y le dijeron “vale, que tenemos que seguir la excursión”. Y el duendecillo siguió haciendo travesuras y, como era tan travieso pero muy listo, buscó un palo e hizo una huella con el palo e hizo varias más: unas cuantas de zorro, otras de oso, y para los cazadores hizo de liebre. El niño miró al suelo y vio esas huellas y se quedó parado un momento porque no sabía cuándo esos animales habían pasado por allí, no lo podía creer porque no los había visto.

Cuando pararon para almorzar, el duendecillo se estaba pensando otra travesura y ya la tenía pensada. La travesura era que cuando los niños no miraran, el duendecillo les cogería el almuerzo y lo escondería dentro de su casilla y así fue como lo hizo.

Después de buscar un buen rato, encontraron los almuerzos dentro de las casillas, se los comieron, descansaron un ratito y volvieron hacia Grisel.

Uno de los niños se despistó, se quedó solo y se puso a llorar.

El duendecillo se dio cuenta de que estaba llorando y le preguntó qué le pasaba. El niño le contestó que se había despistado y no encontraba a los demás niños por ninguna parte.

-No te preocupes yo te llevaré con tus compañeros, te dejaré cerca sin que me vean.

Cuando ya estaban cerca de los demás niños, se despidieron.

El duendecillo le dijo:

-Siempre seré tu amigo.

Y el niño le contestó -Yo también y cuando suba al monte de la Diezma me acordaré que me ayudaste. Gracias duendecillo.

EL CAMPAMENTO MÁGICO DE MONCAYO

Inés Arnedo Espino

(Categoría infantil. Tercer Premio)

Era el primer día de julio y Petra y su hermano Pepe llegaron al campamento de Moncayo acompañados por sus padres. Iban a pasar allí quince días como otros veranos. Sus padres se marcharon enseguida y ellos se fueron rápidamente para ver si habían llegado sus amigos Pilar y Pedro, que también eran hermanos.

Petra era una niña pelirroja con pecas y ojos azules. Pepe también era pelirrojo y pecoso pero tenía los ojos verdes. Sus amigos eran muy diferentes: los dos eran rubios y de ojos marrones: Pilar era muy alta y Pedro era un poco más bajito. Las dos chicas tenían diez años, Pedro tenía nueve y Pepe iba a hacer los mismos años ese verano.

Lo que más les gustaba del campamento era el día de la visita de sus padres porque les llevaban algún regalillo que otro y porque siempre había juegos muy divertidos. También les gustaba mucho ir a dar paseos por el bosque de hayas después de desayunar, para visitar a todos los animales

que eran sus amigos, como los pájaros, las mariposas y las ardillas. A veces, los pájaros, que ya les conocían, bajaban a las manos de los niños para que les dieran de comer. Las ardillas también les saludaban y las mariposas revoloteaban a su alrededor para jugar con ellos.

El primer día de campamento, los cuatro amigos fueron a pasear y cuando entraron en el camino de sus amigos los animales, se encontraron con un grupo de cazadores que intentaban matar a una ardilla y a un zorro

Los niños fueron corriendo y les dijeron:

-¡Alto ahí! ¡Estos son nuestros animales! ¡Pobrecitos! ¿Y si os mataran a vosotros?

Entonces, uno de los cazadores dijo:

-Bah, Eso es mentira, a nosotros nadie nos puede matar

Las dos niñas, que eran las más valientes, les respondieron:

-Eso no puede ser porque vosotros no sois magos y también os pueden hacer daño.

Después de eso, los cazadores les hicieron caso y se fueron diciendo:

-Gracias, niños por darnos esta lección .

Después de una hora caminando, los cuatro niños llegaron hasta un camino donde también tenían muchos amigos animales y ¡sorpresa!, volvieron a encontrarse al grupo de los cazadores que estaban a punto de matar a dos pajarillos y a tres ardillas.

De repente, vinieron los monitores y los otros niños del campamento. Juan, el monitor más joven del campamento gritó:

¡Alto ahí! Eso no se puede hacer. ¡Está prohibido!

Pepe, Petra, Pilar y Pedro explicaron a todos los demás que antes ya habían estado con los cazadores y que les habían dicho que ya no volverían a cazar más.

Pedro gritó:

- ¡Sois unos mentirosos! Vamos a llamar a los guardas forestales y veréis lo que es bueno por intentar matar a nuestros animales.

Entonces, de repente, apareció un hada del bosque en la rama de un pino. Era de color verde fosforito y tenía una melena fucsia larga hasta los pies y dijo:

-¡Guarforesven!, ¡Guarforesven!, ¡Guarforesven!

Todo se llenó de polvo y las escopetas de los cazadores se convirtieron en grandes piruletas y en un segundo, apareció todo un ejército de guardas forestales del Moncayo. El jefe de todos ellos preguntó:

-¿Qué ha pasado aquí?

Pepe, que sabía contar muy bien las cosas, le explicó todo con muy mal genio.

El jefe, después de escucharle, pidió que le trajeran los coches para llevarse al grupo de cazadores.

El hada del bosque que seguía en la rama sentada dijo de repente:

-¡Cazadores, venid aquí!. Esas piruletas eran vuestras escopetas pero ahora que son dulces tenéis que dárselas a los chicos del campamento porque se las han merecido.

Los cazadores, que estaban muy asustados por todo lo que había pasado, fueron dando las piruletas a los niños y cuando terminaron, el hada les dijo:

-¡Cazadores, escuchadme! Los animales en el Moncayo son muy importantes y no debemos matarlos porque ellos son seres vivos como nosotros. Si algún día lo volvéis a hacer, vosotros os convertiréis en moscas.

Los cazadores, temblando de miedo, prometieron que jamás lo volverían a hacer y se fueron con los guardas.

Los niños y los monitores volvieron al campamento y prepararon una fiesta para celebrar lo que había pasado.

A partir de ese día, Juan -el monitor- y varios niños del campamento se apuntaron a los paseos de Pepe, Petra Pedro y Pilar para visitar a los animales y ayudarles cuando hiciese falta. El hada del bosque, que se encariñó con los chicos, se quedó a pasar el verano con ellos en el campamento, que a partir de ese día fue mucho más mágico.

EL MISTERIO DEL MONCAYO

María Marco Mayayo (Grisel)

(Categoría juvenil. Primer Premio)

Si todo esto no hubiera ocurrido, nuestro verano habría sido el mismo de siempre, sin nada más que hacer que dar vueltas y más vueltas por el pueblo.

- Al año que viene, y os lo digo de verdad, no vengo.

- ¿Qué dices Juan?

- Lo que habéis oído, que me quedaré en Zaragoza.

- ¡ Por favor! Si tú no vienes, no vienen ni David ni Sergio y nos quedamos Esther, Marina y yo aquí solas.

- ¿Os podéis imaginar un verano las tres solas?

- Perdonad.

- ¡Sí, David?

- Si no os importa podríamos buscar algo que hacer AHORA y no lo que

- vamos a hacer al año que viene.
- Bien pensado. ¿Tienes alguna idea?.
 - Igual os parece una tontería.
 - ¡Va Sergio, dínoslo!
 - ¿Qué os parecería ir a pasar una noche al albergue del Moncayo?
 - ¡Genial! Pero...
 - ¿Qué pasa Marina?
 - Que no nos van a dejar ir solos.
 - Bueno, se lo podemos decir a mi hermano.
 - ¿De veras crees que querrá venir?
 - ¿Mi hermano? Con tal de salir un día de este pueblo...
 - Oye Juan ¿y a tí que te pasa? No has dicho nada en todo el rato.
 - Bueno es que ya sabéis cómo son mis padres. A veces pienso que creen que todavía soy un bebé. No puedo hacer nada sin que ellos estén delante. Me agobian y lo peor es que cuando intento decírselo, no puedo porque es que ¡no me dejan!
 - Tranquilo Juan, los convenceremos.

Y aunque nosotros también queríamos creernos lo que le acabábamos de decir, todos sabíamos cómo eran los padres de Juan y pensábamos que no le dejarían venir, ya que hacía dos semanas no le habían dejado ir a casa de David que estaba en la calle de al lado.

Convencimos a Alfredo, el hermano de David, que aceptó encantado. Después fuimos a hablar con los padres de Sandra, los de Marina, los de Sergio, los de David y los míos. Todos ellos aceptaron encantados y entonces llegó la hora de hablar con Ana, la madre de Juan.

- Pero Ana por favor. Que vamos con Alfredo.

- Es verdad Ana que vienen conmigo. No creo que se les ocurra salir del albergue y perderse por el monte cuando yo esté durmiendo, que los chicos no son tan malos y además tu hijo se las sabe apañar solo.

- ¿Qué dices, vas a dejar que mi niño se las apañe solo? Él no puede hacer ningún esfuerzo ya que tiene las manos muy delicadas y además no te puedes dormir mientras él está despierto ¿y si se va por ahí con el inconsciente de tu hermano y sus amigos?

- Mira, Ana los inconscientes de mi hermano y sus amigos son los mejores amigos de tu hijo y yo no voy a permitir que les insultes. ¡Ah! Además son los únicos que le entienden y le hacen caso ya que sus padres están tan cegados con darle todo en la mano que no se dan cuenta que lo que necesita es un poco de ayuda, ya que está atravesando la etapa más difícil e importante de toda su vida. Así que piénsatelo muy bien Ana porque puedes arruinar la vida de tu hijo. Adios.

- Alfredo, has estado genial.

Todos nos habíamos quedado pasmados ante la reacción de Alfredo, bueno todos menos su hermano David, que parecía estar muy orgulloso de su hermano mayor. Nosotros nunca lo habíamos visto contestar a ninguna persona más mayor que él. Al final tuvieron que ir la madre de Sergio y la de Sandra para convencer a Ana de que dejara venir a Juan Carlos.

- Hola chicos.

- Hola Alfredo.

-¿Qué tal? Parece que hizo efecto mi intervención ¿eh? Bueno, he llamado al albergue y me han dicho que podemos ir pasado mañana.

- Oye Alfredo.

- Dime Esther.

- ¿Tenemos que llevar sacos o vamos a dormir en camas?

- Me han dado a elegir y he pensado que os gustaría dormir en el suelo.

- Eso será si dormimos.
- ¡Sergio!
- ¿Qué?
- Una cosa Alfredo, allí no hay cobertura para el móvil ¿verdad?
- No. Lo querías para llamar a la novia ¿eh? Pero si está aquí. ¿Verdad Sandrita? No te pongas rosa, mujer.
- Ja, ja, ja.
- No te enfades Juan, anda.
- No pensaba. Lo decía porque así mi madre no me estará llamando todo el día cada cinco minutos.

Durante el cuarto de hora siguiente estuvimos riéndonos sin poder parar. Más tarde bajaron a Tarazona, David, Marina, Sergio y Alfredo en su coche para comprar la cena y el desayuno del día de la excursión así como bebidas y otras cosas que necesitábamos.

Cuando subieron, repartimos todo en bolsas y al día siguiente preparamos las mochilas por la mañana. Esa tarde se nos hizo largísima por muchas razones: teníamos unas ganas tremendas de irnos, hacía un calor horroroso y sólo nos apetecía estar a la sombra sin hacer nada.

Al día siguiente, estábamos sentados debajo de los árboles de la plaza de la iglesia cuando ocurrió algo que cambiaría nuestra excursión al albergue.

- Oye ¿sabéis que esta noche hay luna llena?
- Sergio, yo no sabía que eras supersticioso.
- Bueno, Marina, como todo el mundo dice que las brujas salen en las noches de luna llena y se comenta que el Moncayo está poblado de ellas, pues...
- No me irás a decir que crees en brujas, duendes y otros cuentos infantiles.
- ¿Y porqué no?

- ¡Sandra!
- ¿Qué? ¿No has soñado nunca con ellos, eh?
- Sí, por supuesto. Cuando tenía siete años.
- Pero Marina, tu lado infantil lo tienes que mantener siempre. Si no ¿en qué vas a creer?
- Pues no sé. Pero no en brujas y en duendes.
- Oye Marina, no me vas a negar que cuando eras más pequeña no tuviste un amigo imaginario, fuese lo que fuese, un peluche, un hada o algo así.
- Pues sí, sí que lo tuve pero ¿qué importa ahora?
- Ves. Has creído y entonces qué pasa ¿has matado a un amigo porque crees que eres muy mayor?
- Oye ¿qué les pasa a Esther y a Juan?

Lo decían porque Juan y yo no habíamos intervenido en la conversación, algo que no era muy normal en nosotros. Nos habíamos quedado mirando, con los ojos abiertos como platos la pared de la iglesia.

- Juan ¿tú también lo has visto o han sido imaginaciones mías?
- Si ha sido una ilusión, lo hemos visto los dos.
- Pero chicos ¿de qué estáis hablando?
- Cuando estabais discutiendo, una de las piedras de la fachada se ha movido y se ha asomado una persona muy pequeña, con la piel algo verde y con un gorro en la cabeza, como un duende. Además llevaba un pergamino en la mano y nos ha indicado que nos acercáramos a recogerlo.
- Pero chicos...
- No estamos locos y tampoco lo hemos soñado.
- Está bien, lo que vosotros digáis, pero a mí me sigue pareciendo un poco extraño.

- A mí también, Sandra, y eso que yo lo he visto.
- Bueno, vamos a fiarnos de ellos ¿vale?
- Juan ¿te acuerdas qué ladrillo era?
- Me parece que sí. A la derecha de la puerta, cuatro filas por encima del banco y siete ladrillos desde la puerta.
- Si en ese ladrillo hay un trozo de papel, os compro a todos un helado.
- Hola chicos ¿qué pasa?
- ¡Alfredo! Ven un momento. ¿Ves ese ladrillo? Pues Esther y Juan Carlos dicen que han visto a un duende dejar un trozo de papel.
- Un pergamino, Sergio, un pergamino.
- Esther, ¿lo empujo?
- Sí, claro.
- ¡¡¡Ostras!!!
- Me parece Sergio que te vas a quedar pobre.
- Ja, ja, ja. Muy gracioso David.
- Tiene aspecto de ser un pergamino muy viejo.
- Sí, y está escrito con tinta.
- ¿Qué os parece la idea de abrirlo?
- Aquí no. Vamos a mi casa que mis padres se han bajado a Tarazona.

*Queridos niños necesitamos vuestra ayuda.
Reunios con nosotros esta noche en el bosque,
Salid del albergue a las doce en punto y enseguida
nos encontraréis. Acudid a la cita y no tardéis.*

El Consejo del Moncayo

Diez minutos después de haber leído la nota y tras habernos convencido de que no estábamos soñando, decidimos no decirles nada a nuestros padres.

Esa misma tarde llegamos al albergue, dejamos todas nuestras cosas en la habitación que nos habían asignado, colocamos nuestros sacos en el suelo y nos sentamos a charlar sobre lo que haríamos esa noche. Hablando pasaron las horas y sin darnos cuenta se hicieron las diez de la noche. Nos pusimos a cenar y al final, después de pensarlo mucho y muy bien, ya que sabíamos que podíamos correr algún peligro, acordamos que haríamos caso a la nota y saldríamos del albergue a las doce en punto y nos internaríamos en el bosque. Si no ocurría nada, como pensábamos y deseábamos ya que teníamos miedo, volveríamos al albergue, nos dormiríamos y al día siguiente regresaríamos al pueblo como si todo hubiera sido un sueño; pero si pasaba algo... Lo afrontaríamos fuera lo que fuera, aunque nos estuviéramos muriendo de miedo.

Llegaron las doce y salimos del albergue. Nos dirigimos al linde del bosque y cuando nos adentrarnos en él percibimos una extraña sensación. El aire estaba muy cargado y traía unos olores casi inoloros. Estuvimos andando casi diez minutos y atraídos por esos olores llegamos a un claro donde unos extraños personajes se encontraban sentados alrededor de unas chispeantes hogueras. Nos escondimos en unos matorrales para poderlos observar sin que ellos nos vieran. Pero aunque ninguno de los siete hicimos ruido...

- Hola chicos. Venid, os estábamos esperando. No nos miréis con esas caras que no somos ningunos bichos raros.
- Me parece que a estos niños se les ha tragado la lengua el gato.
- Venga, sentaos, que no os vamos a comer.
- Bueno me parece que ya sé como os llamáis pero por si acaso... A ver tú eres Marina, tú Sandra, tú Esther, tu Sergio, tú David, tú Juan Carlos y tú Alfredo. No me he equivocado ¿verdad?
- ¿Pe, pe, pe, pero cómo saben nuestros nombres?
- ¿No os habéis dado cuenta todavía?
- Perdona señora, ¿de qué nos teníamos que dar cuenta?
- Querido David, nosotros somos la leyenda viva de este lugar: Los seres mágicos y misteriosos que viven desde hace siglos escondidos en la penumbra del Moncayo, los cuidadores de este lugar. Sobre nosotros se ciernen centenares de historias y leyendas que las gentes de la zona han ido escribiendo. Esas historias son y a la vez no son ciertas, pero eso no tiene importancia ahora.
- Perdonad que no os haya presentado antes:
La pequeña y bella criatura que se ha sentado en el hombro de Marina es la reina de las hadas. ¿Marina te pasa algo?
- No. Solo que esta hada me resulta muy familiar. ¿No serás tú...? No, no tiene sentido.
- A mí ella también me resulta muy familiar. Yo era amiga de una niña que se llamaba Marina pero cuando creyó que se había hecho lo bastante mayor como para seguir teniéndome de amiga me olvidó. ¿Marina por qué lloras?
- Porque yo fui esa niña que olvidó a su mejor amiga.

- Bueno después de esta reconciliación voy a seguir con las presentaciones. El hombrecillo del gorro apuntado es el representante de los pocos duendes que han sobrevivido al cambio de hogar, ya que ellos fueron los pobladores del monte de la Ciesma que se encuentra tan cerca de vuestro pueblo. Además, ellos construyeron las casillas de pico que son tan características de vuestro pueblo. ¡Ah! Se me olvidaba que a él fue a quien Esther y Juan Carlos han visto por la mañana. El señor tan grande y alto es el cabeza de familia de los últimos gigantes que quedan en la zona. Pero su familia es de las más numerosas que han habitado en el Moncayo.

Y una servidora es la representante de las brujas honestas que quedamos en este precioso monte y además todos los presentes me han elegido como portavoz de este consejo.

- Señora, perdone por interrumpirla pero todavía no he comprendido el por qué de nuestra presencia aquí.

- Bueno, a eso voy. Nosotros, en estos momentos, tenemos serios problemas para poder escondernos de la multitud de turistas que visitan nuestro hogar. Este lugar nos necesita, pues hemos estado cuidando de él durante miles de años y para poder realizar nuestro trabajo hemos consumido un brebaje hecho a base de plantas y una pócima que se ha ido pasando de generación en generación entre las representantes de las brujas. El problema es que el frasco en donde lo guardaba se me cayó y un grupo de excursionistas lo recogieron y lo llevaron al albergue donde vosotros os hospedáis. Como comprenderéis, nosotros no podemos arriesgarnos a ir a recoger dicho frasco. Imaginaros que un excursionista se despierta y nos ve. Ese es vuestro trabajo, recuperar el frasco para poder preparar una nueva poción ya que la vista de los mortales se está agudizando demasiado y en cualquier momento pueden descubrirnos, entonces nos encerrarán y nos exhibirán a otros humanos con el solo propósito de beneficiarse económicamente. Ese no es el futuro que ninguno de nosotros merece tras haber estado siglos cuidando de los animales y de la naturaleza.

- Pero entonces ¿depende de nosotros la vida de todos ustedes y sus semejantes?
- Así es Esther.
- Me parece que es mucha responsabilidad para siete adolescentes. ¿Y si fallamos? Los seres más importantes de la comarca del Moncayo y los protectores de su bosque y sus animales desaparecerán, así, sin más.
- Vamos, Esther. Estábamos pidiendo a gritos una aventura y ahora cuando la tenemos delante de las narices ¿te vas a echar atrás? Además has estado todo el curso hincando los codos y esto es tu premio: la aventura más emocionante que te va a pasar en la vida.
- Supongo que tienes razón, gracias David.
- ¿Entonces?
- Aceptamos, señora.

A partir de ahí todo fue más fácil de lo que habíamos imaginado. Llegamos al albergue y entramos en la habitación en la que la portavoz del consejo nos había indicado que lo encontraríamos. Pero cuando salimos, una de las excursionistas nos vio y nos preguntó que qué hacíamos a esas horas y le dijimos que habíamos estado charlando y nos íbamos a dormir entonces, pero cuando se dio la vuelta salimos para dirigirnos al claro del bosque donde habíamos estado hablando con los miembros del consejo.

Cuando volvimos, un gran número de seres se habían congregado alrededor de los miembros del consejo que removían una pócima. A esa poción le añadieron unas cuantas gotas del líquido que acabábamos de traer. Cuando la pócima estuvo preparada, vertieron una gota en cada uno de los recipientes que sostenían las criaturas y entonces a una señal de la portavoz del consejo todos se bebieron el líquido a la vez y por arte de magia desaparecieron. En unos segundos volvieron a aparecer, nos dieron las gracias por haberles ayudado y nos hicieron prometer que de este encuentro nadie se enteraría al menos hasta que tuviéramos noticias de ellos y volvieron a desaparecer.

Hoy, cuatro años después, lo hemos podido contar libremente al recibir una nota escrita en el mismo pergamino con el que se comunicaron por primera vez con nosotros.

Queridos amigos: gracias por haber mantenido nuestro Secreto.

Hoy os damos permiso para que lo contéis libremente.

No os olvidéis de nosotros.

LA CASA DE ELOÍSA

M^a Jesús Gaspar Cunchillos

(Categoría juvenil. Segundo Premio)

Todo estaba empaquetado, era el último día en la casa. Eloísa se acercó al balcón y recorrió con la vista el paisaje que a través de él se vislumbraba: esos colores, ese aroma..., todo tan viejo como ella, pero a la vez tan nuevo, visto ahora con los ojos de la nostalgia. No quería recordar -dolía tanto-, pero sus recuerdos fluían en ella de manera incontrolada. Esa casa, regalo de boda de los padres de Julio, era ella misma, las dos habían ido envejeciendo a la vez. En sus paredes agrietadas sonaban los ecos de tantas voces ya desaparecidas.

El primer día que franqueó la puerta no se imaginó que le cogería tanto cariño y, ahora con su muerte, ella también moría. Acababan de llegar de viaje de novios, todo había transcurrido muy rápido desde el día en que su padre le dijo que le había elegido marido. Éste era diez años mayor que ella, vivía en un pueblo cercano al suyo y era un buen hombre y un buen partido. Eloísa era muy joven y no había pensado todavía en el matrimonio,

pero accedió pues jamás se había opuesto a las decisiones de su padre. Así llegó el día de la boda. De ella sólo recordaba el miedo que tenía a quedarse a solas con Julio ya que, como se habían visto tan poco y siempre delante de sus padres, no sabía casi nada de él. Por eso, se pasó toda la comida observándole. El viaje de novios a Zaragoza contribuyó a que se conocieran más. Él era muy cariñoso y siempre estaba pendiente de sus deseos, cosa que la halagaba. Eloísa nunca había sentido esa gran pasión que sienten ahora los jóvenes, su amor hacia Julio había ido surgiendo poco a poco, de manera sosegada.

Era una bonita casa de piedra situada a las afueras del pueblo. Desde ella, Eloísa divisaba las altas cumbres del Moncayo llenas de nieve en invierno y de vida y alegría en primavera y verano. En el piso inferior había un gran patio al cual se abrían tres puertas que comunicaban con un pequeño baño, la cocina y el corral. La cocina tenía un gran hogar y a ambos lados de él, dos bancos de piedra donde Julio y Eloísa leían cuentos a sus hijos al calor de la lumbre en las largas tardes de invierno, resguardados del cierzo que, enfurecido, luchaba con la casa intentando penetrar en ella. Adosados a las paredes había armarios y estanterías que Eloísa llenó con la vajilla y los utensilios que su madre le había regalado. El mobiliario se completaba con una gran mesa de madera de pino rodeada por seis sillas. Esta estancia sería la que menos cambios sufriría con el paso del tiempo, ya que a Eloísa no le gustaban las cocinas modernas pues pensaba que les faltaba calor de hogar.

En una de las dos partes en las que el corral se dividía, se encontraba la cuadra donde Julio guardaba su caballo. En la otra había unos recintos para albergar animales de diferentes especies. Con el paso del tiempo, todo había ido desapareciendo, transformándose en un garaje.

Por una gran escalera de hierro forjado con un pasamanos de madera se subía al segundo piso. A la derecha de la escalera, había un gran salón donde se encontraba el balcón desde el cual ahora Eloísa despedía de tantos años vividos dentro de esas paredes. Junto a éste, había una mesa camilla con dos mecedoras a ambos lados y en el otro extremo de la habitación, un sofá con dos sillones tapizados con motivos florales, a juego con las cortinas, se situaba frente a una pequeña mesa de madera de roble.

Del techo pendía una lámpara llena de pequeños cristales a través de los cuales los rayos de sol se difuminaban en destellos por toda la habitación. Las paredes al principio estaban vacías, pero con el transcurso de los años se fueron llenando de fotografías, recuerdos de momentos alegres que ahora, después de tanto tiempo, le producían un gran dolor.

Frente al salón se situaba el comedor, donde una gran mesa ovalada de madera de cerezo rodeaba de sillas, ocupaba el centro de la estancia, en torno a la cual más de una vez Eloísa había reunido a la familia. Del techo colgaba una lámpara de bronce con ocho brazos, cuya luminosidad no dejaba que entrara la noche. En una de sus paredes, había una vitrina repleta de vajilla y cristalerías que Eloísa usaba en las grandes ocasiones. Al final del pasillo, una escalera conducía al último piso donde se encontraban los dormitorios. Éstos estaban a ambos lados de un estrecho pasillo, al final del cual había una ventana que daba al corral y que servía de refugio a las golondrinas, gorriones o jilgueros que, cuando la atravesaban, invadían la casa con sus alegres trinos.

El dormitorio del matrimonio se componía de una gran cama de hierro con un cabezal de bronce, que Eloísa limpiaba con las cenizas del hogar una vez a la semana dejándolo tan brillante que no permitía que nadie pusiera las manos sobre él. Los demás muebles eran de madera de roble, entre los que estaban el armario, la cómoda sobre la que había un espejo y junto a la ventana, una pequeña mesa y una mecedora que Eloísa había heredado de su abuela. Sentada en ella, podía contemplar los bellos vestidos que el Moncayo se ponía al paso de las estaciones. En esa habitación había pasado sus más felices y dolorosos momentos, como el nacimiento de sus hijos y la muerte de sus padres. Ella también quería que su último aliento expirara entre aquellas paredes, pero el mal estado de las casa la obligaba a abandonarla.

Las otras dos habitaciones eran más pequeñas, tenían una cama de hierro forjado y algunos muebles de madera de roble y estaban separadas por un baño más amplio que el del piso inferior. En ellas, Eloísa había visto crecer a sus dos hijos y recordaba con dolor cómo de repente, se quedaron vacías.

Eloísa se giró intentando encontrar lo recordado y vio que todo había desaparecido. Sólo quedaba, en el centro de la habitación, la mecedora de su abuela, en la que Julio estaba sentado encerrado en su mundo al cual ella no podría acceder y la miraba con ojos abstraídos. Se acercó a él y le acarició la cara. ¡Cómo lo envidiaba! Ojalá ella también pudiera dejar de recordar, para no sufrir más. Ella, que había sido tan débil y siempre había dejado que los demás tomara las decisiones por ella, tendría ahora que ser fuerte para afrontar la realidad que los rodeaba en los últimos años de sus vidas.

Pensar en ello hizo que sus ojos se humedecieran y decidiese dar una última vuelta por la casa para despedirse de ella, de sus resquebrajadas paredes y de los recuerdos que en ella quedarían después de su marcha. Inició su deambular por su dormitorio, allí los recuerdos volvieron a ella. ¡Qué frío hacía el día que dio a luz a Mario! Era tan grande que parecía que no iba a salir nunca. El parto de Alberto, en cambio, fue mucho más rápido, ocurrió en primavera. A través de la ventana se podían percibir los aromas de las flores que renacían alegrando los parajes que rodeaban la casa. Cómo la alegraron los gritos de los dos pequeños correteando por todos sus rincones. Nunca la casa se había vuelto a ver tan viva como entonces.

Pero crecieron tan rápido que cuando Eloísa se quiso dar cuenta ya eran unos adolescentes. Fue entonces cuando las diferencias entre ellos comenzaron a surgir. Éstas ocasionaban grandes disputas que a ella le producían una gran desazón. Julio siempre la tranquilizaba diciéndole que era normal ya que estaban en la etapa de la rebeldía. Pero aquello no aminoró con el paso del tiempo, sino que la convivencia en la casa se hacía cada día más insoportable.

Eloísa, cuando recordaba esa época, buscaba la causa del odio que poco a poco fue germinando entre ellos. La verdad es que era una época llena de turbulencias, en la que la sociedad española quedó dividida en dos por sus ideas políticas. Julio era un hombre tranquilo y jamás hablaba de política, siempre decía que la política era cosa de los políticos. Por eso, Eloísa no podía entender cómo sus hijos se sumergieron en ese mundo. Mario se unió a la Falange y Alberto a la CNT. Entre ellos se alzó una gran muralla que

los fue separando cada día más hasta que el amor fraternal que los unía se rompió completamente, quedando enfrentados hasta el fin de sus vidas. Un día, recogieron sus cosas y se marcharon a Zaragoza para luchar por sus ideas. La casa quedó vacía y una profunda tristeza invadió al matrimonio.

Al principio, Eloísa y Julio sólo tenían noticias de ellos a través de la gente del pueblo que los había visto. Cuando estalló la guerra, los dos fueron al frente del Ebro, uno en cada bando. Cada noche, Eloísa soñaba que un hijo mataba al otro, pero nunca veía el rostro del que disparaba ni del que moría.

Así fueron pasando los meses, sin noticias de ninguno de ellos. En las conversaciones que Julio y ella mantenían, no los nombraban para no aumentar el dolor que sentían.

Al acabar la guerra, Mario retornó a casa herido. Su habitación se volvió a llenar de luz, pero no tan resplandeciente como la de antaño, Eloísa sabía que nada iba a ser como antes. Le preguntaron por su hermano y él les dijo que no lo había vuelto a ver desde su marcha. Julio le pedía que preguntase a alguno de sus compañeros, pero Mario callaba. Hasta que un día después de la insistencia de su padre, le dijo que él ya había intercedido por ellos para que no fuesen a la cárcel y no quería saber nada de su hermano, para él había muerto hace tiempo. Julio con la tranquilidad que le caracterizaba, le dijo:

-Comprendo que la guerra te haya trastornado y espero que tus palabras no las sientas realmente porque en esta casa todos somos una familia fuera de ideas políticas, pero si lo que dices realmente lo sientes, te ruego que salgas de aquí inmediatamente pues habrás dejado de pertenecer a nuestra familia.

Mario, al oír estas palabras, recogió sus cosas y abandonó la casa. Eloísa, siempre tan débil ante la autoridad masculina, vio cómo una parte de su ser se alejaba, quizá para siempre.

A partir de entonces, el matrimonio comprendió que sólo quedaban ellos y su casa, en la que se refugiaron con sus recuerdos.

Pasado un tiempo, recibieron una carta del Ayuntamiento donde les notificaban la muerte de Alberto en Rusia y en la que se les prohibía hacer cualquier acto en su memoria.

Eloísa hizo caso omiso a tal prohibición y decidió invitar a sus familiares y amigos a un acto religioso celebrado en la intimidad para recordar a su hijo. La casa se quedó pequeña para tantas personas que llegaron a ella, pero eso no la consoló ya que Mario no respondió al aviso de sus padres. La muerte de Alberto supuso para Eloísa un duro golpe y a partir de entonces, su envejecimiento y el de la casa se hacían cada día más notorios, la grieta de una era la arruga de la otra y así pasaron los años.

Un día, recibieron una carta de la mujer de Mario que los invitaba a la comunión de sus nietos. Julio dijo que no irían mientras él no retirara las palabras que pronunció contra su hermano. Eloísa contestó a la carta alegando que no iban porque no se encontraban bien pero que invitaban a los niños a pasar las vacaciones con ellos. Al cabo de un tiempo, Mario les respondió que les parecía bien y, a partir de entonces, los chicos pasaron todos los julios en la casa. Esto hizo que la relación entre Julio y Mario se suavizara, aunque Eloísa no estaba muy segura de que Julio le hubiera perdonado.

Eloísa esperaba con anhelo durante todo el año la llegada de ese mes en el que la casa y ella rejuvenecían. Las risas y juegos de los niños hacían que se entristeciera al recordar a sus hijos pero eso no le impedía disfrutar cada minuto pues había aprendido lo rápido que crecían.

Al cabo se unos años, los niños dejaron de ir y la soledad lo invadió todo. Poco después a Julio se le declaró la enfermedad de Alzheimer, encerrándose en su mundo y Eloísa y la casa sufrieron un gran deterioro físico que con la muerte de Mario acabó con la poca fortaleza de ambas. La casa fue declarada en ruinas por el Ayuntamiento dándoles un corto plazo de desalojo.

Eloísa intentó salvar la casa pero sabía que las dos estaban hacía mucho tiempo en ruinas. Su protesta no tuvo éxito, así vendió todos los muebles y enseres menos la mecedora de la abuela y algunos cuadros que les acompañarían a su nuevo hogar, una residencia en Tarazona donde, junto con Julio, esperaría el fin de su angosto camino.

Eloísa, al finalizar su último paseo por la casa volvió al salón cogió a Julio por el brazo y, juntos, bajaron por última vez las escaleras que tantas y tantas veces habían pisado. Cogidos de la mano, se dirigieron al taxi que los aguardaba y, cuando el coche se puso en marcha, Eloísa miró por última vez la casa buscando los fantasmas que en ella quedaban encerrados y que con su derrumbe desaparecerían.

Deméter

EL MIEDO Y EL MONCAYO

Begoña Quintero Ruiz

(Categoría juvenil. Tercer Premio)

Mi abuelo solía llevarme a aquel monte salvaje cuando era niña. Recuerdo el olor a tomillo y el sabor intenso de aquellas frambuesas. Pero sobre todo, recuerdo la voz de mi abuelo, recuerdo su vida y entonces creo que puedo entender la mía.

En algún lugar del Moncayo, aún oigo sus palabras. Siempre quedará un trocito de mí misma enredado en las jaras que me devuelva mi niñez. Un tiempo que no me pertenece, que quedó colgado en los pinos negros, vagabundo en una memoria que ahora me exige la verdad.

De aquella infancia guardo el miedo y el Moncayo.

En Grisel todos me conocían como la hija de Lola, aquella andaluza de ojos negros que tenía el restaurante más rico de toda la comarca. Entre el olor de su cocina y las voces de los clientes crecí salvaje. De la pequeña Lolita nadie se acordaba. Mi madre andaba demasiado ocupada en hacer

tortillas y dar órdenes a sus camareros, como para dedicarse a mí.

Por otra parte, mi padre, un apuesto aragonés de dientes fuertes y ojos verdes, viajaba de un lado a otro, sin parar en casa más de dos días seguidos. Cuando venía, intentaba comprar su ausencia de meses con remilgadas muñecas de tirabuzones y vestidos rosas. Muñecas que yo odiaba. Las amontonaba en un baúl al pie de mi cama, y en las noches de vacío las observaba una a una, viendo reflejadas en ellas la sonrisa de mi padre, una sonrisa forjada en otros hogares, con otras familias.

Crecí siendo una extraña para mi madre, y mi padre un extraño para mí. A mi madre podía observarla en el restaurante. Me sentaba en la mesa más apartada, y mientras fingía hacer los deberes, miraba con detenimiento a aquella mujer de delantal blanco y sonrisa perenne. A ratos la envidiaba. Siempre supe que existió un muro infranqueable entre ambas, un panel de miedos y silencios, donde se colgaban nuestros deseos más profundos.

El único vínculo que nos unía algunas tardes era mi abuelo, aquel hombre que me sirvió de guía y de maestro.

Los domingos preparábamos la comida y nos íbamos al Moncayo. Era el único día de la semana en el que me sentía unida a mi madre. Mientras yo correteaba enredada en el bosque de hayas, entre enormes sauces y fresnos, mi abuelo seguía tejiendo en la memoria de mi madre las viejas historias que le contara cuando niña.

Me escondía entre las madreselvas, en la zona más húmeda del Moncayo, reía al ver cómo aquellos dos cuerpos tan cercanos a mí compartían una misma vida.

Me gustaba el hayedo porque allí podía encontrar corzos. Y los corzos me divertían.

Cuando empezaba a oscurecer, le daba la mano a mi madre por un lado, y a mi abuelo por otro, y creía que el Moncayo era el lugar más mágico de todo Grisel. Aún hoy lo sigo creyendo.

Luego empezaba la semana de colegio. No me gustaban aquellas

profesoras, ni el olor a eucalipto que desprendían de sus vestidos viejos. En la escuela fui una niña solitaria, refugiada en mis pinturas, que era lo único que me gustaba de aquellas aulas desteñidas.

Mientras que las niñas jugaban con muñecas de grandes ojos, los niños soñaban con ser piratas, luchando con espadas de plástico.

Y entre aquellos párvulos, me encontraba yo , con las mejillas sonrosadas y los mismos ojos verdes de mi padre. Mi abuelo decía que era la niña más bonita de Grisel, una mezcla acertada entre dos pueblos.

No fui tímida. Muy al contrario, mi descaro ruborizaba con frecuencia a mis mayores, entonces mi madre me castigaba y yo corría a refugiarme en el Moncayo. Me quedaba en el encinar, encogida en mi propio cuerpo, rodeada de verde. Sólo era piel y flores.

Crecí feliz, indiferente al tiempo, aunque los años no fueron impasibles para mi abuelo. Poco a poco, se iba encerrando en sus recuerdos y dejó de compartir conmigo el Moncayo. La tez se le volvió amarillenta y aquella sonrisa jovial desapareció para siempre entre los pliegues de sus arrugas. Mi madre andaba suspirando por todos los rincones, con el semblante oscuro. A veces lloraba a escondidas. Y yo mientras tanto, ajena a lo que estaba sucediendo, me acostumbré a visitar mi refugio sola.

El miedo y la falta de costumbre me retenían en la parte más baja del monte, en el encinar. Descubrí cosas que hasta entonces habían pasado inadvertidas para mí. Los bosques se me antojaron más claros, más llenos de vida. Añoraba a mi abuelo, pero los matorrales de tomillo y aliagas me mantuvieron ocupada buscando conejos y tejones.

Una tarde, después de la escuela llegué a mi casa y un golpe de silencio me llevó a pensar en mi abuelo. Todo estaba oscuro, grité el nombre de mi madre, desconcertada. Y entonces salió ella, pálida, con ojeras y despeinada. Me sonrió dulcemente:

- Shhh-susurró tapándose la boca con un dedo.-El abuelo está descansando.

- Quiero verle.

- Ahora no, Lolita. Vete al restaurante y ayuda en la cocina. Dentro de un rato iré yo.

No pude replicar, mi madre me empujó hasta la puerta y volvió a la habitación de mi abuelo. Agaché la cabeza y me senté en el escalón de la puerta. Los vecinos que pasaban me miraban y cuchicheaban entre sí. Los barrí con la mirada, estaba furiosa con todos. En contra de aquel extraño día, que sin saberlo me marcaría para siempre.

Una voz joven me sacó de mis pensamientos:

-¿Eres tú la nieta de Santiago?-

Era un hombre bien vestido, alto y con gafas. Sonreía a medias, como si le costara. Sostenía con una mano un maletín negro pequeño.

Me levanté y asentí:

- Mi abuelo está dentro, con mi madre.

Empujó la puerta y desapareció en el interior de mi casa. Sentí la necesidad de seguirle, hice ademán de entrar cuando alguien me retuvo.

Me giré rápidamente, un joven de ojos verdes me miraba inquieto. Tardé un tiempo en asociar aquellos ojos con algún nombre.

- ¿ No te acuerdas de mí?

Había pasado un año casi, y seguía igual de guapo. Con la piel curtida por el sol y la misma sonrisa que me hizo vibrar la primera vez que lo vi.

-¿ Marcos?- susurré incrédula.

Soltó una sonora carcajada y me abrazó. El contacto con su cuerpo de nuevo me trajo el olor a sal. Fue como si el pasado y el presente se mezclaran. De pronto olvidé la penumbra de mi casa y me refugié en aquel cuerpo extraño.

A Marcos lo había conocido el verano pasado, su madre y la mía habían

sido muy amigas de pequeñas, y aquel vínculo que estrecharan de niñas aún se mantenía vigente, a pesar de la distancia y los años.

- Hemos venido a ver a tu abuelo.- dijo lentamente.-Mi madre está aparcando el coche.

- Ahora mismo lo está atendiendo el médico. No podemos entrar.

Aquel joven me resultaba tan conocido como ajeno. Habíamos compartido risas y sueños en el Moncayo, mientras jugábamos con las perdices y explorábamos los bosques. Habíamos compartido el verano mientras fuimos niños. Pero ahora, aunque sólo había pasado un año, todo era distinto. Daba vértigo pensar en él de otra forma, pero no podía engañarme a mí misma.

Éramos dos quinceañeros impacientes por probar juegos nuevos. Por sentir la piel ajena como propia.

La voz de mi madre se escuchó desde el interior de la casa como un alarido. Me giré sobre mis propios talones y abrí la puerta con ímpetu. Mi madre estaba agarrada a las manos del médico, mientras éste susurraba algunas palabras que no atendí a comprender.

Sacando fuerzas de algún lugar que no conocía apreté los puños y me enfrenté por primera vez a la cama de un moribundo. Giré lentamente el tirador de la puerta, con las manos algo temblorosas. Y entonces el olor a humedad, a medicina y a soledad me golpeó con furia.

El ventanal estaba cerrado y la única luz que iluminaba la habitación provenía de la pequeña lámpara del escritorio, donde las cartas de mi abuelo en su época de marinero se amontonaban sin orden. Comprendí que el pasado de aquellas letras se estaba esfumando al mismo tiempo que la respiración de mi abuelo.

Me acerqué a la cama y busqué sin encontrar el rostro fuerte de aquel hombre que me había enseñado a vivir. Aún llevaba el mar en sus ojos, sin embargo la vida se le escapa por cada poro de su cuerpo.

- No quería que me vieras así, Lolita.- susurró lentamente, con los ojos semiabiertos.

Tomé su mano izquierda y le sonreí:

-Abuelo, tú siempre estás guapo.

Esbozó una leve sonrisa y me señaló el cajón de su escritorio.

- Ábrelo, Lolita.

En su interior encontré un cuaderno grande con las tapas de caña. Pesaba mucho. Me senté de nuevo en el borde la cama con el cuaderno en mi regazo, e hice ademán de abrirlo cuando mi abuelo habló:

-No, aún no. Espera a que me haya ido. Así creerás que aún sigo a tu lado.

No entendí aquellas palabras o quizás no quise hacerlo, pero le obedecí.

- Te echaré mucho de menos. Cuida de tu madre, tiene demasiado trabajo. Y no le guardes rencor a tu padre.

Mi abuelo sabía que entre mi padre y yo no existía más que un tímido lazo de sangre sepultado por la distancia. Pero también sabía que aquel hombre que venía en contadas ocasiones con una muñeca debajo del brazo me quería, me quería a su forma.

- Abuelo...yo no quiero que te vayas... -sollocé.

- Lolita, es ley de vida. Pero no te preocupes, sabes que no me alejaré nunca del todo.

Hizo una pausa. El latido de su corazón era demasiado delgado. En algún rincón de la habitación la eternidad se escondió para inmortalizar aquel momento. Abracé el cuerpo exánime de mi abuelo y le colé un par de lágrimas por el cuello del pijama.

- Tres mujeres, Lolita. Primero tu abuela, después tu madre y ahora tú. Tres mujeres habéis sido mi vida. Cada una me enseñó algo, tú me enseñaste lo más importante, me enseñaste a reír, gracias, Lolita.

El azul de sus ojos se iba apagando. El silencio. El olor a vacío.

- Despideme del Moncayo.

Aquellas fueran sus últimas palabras. Y yo, la última persona que lo abrazó.

Un escalofrío me heló el alma. De pronto la habitación se sumió en una calma devastadora. Me sentí vacía. Como si alguien me hubiera sacado de golpe la vida. Me tambaleé hasta llegar al ventanal. Lo abrí en silencio y a lo lejos vi el Moncayo. Los rayos del sol acariciaron la tez pálida de mi abuelo, y su cuerpo quedó retando a aquel monte.

De aquella tarde apenas recuerdo nada más.

Agarré con fuerza el cuaderno que mi abuelo me había regalado y le besé en la frente. Salí de la habitación como si de un suspiro se tratase y corrí sin tregua hasta llegar al Moncayo. Cuando pasé por el salón, mi madre estaba sentada en el sofá, con los ojos hinchados abrazada a su amiga. Marcos estaba fuera, sentado en el escalón de la puerta. Al verme salir corriendo se quedó desconcertado.

Cuando llegué al pie del monte, sentí que respiraba la vida de mi abuelo. Esta vez no me conformé con quedarme en el encinar. Alcancé el bosque de pinos, donde la densidad de sus ramas apenas dejaba traspasar la luz del sol. Entre los pinos silvestres y los negros, en cuyos pies crecían frambuesas y brezos, me senté. Apoyé el cuaderno en mis piernas y empecé a leer algo así como un diario. Mi abuelo había escrito cada visita al Moncayo. Incluso había bocetos de sus bosques. Lo había escrito en primera persona de forma que pareciera que su voz estaba allí. No faltaba ningún rincón del Moncayo que no fuese descrito. En aquel papel color sepia, nadaban los recuerdos de mi niñez, incluso los de aquellos días donde aún era demasiado pequeña para recordar.

Sonreí porque era como si mi abuelo no se hubiese ido, como si solamente se hubiese transformado. Podía estar entre las jaras, en los robles o en los sauces.

Seguí escalando hasta llegar a la zona más alta. A la cumbre, había estado allí sólo una vez. El hayedo desaparece en esa zona para desembocar en

los prados colmados de enebros. Escuché de pronto unos pasos fugitivos acercarse a mí. Los pasos que antes hubieran sido de mi abuelo. Me volví rápidamente y apareció ante mí la figura de Marcos. Me sonrió:

- Sabía que te encontraría aquí.

Me abrazó con intensidad. Su cuerpo llegó a estorbarme, necesitaba ansiosamente introducirme en aquella piel. Marcos se acercaba a mí lentamente. Lo noté temblar. Su respiración y la mía se mezclaron y entonces, me rozó suavemente con sus labios. La calidez de aquel beso me llevó a desear otro más profundo. Nos tumbamos y cuando noté su cuerpo taciturno encima del mío temblé ansiosa. Lo abracé con fuerza. Aquella tarde aprendí a querer.

Sepulté mi infancia en aquel monte, y a partir de entonces nada fue igual. La vida jugó fuerte conmigo, pero siempre me quedó el Moncayo.

Silencio y recuerdo

Faustino Gracia Barrachina

(Categoría adultos. Primer Premio)

Esos escasos metros de calle empedrada, llena de baches, de la iglesia al cementerio con el féretro al hombro izquierdo y postura incómoda, se le hicieron cortos, no quería que acabasen nunca porque luego la metieron al hoyo y empezó el tintineo de los terrones sobre la caja como tambores en Semana Santa, para impregnar el ambiente de ecos que después de escalar los cipreses, se restregaban por tumbas o nichos como gusanos y le crujían en la cabeza.

El óbito le dejaba huérfano para siempre. Los pocos acompañantes, alrededor del profundo pozo cavado, besaban el "tormo" como si tuvieran obligación de hacerlo y lo soltaban sin fuerza, pero la caja seguía haciendo ruido a tambor. Luego, el sepulturero puso el resto de la tierra extraída y desapareció el ataúd al lado del de su marido. El cura mientras, oraba responsos en latín; para decir al final de la salmodia con voz circunstancial: "ten resignación hijo, como la tuvo el Señor. Tarde o temprano, todos los

mortales nos vamos, no se puede vivir siempre. Es Ley de Dios, en este mundo estamos de paso". Más que nunca, el topicazo de siempre olía a fórmula adormecedora. Le dieron el pésame: "te acompaño en el sentimiento, te acompaño en el sentimiento, te acompaño en el sentimiento...", en rigurosa fila, boina en mano, y marcharon los pocos amigos asistentes al funeral entre conjeturas vagas del porqué de su tardía presencia.

Ya de regreso en solitario, encontró la razón a la rima de Bécquer que una vez leyó:

*Tan medroso y triste
tan oscuro y yerto
todo se encontraba...,
que pensé un momento:
¡Dios mío, que solos
se quedan los muertos!*

En la desierta casa, llegaron a arderle los ojos al mirar los vasares sobresalientes de tabique encalado, llenos de loza muy usada y las sillas de anea -cual estatuas de silencio- vacías cerca del hogar sin ascuas (una de ellas, la ocupada por la difunta el día que él se marchó, muy consumida de tanto sentarse la pobre a esperar). A la vez, también parecía flotar en el ambiente humilde, algo difusa, la escena de la atribulada partida tiempo atrás y lo sentía en el alma. Se pasó la mano de nieve por el rostro queriendo saber si se trataba de un espectro, pero adelantó poco; cree ver a su madre vestida con falda, blusa negra y toca -siempre igual- con que tapaba el blanco plata de la rizosa cabellera de aire antiguo y se dejaba llevar por la visión. ¡Cómo le retumbaban los terrones, otra vez!: "sabes madre, han venido los amigos que tenemos a acompañarte y a ayudarme a llevar el féretro; alguno muy viejo, apoyado en su bastón. Han permanecido conmigo hasta el final, cuando estabas dentro de la caja como dormida y yo no me apartaba de tí y me habrán compadecido, ¡tienen razón!. Mañana se sentarán en los poyos arrimados a las paredes en las viviendas de la plaza,

a la sombra de las cansadas acacias, para comentar de ti y de mí mientras hacen rayas con la gayata en el suelo terroso o tiran migas a los pardos gorriones, siempre dispuestos a lo que les echen. Especialmente dirán de mí -del Manuel- que te he dejado sola casi toda la vida, pero tú lo sabes, madre, que fue imposible, no quedaba, creo, otro remedio.

Cuando vea allí aposentados a los ancianos -después de la misa por tu ánima-, será ya el 10 de agosto de 1948, habrán transcurrido casi doce años hasta este regreso al pueblo y volverán a retumbarme los terrones mucho más y recordaré la silla vacía que mira inquisidora y ya nadie ocupará. Nunca pasaba nada en el pueblo, pero aquel día pasó, hubo un griterío enorme y ¡vítores o mueras! a esto y lo otro según fuera el bando derechista o izquierdista: carreras precipitadas, algunos disparos de escopeta, voces por todos los sitios...había estallado la guerra. Los rebeldes de Franco con el acuerdo clerical, alzaron las armas y todo se desbarató. Sabes bien mi sentir, porque también fue tuyo. ¿Lo recuerdas?. Padre había traído las primeras guindas del huerto (¡cuánto nos gustaban!); acabaron pudriéndose en las alforjas, no les hicimos caso. (Es detrás de la frente donde me retumban los terrones). Al marchar, ocho días más tarde, huidizo como bandolero, no me dolía el hombro como hoy, ni oía el zumbido de los "tormos" de tierra caer sobre una caja negra, ni tampoco vuestras sillas de anea, vasares, sartenes, cazos colgados y estruedes sin lumbre que me observan curiosas, parecían algo tan especial e importante.

Desearía volver atrás, retroceder, ser niño con las penas sin estrenar como cuando empecé a ir a la escuela y me dejabas y recogías; para estar contigo, con vosotros; recuperar otra vez todo lo perdido, pero es inalcanzable. Miro tu silla gastada y a pesar de ser estatua, dice que ha pasado el tiempo incluso para ella. Y seguirá el reloj inexorable. Me retumban, sí, me retumban los terrones en la sesera. Se mezcla el ruido con el dolor que me ha dejado la caja y con la imagen de la silla vacía -monumento de aire- y todo junto hace más redonda esta soledad que soporto mejor que vuestra pérdida. Veo tu cara dulce en medio de todo. Es una cara pálida y resignada al sufrimiento, tal cual la tenías en la caja que taparon a paladas las duras manos de Pasamar el enterrador.

No creas que han fermentado como el vino en trujal mis sentimientos ahora; tras el aviso por parte del párroco de tu extrema gravedad, he podido venir con salvoconducto de la embajada en el que dice: "no tiene causa pendiente con la justicia española ni francesa que impidan su entrada en España". Antes no pude hacerlo, lo tenía prohibido; ha sido tarde mi retorno y ya te he visto dentro del féretro. La culpa la tuvo aquel fatídico mes de julio de 1936, el día de gritos, carreras y disparos que acabaron en esta parte aragonesa con la República botada y el Gobierno democráticamente elegido en las urnas, muchos miles de muertos y un montón de apátridas como yo. Madre, ¿sabes qué viene a mi memoria por enésima vez?, ¿lo sospechas...?, pues...: el consejo fraterno y temeroso dado a través de muchas lágrimas:

- Manuel, se oyen comentarios...me ha dicho la Carmen que ayer temprano, se llevaron al cuartel de la Guardia Civil de Tarazona a su hijo el Sebastián, por cosas de política en las que andaba metido. No hace más que llorar la Carmen, sabe lo que pasa con los fusilamientos. Y tus amigos el Antonio y el Mariano, ante lo que se avecina, huyeron al monte hace dos días y nadie conoce su paradero.
- Pero madre, no hemos hecho nada ninguno de los tres, sólo ser de izquierdas, defendernos como pobres de solemnidad. Queremos vivir sin estar sometidos a caciques explotadores; no sufrir tanto como habéis sufrido vosotros años y años. No es ningún delito lo nuestro pa tener que escapar el pertenecer al sindicato obrero o asistir a un mitin de los que dan por ahí, nunca puede ser causa pa detenernos.
- Es peligroso metese con los ricos, te lo dice tu madre que ha vivido mucho. Vosotros los jóvenes creéis que se puede todo..., pero tu padre y yo no dormimos de miedo que pasamos por tí. Antes que te cojan, vete...Desde la revuelta el día 18 veo muy mala intención en algunos -pronunciaste entre lágrimas-. Escapa hasta que sosiegue, se calmará todo y podrás volver -y me abrazaste más y más-.

- Ya me dijeron Antonio y Mariano -te contesté sin estar convencido- de irme con ellos; sé también dónde pensaban refugiarse pero no quiero dejaros solos en circunstancias como éstas...nadie sabe qué va a pasar, madre.
- Hazlo por nosotros, Manuel; también por la María, aunque nos cueste sacrificio, mucho sacrificio y mucha zozobra. Yo iré todos los días a rezale a la ermita a San Sebastián pa que te proteja y puedas volver...-ya no le quedaba aliento en tu garganta.

Y aquella misma noche de luna rota, sin ayuda en el caminar, tras poner en balanza "pros y contras", seguro que tenía todo a detalle, os hice caso (no sé si para bien o mal). Aparentaba el pronto sofoco de la revuelta y la salida de una república fuerte -que nos predicaron-, además de quedar la cosa mejor para nosotros, sin represalias pero no lo terminaba de asimilar. Entre lágrimas, carantoñas y besos gloriosos (cómo me hubiesen sabido las "primeras guindas" que no pude comer), al amparo del quicio oscuro del portal dije también adiós a la María, la moza de mis amores con la que festejaba y que vivía con sus padres (como bien sabes) arriba del todo de la calle Mayor : "voy a reunirme con los amigos hasta que esto calme, María. Guarda silencio, no hables con nadie".

- ¿Has hecho algo, que te obligue a dar un paso tan grande, Manuel?, ¿tienes miedo?- me preguntó sin estar convencida de la marcha al monte como solución provisional, casi segura, por intuición femenina, que me traería más problemas que soluciones.
- Solo ser honrao María, no he hecho mal a nadie a sabiendas. En cuanto al miedo tengo sólo el del inocente, pero ocurren atropellos. Cuando la cosa pase, volveré y más adelante nos casaremos. ¿Me esperarás? -le pregunté lleno de amor.
- No lo dudes, Manuel, aunque mi padre tiene otras ideas, es de la falange Española y no ve con buenos ojos nuestro cariño pero, ¡te quiero por encima de todo! contestó segura de aquel amor que duraba desde niños y el maldito azar, separaba.

Con las alforjas llenas de morcilla, chorizo, pan o alguna otra cosa que tú preparaste y la manta por todo equipaje, aproveché la noche oscura; nadie vigilaba el sitio: primero me metí por detrás de la ermita de San Sebastián, crucé la carretera para salir a la senda de la dehesa y por un camino de herradura entre encinas y pinos tiré para arriba con miles de ruidos en los oídos. No faltaron caídas y temor a seguidores hasta el encuentro con Antonio y Mariano en la frondosidad casi inaccesible (para el profano o no sabedor), del bosque de hayedos y tronco recto, erguidos como poderosas columnas grises, reflejos plateados y grandes ramas envolventes de la penumbra perpetua (en la vertiente norte, más arriba de la fuente del Sacristán).

Anduve durante cinco o seis horas interminables. Al clarear el alba logré, no sin mucho esfuerzo, después de silbar la contraseña acordada (cuando me hablaron de acompañarles y dudé), dar con ellos. Conocedores de la zona mejor que nadie, por haber ejercido los más variados oficios: carbonero, peón forestal e incluso leñadores, sabían a la perfección -aparte de esconderse- cómo sobrevivir y lo que había detrás de cada matojo y cada roca. Fumaban cigarrillos de picadura sentados en un tronco medio podrido, pero alerta y en guardia (capaces de localizar cualquier tipo de pisada en los caminos invisibles del hayedo) por si se trataba de visita inesperada a la que hacer frente o escapar por la intrincada maraña hacia la cumbre. Les causé gran alegría y pusieron petaca y librillo de papel en mi mano (era su modo de darme la bienvenida). Sin pronunciar palabra, supimos los tres al mirarnos que la suerte estaba echada y el destino -siempre el destino- nos iba a unir mucho tiempo. Una rudimentaria casamata de escasas dimensiones, improvisada con palos de todo tipo, ramas, hojarasca desprendida en el otoño y helechos abundantes, fue el incómodo dormitorio preparado. Por fortuna, era verano cálido, muy seco y a pesar de la alta situación boscosa, la temperatura (abrigados con las recias mantas palentinas en las amanecidas), nuestros cuerpos jóvenes, la podían soportar.

- Al fin te has animao para hacernos compañía y nos alegra, por muchas cosas que tú sabes. ¿Qué pasa por Litago, Manuel?- preguntaron contentos después que hube liado, encendido y dado una calada al cigarrillo-. ¿Has visto a madre?. ¡Como estará padeciendo por nuestra culpa!

Antonio y Mariano, gemelos veinteañeros, huérfanos de padre desde los diez; hijos de la señora Paca (los había sacado adelante a duras penas, sola), eran dos robustos ejemplares somontanenses de escasa formación escolar (no adquirida por tener que ganarse el pan a temprana edad), excelentes personas e íntimos de Manuel, al que esperaban como agua de mayo, sin ignorar que la mejor formación de Manuel les transmitiría seguridad.

- No he podido despedirme para no levantar sospechas. En cuanto al pueblo..., anteayer se llevaron a Tarazona al Sebastián (que regía lo del sindicato) y esta mañana no ha vuelto. Es mala señal. Por eso he venido. Allá abajo, ahora, todo son silencios y miradas, algunas llenas de rencor, otras cargadas de venganza. Si el lío no acaba pronto, ¡ojalá, sí!, nos van a cobrar con sangre las reuniones en la taberna del Felipe y aquello de pedir más jornal y menos horas de trabajo, posibilidad de riesgos en seco o reformas agrarias, no lo perdonarán. No sabemos si los que mandan seguirán en el poder, pero en caso contrario...-dejó la frase en el aire.

- Si es así , Manuel, ¿qué haremos ante el panorama que se presenta. ¿Que va a ocurrir? -dijo Mariano-. Aquí no podemos estar toda la vida, descubrirán cuando menos pensemos el escondite y no quiero que nos fusilen como a perros rabiosos en las tapias de cualquier cementerio o nos dejen tiraos en una cuneta, Manuel, ¡no quiero!

- Nadie sabe dónde estamos, ¡algo es algo!. No he dicho nada del sitio ni a la María, ni a mis padres, no es desconfianza, sólo seguridad para ellos y nosotros.

- Eso está bien, Manuel -explicó Antonio-. Por ahora no tenemos que matanos la cabeza. Vamos a echar un bocao, que tengo mucha hambre y tú -referente a Manuel- habrás hecho apetito con la andada que te has pegao. Luego duermes un rato en la choza. Mientras mi hermano y yo vigilaremos. No te preocupes, lo oímos y lo olemos todo. A tí, ya hace rato que estábamos viéndote subir.

Y así empezó el calvario, madre, que tú de esto no sabías aún nada. ¡Cómo me retumban los terrones dentro de la cabeza!. Pasamos diez o doce días con la comida acumulada, pero al acabarse, hubo un sigiloso descenso (también de noche) hasta el sanatorio de Agramonte a "robar" alguna cosa con permiso del guarda (conocido y amigo de los dos hermanos) e informarnos, pero fue tan escaso el botín, malas las noticias y tan arriesgado todo que la supervivencia se redujo al chardón, setas, moras de zarza o algún animalejo cazado. La naturaleza era generosa pero decidimos, tras largo debate, marchar rápido (se aproximaba la romería de acción de gracias por las cosechas a la Virgen del Santuario de la Peña Negra, por parte de los habitantes de nuestro pueblo, con la consiguiente afluencia en los alrededores del escondite, de romeros), escaparnos al "lado rojo". Andando a oscuras, subidos en traseras de carro y camionetas de gente que nos entendió: escondidos por campos y monte durante el día, llegamos a los frentes del Belchite y Quinto; después al de Teruel a las órdenes de Durruti y Lister bajo la bandera republicana en la División 26 y con ella recorrer muchos lugares.

Antonio y Mariano, dos valientes como había pocos, cayeron en la batalla del Ebro, un obús traidor de mortero, perdido en aquella artificial tormenta de fuego cruzado iluminando el firmamento, los barrió para siempre. Pero a ellos, madre, no pude llevarlos hasta el camposanto a hombros, les dieron tierra de mala manera en el sitio en que estaban, sin ceremonia ni cruces de ningún tipo. Meses más tarde, todo el esfuerzo republicano se vino abajo con la derrota del río y primero en un vagón ganadero de ferrocarril infectado de piojos y después anda que te anda con las botas deshechas, por caminos tortuosos, acabé en los Pirineos. Luego, un amanecer lluvioso, en

Francia. Al llegar a la raya de la frontera famélico y zarrapastroso, con aspecto de veinte años más y diez kilos menos, después de muchas calamidades, disparé al aire los cinco cartuchos que quedaban en el cargador del máuser antes de arrojar, con la poca fuerza guardada, el maldito fusil lo más lejos que pude -¡cómo odio aquella barbarie!- y di por terminada la maldita guerra.

Pero qué iluso madre, qué iluso, allí empezaron otras batallas para mí y los muchos camaradas en idéntica condición de perdedores. Lo peor, madre, no es el hambre o la miseria, sino el hombre convertido en fiera. Me encerraron en el campo de concentración (que luego los nazis llenaron de judíos) en una llanura esteparia cerca de Argelés en medio de la avalancha humana de refugiados y con el peor trato que puedas imaginar. Dos años después, gracias al sacerdote francés del encierro, conseguí trabajo en una granja y recuperé el azadón abandonado en Litago. En aquel tiempo, el cura hizo gestiones para el regreso a España o al menos llevaros noticias, pero me dijo medio en francés, medio en español: "mon ami, c'est une folлие!, no lo hagas, es una trampa mortal, volverán a encerrarte en la cárcel, te juzgarán por haber servido en el bando contrario, y entonces...Se mata por cualquier motivo o sin él. Cuando pueda tener contactos buenos haré llegar esas noticias a los padre, tu ne t'ennuies pas", pero nunca los debió tener, El 1 de septiembre de 1939 comenzó la II Guerra Mundial y entre la resistencia y el maquis (yo era el "rojo español indeseable" que intentaba recuperar la dignidad sin apenas conseguirlo), pasó mucho tiempo. Al enterarme por otros camaradas de la amnistía general años después, concedida por Franco, escribí tembloroso, lleno de dudas, la primera carta desde el país francés para tantear la cosa, ver posibilidades...Todavía guardo en el bolsillo como la mejor de las reliquias la respuesta de madre; me llenó de gozo y rabia al mismo tiempo. ¿Te importa si la leo de nuevo aquí sentadico en la silla de padre, frente a ti?. Decías con la letra menudica:

"Querido hijo: No sabes la alegría que me "llevao" después de tanto tiempo sin saber nada de tí. Hubo quién aseguró que habías muerto con Antonio y Mariano en la batalla del Ebro, pero mi instinto de madre sabía

que no y hoy que me ha traído Braulio el cartero, el "sobrecico" con las letras dentro, dan la razón de ser a mis rezos en la ermita de San Sebastián, que "mizo" caso. Tengo una mala noticia, que no he podido "date" antes por no saber donde estabas. tu padre (que en gloria esté), murió a los pocos meses de "marchate". Unas malas fiebres, se lo llevaron por delante, eso nos dijo el médico, pero yo creo que fue la pena de no saber el paradero, si estabas vivo o muerto y el de las amenazas que nos hicieron. ¡Cuánto te quería!. En casa, estuvieron a "registrala" los guardias civiles nada más irte y nos preguntaban: "¿Dónde está vuestro valiente hijo?, ¿sigue escondido como un conejo por los bosques del Moncayo?. Algún día tendrá que salir de la madriguera y estaremos cerca". Pero no hubiéramos dicho nada ante la pretensión de sonsacarnos, aunque nos mataran. Llegamos a "clavarnos" las uñas en las palmas de las manos de aguantar y lo mismo le ocurrió a la pobre Paca, la madre de Antonio y Mariano, que además le cortaron el pelo al cero y ya no a "echao" luz. O sea, hijo mío. Lo peor "pa" nosotros, vino después, con denuncias y mal trato, pero todo se acaba.

Los dos campicos los llevo a medias con el tío Alejandro que se porta muy bien y me defendió a pesar de que llevamos seguidos un par de años con sequía y las cosechas no son buenas; ya sabes que los viejos no necesitamos mucho pa pasar; con un trozo pan nos basta.

Otra noticia que tengo que "date" es que la María, la que fue tu novia, se casó hace más de tres años con un chico de Tarazona de buena posición y se fue a vivir allí. Ya tiene un crío de dos años. Por lo visto se cansó pronto de esperar y como sus padres son tan de derechas, pues eso, que la animarían a dar el paso.

Yo me encuentro bien de "salu". Sólo tengo las cosas propias de mis años y algo de reuma que achucha de vez en cuando en los inviernos malos que sabes hacen por aquí.

En fin hijo mío, no me tengas tanto tiempo sin "escribime", he sufrido mucho al no saber nada.

Me gustaría verte algún día, hijo, aunque hoy ya estoy más tranquila al

saber que estás vivo y mientras tanto, guardaré la carta que me has escrito entre las sábanas de lino del armario que un día serán tuyas, "pa" poder leerla muchas veces.

Tu madre que te quiere. Clara.

* * *

Madre, después de leer la carta, todavía oigo más el zumbido de los terrones, ¿sabes por qué?. Te lo diré, madre: fui cobarde, me quedé en Francia, sin ánimo de volver para no hacer frente a la realidad de mi derrota y al abandono por parte de la María juramentada de esperar. Con la noticia, me dolió más el corazón que ahora el hombro izquierdo. No comprendía (de modo egoísta) su derecho a ser feliz, al amor, a unos hijos o a librarse de cierto paria "rojo" como yo, nada grato a sus progenitores Y ahora me suenan los terrones como ametralladoras. Quise acallar conciencia respecto a ti, enviando parte del dinero del jornal, pero tú más que dinero, necesitabas la compañía del hijo que escapó y has muerto casi sola. Vosotros y María erais las únicas personas dispuestas a mantenerme vivo en la odisea pasada...Ahora suben a la cabeza pensamientos, madre, como gotas de agua, redondas, lágrimas que crecen y crecen y empiezan a desbordarse en esta soledad.

Mañana cierro la casa. Dejo la llave al señor cura por si un día vuelvo; marcharé de nuevo a Francia al empleo de capataz en la granja de acogida cuando no era nadie. Me tratan muy bien, allí no soy "un sucio rojo". Tal vez olvide a María tal vez (si hay suerte) encuentre una mujer amorosa a la que querer y pueda tener hijos..., pero es difícil, madre. Todavía vivo el exilio interior en las largas noches y eso conlleva perdonar humillaciones, arrinconar todo lo que ha significado el pueblo: los juegos de niño, bailes en la plaza de mozalbete o las romerías al santuario disfrutadas con María que ¡tan feliz me hicieron! No puedo quedarme madre. Miran raro, como a perdedor, no debo caminar siempre con la cabeza baja...Acaso más adelante, al hacerme mayor, si cambia el régimen, si cesa la dictadura...,pero una cosa aseguro, vuestra tumba estará cuidada, no faltarán flores, ni lamparillas de cera o aceite oloroso de ungir, ¡lo juro!.

El silencio reinante me hace mucho bien. Nada parece haber mudado dentro desde que me fui. Escucho murmullo de pasos menudos como si anduvieses en la cocina "dale que te pego" con los cacharros del fogón y ascendieras las escaleras después, camino del aposento recogido y limpio como los "chorros del oro". Y me suenan los terrones sin poderlo evitar. Y me duele el hombro izquierdo, escupe dolor en esta soledad que sube y baja y rueda por el suelo y se me mete dentro. Y las paredes sin color ni luz porque ha llegado sin decir nada la noche, callada, callada por los tejados y la silla vacía, ¡tu silla de anea! delante de los ojos, quizá tenga su pequeña alma, y esté recordando tu nombre hecha un racimo de pena silente que pone en mis manos su mutismo"

* * *

Lagartijas y lagartos, acostumbrados desde siglos a las incendiarias tardes agosteñas se disputan a mordiscos cualquier refugio bajo las quemadas piedras. Protegido del sol -que colma el cielo estival con todo esplendor-, por unos escuálidos árboles de la carretera -donde le han dicho para el autobús-, Manuel se sienta en la maleta y adosa la cabeza al tronco más grueso; la descansa y permanece sin mover un músculo, como si sesteara, pero no duerme a pesar de la noche fantasmal que ha tenido en la soledad de la vacía casa que abandona. El monte -mar ardiente en el que naufragan de vez en cuando, los pájaros sofocados por la atmósfera caldeada- refleja al "astro" en toda su justicia. La carretera -que nadie transita-, divide el paisaje en dos infinitos perdidos y al fondo, se disuelven en el azul caliente las montañas de la Ibérica con el asomo vigilante de las Peñas de Herrera -centinelas impenitentes de Castilla, Aragón y el coronado Rey Moncayo-.

El Manuel está informado. Por ahí pasa el autobús pero no le han dicho ni hora ni frecuencia; no lo quiere perder y lleva rato de espera. Ningún movimiento alerta la calma espesa, no queda ni un soplo de viento que mueva los matojos resecos. El estruendo monótono de las chicharras lo aturde todo y se mete en el cerebro; desde ayer le retumba con los terrones al tropezar en la negra caja. La fragancia generosa del tomillo no alivia en

absoluto, pero le perfuma algún que otro recuerdo que son voces calladas en la profundidad de su ser. Ha echado de menos ese olor y el clima -casi olvidado- que le coge por sorpresa, ¡han pasado muchos años! y cuesta digerir todo de nuevo, desde la derrota al cierzo o al calor que le invade.

El Manuel aguanta. Tiene la piel castigada de intemperie, cara grata, ojos soñadores, cejas grandes y cabello largo, espeso, bien cortado. No es muy alto, sin embargo sus brazos son fuertes como rejas de arado, lo que no evita que le duela el hombro. Viste traje oscuro y se ha despojado de la americana, le transmite cansancio. Una avispa ronda alrededor...se acerca a la frente despejada con ánimo de picar; la espanta de un manotazo rápido como quien pretende apartar los pensamientos molestos. La avispa huye presurosa, más la cavilación queda anclada viva y le atruena. Piensa y piensa quieto, sin atreverse siquiera a respirar. Un rictus frunce su boca firme, rememora sin querer cosas con los ojos cerrados y se esfuerza en acallarlas sin conseguirlo. Al rato los vuelve a abrir; delante de él, una mujer mayor, arrugada, vieja prematura, vestida de luto eterno con el inefable pañuelo negro en la cabeza apretado a la barbilla en señal de recogimiento y duelo, le mira.

- ¿Eres el Manuel, verda?.- pregunta, clavándole la tristeza de los ojos en su pupila.
- Soy Manuel, señora- puesto de pie, interesado y temeroso del encuentro a un tiempo, imagina...-
- Has cambiado mucho, Manuel. Me acuerdo cuando venías a casa de jovenciano o ibas a trabajar con mi Antonio y mi Mariano al campo o a lo que os salía pa ganáros el jornal, erais sin duda los tres mozos más guapos del pueblo- pronuncia el nombre de los hijos (¡Antonio y Mariano! como si no fuese su nombre, sino un don o algo sagrado y quizás celosa de que él está vivo allí, y ellos, no.
- Entonces...¡usted es la madre...!Ha pasado tanto tiempo que me cuesta...- dice con balbuceo, sin poder contener las lágrimas y llora lo que no lloró por falsa hombría cuando los amigos cayeron cerca de él en guerra de tanta sangre.

Los ojos de ambos tropiezan pero ninguno puede sostener la mirada a causa del llanto. La mujer estira la mano delgada y huesuda, sólo piel, hacia él. Manuel la ignora y la abraza, la estruja igual que hubiese hecho a su madre, de tener ocasión. Cogido en las vivencias para siempre, aquello significa un desahogo insólito, aunque a la llegada al pueblo procuró evitar temeroso el encuentro por no saber cual podía ser su comportamiento o hallar las palabras adecuadas en la explicación de lo pasado.

- Manuel, soy la Paca, la madre de aquellas criaturas que murieron en el frente del Ebro y nunca más he vuelto a ver...Nadie sabe siquiera dónde fueron enterradas y eran ¡un cacho mío!. Mandé decir cuarenta misas por sus almas, pero...-pudo articular al serenarse un poco y vencer la tos y el hipo.
- Estaban en una trinchera cercana a la mía al ocurrir- contesta aún entre sollozos sin dejar de abrazarla y nota escasez en los vocablos, pero continúa. Y murieron como dos valientes, salpicados de metralla en lucha de credo, aunque no valiese la pena sacrificio tan grande por la República o la bandera tricolor o por lo que sea, para el pago recibido. Ya sé, lo confieso con vergüenza señora Paca, tenía que haber ido a verla...Me ha faltado valor...¡perdone!. Aquí no quiero estar mucho tiempo ni tratar con nadie...percibo aún el olor del rencor y cuando antes marche del pueblo, mejor para todos.
- Quería me contases cosas todos los días: si se acordaban de su madre, si sufrieron mucho, si fueron valientes...pero si te vas para siempre, Manuel...¿Eran buenos, mis hijicos?.
- Los mejores, puede estar segura y orgullosa. La tenían siempre en la boca. Soñaban con su madrecica que les cuidaba y que en la pequeña y cálida cocina preparaba la mejor comida del mundo. Estuvimos los tres muy unidos desde el comienzo para compartir todo, incluidos los recuerdos, por eso lo sé. Sí, señora Paca, me voy, no me gustaría ir por ahí, por las calles del pueblo y que alguien señalase con el dedo: "es el hijo de la Clara, el rojo". Al fin y al cabo dos o tres jóvenes más, -con

los que compartimos pupitre y pizarra en la escuela-, murieron con el bando franquista y costará perdonar.

- Ellos también se fueron para siempre, Manuel. Yo perdono, pero cuesta olvidar... -suspira profundo, cree llegado el momento de despedirse-. Pues que tengas buen viaje. Gracias por hablar, aunque haya sido poco, de mis hijos. ¡Pobres hijos míos!, ni siquiera descansan en tierra sagrada como tus padres -arranca llorar de nuevo y dice en medio del llanto: ¡Dios que todo lo puedes!, si estás arriba, ¿por qué no me llevas a mí? -grita al cielo, en forma de pregunta, le da la espalda, se ajusta el pañuelo y marcha con paso lento carretera adelante, sonámbula-. Es un cuerpo roto, la imagen viva del padecer, un cadáver insepulto.

El Manuel vuelve a sentarse e intenta digerir el suplicio que arrastra desde aquel maldito disparo de mortero segador de dos vidas jóvenes, a orillas del Ebro en la batalla más cruel de la guerra "incivil"; dos buenas personas -pura carne de cañón, atrapados por los acontecimientos de 1936- que no eran ni ideólogos ni revolucionarios, ni nada. Sólo humanos, humanos como tantos otros caídos de uno y otro bando, llevados y traídos por los de siempre; creyeron en algo mejor para el futuro y se jugaron el "pellejo". Cada vez que evoca la historia terrible, se angustia con la sinfonía revolucionaria por lo cerca que estuvo del mismo fin. La vida tiene estas cosas, sí, tiene estas cosas por obra y gracia de la fuerza bruta...¡qué pena!

A lo lejos se ve llegar renqueante el pequeño autobús sin prisa alguna. A medida que avanza lento, un reguero de grillos verdes y grises silencia su paso cansino. A la altura de los árboles, donde está Manuel, se detiene. El conductor pone pie a tierra:

- ¿Qué?, amigo ¿sube?.

- Subo, hasta la capital. ¿Cuanto importa el billete?.

- En este esperadero improvisado se asan los pájaros, ¿no le parece?. Si lleva mucho rato...-el conductor pretende romper la monotonía observada en el presunto viajero mientras extiende el boleto.

Paga el billete sin más ganas de charla. Hay pocos pasajeros. Busca un asiento solitario y a pesar de estar muy raído por "posaderas" múltiples, se acomoda tras colocar la pequeña maleta en la rejilla y correr la cortina ya que el paisaje sinónimo no le interesaba; el Moncayo sigue inmóvil y los árboles igual de sofocados. En el interior reina tanto calor como fuera, lo único que el sol no tuesta con la cortina cerrada. Enciende un "Gitane" para dejarlo a la segunda calada al ver esparcirse el humo por la ventana abierta y parecerle que a él también se le ha escapado la vida. La mente la ocupan los sucesos; ¡cómo retumban los terrones! y vuelve una vez más a dolerle el hombro izquierdo y aparecen una sillas de anea vacías en forma difusa para decirle ¡adiós!.

Grisius

Tomás Bernal Benito

(Categoría adulto. Segundo Premio y Premio al mejor cuento o relato ambientado en el pueblo de Grisel)

Y de lo más profundo de la era oscura, entre terremotos y cataclismos naturales que parecían presagiar la llegada del fin del mundo, surgió de los bosques de las lejanas estepas del Caspio, ante el estupor de la cristiandad, un pueblo nómada y bárbaro que acaudillado por un hombre, Atila, sembraba el caos allá por donde pasaba.

El llamado "Azote de Dios" socavó los cimientos del poderoso Imperio romano devastando toda la región comprendida entre el mar Negro y el Mediterráneo.

Para contener su humillante avance, a la civilizada e incrédula Roma no le quedó más salida que pactar con los, en otra hora enemigos, visigodos o godos del este, a los que se les unieron francos, alanos y burgundios. Así fue como, en el mes de junio del año 451 d.C. el general Romano Flavio

Aecio -el mejor magister militum de Roma-, apoyado por los reyes Teodorico I y Meroveo, consiguió reunir un potente ejército para enfrentarse al rey de los hunos a unos veinte kilómetros de la actual ciudad francesa de Troyes.

Atila, que a su vez contaba con la inestimable ayuda de Genserico, rey de los vándalos, acudió a la batalla al frente de una gran hueste integrada por ostrogodos (godos del este), escitas, sármatas, hérulos, gépidos y un sinfín de tropas germánicas en un número aproximado de quinientos mil guerreros. El general romano, perfecto conocedor de las tácticas de su enemigo, pues no obstante se había criado entre ellos, mediante una hábil estrategia consiguió desarbolar a su potente caballería obligándole a una forma de lucha que dominaba a la perfección: la del cuerpo a cuerpo.

Durante unas horas, en los llamados Campos Mauriacus o Cataláunicos, se libró una de las batallas más virulentas de la antigüedad, donde las fuerzas del bien inflingieron una aplastante derrota, a las supuestas del mal.

La victoria contra el invencible Atila fue recibida por los ejércitos federados al Imperio como un signo de fortaleza que les obligaba a romper pactos suscritos con Roma, iniciando así un caminar independiente.

Se acababa de gestar la futura Europa medieval.

Grisius

Tras la contienda, un monje llamado Grisius, ante el cadáver todavía caliente de su rey Teodorico I -asesinado por un dardo lanzado por el general ostrogodo Andagis-, aturdido y horrorizado por la masacre que se extendía ante su vista, un maldito campo sembrado de osamentas, se fundió con la sombría noche y huyó del escenario de tan cruenta batalla sin darle tiempo a presenciar cómo el joven Turismundo asumía el vacío poder dejado por su padre y ordenaba quemar su cadáver siguiendo las ancestrales costumbres guerreras.

Grisius abandonó las Galias y en su errante caminar penetró en Hispania por el "Summo Pyreneo", la antigua calzada romana.

Atravesando tierras inhóspitas, algunas austeras como su conciencia y otras frondosas como vergeles, contempló a su paso cómo los otoñales y descarnados campos se abrigaban en invierno con su manto blanco, para reaparecer por primavera con la pujanza de su verdor.

Un día, de camino a Turiasu, después de franquear senderos pedregosos y angostos, y planicies que parecían no acabar nunca, vislumbró a lo lejos un monte que destacaba por su altanería y lomo nevado. Recordó entonces que, cuando estuvo acogido bajo la hospitalidad del monasterio de las Santas Masas, a extramuros de la ciudad de Cesaraugusta, un peregrino le había hablado del mismo y de una floreciente villa que se cobijaba bajo la falda de una pequeña loma anterior a él.

"Lo habitaba gente cristiana maravillosa -le había dicho- que se dedicaba a la agricultura, y parece como si estuviesen bendecidos por las aguas pluviales, pues el grano les crece tan rápido que los sembradores no dan abasto para recolectar la bonanza de sus cosechas"

Grisius no se lo pensó dos veces y cambió de itinerario decidido a visitar aquel lugar tan supuestamente hermoso. Cuando llevaba recorrida poco más de media legua quedó extasiado por la belleza del entorno y por la humilde villa que se amojonaba al costado de una pequeña elevación de terreno.

Enseguida, el monje fue bien aceptado por la caridad de aquella comunidad, que lo acogió con los brazos abiertos, en especial, por los de un joven de avispados ojos llamado Lépidio, que le tomó por maestro. Y todos los atardeceres, maestro y discípulo, se subían a lo más alto de la loma desde donde se divisaba un fantástico paisaje presidido por el majestuoso Monte Cayo por un lado, y las fértiles tierras del valle del río Queiles y de la cercana Turiasu por otro.

-¿Qué pensáis, maestro?- le preguntó un día el joven Lépido.

-Pensaba...-titubeó-, pensaba en lo afortunado y desventurado que soy al mismo tiempo -le respondió con la mirada depositada en el horizonte.

-¿Acaso no es un contrasentido?

-Muchacho, ha sido tanta la sangre que he visto derramarse estos últimos años a mi alrededor, que esta paz casi me hace daño -le dio por toda respuesta.

Y en tan privilegiado lugar, rodeados de tomillares y flores multicolores, el anciano comenzó a transmitir sus conocimientos a Lépido, mientras que de éste recibía a cambio sus ansias de vivir.

"Lo único que tienes que ambicionar en este mundo, es la sencillez", le dijo un buen día. Otro, que la virtud de un reino radicaba en la fidelidad de sus siervos, que eran para el mismo como la savia para el árbol. Y le puso de ejemplo la construcción llevada a cabo en la antigua Babilonia por el rey Nabucodonosor, de una gran estatua de oro con los pies de barro, y de cómo una simple piedrezuela desprendida de la montaña se bastó para derribar al gran gigante que cayó con sumo estrépito. "Hay que sacar el trigo de debajo de las piedras si es menester. Un estómago desagradecido hoy, es un potencial enemigo mañana".

Una tarde, cuando le adoctrinaba sobre el concepto de la virtud, "¿de qué sirve el arrepentimiento si no estás dispuesto a restituir la pureza en tu corazón? ¿Acaso te resguardarías de una tormenta bajo un árbol sin copa? Jesús dijo que el reino de los cielos está en nuestro interior, pero cuidado, porque también está ahí el reino de los infiernos"; le sondeó curioso Lépido:

-¿Por qué nombráis tanto a Jesús? Se supone que los arrianos no creéis en Él.

Grisius sonrió antes de contestarle.

-Mi padre fue un gran guerrero que ayudó a Alarico a conquistar Roma. Durante el saqueo de la ciudad, la princesa Gala Placidia, hija de Teodosio "el Grande", fue tomada como rehén con algunas de sus

servientas. De una de ellas se enamoró mi padre, tomándola en matrimonio poco tiempo después. Cuando mi padre falleció en una escaramuza contra los suevos, Teodorico me acogió bajo su protección.

-Claro, eso explica también lo de vuestro nombre -intermedió el joven.

-Mi educación, por lo tanto -prosiguió pasando por alto su sagaz comentario-, estuvo enfocada en las dos vertientes. Mi madre, en su condición de católica por un lado, y por otro las enseñanzas de Unfilas...

De repente, sus palabras fueron irrumpidas por una tropelía de resollantes brutos.

-¡Bagaudas! ¡Son bagaudas!- exclamó Lépidio levantándose de un salto- ¡Dios misericordioso! Rápido maestro, corramos a avisar a los demás.

Lépidio salió corriendo colina abajo, mientras que Grisius le seguía con la mente asaltada por tortuosos fantasmas del pasado.

Las gentes de la villa, temerosas por la presencia de los bandidos, se encerraron en sus hogares sin atreverse a salir. Puertas y ventanas fueron atrancadas con traviesas de madera. El miedo con la oración. Tan sólo el agradecido monje salió al encuentro de aquella tormenta que se les venía encima, consciente de que, para poder contenerla, únicamente contaba con la ayuda de su cayado rematado en una rústica cruz.

Aún así, con tan simple tajadera, optó por enfrentarse a su destino.

Eran aproximadamente una treintena de furibundos guerreros. Tres de ellos se adelantaron a los demás. Traían sobre sus monturas el polvo de la antigua calzada romana. Los ojos llenos de resentimiento. El del centro, de tez morena, cabello corto que contrastaba con su poblada y enmarañada barba, al verle plantado en medio del camino se dirigió hacia él con enronquecida voz de claro acento latino.

-Viejo, estáis entorpeciendo el paso- le espetó mientras se sacudía con el exterior de su mano derecha el polvo del manto que cubría sus hombros, sujeto al mismo por un broche de toscos troquelado.

Por un instante, su rostro adquirió un tono ceniciento a través del celaje, similar al de las encimeras de los montes cuando las apáticas nubes huelgan sobre ellas.

-Os equivocáis, sois vosotros quienes lo estorban -le replicó el anciano con templado talante- .Dad media vuelta y desapareced por donde habéis venido -le sugirió-. Ese acto de humildad complacerá a nuestro Señor.

-¿A nuestro Señor? ¿A quéé Señor? ¿Acaso tratáis de enviarme algún mensaje en especial?

-Sí, el de la cordura.

-El mensaje de la cordura...Pues os diré una cosa, que lo que os sobra de valor, os falta precisamente de eso, de cordura.

-El valor ya lo he demostrado en esta tierra ante mi rey, de mi cordura responderé ante Dios.

-¿De qué rey estáis hablando, monje? ¿De Teodorico II?

-No. De su padre. Del gran Teodorico. ¿Por qué nombráis a su segundo hijo? -le interrogó curioso- ¿Acaso no lo sustituyó a su muerte Turismundo?

-Monje, el que te envía las epístolas ha debido de perder el raciocinio de la pluma, cuando no del tiempo. Tras un copioso banquete en Tolosa, Turismundo murió estrangulado por sus propios hermanos, Teodorico y Frederico.

Grisius retrocedió visiblemente afectado por la noticia. A todos los nombrados los había visto crecer y convertirse en hombres, habiéndoles inculcado por igual la filosofía de mesura y la humildad. "Sed cabales y no permitáis nunca que el pronto de la rabia precipite vuestras deliberaciones. Un buen rey debe saber siempre campear el temporal. Aprended del junco -les había dicho en multitud de ocasiones-, que por mucho que lo zarandee el mismo viento que doblega árboles de gran envergadura, nunca quiebra su voluntad".

-Vaya, parece que el buen monje desconocía el cambio de caudillaje- exclamó el guerrero de la derecha, un montañés asiático de negra vestimenta, largos cabellos rubios como el trigo y aspecto patibulario.

Grisius no tardó en reconocer su procedencia. Se trataba de un fiero alano. Le delataba su inquietante envergadura física y las pieles de unos cráneos colgando de la montura de su caballo, A modo de trofeo de guerra.

-Vale ya de tanto parloteo, que nos va a cambiar la estación - Exclamó el único que todavía no había abierto la boca, un suevo cenutrio de largos bigotes y espesas cejas, que se tocaba con el yelmo pequeño redondo.

-Honorico tiene razón, Máximo. Llevamos varias leguas cabalgando sin descansar. Entremos en la villa de una vez, tomemos lo que haya de valor y prendámosle fuego al resto.

-¡No!- se encaró con ellos Grisius-. ¡En el nombre del Señor, os ordeno que retrocedáis!

-¿Que tú nos ordenas?- retomó de nuevo la conversación el latino- ¿Qué pretendes, monje? ¿Intentar atemorizarme con esa cruz de palo?

-Sabéis. Este viejo me recuerda...al obispo León, de Turiasu. También dijo una frase parecida, antes de morir. Estoy esperando tu señal Máximo.

Máximo y Gaufrido sonrieron por el comentario de su compañero de cabalgada.

-¿Y qué pretendes tú?- le recriminó el monje- ¿Atemorizarme por la fuerza?

En ese mismo momento, Máximo se echó hacia atrás, señalándolo con su dedo índice.

-Espera un momento...claro, ahora lo recuerdo. Estabais en la batalla de los Campos Cataláunicos. Es cierto, acompañabas al monarca. Erais su asesor...¿religioso? Por cierto, que de bien poco le sirvió. ¡Oís!- exclamó girándose hacia sus hombres que sonreían de sus chanzas- Nos encontramos frente a un monje que luchó contra el mismísimo Atila. Estad preparados, por si arremete contra nosotros con su palo.

- Tus comentarios despectivos no enturbian mi ánimo. Esa es mi grandeza sobre ti, que no puedes herirme más que con la espada. ¿en qué bando os encontrabais?
- En el de los que ganan siempre. Mi bando es la fuerza de mi brazo y mi único estandarte el filo de mi hoja -le dijo retirándose la capa hacia un lado y mostrando un pesado cinturón de ataujía, de donde sobresalía el mango en bronce de su espada.
- La sinrazón de la razón...
- ¡Dejaos ya de monsergas! -le interrumpió exaltado- ¡Qué sabréis vos de razones! ¡Qué puede saber de razones alguien acostumbrado a rezar bien alimentado junto al fuego de la potestad! Cuando los tiranos honestiores te sangran a tributos, te esclavizan y no sacian tu estómago, las sendas que te dejan a elegir no son muchas: o mueres como un vil gusano, o sobrevives. Yo decidí sobrevivir. Ahora soy yo el que pisotea.
- Observo que hay mucho resquemor en tu interior. Es triste que hayas acabado convirtiéndote en lo que tanto odias.
- Pasó el tiempo de los sermones, monje. Yo soy un guerrero...
- Pues si eres un guerrero -le interrumpió-, vete a pelear contra guerreros, no contra niños e indefensas mujeres.
- Máximo, estoy esperando tu orden -intervino impaciente el suevo.
- Espera un momento -le acalló con la ayuda de su mano-. Decidme vuestro nombre monje.
- Grisius.
- Grisius, no te lo repetiré otra vez, retírate y salva tu vida.
- Moriría de vergüenza si mis sandalias abandonaran este lugar. Sólo mi espíritu saldrá vivo de aquí.
- ¡Honorico! -gritó ladeándose parcialmente- Diviértete con él...entiendes,

¿verdad? Más que nada por si quiere cambiar de idea.

El suevo tensó el arco. La saeta le atravesó limpiamente el muslo. La fuerza del impacto le obligó a arrodillarse. Su rostro transmitió dolor, pero en ningún caso miedo.

-¿Acaso me solicitas clemencia, al inclinarte ante mí? -se burló Máximo apoyando los brazos en la crin de su caballo.

-Yo tan solo me inclino ante mi Creador -le respondió mientras se ponía en pie ayudándose de su báculo.

-Ah, ¿sí? Pues pídele ayuda a tu Creador.

A un nuevo gesto suyo, la siguiente flecha fue a parar a su antebrazo. El bastón se le escapó, cayendo a tierra. Durante unos segundos permaneció inmóvil. La sangre comenzó a fluir empapando la túnica. Con gran entereza se agachó, lo recogió, y sosteniéndolo con ambas manos lo alzó por encima de su cabeza mientras gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

-¡Señor! ¡Te ofrezco mi alma a cambio de la de estos inocentes! Loado sea por siempre tu nombre!

El suspiro de la nueva saeta partiéndole el corazón, vino acompañado de una repentina oscuridad. Misteriosamente se apagó el sol y la tierra quedó sumida en una espantosa tiniebla alterándose el ciclo de la vida. Los vientos del norte y del oeste despertaron al mismo tiempo azotando los boquiabiertos rostros. Las capas y los cabellos danzaron a sus sones, al igual que los negros estandartes, y el temor se apoderó de las almas de aquellos seres ignorantes y supersticiosos.

-¡Retrocedamos! -vociferó el ya no tan fiero alano- ¡Era un santo! ¡Este lugar está maldito!

Se tensaron las riendas de los garañones. Algunos relincharon de dolor cuando sintieron las espuelas clavadas en sus ijares. Otros alzaron sus patas delanteras, sosteniéndose en difícil equilibrio sobre sus cuartos traseros. Pero al final, todos partieron a galope tendido. Engullidos por la oscuridad. Tras desaparecer en la prematura noche, los rayos solares repartieron de

nuevo su brillo sobre el lugar, dejando al descubierto el cuerpo sin vida del anciano tumbado en el camino. Lentamente los vecinos fueron saliendo de sus hogares. Lépedo, entre lagrimas y lamentos, se abalanzó sobre su maestro. Y lloró entre jadeos, al igual que el campesino llora al ver destrozados sus campos por la intempestiva tormenta. Y el lamento del viento vistió de luto las planicies y barranqueras del lugar. Nunca un paisaje fue tan desolado. Y hasta la luna lloró herida, cuando Grisius fue enterrado en lo alto de aquella loma, que tantas veces sirviera para ordenar y poner paz en su espíritu.

Y hay quienes aseguran que, desde aquel mismo día, la villa cambió de nombre, pues reunidos todos los habitantes en el templo, en agradecimiento y a propuesta del joven Lépedo, decidieron ponerle a la misma, el del monje mártir que les había salvado la vida.

El vocablo Grisius, con los años, derivó en el actual Grisel.

En el año 454, hubo un eclipse de sol sobre la tierra que duró aproximadamente unos tres minutos.

ENTRE LA REALIDAD Y LA LEYENDA

Milagros Morales García

(Categoría adulto, Tercer Premio)

" Mi infancia fue feliz. En un ambiente rural y sencillo. Llena de recuerdos entrañables que conservan su lozanía aunque los años pasen. Quiero tener un recuerdo especial para mis abuelas. Ellas fueron cómplices de mis juegos y vivencias. Con su sabiduría popular me transmitieron un rico legado y colaboraron, aunque no fueran conscientes, a que mi sensibilidad e imaginación se ensancharan".

Siempre me gustó la casa de mi abuela. Era una casona grande de pueblo, arquitectónicamente diferente a las viviendas actuales. Entonces la decoración no era tan importante, como lo es ahora. Todo era natural, menos sofisticado y los muebles y objetos tenían nombre propio; porque pertenecían a herencias de padres a hijos. A mí, la casa me transmitía energía positiva; sin duda porque había estado habitada siempre por gente

buena con nobles sentimientos. Eso, aunque invisible, queda en el ambiente y es lo que hace que en un lugar te encuentres bien o mal. De ahí debió surgir el dicho popular: "Si las paredes hablaran..."

Lo primero que me llamaba la atención era su puerta de dos hojas abierta por la mitad horizontalmente; con su cencerreta*, su picaporte, su gatero y un cerrojo grande y ruidoso. El patio tenía el pavimento de piedra con una acera de cemento. En esa misma entrada, la puerta que daba a la cuadra y el corral estaba decorada con la estampa de S. Antón, el santo protector de los animales. Las escaleras conducían a la cocina. Mi abuela utilizaba una cocina de leña para guisar con su plancha siempre reluciente. La segunda planta era un laberinto de habitaciones y de alcobas que comunicaban unas con otras. En la tercera estaba el palomar y un hermoso granero donde se colgaban los chorizos y los jamones de la matanza, en unas cañas atadas con cuerdas que colgaban de los clavos de las maderas del techo.

Llegar a ella era para mí un acontecimiento importante y también para mi abuela. ¡Qué feliz me sentía nada más divisarla! ¡Cómo ha cambiado la vida! En aquel tiempo las puertas de la calle no estaban cerradas con llave en nuestros pueblos, así que me soltaba de la mano de mi madre. Corriendo me anticipaba, empujaba la puerta y subía los escalones de dos en dos gritando:

- "¡Abuela María!".

Mi abuela, contenta, contestaba:

- "Anda, si viene mi chica".

Me echaba en sus brazos y ella reía mientras seguía preguntándome:

- "Prenda"*. ¿Has almorzado?. Ven, te voy dar dulce* que hice ayer. Y me sacaba de la despensa unas hermosas jarras de confitura de ciruela y de alberge*.

- Toma, come. Así te harás moza.

Yo cogía entonces un trozo de pan con abundante miga y relleno de todos esos manjares, me lo comía chorreándome por los dedos.

- Abuela, enséñame las palomas.

- Ahora mismo. Y de paso cogeré un "pichoncico" para hacerte "sopica" para comer. Ya verás que buena...

En ese momento yo estaba tan entretenida que no prestaba atención en la suerte que corría el pichón. Mi tarea entonces era curiosar e ilusionarme con las cosas más insignificantes.

Tengo muchos recuerdos de mi abuela. Físicamente era pequeñita de estatura y menuda. Con el pelo recogido en un moño y vestida siempre de alivio luto; a pesar de que mi abuelo había muerto hacía muchos años. Con su toquilla de lana negra, redonda y su delantal como complementos.

Llegaba la noche y mi abuela me había prometido contarme historias. Así que dormiría con ella. En su misma cama grande, de madera. Con el somier de muelles espirales, que te hacían brincar nada mas moverte, su colchón de lana y sus sábanas blancas de algodón.

- Abuela, cuéntame un cuento antes de que me entre el sueño.

- Antes tenemos que rezar.

- Sí. Esa oración que tanto me gusta de los ángeles.

Y mi abuela comenzaba a recitarla:

- *"Levántate José, enciende una vela,
Y mira quién anda por la cabecera.*

- *Los ángeles son que van en carrera
Y llevan a un niño vestido de seda.*

- *¿De quién es el niño?*

- *De Santa María.*

- *¿Dónde está María?*

- *Hablando con San Pedro.*

- *¿Dónde está San Pedro?*

- *Abriendo y cerrando las puertas del cielo.*

Durante todo el tiempo yo no quitaba mis ojos de la cabecera de la cama

para ver si veía a los ángeles pasar. Fue en una de esas noches cuando mi abuela me contó la leyenda de Manuel, el pastor.

LA LEYENDA DE MANUEL EL PASTOR

Aquel invierno estaba siendo extremadamente crudo en toda la comarca. Manuel aguantó el horaje* resguardado en su casa, al cobijo de la lumbre del hogar. No había salido a pacentar las ovejas hacía varios días, pero por fin volvía el sol y el cielo azul despejado realzaba la majestuosidad de las cumbres nevadas. Se dirigía hacia Samangos, donde tenía el corral del ganado. Entre los olivos, pensaba hallar hierbajos para contentar ese afán de comer y comer de manera autómata que tienen las ovejas.

Manuel era un muchacho joven, de ojos claros y facciones dulces y aniñadas, aunque su atuendo de pana le ponía encima algún año más. Vivía en Grisel. Desde chico era pastor como su padre y amaba su oficio. Sus numerosos momentos de soledad en el monte, le habían enseñado muchas cosas. La naturaleza tiene un lenguaje propio que te hace sabio si aprendes a descifrarlo; y él tenía abundantes lecciones aprendidas. Entendía perfectamente el lenguaje de las nubes. Sabía por ejemplo, que cuando se levantaba por el norte blanca, exuberante y fastuosa "La Francia" no había tormenta y por el contrario que al este "La Valenciana" siempre traía agua. Pero aquel era un día tranquilo después del temporal y debía aprovecharlo porque escaseaban en aquel invierno los días soleados.

Parecía un día como otro cualquiera, pero se iba a convertir en un momento crucial en su vida. Recorría con sus ovejas el trayecto diario en dirección a la Diezma, contemplando la desolación de los campos: Los árboles sin hojas, los orillos llenos de rosada; cuando algo le llamó la atención a lo lejos. Le pareció ver una zarza verde y florecida. Su vista era excepcional por eso pensó que era su deseo por hallar pastos lo que le hacía ver visiones. Era imposible con las heladas encontrar una zarza así. Mientras se acercaba comprobó que efectivamente todo había sido fruto de su imaginación. Allí no había nada.

Los días pasaban y Manuel llevaba varias noches sin dormir. En mitad de la noche se le representaba la zarza florecida y oía voces que le indicaban el lugar donde estaba:

- "Está en Bureta. Debes ir a buscarla. En una viña a la entrada del pueblo".

Manuel intentaba no perder la calma, aunque cada vez estaba mas inquieto. Pensaba que estaba perdiendo la razón. Por eso, se lanzó a la aventura de ir hasta Bureta, a pesar de que su hermano mayor Justo, así se llamaba, se lo desaconsejaba:

- Son imaginaciones tuyas. Pasas demasiado tiempo solo en el monte.

- Quizás tengas razón, pero debo ir. Estas voces me están volviendo loco.

De mañana, aparejó la mula con una manta de cuadros marrones y blancos, con el baste*, la alforja llena de provisiones y marchó en su búsqueda.

Llegó a Bureta ya al atardecer. Ató la caballería a un chopo en la entrada del pueblo y se puso a buscar por los campos. Era final del mes de Enero y a pesar de que el clima se había suavizado un poco, los estragos del invierno en la zona eran evidentes. Estaba observando el entorno cuando, como si se repitiera la visión, a lo lejos divisó una zarza idéntica a la que le pareció ver en la Diezma. Dudó unos instantes pero, con un impulso desenfrenado que le surgía del corazón, echó a correr hacia el lugar. Efectivamente, allí estaba la zarza que tanto le había obsesionado y perturbado el sueño. La había encontrado.

* * *

Tía Juana. ¿Se ha enterado de lo que ha pasado en el pueblo?.

- ¿Qué ha pasado, amante*?. Cuéntame. Yo no he salido de casa en todo el día. Con este frío no apetece.

- Ha venido al pueblo un muchacho. Dicen que es de Grisel. Ya en el campo del tío Pedro, que en paz descanse, ha encontrado una zarza florecida. Al acercarse y rebuscar entre sus ramas ¿qué cree usted que ha hallado ?.

- ¿Qué hija mía?.
- Un cáliz. Por eso la zarza estaba florida.
- ¡Dios mío!.

Inmediatamente como es de suponer D. Miguel, el cura, ha tomado cartas sobre el asunto y lo primero que ha hecho es preguntarle al muchacho por qué ha venido desde Grisel hasta aquí. No me diga usted, tía Juana que no es extraño.

- Ya puede que sí. ¿Y qué le contestó?.
- Dice que unas voces en sueños le indicaron el lugar donde estaba la zarza.
- ¡Qué cosas!. Pero a mí no me extraña. Ya sabes, el tío Pedro fue sacristán hasta que murió, ¡Con qué mimo cuidó siempre todos los objetos religiosos!. ¿Quién dice que no fue él mismo desde el más allá quien le habló?.
- ¡Jesús!. "Ave María Purísima". -Exclamó la vecina mientras se santiguaba-. Sea como sea, el cáliz está en la iglesia y el cura ha hecho ya las gestiones para saber su procedencia.
- Ya me contarás si te enteras de algo más. Yo me voy a abiar* la cena.

Las vecinas se despidieron con una mezcla de curiosidad, de sigilo y de misterio que les sacaba de la monotonía cotidiana.

* * *

El pueblo de Tórtoles se despertó aquel día con las voces del tío Anselmo, el pregonero que a toque de chiflaina* les recitaba con voz potente el siguiente bando:

"De parte del Sr. Alcalde se hace saber a todos los vecinos, que se ha encontrado el cáliz que robaron de nuestra Iglesia.

Según dice el señor cura, el cáliz estaba en Bureta escondido en una zarza.

Lo ha encontrado un pastor de Grisiel de manera milagrosa.

Como todos sabemos el cáliz no era de oro, pero para nuestro pueblo tiene un gran valor sentimental. Con él han recibido la Sagrada Comunión nuestros abuelos y nuestros padres. Así que vamos a recibirlo como Dios manda en medio de una gran fiesta.

El Sr. Alcalde ha dispuesto que cada familia contribuya con el trigo que pueda. El alguacil pasará por las casas a recogerlo y se harán con él varios montones en la plaza. Después, se subastarán los montones y con el dinero que se saque del trigo se pagará la fiesta.

Se ruega que las mujeres engalanen los balcones con cubiertas y manteles blancos y que amasen pan dulce para obsequiar a todo el personal que asista".

La noticia causó un gran revuelo y en los días siguientes se notaba un ambiente de trajín y nerviosismo propio de las vísperas de los grandes acontecimientos.

Ya estaba todo dispuesto. El día de Santa Apolonia, llegó el cáliz a Tórtoles y de manera solemne en procesión, bajo palio, fue llevado por las calles del pueblo entre aclamaciones y lágrimas de emoción de los vecinos y visitantes.

Manuel era una parte importante en aquel evento. El Obispo consideró que se trataba de un milagro por las circunstancias en que había sido hallado y lo reforzaba el hecho de que llegara al pueblo el día de Santa Apolonia, que fue mártir por Cristo. Así que revistieron a Manuel con un alba y él en persona sostenía el cáliz en la procesión.

Era emocionante en todo el trayecto, escuchar los cánticos y rezos de un pueblo piadoso. Manuel no podía asimilar todo aquello. Habían sido muchas cosas nuevas en muy poco tiempo. De momento esperaba a que todo pasara y después en la soledad del monte intentaría razonarlo -iba pensando-. Cuando de pronto, como si se tratara de una fantasía, la vio a ella. Pero no era fruto de su imaginación: era real.

Isabel, así se llamaba la muchacha, era el candor y la dulzura personificados. Tendría diecisiete años. Rubia, frágil, estilizada. Con unos bonitos ojos verdes que resaltaban con el velo negro que cubría su cabeza. La luz de la vela que portaba en sus manos hacía que su rostro, con los contraluces, tomara un relieve y unas formas de virgen de escultura renacentista. Manuel sintió que su corazón palpitaba con fuerza y todo lo demás pasó a segundo plano. Debía encontrar la manera de acercarse a ella y hablarle.

Al día siguiente, esperó a que Isabel saliera a por agua a la fuente con su cántaro. Aquel sitio, la fuente, era un lugar de encuentro entre los jóvenes. Esperó con impaciencia hasta que la vio aparecer con su saya azul y su delantal blanco de puntillas. Él se acercó y mientras llenaba el cántaro de agua le dijo suavemente:

- Eres muy bella, la más bella de todas las mozas que he visto. Quiero volver a verte y que nos conozcamos.

Isabel lo miró mientras sentía que las mejillas le quemaban. Sus manos temblaban. Soltando el cántaro echó a correr hacia su casa mientras Manuel sonreía. Al ver su inocencia, se sintió más enamorado todavía, así que insistió y todos los días a la misma hora esperaba a que Isabel saliera a por agua. Isabel, que también se había enamorado de él, nada más verlo, perdió poco a poco la timidez y comenzaron a hablar. Él le pidió hacerse novios, pero ella le dijo que necesitaba un poco más de tiempo. Era hija sola y su madre había muerto. Su padre no lo consentiría. Así que decidieron hacerse novios en secreto sellando su amor con un símbolo. Ella le regaló un mechón rubio de su cabello y él un reloj que marcaba el tiempo que les quedaba para estar juntos para siempre.

Todo parecía ir bien, hasta que un día Isabel no volvió a por agua a la fuente. Su padre no la dejó salir más. Manuel intentó desesperadamente verla pero no lo consiguió, ni siquiera supo si seguía en Tórtoles o si su padre la había mandado a vivir a otro lugar. Manuel estaba desolado, no sabía qué hacer. Su hermano ya le había mandado recado varias veces de que

acudiera a casa. Tenía abandonado el ganado. Así que decidió volver a Grisel mientras pensaba en buscar una solución.

* * *

Llevaba varios días en el monte solo. Apenas hablaba con nadie y todo su pensamiento estaba al lado de Isabel:

- Si al menos pudiera hablar con ella una sola vez -pensaba-. Seguro estoy de que su padre es el culpable.

Inmerso estaba en sus pensamientos,ss cuando Justo fue a buscarle con una carta que venía del obispado donde requería el Obispo su presencia. Así que marchó a casa, se vistió con la ropa de mudar y montado en la caballería bajó a Tarazona.

El Sr. Obispo lo recibió con cordialidad y tras besarle Manuel el anillo le invitó a que tomara asiento.

- Es asunto muy serio el que me ha movido a llamarte -comenzó diciéndole el Obispo-. Han llegado noticias de tu hallazgo del cáliz a la nunciatura. Un hecho rodeado de circunstancias excepcionales, casi diríamos que milagrosas. Por eso, el Sr. Nuncio ve conveniente que ingreses en un Seminario. Él ve signos indiscutibles de que Dios quiere que seas sacerdote. Tu familia ya lo sabe y está de acuerdo.

Manuel no supo en ese momento qué decir. Su pensamiento estaba ocupado con el recuerdo de Isabel, pero pensó que a lo mejor entrar en el Seminario le ayudaba a olvidar a aquel amor que él cada vez estaba más convencido de que era imposible. Así que decidió ampliar su profesión de pastor de ovejas a pastor de almas. Y fue un buen cura.

* * *

Pasaron varios años:

- ¿Por qué están siempre en esa casa las persianas echadas?-.Decía un niño a su abuela-

- ¡Ay! Hijo mío. ¡Qué cosas tiene la vida! .¡Cómo puede ser tan egoísta el amor de un padre!. Aunque eso no es amor, es interés. Bien compró el

tío Luis un corro de tierra, el mejor del pueblo, con la felicidad de su hija. ¿De dónde si no sacó el dinero?. El Sr. Cura se lo dio para que la apartara del muchacho. La familia de él quiso que fuera sacerdote para alcanzar así privilegios y administrar todas las tierras del Cabildo, por eso se valió del cura que tenía gran influencia espiritual en el pueblo y también con el obispo. El tío Luis tampoco quería que su hija se casara porque estaba viudo y temía quedarse solo en la vejez. Por eso accedió. Entre todos consiguieron separarlos. Desde entonces, ella está enterrada en vida y muy poca gente la ha visto. Dicen que se ha ido marchitando como una rosa. Ya no es ni reflejo de lo que fue. Pero ¡qué te voy a contar!. Todavía eres un muchacho y no entiendes de las cosas de la vida. ¡Cuántas veces los intereses materiales nos quitan los mejores años y acabamos nuestra existencia con las manos vacías y solos!.

Moviendo la cabeza, la tía Anita cogió de la mano a su nieto y dieron la vuelta a la esquina en dirección a la plaza. Allí otras mujeres de su misma edad sentadas en sus sillas de anea, remendaban los sacos de arpillera preparándolos para la trilla ya próxima.

* * *

La casa del Cabildo, en el Moncayo, tenía un nuevo huésped aquel otoño. El cura de Pomer se sintió enfermo un día al dar la Comunión. Una tos seca le dañaba los pulmones y le hacía toser sangre. Por eso estaba allí, para curarse con los aires del Moncayo y el agua pura de la fuente de S. Gaudioso. Acostumbraba a dar paseos por las múltiples sendas. En aquellas tardes de otoño soleadas, saboreaba la belleza del monte convertido en oro con todos los matices:

- "Dios es sumamente bondadoso -pensaba- porque igual que con el monte hace con el otoño de nuestra vida. Nos reviste de belleza profunda. El fuego de nuestra juventud hace que nos doremos y no destacamos del entorno, sino que nuestra presencia en el mundo es parte de un algo común donde todo encaja y se asume".

Estaba tan sumido en sus pensamientos místicos y filosóficos, que no se percató de la presencia de un hombre anciano que cortaba leña a escasos

metros. Quizá porque en aquella época del año era habitual ver a campesinos de la comarca cortando leña en las sestras*. Le acompañaba una mujer de edad madura. Ella sacó de su bolsillo un bonito reloj. Llevaban todo el día trabajando y tras comprobar la hora, besó el reloj antes de volver a guardarlo como acostumbraba a hacerlo.

El sacerdote siguió pasando hojas en su misal y se detuvo en una que decía: ..."Dejándolo todo le siguieron".

En ese instante pasó por su mente sus días de pastor en Grisel, el cáliz, Isabel. Su cambio tan radical de vida... Y se rindió ante el misterio.

Estuvieron cerca y no se encontraron. ¡Qué paradójico es el destino!

Ella seguía enamorada de aquel joven que un día desapareció y del que jamás supo, por eso era imposible que lo reconociera en un cura que caminaba despacio y encorvado por el hayedo.

Su amor estaba en ese espacio, entre la realidad y la leyenda donde todo se sublima, se magnifica, se hace eterno... Y allí continuó.

Nunca más se vieron.

* * *

Un día curioseando por un viejo armario de la casa de mi abuela encontré un amarillento cuaderno repleto de poemas. Dicen que perteneció a una tía lejana. Me llamó la atención un poema que decía:

*"Entre la realidad y la leyenda.
Ahí sigues amor intacto.
A veces pienso si has sido o te soñé.
Te maldigo, te bendigo, te mato, te revivo...
Te abrazo,
Y vuelvo a perderte cada día.
¿Por qué no fuiste amor, posible?
Quizá con la rutina
Hubieras perdido fuerza e importancia.
Sigues entre la realidad y la leyenda.
...Por eso me mata"*

NOTA DEL AUTOR:

Este cuento está escrito con un lenguaje propio de la zona donde transcurre. Expresiones y palabras familiares para algunos, pueden ser desconocidas para otros. Intento explicar el significado de algunas palabras autóctonas:

CENCERRETA.- Aldaba.

PRENDA.- Expresión que en Tarazona y su comarca equivale a cariño, tesoro etc.

DULCE.- Mermelada.

ALBERGE.- Albaricoque.

HORAGE.- Ola de frío.

AMANTE.- Palabra cariñosa típica en la zona del Huecha.
equivalente a prenda, cariño etc.

ABIAR.- Preparar.

BASTE.- Utensilio que se colocaba encima de la caballería y servía para transportar la carga o como silla de montura.

CHIFLAINA.- Corneta.

SESTRA.- El ayuntamiento de Tarazona dividía el monte cada año en parcelas llamadas sestras y las sacaba a pública subasta. En cada sestra estaban marcados los árboles que se podían cortar para leña. Y con abrios* y carros subían al Moncayo los campesinos cada otoño a la sestra que se les adjudicaba y cogían leña para el invierno.

ABRÍO.- Mulo de labranza.

Índice

III Concurso de Relato Corto “Memorias y Cuentos del Moncayo”

Categoría Infantil

La primavera raptada (1º Premio)	15
Gracias abuelo (2º Premio)	19

Categoría Juvenil

La marca del cantero (1º Premio)	23
--	----

Categoría Adultos

Y Dios me hizo mujer (1º Premio)	29
La poesía no sirve para nada (2º Premio)	51
Cuatro encinas (3º Premio)	61

III Concurso de Relato Corto “Memorias y Cuentos del Moncayo”

Categoría Infantil

Verano en Grisela (1º Premio)	85
El oso perdido (2º Premio)	89
El leñador soñador (3º Premio)	95

Categoría Juvenil

Leyendas (1º Premio)	99
Las ninfas del Pozo (2º Premio)	113
Un alto en mi vida (3º Premio)	127

Categoría Adultos

Dorotea (1º Premio)	127
La duda (2º Premio)	141
Las lágrimas del Moncayo (3º Premio)	161
Entre la cruz y la espada (Accésit)	171
El Morico (Premio Especial)	187

III Concurso de Relato Corto “Memorias y Cuentos del Moncayo”**Categoría Infantil**

Fantasías de brujas y duendes (1º Premio)	200
El duendecillo travieso (2º Premio)	205
El campamento mágico de Moncayo (3º Premio)	209

Categoría Juvenil

El Misterio del Moncayo (1º Premio)	213
La casa de Eloísa (2º Premio)	225
El miedo y el Moncayo (3º Premio)	233

Categoría Adultos

Silencio y recuerdo (1º Premio)	241
Grisius (2º Premio y Premio Especial)	257
Entre la realidad y la leyenda (3º Premio)	267

Este libro

Memorias y Cuentos del Moncayo
Relatos Cortos
Grisel

se terminó de imprimir
en Gráficas Salduba,
Alcalde Fatás, 9
Cuarte de Huerva. (Zaragoza)
el día 15 de Agosto de 2004
Festividad de nuestra Señora de la Asunción

